EL FIN DE LOS SUEÑOS

GABRIELLA CAMPBELL Y JOSÉ ANTONIO COTRINA

neo

Gabriella Campbell
y José Antonio Cotrina

EL FIN DE LOS SUEÑOS

Plataforma Editorial
neo

Primera edición en esta colección: marzo de 2014

© Gabriella Campbell y José Antonio Cotrina, 2014
© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2014

Plataforma Editorial
c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona
Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14
www.plataformaeditorial.com
info@plataformaeditorial.com

Depósito legal: B 6381-2014
ISBN: 978-84-16096-24-4

Ilustración y diseño de cubierta:
Ramón Lifante

Composición:
Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (**www.cedro.org**).

Este es para Carmen y Carlos

PRÓLOGO

–Dígame, caballero, ¿qué desea soñar esta noche? –le preguntó la mujer tras el mostrador–. Tenemos las últimas novedades del mercado. Acabamos de recibir una hornada de secuencias eróticas de alta gama. Los sueños más calientes al alcance de su mano. Satisfacción garantizada –añadió con una sonrisa cómplice.

Tenía la piel oscura y los ojos verdes; su belleza salvaje tenía algo de depredador al acecho que en otro momento lo habría cohibido. Ahora no. Jeremías estaba demasiado aturdido por lo que creía haber descubierto como para permitir que la hermosura de la dependienta del soñadero lo alterara. No podían haberlo hecho, pensó por enésima vez, aturdido. No podían haberse atrevido.

Dio un paso al frente, y algo en su gesto puso de inmediato en guardia a la mujer.

–He oído que tienen la última pesadilla de Garibaldi. –A su pesar, la voz le salió estrangulada, sobre todo al pronunciar el nombre del artesano onírico–. Eso es lo que quiero soñar.

La expresión de la mujer cambió al instante.

–Lamento decirle que le han informado mal –señaló con frialdad–. Aquí no trabajamos esa clase de género.

–Lo hacen, claro que lo hacen, aunque entiendo que no sea un servicio que ofrezcan así como así –insistió él mientras buscaba la cartera en el interior de su chaqueta. La abrió y le mostró sus credenciales–. No soy un cliente más, señorita –anunció en tono autoritario–. No se equivoque. Quiero acceso a la última pesadilla de Garibaldi. Puedo pagarla, se lo aseguro.

–No lo pongo en duda –dijo ella. Lo miraba con evidente interés, aunque no tan impresionada como le habría gustado.

Se produjo un silencio incómodo que quedó roto por el zumbido de un intercomunicador tras el mostrador. La mujer le sonrió a modo de disculpa y descolgó el

pequeño teléfono. No habló, pero algo en su forma de mirarlo mientras escuchaba le dejó claro que aquella comunicación estaba relacionada con él. El soñadero debía de estar monitorizado, comprendió. Le costó un gran esfuerzo no mirar alrededor para intentar localizar las cámaras. No pensaba dejarse amilanar.

La dependienta asintió, colgó el intercomunicador y volvió a vestir su rostro con la sonrisa seductora. Jeremías no pudo evitar fijarse en que el matiz depredador había aumentado. Solo le faltaba relamerse mientras lo miraba.

–Comprenderá usted que debemos extremar las precauciones a la hora de mover cierto tipo de sueños –le confesó–. Entendemos que algunos de nuestros clientes tengan intereses que se escapan de nuestro catálogo habitual. –Se inclinó tras el mostrador, abrió uno de los cajones y extrajo una caja negra de aspecto inocente. Pulsó un código en el teclado integrado en la tapa y esta se deslizó a un lado, dejando ver tres cánulas de memoria, de un negro brillante, todas con una «G» grabada en plata en su superficie–. Aquí no juzgamos a nadie, solo intentamos satisfacer los deseos de nuestra clientela en la medida de nuestras posibilidades. –Sujetó una de las cápsulas entre el índice y el pulgar. Sus uñas brillaban como recién bañadas en sangre arterial–. Serán quinientos ebos por una hora de pesadilla, si es capaz de aguantar tanto tiempo, claro. –Jeremías realizó un gesto afirmativo. Esa era una parte importante del juego: resistir durante el mayor tiempo posible las pesadillas de pago, no ceder al impulso de escapar, por muy terrible que fuera la experiencia–. El sueño viene con salida de emergencia, por supuesto –le aseguró–. Si en algún momento quiere despertar, la palabra clave que debe verbalizar es «mandrágora».

–Mandrágora.

La mujer asintió. Hizo ademán de tenderle la cápsula de memoria, pero a medio camino retiró la mano.

–Le advierto que la pesadilla está protegida contra cualquier tipo de manipulación o copia. Ni siquiera podría salir de estas dependencias con ella, un pulso magnético borraría su contenido nada más atravesar el umbral. –Acto seguido, le pasó la cánula. Jeremías la tomó en su mano con repugnancia, como si se tratara de algún tipo de insecto venenoso–. Tenemos varias cabinas libres en estos momentos. Escoja la que más le guste –le dijo la mujer mientras señalaba hacia el pasillo que nacía en una arcada a la derecha del mostrador.

Hacia allí fue.

El lugar estaba decorado con sobriedad, casi con aire de clínica. La manufactura de sueños era ilegal, una actividad prohibida desde hacía diez años, aunque era fácil encontrar locales como aquel, dedicados al alquiler y, a veces, la elaboración de productos oníricos. Los descontentos y los amantes de las conspiraciones señalaban que el propio Gobierno no solo permitía la existencia de tales locales, sino que además sacaba una interesante tajada bajo manga de ellos. Para él, aquello no era un rumor, era un hecho contrastado, no en vano trabajaba para el Departamento de Descanso y Bienestar, el organismo gubernamental que regulaba y, en la práctica, monopolizaba todo lo relacionado con los sueños y su comercio.

Apretó con fuerza la cápsula en su mano mientras accedía a una de las cabinas. La frialdad del pasillo quedaba allí desterrada, todo era comodidad y calidez. Entró en un pequeño habitáculo de imitación de madera, alfombrado, con un sillón de cuero abatible en el centro y una estantería repleta de libros en un lateral. Se detuvo unos instantes, intentó asimilar todo lo que había a su alrededor. Ojeó los estantes y su contenido. Como había sospechado, los libros no eran más que burdas imitaciones, tacos sólidos de vinilo con títulos y portadas clásicas. Al cabo de unos segundos, se acomodó en el sillón. Había una diadema metálica graduable engarzada sobre uno de los brazos. Se quedó mirándola un instante y se preguntó si estaba seguro de lo que iba a hacer. Asintió. No le quedaba otro remedio; había ido demasiado lejos como para echarse atrás. Tenía que confirmar sus sospechas. Tenía que saber. Desenganchó la diadema y se la colocó en la frente. Tras darse ánimos, insertó el sueño de Garibaldi en el aparato.

Se quedó dormido al instante.

Cuando abrió los ojos, estaba en su apartamento. No recordaba haber tomado el tren, ni haber salido de la estancia de paneles baratos. Se preguntó cuánto podría costar cubrir una pared entera de paneles de madera real. Una pequeña fortuna, sin duda. Pero aquí, en su apartamento, sentado en su sofá favorito, todas las paredes estaban recubiertas de exquisito pino barnizado. Frunció el ceño, ¿lo habrían ascendido? ¿Le habrían subido el sueldo? ¿Cuándo las había cambiado? Por alguna razón no conseguía recordarlo.

Al cabo de unos minutos se dio cuenta de que no estaba solo en el salón. Frente a él, había una mujer sentada en una silla curva de diseño, de amplia cabecera ergonómica y patas retorcidas; en ese mueble se había gastado el salario de un mes. Y ahora, en aquel

salón recubierto de madera, se le antojó deslucido, una silla obsoleta y culpable, fruto de un gasto impulsivo y de una moda que había desaparecido en pocas semanas. La mujer era Clara, su esposa. Llevaba unos zapatos de tacón nuevos, tornasolados con destellos rojos. Esos zapatos habían costado más que la silla.

Clara no lo miraba a él. Tenía un bebé en brazos, el mismo bebé que había nacido muerto y que la había matado a ella hacía cuatro años. Jeremías sintió crecer la rabia en su interior. Se desenrolló como un ovillo, como alambre de espino; se extendió alrededor de sus órganos internos, anudándose a ellos. Ahogó un grito. Ahora que el bebé estaba vivo, les tocaría pagar las multas y tasas por aquel hijo no programado, ¿y qué más gastos tendrían? ¿Cuánta ropa de diseño para el infante no deseado? ¿Cuántos impuestos en educación, cuánta inversión en alimento, juguetes y clases extracurriculares? Intentó mirar a los ojos a su esposa, quería ver en ellos culpabilidad, alguna señal de que reconocía su imprudencia. Los desembolsos sin sentido, el embarazo, la muerte en la clínica privada… los recuerdos se amontonaban y amenazaban con hacer que estallara de furia. Quería enfrentarse a sus ojos, sí, pero no los encontraba. Clara tenía la cabeza girada. Le mostraba el cuello, la nuca, su perfecto recogido de cabello castaño con reflejos caoba.

Se levantó y se acercó, con un movimiento brusco y torpe. Ella continuaba quieta, la criatura en brazos, dándole la espalda. Jeremías la aferró del hombro para obligarla a volverse y enseñarle sus arrepentidos ojos verdes. Pero, al voltear su torso, la cabeza permaneció inmóvil, de tal manera que seguía mirando el pasador negro de ébano de su recogido. Furioso, comenzó a zarandearla, pero permanecía virada, inalterable. Intentó rodearla, encararla desde el otro lado, pero, al moverse, el cuerpo en la silla rotó a su vez, mostrándole, obstinado, la parte de atrás de la cabeza. La tomó entre las manos y comenzó a rotarla, pero al hacerlo se giraba el cuerpo: el cuello y el pelo quedaban de nuevo en la misma posición, como una muñeca de cuello articulable. Jeremías gruñó y la apartó de sí de un empujón. La vio caer como un peso muerto, la cabeza aún ladeada, su rostro inalcanzable. De sus manos cayó el bebé. Oyó un crujido insoportable cuando la criatura entró en contacto con el suelo, como si en vez de carne y hueso se quebrara porcelana. Acto seguido, la cabeza reventó.

El ruido de la explosión fue una tortura en sí mismo: una especie de succión cruzada con el reventar de un globo. Le dio la impresión de que el tiempo transcurrido entre que la cabeza tocó el suelo y se produjo el estallido fue de varios segundos, tal vez minutos,

de terrible anticipación, de angustiosa espera. Intentó cerrar los ojos, pero estos se mantenían abiertos, sin parpadear, testigos del espectáculo. Aunque el cuerpo inerte de su mujer cubría gran parte de la escena, alcanzó a ver el líquido que corría bajo el tronco, una mezcla espantosa de sangre, grumos y masa encefálica. Y lo peor, sin duda lo peor, era el atisbo de movimiento que aún percibía en el cuerpo, ya descabezado, de la criatura.

No sin esfuerzo, consiguió darse la vuelta y dirigirse hacia la puerta. Solo había tres o cuatro pasos, pero sus piernas pesaban, se negaban a colaborar en la huida. Tras él oía como el bebé, armado tan solo con un cuerpo incompleto, se incorporaba y comenzaba a reptar. Resultaba inconcebible que aquella criatura pudiera gatear, cuando él había tardado eras en dar un solo paso. Agotado, incapaz de avanzar, se detuvo en seco. Recordó el pequeño féretro, junto al ataúd más grande de su esposa. Recordó los llantos en el funeral. Recordó que en su casa no había laminado de madera, ni costaba tanto llegar hasta las puertas. Recordó que los bebés no gatean cuando les revienta la cabeza. ¡Era un sueño! ¡Tenía que serlo! También recordó la cápsula, a la mujer de sonrisa lasciva. ¡Estaba dentro de un sueño de Garibaldi! Su respiración era trabajosa y su corazón parecía tener vida propia, separada de su voluntad. Jeremías había querido experimentar aquella pesadilla en sus propias carnes, pero ya había llegado el momento de salir de allí. Con cada nuevo sonido procedente de la criatura acéfala, más se aceleraba su corazón. Registró, alarmado, los archivos de su memoria en busca de la puerta de salida. ¡Mandrágora! ¡La palabra clave era mandrágora! Abrió la boca y la gritó, o más bien intentó gritarla, con la escasa fuerza de la que disponían sus pulmones. «¡Mandrágora, mandrágora, mandrágora!», Jeremías insistía, una y otra vez, conforme oía al niño, cada vez más cerca, que se arrastraba entre un charco de líquido espeso e indescriptible, sus manitas y rodillas chapoteando sobre el suelo viscoso.

El último pensamiento de Jeremías, antes de sentir los fríos y pegajosos dedos de su hijo alrededor del tobillo, justo por encima del calcetín, contra su piel desnuda, no fue la palabra «mandrágora». El último pensamiento de Jeremías fue, de hecho, una pregunta. Se preguntó si el infarto que estaba sufriendo en sueños estaría sufriéndolo también allí fuera, en la cabina de paneles de madera de imitación, en el local de alquiler de sueños. En la vida real.

SOÑAMOS PARA TI

–Le encanta el mar. No hay nada en este mundo que le guste tanto como el mar –decía el anciano–. Ni siquiera yo –murmuró, y, por primera vez desde que había llegado, asomó a sus labios algo semejante a una sonrisa–. Vivíamos junto a la bahía y casi todas las mañanas dábamos un paseo por la playa. Luego llegó la guerra y lo envenenó todo. Recuerdo como miraba las olas, como se le perdía la vista entre ellas… ¿Podría haber algo de eso? ¿Podría estar con ella dentro del sueño?

Ismael asintió.

–Sin problemas –le aseguró–. Es fácil hacer aparecer a las personas más cercanas al soñador. Mucho más si el escenario donde va a transcurrir el sueño es un lugar de vivencias comunes. –Sin darse cuenta estaba usando la misma jerga que empleaba su padre en esas mismas ocasiones. «El modo vendedor», lo llamaban, en broma.

Echó un vistazo a las notas que había tomado. No eran demasiadas: «Anciano agradable, con olor a naftalina. Te caería bien. Busca un sueño terapéutico básico para su mujer enferma. Un paseo al anochecer por la playa. Dice que le gustaría acompañarla». Se removió en la silla, le había temblado el pulso al escribir las últimas frases.

–¿Cuánto me costaría lo que llevamos hasta ahora? –preguntó el anciano.

–De momento es un sueño de una única escena y le cobraríamos tarifa reducida. ¿Quiere añadir algún detalle más?

El anciano negó con la cabeza.

–Con eso bastará. Lo que quiero es que ella lo pase bien. Quiero que lo disfrute. Que parezca real… –Se le estranguló la voz al decir aquello.

–Lo parecerá y lo disfrutará –le aseguró Ismael con una sonrisa–. Nuestros sueños están cien por cien garantizados. –«O todo lo garantizada que pueda estar una actividad ilegal», pensó para sí–. Mi padre lo programará esta tarde y podrá usted venir a buscarlo mañana a primera hora, ¿de acuerdo?

El anciano afirmó que así sería y se despidió de manera educada. Ismael lo siguió con la mirada mientras se marchaba: caminaba despacio, como si cada paso le supusiera un gran esfuerzo. Y ese andar agotado no tenía nada que ver con la edad; su padre había caminado del mismo modo tras la muerte de su madre; de hecho, seguía haciéndolo. Al mismo tiempo que el anciano salía de la tienda, el griterío del mercado se coló dentro y se impuso al frenético tictac de los relojes que abarrotaban el local. Una vez que la puerta se cerró, la escandalera de fuera quedó silenciada. Ismael volvió a mirar las notas que había tomado. Suspiró, arrugó el papel y lo tiró a la papelera.

Se pasó una mano por el pelo. Los relojes continuaban con su monótono soniquete; estos no solo podían encontrarse en la tienda, se repartían por todos los rincones de la casa, de la que también formaba parte la relojería. A Ismael nunca le había molestado su ruido; hasta hacía bien poco, le había resultado consolador escucharlo. Cuando era niño y algo lo asustaba, su madre le pedía que prestara atención a esos tics y tacs, a esa melodía básica de dos movimientos que llegaba de todas partes a un tiempo.

–¿Oyes eso? –le preguntaba–. Son los latidos de los corazones del ejército que cuida de ti. Aquí estás a salvo, Ismael. Los relojes nunca permitirán que te pase nada malo.

Pero no habían podido protegerla a ella. Su madre había muerto unos meses atrás en un estúpido accidente ferroviario: un vagón de un tren ligero descarriló por ir demasiado rápido y se precipitó al vacío. Ella ni siquiera iba en ese tren, solo estaba bajo las vías, de camino al mercado. Y, de pronto, su padre y él se habían quedado solos, abandonados en un mundo irreal, hecho de ausencia y pena. Y aunque el sonido de los relojes seguía sin molestarlo, ya no lo consolaba; al contrario, si les prestaba demasiada atención lo embargaba una tristeza desoladora.

Salió del mostrador, puso el cartel de CERRADO en la puerta y tecleó el código de seguridad que protegía el local. Era una tienda pequeña, con cientos de relojes antiguos de todo tipo repartidos por vitrinas y estantes. Había relojes de pared, de pulsera, de cadena… cientos de ellos, todos en marcha y todos marcando horas diferentes; hasta se podía ver una réplica en escala de la torre del Big Ben en una esquina. Su abuelo había sido un ávido coleccionista de cualquier artilugio ideado para medir el tiempo y, a su muerte, su colección había pasado a su padre. En ella había verdaderas joyas, pero, a pesar de lo que pudiera parecer aquella relojería, no era una tienda al uso, era una tapadera; allí lo que se expendía en realidad eran sueños, sueños ilegales. Sueños que su padre, uno de los más reputados artesanos oníricos de la ciudad, programaba y vendía

desde hacía años. «Soñamos para ti»: ese había sido el lema del negocio hasta que, tras la epidemia onírica provocada por Armind Zola, el Gobierno prohibió la artesanía del sueño y se vieron forzados a pasar a la clandestinidad.

Ismael apagó las luces y entró en las dependencias habitadas a través del diminuto almacén de la relojería. Era una casa vieja, de suelo y paredes de plástico desvencijado y metacrilato, enterrada en los bajos de uno de los grandes rascacielos de Ciudad Resurrección. El piso crujía bajo sus pies y, a veces, toda la estructura temblaba y retumbaba marcando el paso de los grandes trenes que circulaban en las alturas. Accionó el interruptor del pasillo y, bajo la luz parpadeante de las bombillas, se acercó a la puerta de la habitación de su padre. No se había molestado en cerrarla y pudo verlo, tumbado en ropa interior en la cama, la cabeza oculta por un casco onírico trucado, un aparato obsoleto manipulado hasta convertirse en una verdadera bomba tecnológica. Se le encogió el corazón al verlo así. Su padre siempre había despreciado a los adictos al sueño, a aquellos que preferían vivir recluidos en un mundo onírico que en la realidad, pero la muerte de su madre lo había convertido en aquello que tanto odiaba. El tiempo que no pasaba dormido lo pasaba trabajando en sueños donde recordar a su madre; por enésima vez, se dijo a sí mismo que pronto encontraría el valor necesario para enfrentarse a él e intentar traerlo de vuelta a la realidad. Pero no sería hoy.

Además, de manera incongruente, se sentía culpable por no estar tan afectado por la pérdida como su padre. Seguía echándola en falta, por supuesto, y tenía la impresión de que continuaría siendo así durante el resto de su vida, pero aquel dolor terrible, aquel vacío que le había taladrado las entrañas durante las primeras semanas, se había suavizado, o, quizá, se había acostumbrado a él. Y por eso no podía dejar de preguntarse si acaso la había querido menos que su padre.

Cerró la puerta de la habitación, negó con la cabeza y entró en el taller de sueños. Era un diminuto cubículo con un escritorio y una pequeña silla en su centro, rodeados ambos de un caos de monitores, cables, teclados y los más diversos periféricos. Ismael se sentó ante el monitor principal, lo encendió y comenzó a trabajar. Lo primero que hizo fue acceder a la biblioteca de sueños. Era una copia pirata de la biblioteca oficial del Departamento de Descanso y Bienestar. Abrió el buscador y comenzó a pensar qué elementos usar mientras escribía, a velocidad de vértigo, el código básico del programa.

Ismael había heredado de su padre no solo el pelo moreno revuelto y la nariz prominente, también la facilidad para programar sueños. Era un artesano onírico nato,

tanto que, a pesar de tener solo quince años, ya había ayudado a su padre en encargos de alto nivel.

Ismael era hijo de su época, un hijo de la revolución onírica. Esta había surgido en los últimos compases de la guerra que había asolado el planeta durante tantos años; en un principio la investigación se había centrado en conseguir soldados perfectos, hombres y mujeres siempre alertas que jamás necesitaran dormir. Cuando la guerra terminó, la revolución comenzó a extenderse a la población civil. El primer núcleo urbano con red onírica propia había sido Ciudad Resurrección, no en vano había sido en uno de los acuartelamientos de la ciudad donde se había comenzado a experimentar con la nueva tecnología. A día de hoy, se estimaba que un ochenta y cinco por ciento de la población de la ciudad se conectaba de manera esporádica a la nube de sueños generada por el Departamento de Descanso y Bienestar, la red onírica escaneaba sus cerebros y les regalaba un sueño corto, creado de forma específica para cada individuo, que recargaba sus pilas de manera absoluta. En Ciudad Resurrección eran muy pocos los que dormían ya de forma natural, ¿por qué hacerlo? ¿Por qué desconectar la mente durante ocho valiosas horas cuando, gracias a la tecnología, bastaba una hora de sueño inducido cada día para mantenerse en condiciones óptimas?

Ismael se centró en el trabajo.

Una vez perfilados los cimientos del sueño, fue añadiendo los patrones que descargaba de la biblioteca del Departamento de Descanso y Bienestar: playa, arena, nubes, brisa, gaviotas, olor a sal, crepúsculo, estrellas… Le llevó un buen rato seleccionar los elementos que iban a aparecer en escena, unos eran comunes y generales, otros, escritos por él, activarían los centros de memoria del soñador para que fuera este quien los integrara en el resultado final. Ismael compiló y ensambló, depuró códigos…

Como siempre que programaba sueños, el mundo a su alrededor fue desvaneciéndose, se convirtió en simple ruido de fondo, un lugar lejano al que apenas lo unían lazos. Cuando quiso darse cuenta ya había pasado una hora y media y tenía terminado el primer bosquejo. Recordó el día en que estuvo más de doce horas en aquella misma habitación, sumido de lleno en la construcción de un mundo fantástico poblado de dragones inteligentes en guerra constante contra hechiceros humanos. Fue su padre quien lo obligó a parar y, cuando apartó la mirada del monitor para mirarlo, durante un segundo no fue capaz de reconocerlo.

Introdujo un dispositivo de memoria en el puerto de la computadora y cargó el boceto del sueño en él. Tenía que comprobar que era funcional, y el modo más seguro de hacerlo era probarlo consigo mismo. A continuación, buscó una diadema de pruebas entre el desorden de aparatos de la mesa. Se la ciñó a la frente, sacó el dispositivo de memoria del ordenador y lo introdujo en el puerto de la diadema. Al momento, el sueño se descargó en su cerebro.

Se quedó dormido al instante y, al instante también, comenzó a soñar. Nada más cerrar los ojos en el mundo real los abrió en el generado por el sueño. La escena apareció de golpe, sin transiciones ni fluctuación alguna. Estaba encarado hacia el mar y la vista arrebataba el aliento. Era de un portentoso azul oscuro, salpicado por las líneas paralelas de las olas que se aproximaban a la playa. En nada se parecía aquel lugar a la bahía real, ahora pasto de las ruinas y la contaminación. Sobre él se extendía el cielo, un incendio de tonos rojos y anaranjados demasiado recargado para su gusto, tendría que suavizarlo. En lo alto, las nubes se desplazaban hacia el este con parsimonia. Una en particular, con forma de mariposa, avanzaba más rápido que las demás, como si viajara en brazos de un viento diferente.

Estaba descalzo en el sueño, con los pies medio hundidos en la arena. Había alguien a su lado, mirando también al mar. Notaba su cercanía, su calor, hasta alcanzaba a oír su respiración sosegada. Ese elemento en cuestión no estaba entresacado de la biblioteca, ese elemento procedía de su mente, del mismo modo en que sería la mente del soñador la que lo integraría en su sueño a partir de sus propios recuerdos.

–¿No vas a decirme nada? –dijo la presencia junto a él. Era la voz de su madre. No podía ser nadie más. El patrón que había programado estaba preparado para buscar a la persona más cercana al sujeto–. ¿No vas a mirarme siquiera?

Lo hizo, por supuesto. Y verla ahí, tal como la recordaba, radiante, hizo que se estremeciera. Entonces comprendió qué era lo que llevaba a su padre a buscarla una y otra vez en sueños.

–Eres una proyección de mi subconsciente –dijo él. Tenía que decirlo en voz alta para exorcizar el maremágnum de sentimientos que lo asaltaba–. Lo sabes, ¿verdad?

–Soy más que eso –contestó ella–. Soy lo que has perdido. Pero también soy lo que has tenido. No lo olvides nunca. –Los ojos oscuros de su madre lo contemplaban con un cariño infinito.

–Te echo de menos. –Ismael tenía un nudo en la garganta.

–Si no fuera así, ¿qué clase de hijo serías?

–Pero también echo de menos a papá. Y no sé qué hacer.

–Haz que vuelva –le instó ella con una sonrisa–. No puede hacerlo solo. Se ha perdido muy lejos de aquí y tendrás que ayudarlo a… –Calló de repente. La brisa agitó su cabello rubio e hizo ondear su blusa. Entrecerró los ojos–. Algo está mal en este sueño –anunció–. ¿Lo notas? Algo ajeno. Y crece por momentos. Viene hacia nosotros.

Ismael negó con la cabeza. Era imposible que un elemento extraño se hubiera introducido en el programa. El entorno era seguro por completo, pero era su subconsciente el que estaba hablando.

–Está todo controlado –dijo–. Estamos en el bosquejo de un sueño simple, apenas tiene líneas de código. No puede… –Fue entonces cuando la vio. Una mariposa volaba sobre las olas, una mariposa de alas iridiscentes que se aproximaba hacia él con una languidez extraña, cansada. Aún estaba lejos, pero por la magia de los sueños era capaz de verla en todos sus detalles. No podía ser. Él no había implementado mariposas. Y de haberlo hecho no las habría puesto a volar a tal distancia de la costa. ¿Qué sentido tenía eso?

Recordó la nube que había visto deambular en el cielo y la buscó con la mirada. No la encontró.

La mariposa se acercaba despacio sobre las aguas, perfecta, hermosa. Las sombras a su alrededor vibraron levemente, como si algo estuviera dibujando en la noche con un color más oscuro que el negro. Y, de pronto, la mariposa se convirtió en un colgante de plata en el cuello de alguien que caminaba sobre las aguas. Una figura humana se había materializado desde la nada. Ismael retrocedió un paso, incrédulo. Del horizonte brotó la curva del sol. El sueño pasaba, sin solución de continuidad, del crepúsculo al amanecer.

Era una joven quien se aproximaba, una joven morena, de tez pálida. Al verla llegar, todas sus dudas, todos sus miedos, se desvanecieron.

En aquella muchacha no había nada de peculiar, pero aun así, aun así…

Era ella. No, era todas ellas. Todas las chicas a las que había mirado y admirado a lo largo de su vida. Era Isabella, la compañera de clase a la que durante meses había amado en silencio, en secreto. Era Laura, la hija del zapatero, que una tarde, jugando a juegos que no terminaban de comprender, lo besó en los labios. Era Maddie y Ariadna. Era Saffron. Era Celia. Era Sara… Era todas las mujeres que podían aguardarlo en el futuro; todos los escalofríos, todo el amor y todo el deseo por venir; todo eso contenido,

absolutamente todo, en un cuerpo pequeño, frágil, perfecto en su imperfección… Aquella muchacha le hizo olvidar que, junto a él, estaba su madre muerta.

La joven dejó de caminar por el mar para hacerlo por la playa. Y seguía acercándose y no había otra cosa que él deseara más. Necesitaba tenerla frente a frente, necesitaba mirarla a los ojos y comprobar que era real. Al fin, tras una angustiosa espera, la tuvo a un paso de distancia. Era más baja que él, pero aun así su presencia lo eclipsaba.

–¿Quién eres? –preguntó Ismael.

–Sálvame –le pidió ella. En su voz había tanta angustia, tanto miedo, que él estuvo a punto de gritar–. Por favor, por todo lo que quieras, por todo lo que ames… No me dejes aquí, no me dejes en esta oscuridad. Sálvame.

–Yo… –Negó con la cabeza, no comprendía nada–. ¿Salvarte? ¿De qué? ¿De quién? Dime cómo y lo haré. Tan solo dime cómo.

Pero la joven no contestó a sus preguntas. En cambio, hizo algo milagroso, algo que nunca en su vida (aunque esta fuera tan larga que se pudiera llegar a confundir con la eternidad) iba a olvidar.

Lo besó.

EL MELOCOTÓN NO ES UN COLOR

En el mismo instante en que sus labios se rozaron, Anna supo que algo no iba bien. El aroma, parecido a las frambuesas, era demasiado vívido, demasiado real. Los mechones de cabello azabache que caían alrededor de su rostro acariciaban, de manera íntima, casi incómoda, una piel poco acostumbrada al contacto físico. Aquella presencia, aquel calor, todo era sobresaliente en un entorno al que ya se había acostumbrado en sus sueños habituales, un entorno que solía ser aséptico y frío, casi mecánico.

El sueño había empezado de un modo que ya le era familiar, diseñado con toda probabilidad para liberar el estrés acumulado por su próximo examen. Había soñado que se hallaba en el aula, ese horrible lugar al que la obligaban a ir dos veces por semana, en aras de lo que su madre denominaba «una educación social». Estaba rodeada de otros alumnos que acudían a examinarse, lo cual era extraño, ya que por lo general las pruebas las realizaba de manera individual con un tutor virtual, pero los sueños tendían a entremezclar situaciones y entornos por razones de economía de espacio y tiempo. Las filas de pupitres, alineadas a la perfección y repletas de adolescentes de todo tipo y tamaño, la cercaban, y reconoció en una de ellas a varios de sus compañeros habituales. Sammy, su mejor amigo, también estaba allí. Era pequeño y bajito, con la piel clara salpicada de diminutas pecas y una media sonrisa, dispuesta a convertirse en carcajada a la menor ocasión; eso sí, su habitual cabello rojizo aparecía en esta escena teñido de un desagradable tono verdoso. Y como en todos los sueños diseñados para rebajar la desazón de la vida real, aparecerían elementos asfixiantes o embarazosos, de eso podía estar segura. Anna se examinó a fondo. ¿Zapatillas de andar por casa? No, esta vez sus pies andaban cómodos en sus zapatos favoritos. ¿Iba sin camiseta, en ropa interior o desnuda? No, iba bien protegida, con un agradable vestido suelto de color melocotón que

le llegaba hasta las rodillas. Casi podía oír la voz de Sammy de fondo, «el melocotón no es un color, es una fruta».

El elemento angustioso sería, por supuesto, el propio examen. En este tipo de sueño, Anna no habría estudiado suficiente, o las preguntas carecerían de sentido, o harían referencia a contenidos que no había llegado a aprender. La pantalla parpadearía, insistente, empeñada en mostrarle ecuaciones de imposible resolución, apartados a desarrollar sobre temas extraños de los que nunca había oído; o la engañaría con preguntas de apariencia fácil ante las que se quedaría en blanco. Pero en este sueño no, en este sueño el examen era justo lo esperado y Anna sonrió; a veces los sueños podían ser tan predecibles y repetitivos que las variaciones eran de agradecer. Se sentó. Junto a su pupitre había una ventana. Por ella, cómo no, se veían niños jugando, niños que se lanzaban una pelota que representaba la libertad y la diversión que a ella en esos momentos le negaban. El cielo, de un azul demasiado intenso, demasiado irreal, estaba decorado con perfectos cumulonimbos suaves y algodonosos. Hasta había una nube que, mirada de soslayo, parecía una mariposa.

En el sueño, Anna comenzó a contestar a las preguntas para las que llevaba preparándose las últimas dos semanas. Sabía que ese ejercicio la ayudaría a enfrentarse, más adelante, a la prueba real, que eliminaría cualquier rastro de preocupación o nerviosismo que pudiera afectar a su productividad. Leyó con atención la primera pregunta que aparecía en la pantalla táctil, incrustada en el propio mueble:

«¿Cuáles fueron los orígenes de la revolución onírica?».

Anna suspiró. Esta se la sabía de arriba abajo y en diagonal, pero era larga y pesada.

«Veamos», se dijo, y comenzó a marcar palabras en el teclado digital que apareció en la propia pantalla.

«La revolución onírica tiene sus orígenes en la guerra de Sistemas, ya avanzado el Segundo Periodo. El Gobierno de la Octava Fundación había desarrollado una tecnología del sueño que permitía que sus soldados no tuvieran que dormir. Utilizando una versión muy arcaica de lo que hoy conocemos como Oniro-Max, se les inyectaban nanobots que ayudaban al cerebro a obtener en apenas diez minutos el mismo reposo que antiguamente nos concedía una noche entera de descanso. Aunque al principio estos soldados parecían responder muy bien a este tipo de tratamiento, pronto comenzaron a exhibir un comportamiento errático, producto de una extraña ansiedad que los científicos no podían explicarse. Con el tiempo, dieron con el problema: el ser humano puede llegar

a no dormir, pero necesita soñar. Fue entonces cuando comenzó la auténtica revolución. Se descubrió cómo estimular las neuronas con descargas mínimas y cócteles químicos para generar sueños y, una vez conseguido eso, no se tardó demasiado en comenzar a modelarlos, a crear ejecutables capaces de hacer soñar al sujeto lo que a uno se le antojara.»

Juntó las manos bajo la barbilla. Aquello era muy aburrido. Cualquier niño de secundaria conocía esa historia. Decidió hacerla más interesante:

«No obstante, todo se fue al traste con la invasión de los Pollos Intergalácticos. Estos curiosos alienígenas con forma de gallina clásica se alimentaban de violines, y acabaron con nuestros suministros en apenas un par de días. Los seres humanos fuimos obligados a construir grandes fábricas y a fabricar violines día y noche y entonces…».

Y entonces fue cuando apareció la mujer de dos cabezas.

Iba vestida con el uniforme típico de examinadora, con una falda azul plisada y una blusa blanca de cierre oriental, solo que el cuello estaba retorcido y forzado, a punto de reventar bajo la presión de su testa doble. Una de las cabezas era más pequeña que la otra y la observaba con diminutos y agudos ojillos rojos; la otra parecía distraída, adormilada, y estaba desproporcionada con relación a su cuerpo. Se bamboleaba, enorme, sobre un cuello a punto de quebrarse. «Vaya –pensó Anna–, hoy toca pesadilla.»

Antes de darse cuenta, estaba corriendo. «Esto es estúpido –se dijo–, ni siquiera sé si pretende hacerme daño.» Corría a grandes zancadas, enormes saltos que la hacían avanzar veloz por un larguísimo pasillo que salía del aula. Oía detrás un taconeo insistente, el sonido de zapatos altos que se acercaban, zapatos que pertenecían sin duda a la examinadora bicéfala. Aunque Anna se alejaba a gran celeridad, podía escuchar la voz de la mujer tras ella, o más bien las voces, que hablaban con una ligera desincronización. Las dos cabezas decían las mismas palabras, pero con medio segundo de diferencia, lo que producía un eco perturbador. «¡Señorita Travaglini! –gritaba, desparejada, a una sola pero desacompasada voz–, ¡vuelva aquí de inmediato!» Pero Anna seguía corriendo, durante lo que parecía un tiempo interminable, en una agónica maratón en la que el pasillo parecía estar siempre a punto de acabar, pero no llegaba a concluir nunca. El taconeo no se detenía, la perseguía con ritmos variados, a veces a punto de atraparla, a veces lejano, casi inaudible. Sabía que era un sueño, pero eso no ayudaba. Y empezaba a dudar. Tenía que serlo, una mujer de dos cabezas no podía ser

real, ¿no? Sabía que tras la guerra habían surgido mutaciones, sí, pero ninguna tan extrema.

Cuando comenzaba a preguntarse en serio si aquella situación ridícula podría estar sucediendo en la vida real, se dio cuenta de que las voces eran más que familiares. «Es la voz de mamá», se dijo, turbada. Sus dos tonos, aquel que utilizaba cuando estaba enfadada: cortante, helado; y aquel otro que usaba cuando tenían visita: aterciopelado, casi de azúcar. Fue entonces cuando comenzó a sentir miedo de verdad, un miedo grave y profundo aderezado de náusea. Las zancadas se volvieron más amplias y tropezaba en ocasiones, enredada entre sus propias piernas. Para ser un sueño, resultaba bastante doloroso dar con las rodillas en el suelo de cemento. El pasillo no terminaba; cada vez se hacía menos civilizado, menos reluciente y limpio, y el firme cada vez más rugoso y áspero. Las paredes habían pasado de estar forradas de brillantes azulejos a ser poco más que hormigón armado. El camino se volvía tortuoso, y a Anna le dolía un codo de la última caída; sabía que si miraba estaría despellejado, del mismo modo que sabía que si volvía la vista atrás encontraría al monstruo que la perseguía, gritando a destiempo con aquellas voces conocidas. Se lo imaginaba corriendo tras ella, a cortos pero rápidos pasos sobre los tacones de aguja, con su conjunto de corte impecable, la cabeza gigante que chocaba al avanzar con la pequeña, las bocas que se abrían y cerraban casi a la par. «¡Señorita Travaglini, no me ha entregado su examen! ¡Señorita Travaglini, no ha recogido su habitación! Anna, ¿es que no te has mirado al espejo cuando te has vestido esta mañana?»

«Soy un caso de manual –casi rió Anna–; estoy manifestando en forma de monstruo mi relación con mi madre.» Era patético, pero ella no podía dejar de correr. «Huyo de su desaprobación», pensaba, pero racionalizarlo no la ayudaba a escapar, y detenerse y enfrentarse a su perseguidora se le antojaba imposible, no era digno de consideración. Sería devorada, despedazada, el monstruo masticaría y escupiría sus huesos. No tenía que mirar de nuevo al engendro para saber que la cabeza grande tendría dientes inmensos, afilados, diseñados para triturar a hijas torpes y decepcionantes.

Justo cuando el pasillo comenzaba a lanzarle obstáculos en forma de socavones y baches bajo los pies, justo cuando sus traspiés parecían multiplicarse, vio la puerta. Era pequeña, de madera, pintada de rojo. Estaba entreabierta, parecía esperarla a un lado del pasillo, apenas a unos pasos de distancia. Sin preguntarse de dónde había salido, Anna hizo un último esfuerzo y se agarró con fuerza del delicado picaporte de bronce. Casi

trastabilló de nuevo al arquear su cuerpo hacia dentro, en un desafío a las leyes de la física y a la fuerza de la gravedad. Curvó su cadera hasta límites insospechados para introducir una pierna en el umbral, tomar apoyo, saltar y hacer pasar el resto de sí misma por la puerta. Por unos instantes se sintió de plastilina, percibió como se alargaba y extendía con increíble flexibilidad hacia otro recinto, hacia cualquier lugar que la alejara de las insistentes voces que ahora gritaban de manera repetida su nombre. Por fin lo consiguió y cerró tras de sí la puerta con fuerza. Se volvió de manera abrupta y casi chocó con la chica morena.

Lo primero que pensó Anna fue que aquella desconocida era la persona más hermosa que había visto nunca. Lo cual era un pensamiento un tanto extraño, porque no había nada bello en especial en ella. Estaba demasiado pálida, hasta el punto de parecer demacrada, con ojeras debajo de unos ojos grandes y redondos de un color chocolate bastante común, algo salientes, que le conferían una apariencia constante de asombro. Su nariz era delgada, larga y atrevida, y terminaba en una punta respingona, casi de duende, demasiado protuberante para su boca, pequeña pero carnosa. La barbilla parecía alinearse con la nariz y apuntaba, puntiaguda, hacia abajo, en dirección a un cuello largo, esbelto, que se sostenía sobre un cuerpo de apariencia frágil, de hombros pequeños y cintura estrecha. La aparente delicadeza se desmontaba al llegar al pecho, generoso, y a las caderas, amplias. Una parte de Anna que se parecía un poco al monstruo de las dos cabezas susurraba «tiene las piernas demasiado cortas», pero otra, que solo podía venir de sus propias entrañas, gritaba de forma ensordecedora: «Es la persona más hermosa que he visto nunca».

La chica morena tomó a Anna de la mano. La sutileza de su contacto, la suavidad de sus dedos, la sorprendieron. «Creo que jamás he tocado algo así.» Era mejor que la seda trabajada que cubría la cama de su madre, la de aquel cobertor que había costado una pequeña fortuna; mejor que la pelusa del gato de su amiga Irene. Era una de las cosas que más deseaba en el mundo, tener un gato, pero su madre no quería oír ni hablar de meter animales en casa. Mirándola bien, la chica morena tenía un deje felino, con su movimiento lánguido y sus miembros delgados. Iba vestida con una blusa ajustada que dejaba entrever su escote abundante, sobre el que se balanceaba un colgante plateado en forma de mariposa. «Ponle un cascabel y ya tienes tu gato», canturrearon las voces en su cabeza.

Pero ahora era tiempo de escapar. La chica morena tiró de Anna y la arrastró consigo. Frente a ellas, esperaba un inmenso lago de aguas verdes y viscosas, más bien un pantano. A Anna le pareció oír el croar de una rana, y grandes nenúfares se posaban, en distintos tonos de verde, sobre la superficie; inmensos sauces llorones bordeaban la orilla. Anna comprobó sorprendida que se hallaban ahora al aire libre, con un cielo grisáceo y húmedo sobre sus cabezas, rodeadas de una fina neblina que casi podía considerarse llovizna. Al final del lago, en su horizonte, se divisaba una pequeña isla, tan verde como el agua que la circundaba.

–¿Tenemos que llegar hasta allí? –preguntó, aunque ya sabía que aquello estaba escrito, que solo podían huir hacia delante.

La chica morena sonrió como toda respuesta. Anna era buena nadadora, pero aquellas aguas turbias, estancadas, amenazaban con estar infestadas de bichos. Suspirando, se quitó los zapatos, que a pesar de la maratón anterior aparecían relucientes, ilesos. Sería una lástima dejarlos allí, en la orilla; eran sus zapatos favoritos. Pensó en quitarse también el vestido, pero un extraño pudor la hizo dudar unos segundos, los justos para ver como su compañera se introducía, blusa y pantalones cortos incluidos, en el agua. Se dio la vuelta y le hizo un ademán para que la siguiera.

Una vez dentro del lago, la sensación de asco se redujo poco a poco. Anna buceaba y sus ojos resistían sin problema la exposición al agua. Apenas se veía dentro del espeso líquido verdoso, pero podía percibir la figura que se movía, ágil como una graciosa criatura anfibia, justo delante; al igual que vislumbraba, durante escasos segundos, otras formas, sinuosas y oscuras, que pasaban cerca de ambas. A veces la asustaban, pero solo tenía que acercarse más a su guía para sentirse a salvo; había algo en la chica morena que proporcionaba tranquilidad, cierto aire de poder sosegado que transmitía confianza. Y, a pesar del tamaño que parecía tener el lago visto desde el exterior, solo necesitaron unos minutos para llegar al islote. Se agarró a los salientes de piedra húmeda para subir por el barranco que conducía a tierra.

La isla era pequeña, de unos cien metros cuadrados. La tierra olía a lluvia y estaba cubierta de un fino césped que acariciaba sus pies conforme avanzaban hacia el centro del terreno. Anna se dio cuenta de que tanto ella como la otra joven se habían secado por completo, como si nunca se hubiesen sumergido en aquel líquido turbio, como si hubieran tenido tiempo de regresar a sus casas para ducharse, lavar la ropa, secarla y ponérsela de nuevo. La chica morena caminaba delante, se movía con seguridad hacia el

único elemento discordante del islote, un banco de hierro forjado, pintado de blanco, compuesto de enrevesadas y atractivas formas, retorcidas entre ellas para formar el asiento y el respaldo, con dos elegantes reposabrazos en los extremos. No mostraba señales de herrumbre ni de envejecimiento, a pesar de la humedad y del agua que corría a su alrededor. Parecía un banco arquetípico, el principio de todos los bancos, un asiento impecable que estaba esperándola. La chica morena señaló hacia él. Al mover su brazo, en un gesto elegante y fluido, pequeñas mariposas crecieron de su mano y se desligaron, poco a poco, de sus dedos, para alzar el vuelo tras unos segundos de titubeo. Anna parpadeó. Era un sueño, y lo sabía, pero aún era capaz de desconcertarla.

–¿Quieres que me siente? –preguntó Anna. Su voz sonaba extraña, temblorosa, diferente.

La chica morena asintió. No parecía muy charlatana. «A lo mejor no puede hablar –pensó Anna–; a lo mejor es muda». Le demostró que se equivocaba cuando una voz relajada y afable salió de sus labios:

–¿Qué recordarás de este sueño, Anna? Cuando despiertes, luego, ¿con qué imágenes y sensaciones te quedarás? ¿Recordarás el monstruo, recordarás el pantano, recordarás el banco?

Anna, sorprendida por la aparición de la voz, y más por la naturaleza de la pregunta, dudó antes de contestar.

–No lo sé, con los sueños nunca se sabe. A veces te quedas solo con lo más importante, con lo más llamativo.

–Entonces recuerda esto.

La chica morena, sentada a su lado, tomó su rostro entre las manos y la besó. Durante unos instantes a Anna se le nubló la cabeza, no había nada más allí dentro que la sensación eléctrica de aquellos labios sobre los suyos, la humedad de su boca entreabierta sobre la suya. No había pantano, no había lago, no había monstruo, no había examen, no había mundo, ni dentro ni fuera del sueño. Solo quedaba aquel cuerpo pegado al suyo, el aroma a frambuesa de su cabello, el tintineo de la mariposa plateada, el calor de las manos que bajaban de las mejillas al cuello.

Y Anna despertó.

INTERLUDIO:
EDGAR SALOMON

El biplaza dio un exagerado bandazo hacia la izquierda y otro igual de brusco hacia la derecha antes de conseguir alzarse de la plataforma de anclaje de la torre del Departamento de Seguridad. Durante unos momentos, el aparato pareció indeciso entre terminar de remontar el vuelo o caer en picado sobre la calle aérea que tenía debajo. Por suerte para sus dos ocupantes, finalmente se decantó por la primera opción. Edgar, aferrándose con todas sus fuerzas al cinturón de seguridad, vio como la plataforma acristalada y la gente que iba y venía por ella se alejaban de su vista. El aeromóvil puso rumbo al este entre los túneles de transporte y los puentes que comunicaban entre sí las doscientas torres de la ciudad. El vehículo daba tales sacudidas que a Edgar no lo habría sorprendido que se deshiciera en pleno vuelo.

–Si vas a vomitar, tienes una bolsa en la guantera –masculló el teniente Mejía a su lado, un hombre delgado y pálido. Tenía unos ojos minúsculos, demasiado pequeños para su cara, lo que le otorgaba un perpetuo aire suspicaz–. Pero procura no salpicar, por favor, acaban de limpiar la tapicería.

Edgar replicó con un gruñido.

No era un buen día. Nunca lo eran, bien lo sabía él. No recordaba cuándo había sido la última vez que había tenido un buen día. Su mal humor era algo congénito, tan inherente a su persona como los ojos castaños, el pelo moreno o la acidez de estómago. Aquella salida le daba mala espina. Lo único que le habían adelantado era que había un cadáver de por medio. Y que iban a necesitar equipos antirradiación.

Mejía, a los mandos del biplaza, siguió pilotando entre los cortinajes de lluvia sucia, tan espesos que a veces costaba distinguir los túneles y pasajes de las torres, a pesar de las señales luminosas de estos y las luces encendidas del vehículo. Edgar apoyó la

cabeza contra el cristal de la carlinga y se dejó mecer por la vibración del mismo. Amanecía en la ciudad, un amanecer grasiento y encharcado, un amanecer correoso que se vertía por las fachadas de las torres como si fuera fango. El aeromóvil, tras el enésimo bandazo, comenzó a descender entre agua turbia y bancadas de niebla. Los niveles inferiores de la ciudad pronto quedaron a la vista. Fue como asomarse de pronto a un mundo diferente por completo del que venían, casi terreno alienígena en comparación. En las alturas todo estaba ordenado al milímetro; allí abajo, en cambio, todo era caos. En las calles se hacinaban más de un millón de personas; los más afortunados habitaban los pisos bajos de las torres, pero a la mayor parte de ellos no le quedaba más remedio que vivir en el descomunal campo de refugiados que se esparcía por las carreteras y las aceras, un colorido circo de pabellones y tiendas de campaña que tomaba lo que en otro tiempo había sido territorio de viandantes y vehículos terrestres.

El biplaza dejó atrás la última línea de edificios y se acercó, ya decelerando, al cinturón industrial que rodeaba la ciudad. Las fábricas eran estructuras sombrías de aspecto irreal que compartían espacio con invernaderos y grandiosos molinos de viento. Entre ellos resaltaba una de las estaciones repetidoras que traían la nube onírica hasta la ciudad: una alta estructura metálica, con un aspecto a medio camino entre las antiguas plataformas petrolíferas y la legendaria torre Eiffel de París; había otras tres torres como aquella en la periferia de la ciudad y una cuarta en construcción en la zona oeste para intentar cubrir las necesidades de una población cada vez más conectada a la red de sueños. Al poco tiempo de dejarla atrás, el contador Geiger de muñeca de Edgar se iluminó. El de Mejía también lo hizo, por supuesto, y el hombrecillo le dedicó una mirada lúgubre, como si aquel pequeño dispositivo estuviera anunciando su inminente muerte. Los datos en pantalla indicaban que la radiación iba en aumento, aunque todavía se mantenía en niveles tolerables, nada que no pudiera compensar el aislante del vehículo y de sus propias ropas. Nada que ver con lo que se podía encontrar más allá. El Departamento de Recuperación del Espacio se desvivía con las nuevas técnicas de descontaminación, pero aun así se tardarían décadas, siglos quizá, en revertir a la situación anterior a la guerra.

Esta había puesto a la humanidad ante el abismo y solo un repentino rapto de cordura y sentido común había conseguido evitar que todo saltara por los aires. Edgar Salomon había nacido el mismo día en que Occidente declaró la guerra a Oriente, había sido un niño profético, un niño marcado por la guerra desde su primer llanto. Su infancia, como

la de tantos otros, había estado acompañada por el sonido de las alarmas antiaéreas, el continuo ir y venir de tropas y los resplandores de las explosiones. Al menos ambos bandos habían respetado los tratados y no habían bombardeado núcleos importantes de población. No quería ni imaginar qué habría sucedido si una bomba sucia hubiera caído en una de las grandes ciudades.

El vertedero que era el destino de su viaje apareció ante sus ojos tras sobrevolar una fábrica con aspecto de nave espacial venida a menos, rodeada por un lago de escoria en llamas. Las montañas de basura y escombros salieron a su encuentro, sombras informes entre fumarolas de humo y fogatas a medio consumir. A Edgar aquel lugar siempre le hacía pensar en un gran cementerio donde iban a morir criaturas portentosas, engendros gigantescos hechos de chatarra y basura que dejaban sus cadáveres diseminados por todo el lugar. En la linde del basurero se podía ver el brillo de dos reflectores y a varias siluetas que deambulaban alrededor. Hacia allí se dirigió Mejía, mientras miraba con creciente aprensión su contador Geiger. Aun así, el aterrizaje fue perfecto, de una suavidad sorprendente, como si el biplaza, conocedor de su fragilidad, estuviera deseando regresar a terreno firme.

Dos personas se aproximaron al vehículo una vez que este tomó tierra; sus uniformes los identificaban como agentes del Departamento de Seguridad. Uno de ellos, un hombre desgarbado de una altura considerable, se adelantó para recibirlos cuando salieron del biplaza mientras su compañera, una mujer baja y oronda, quedaba más retrasada.

–Teniente Mejía, teniente Salomon –los saludó el recién llegado. Llevaba el rostro cubierto por una máscara facial idéntica a la que ellos estaban colocándose en ese mismo momento, sin el menor rastro de rasgos y transparente a la altura de los ojos. El olor a plástico y a electricidad de esa cosa era sofocante–. Soy el agente Estrada, nos conocimos en el seminario de drogodependencia onírica, aunque es difícil reconocerme con esta dichosa máscara puesta… –Señaló de manera equívoca. Edgar lo había reconocido nada más verlo, era imposible no hacerlo: aquellas extremidades largas y desmadejadas eran demasiado llamativas como para olvidarlas. Mejía hasta había bromeado apodándolo Agente Jirafa–. Lamento lo intempestivo de la llamada, pero esto ha resultado ser más importante de lo que creíamos en un principio. Si hacen el favor de acompañarnos, la agente Mara y yo los pondremos al corriente de la situación.

Edgar se abrochó hasta arriba la cremallera de su anorak, intentando dejar la menor cantidad de piel expuesta al aire emponzoñado del vertedero. La radiación amenazaba

con superar ya los límites de lo aconsejable. Tenía bastante claro que nada iba a librarlo de un desagradable baño purificador una vez que regresaran a la central y eso contribuyó a empeorar su humor. Odiaba la descontaminación. Era rara la vez que no le producía dolor de cabeza.

Los agentes los guiaron por un abrupto sendero que discurría entre estructuras tubulares. Por el calor que emitían aquellos artefactos, Edgar comprendió que se trataba de quemadores de residuos; a las aberturas de cada uno de ellos llegaba una cadena de transporte, todas detenidas en aquel momento. La temperatura pronto se hizo tan sofocante entre aquellos hornos que notó cómo el sudor le adhería todavía más la máscara protectora al rostro.

–Recibimos el aviso hace apenas dos horas –les explicó la agente Mara–. Estaban quemando deshechos en una incineradora cuando algo llamó su atención en la cadena de arrastre.

–Una mano sobresalía de un contenedor –añadió el agente Estrada mientras señalaba el horno hacia el que se aproximaban. Los reflectores estaban instalados junto a este, bañando la zona con una intensa luz blanca que daba al lugar el aspecto de un escenario teatral iluminado por focos–. El contenedor estaba sellado, pero cuando la grúa lo dejó sobre la cadena el precinto de seguridad saltó y con el traqueteo se abrió la tapa. Al parecer, pasa a menudo. Lo vieron por casualidad y detuvieron la cadena al momento.

Había cinco operarios del vertedero junto al contenedor y el horno, todos con los monos del Departamento de Recuperación del Espacio. No pudo dejar de advertir que tres de ellos llevaban rifles de precisión al hombro y se preguntó si los rumores sobre alimañas mutantes deambulando por los basureros serían ciertos. Miró con aprensión alrededor.

El contenedor era grande, y tuvo que servirse de una de las escalerillas apoyadas en sus laterales para poder mirar dentro. El muerto, un hombre de unos cuarenta años, estaba completamente desnudo, tirado sobre un caos de botellas, probetas y matraces vacíos. Lo que más llamaba la atención era su rostro, la expresión de pánico que deformaba sus rasgos era tan aterradora que daban ganas de mirar hacia atrás para comprobar que no hubiera nada allí que estuviera provocando tal gesto. Su primera impresión fue que aquel hombre había muerto de miedo.

–Pobre desgraciado –masculló Mejía. Había trepado a la escalera colocada en el otro extremo–. Muerto, desnudo y tirado en un contenedor de deshechos. ¿Qué piensas,

Salomon?

Edgar se pasó una mano por la barbilla. Por un momento, el tacto plástico de la máscara de protección lo desconcertó. Tardó unos instantes en volver a la realidad.

–No es un vagabundo ni un habitante de los barrios bajos –comenzó con voz pausada–. Este hombre no ha sufrido privación alguna, al menos en su vida reciente, se ve a la legua. Está demasiado bien alimentado. Y limpio. Mira sus uñas: esa manicura cuesta muchos ebos. –Miró a los dos agentes; uno de ellos, la mujer, había subido a la tercera escalera que se apoyaba en el contenedor–. Era alguien importante, sin duda –murmuró mientras recorría de nuevo con la vista el cuerpo desnudo. No tardó en encontrar lo que buscaba: una pequeña incisión roja en la muñeca del finado–. Ustedes saben quién es, ¿verdad? –preguntó a los agentes–. Solicitaron el análisis de la huella genética del cadáver y averiguaron que se trata de un pez gordo… Por eso tanto secretismo, por eso no nos han dado ni un maldito detalle de este asunto. –Se frotó las fosas nasales, un gesto prácticamente innato en él–. ¿Quién es el fiambre?

–Jeremías Antiloquia –contestó el Agente Jirafa.

–No me suena ese nombre.

–Un delegado del Departamento de Descanso y Bienestar –contestó la agente Mara. Era complicado saberlo a ciencia cierta, ya que la voz aparecía amortiguada por la máscara, pero Edgar creyó detectar cierta burla en su tono. La mujer le interesó al momento–. El pobre era un chupatintas, aunque fuera un chupatintas de las altas esferas. Lamento decirlo, teniente, pero se ha precipitado con sus deducciones. El secretismo de este asunto no viene impuesto por la identidad del fallecido, viene impuesto por la causa de su muerte.

–¿Qué quiere decir? –preguntó Edgar, entornando los ojos. Miró de nuevo el rostro aterrado del cadáver, esos ojos abiertos, ese rictus de puro horror. Entonces supo cómo había muerto aquel desgraciado–. No –murmuró–. No puede ser…

La mujer se aupó por sí misma al contenedor y saltó dentro. A continuación, se acuclilló de manera precaria sobre los recipientes vacíos, junto al cadáver, y procedió, con clara brusquedad, a abrirle la boca.

–Me temo que sí –dijo mientras le mostraba lo que se ocultaba entre las mandíbulas de Jeremías Antiloquia–. Este hombre ha muerto de peste onírica.

Edgar soltó una maldición y retrocedió un paso. Olvidó por completo que se encontraba en lo alto de una escalera y a punto estuvo de caer de ella. Se aferró con

fuerza al contenedor, sin apartar la vista del agujero terrible que estaba enseñándole la agente: buena parte de la lengua del cadáver había desaparecido, y el segmento superviviente, apenas una tercera parte, mostraba un sucio color azul amoratado. En el muñón todavía se adivinaba el rastro del mordisco con el que aquel desdichado se había mutilado a sí mismo.

NUBE 67676701

–Es imposible –insistió su padre mientras daba vueltas con una cucharilla al líquido turbio que se hacía pasar por café en su taza–. No has debido de acotar bien los límites del sueño y has permitido que tu subconsciente se colara dentro.

Ismael negó con la cabeza.

–Los acoté a la perfección –replicó. ¿Por quién lo tomaba? Mantener a raya el subconsciente del soñador era una de las primeras cosas que se aprendían en la artesanía onírica. ¿Qué sentido tenía programar un sueño si dejabas que el cliente pudiera destrozarlo con su imaginación en cualquier momento?–. Cambió por sí mismo. Y no fue solo un elemento, no fue solo esa mariposa. De pronto amaneció, aunque la pauta temporal estaba fija en tiempo crepúsculo, ¿vale? Y esa chica… –Tomó aliento antes de continuar–: Esa chica salió de la nada. –No le habló de lo que había sentido al verla. ¿Cómo explicarle que se había obsesionado por alguien visto en sueños? Alguien que cabía la posibilidad de que ni siquiera fuera real–. Algo alteró el programa a medio sueño, algo que no tiene nada que ver conmigo. Y no sé cómo diablos lo hizo.

–Revisa el proceso desde el principio y encontrarás el fallo –le aconsejó su padre.

–Lo he revisado tres veces –respondió él.

–Hazlo cuatro. –Dio otro corto trago al café y dejó la taza en el fregadero. Ismael no pudo dejar de advertir que las manos le temblaban–. Tengo que marcharme. No es buena idea hacerlos esperar.

Su padre llevaba semanas sin salir de casa, sumido en la búsqueda desesperada de su madre a través de los sueños, pero ahora no le había quedado más remedio que ponerse en marcha. No por propia iniciativa, desde luego. Una llamada del Departamento de Seguridad había obrado el milagro de sacarlo de la cama. Al parecer, habían encontrado un cadáver y sospechaban que se trataba de un hombre que había muerto por algún tipo de contaminación onírica, por lo que habían llamado a su padre para que los asesorara.

Su fama todavía perduraba en ciertas esferas, a pesar de llevar años apartado de primera línea. Ismael celebraba que también le quedara el suficiente sentido común como para no negarse a un requerimiento del Departamento de Seguridad. Ya tenían bastantes problemas como para buscarse conflictos con ellos.

Verlo en marcha no sirvió para animarlo, más bien al contrario: aquel hombre en poco se parecía al que tenía en su recuerdo. Hasta parecía menos real, como si la pena y el dolor, de algún modo, lo hubieran consumido y hecho perder consistencia, como si estuviera dejando partes de sí mismo en los sueños con los que se torturaba.

Ismael recordó a la joven morena y se estremeció.

El anciano había pasado nada más abrir la relojería a recoger el sueño.

Por supuesto, no había corrido el riesgo de venderle el que había elaborado en primer lugar. Había programado otro con elementos similares al primero, sin repetir ninguno de los que había usado antes. Y aun así sometió el nuevo montaje a varias pruebas antes de darle el visto bueno. En ellas todo funcionó como debía: la playa, el crepúsculo, su madre junto a él… Hasta se había forzado a volver a hablar con ella, temeroso de que hubiera sido eso lo que había desatado la cadena de fallos (y a la vez deseaba que estos se produjeran; deseaba ver a aquella muchacha una vez más). Tras comprobar que todo estaba en orden, había sujetado entre los dedos la cánula que contenía el primer sueño y la había observado con atención, con los ojos entornados, como si así, a simple vista, fuera a poder distinguir los comandos y patrones que configuraban el sueño que aguardaba en su interior. ¿Estaría ella allí dentro? Codificada, tal vez, como una larga cadena de instrucciones dispuesta a interaccionar con su cerebro para reconstruirla y darle otra vez vida y forma en la falsa realidad del sueño.

Recordó el beso. El instante perfecto en que aquellos labios se unieron a los suyos. Al rememorarlo quedó, de nuevo, sin aliento. El sueño había terminado justo ahí y él se había encontrado de regreso a una realidad que nunca antes le había parecido tan marchita.

Estaba deseando insertar otra vez aquella cápsula en la diadema de prueba. Y aun así retrasaba el momento, primero por miedo a que el sueño no discurriera por los mismos cauces, con todo lo que eso implicaba (no volver a verla, no poder besarla). Pero el motivo principal que lo llevaba a refrenarse, lo que de verdad lo aterraba, era que esa necesidad tremenda de encontrarla era demasiado semejante a la que empujaba a su padre a buscar a su madre en sueños.

Este contemplaba el rostro demacrado que lo observaba desde el espejo de la entrada. Se palpó la cara como si a él también lo sorprendiera el extraño que se asomaba a sus rasgos. Negó con la cabeza, espantando quizá algún pensamiento incómodo, y enfiló hacia la puerta.

–Volveré en cuanto pueda –dijo, antes de salir. Ni siquiera su voz se parecía a la del pasado. Era una voz mustia, casi muerta.

Ismael se quedó, por primera vez en mucho tiempo, solo en la casa. El sonido de los relojes pobló todos los rincones, se hizo hueco en los espacios vacíos y él se encontró echando de menos de forma terrible a su madre. Se metió las manos en los bolsillos y pasó a la relojería. El local estaba abierto, pero, a excepción del anciano, nadie había entrado en lo que llevaba de día. Era lo normal. En otros tiempos, el gotear de gente en busca de sueños era constante, pero tras la muerte de su madre las cosas habían cambiado. Su padre todavía no le permitía programar sueños complejos sin su supervisión y eso había hecho más mella, si cabía, en el negocio.

Suspiró, cerró la tienda, a pesar de estar lejos de la hora habitual, y se acercó, despacio, hacia el taller. Notaba una pesadez exagerada en la mente; apenas podía hilvanar pensamientos lúcidos. Se preguntó cuándo había sido la última vez que había dormido. Hacía más de cuarenta y ocho horas, creyó recordar, si descontaba el sueño de la muchacha morena y las probaturas realizadas con el del anciano. No era suficiente, sobre todo porque esos sueños habían sido sueños activos, no programados para facilitarle reposo. Lo aconsejable, según el Departamento de Descanso y Bienestar, era dormir al menos una hora al día, cosa que él tenía cierta tendencia a pasar por alto. Dormir era una pérdida de tiempo, lo exasperaba hacerlo. Le costaba concebir que, antes de la revolución onírica, la humanidad malgastara tantas horas al día haciéndolo. Le parecía una locura, un sinsentido.

Ismael estaba convencido de que llegaría el día en que la humanidad entera prescindiría de dormir, el día en que, como pregonó uno de los primeros artículos en recoger la aparición de la tecnología onírica, la cama se vería relegada a menesteres más placenteros y agitados que el simple dormitar. Todavía había reticentes a dar el salto, eso era cierto; eran muchos los que se resistían a abandonar el sueño tradicional para pasarse al programado. Pero era un hecho incontestable que la revolución onírica no se podía detener. Ya había treinta nodos repartidos por Europa que daban cobertura y conexión a

más de cien millones de usuarios, y hasta se comenzaba a hablar de construir los primeros nodos en lo que quedaba de Asia y Norteamérica.

Ismael se dejó caer en la silla. Para conectarse a la nube no necesitaba de su diadema, era suficiente con los diminutos ingenios que habitaban en su cerebro, los nanoreceptores de onda corta o, como se los conocía de forma vulgar: nanonitos. Se los habían inyectado en la torre del Departamento de Descanso y Bienestar al poco de cumplir cinco años, la edad que se estimaba segura para dar el salto del sueño natural al inducido. El muchacho les dio mentalmente la orden de entrar en la red. Al instante lanzaron una señal al repetidor más cercano y, de ahí, sin solución de continuidad, saltaron al nodo principal, la puerta de entrada a la nube onírica. El nodo registró sus ondas cerebrales, escaneó su estado físico, ensambló el sueño más adecuado para él y acto seguido lo vertió en su cerebro.

Fue un sueño anodino, sin la chispa de magia y vitalidad con la que los artesanos oníricos dotaban a sus creaciones; los sueños que programaban los ingenios de Descanso y Bienestar eran simples obras terapéuticas que buscaban optimizar el descanso del sujeto. En el que la nube preparó en su honor, se vio a sí mismo discutiendo a voz en grito con su padre. Lo hacían en lo alto de una plataforma rocosa, sentados a una mesa idéntica a la que tenían en la cocina. A su alrededor, el mundo se hacía pedazos, un terremoto salvaje hacía retumbar la tierra; por doquier se veían grietas y fumarolas de humo negro, volcanes en erupción y criaturas de alas membranosas que volaban entre nubes de tormenta. Una luna enorme, de un color rojo sangriento, flotaba en las alturas y hasta ella parecía a un instante de desprenderse del cielo. A medio sueño, tanto la discusión con su padre como el escenario fueron sosegándose, la violencia dejó paso a la calma, un cielo azul sustituyó a la tormenta y un plácido sol, a la luna ensangrentada; la tierra cesó de temblar y los monstruos desaparecieron. Era un sueño burdo, ofensivo hasta cierto punto por el modo en que simplificaba la situación e intentaba manipularlo. Pero era efectivo, de eso no quedaba ninguna duda. Ismael despertó una hora después, descansado y repuesto, sin el menor rastro de agotamiento en su mente.

Entrecerró los ojos y prestó atención a la cápsula que contenía el sueño de la joven morena. Había llegado el momento.

Respiró hondo y se colocó la diadema de pruebas. No descargó el sueño en ella. Lo que hizo en cambio fue analizar hasta la última secuencia del programa que había escrito para darle forma. Ya lo había hecho, por supuesto, pero decidió seguir el consejo de su

padre y revisarlo por cuarta vez. Y, como en las ocasiones precedentes, no encontró nada anormal. Todo estaba correcto, como ya sabía. Pasó entonces a consultar el listado de elementos que había extraído de su copia ilegal de la biblioteca de Descanso y Bienestar. Sabía muy bien por dónde comenzar a indagar. Trajo a primer plano todos los elementos «nube» que había usado en el sueño y los previsualizó en pantalla. No le costó trabajo encontrar la nube que andaba buscando: una con forma de mariposa. El fichero llevaba por nombre 67676701.diogenes. Lo editó en pantalla y durante unos minutos se dedicó a estudiar el código. Tampoco había nada en él que llamara la atención, nada que presagiara una posible mutación a mitad de sueño. ¿Podía su corazonada estar equivocada? Quizá no era más que una coincidencia que la nube tuviera forma de mariposa y que precisamente un insecto de ese tipo hubiera sido el primer indicio de que algo iba mal.

Aun así, decidió comprobarlo. Escribió un nuevo sueño, el más sencillo que había escrito en toda su vida: un escenario vacío que solo iba a contener un elemento, la nube 67676701.diogenes. Apenas le costó unos minutos ensamblar el código y depurarlo. Sujetó la cápsula de memoria entre el índice y el pulgar y la observó con ojo clínico.

–¿Estás ahí? –preguntó, y se sintió estúpido al instante. Suspiró, se reclinó en el asiento e introdujo la cánula en el puerto.

Como de costumbre, se quedó dormido al momento.

El escenario vacío que se abrió ante sus ojos resultaba impresionante. No había nada, ni siquiera color: era una interminable extensión de ausencia que parecía abarcar la creación entera. Él estaba en el centro de aquel desierto. No estaba solo: en lo alto flotaba una única nube blanca, una nube con forma de mariposa que se deslizaba veloz, muy veloz, hacia el este. Durante largo rato contempló como se alejaba, a la espera de que algo ocurriera. Pero nada sucedió. La nube no varió ni de forma ni de dirección, siguió el rumbo marcado en su configuración hasta desvanecerse fuera del horizonte del sueño. Ismael suspiró, defraudado. La nube 67676701 no tenía nada de especial, no era más que un elemento de atrezo, una pieza decorativa que, sin el resto del escenario a su alrededor, resultaba aún más anodina. Se había equivocado. Cuando se disponía a salir del sueño, una súbita corazonada lo hizo detenerse. Algo estaba a punto de ocurrir. Miró alrededor, despacio. En el sueño contenía la respiración; en la realidad, jadeaba expectante.

Un rumor comenzó a extenderse en el vacío, un rumor que se hacía cada vez más fuerte. Era una suerte de golpeteo constante, de palmadas dadas con una suavidad prodigiosa.

De la línea del horizonte escapó una pequeña mariposa azul, justo en el mismo punto donde la nube había dejado de verse. El sonido aumentó de grado, se convirtió en un verdadero estruendo. Aquel insecto era demasiado pequeño como para provocarlo. Lo comprendió todo cuando, tras esa primera mariposa, llegaron las demás: cientos de ellas, miles. El sueño vacío se llenó con el fragor de un sinfín de alas, con el estrépito repetido hasta el infinito del vuelo de las mariposas.

Era un surtidor de color, una locura cromática que desbordaba sus sentidos.

Era imposible.

Las mariposas revoloteaban por doquier, el mundo rebosaba con el sonido frenético de sus alas, con los colores abigarrados con que se vestían. Formaban un cortinaje vivo que saturaba los sentidos y le hacía querer gritar de euforia. Las mariposas eran sus heraldos, las mariposas traían a la chica morena con ellas. De pronto, abandonaron su danza, se agruparon todas en una gran nube y echaron a volar al unísono en la misma dirección: hacia él. A medida que se aproximaban, se iban fusionando unas con otras, como piezas de un puzle delirante cuya forma no tardó mucho en distinguirse: la de una figura humana. Era ella, por supuesto; la joven se acercaba caminando sobre el vacío, con la misma naturalidad con la que lo había hecho sobre el mar en el sueño anterior. Las mariposas que le daban forma comenzaron a fundirse entre ellas, sus límites desaparecieron para convertirse en carne, ropa, belleza. Hasta que solo quedó una distinguible: una mariposa plateada que dejó de ser un insecto para convertirse en colgante.

Y de nuevo la tuvo ante él. Aquel milagro de carne y sueño quedó otra vez al alcance de su mano.

La observó con avidez, en un intento de no perderse el menor detalle. La media melena negra que resaltaba contra la palidez de su piel; los ojos enormes, de un penetrante color oscuro; sus curvas rotundas, desasosegantes… Ismael sintió que se asfixiaba. Si no apartaba la vista de ella, moriría. Pero no podía dejar de mirarla.

–Sálvame –dijo la chica morena de pronto, del mismo modo y con el mismo tono de su primer encuentro. Eso no había variado–. Por favor, por todo lo que quieras, por todo

lo que ames… –Eran las mismas palabras–. No me dejes aquí, no me dejes en esta oscuridad. Sálvame.

«Ahora viene el beso», se dijo Ismael, y dio un paso atrás justo cuando ella lo daba hacia delante. En el primer sueño, ese contacto físico lo había alterado tanto que el sistema de emergencia de la diadema lo había despertado de inmediato. No quería correr el riesgo de que eso sucediera otra vez.

–No –dijo. Hizo ademán de tocarla, pero se contuvo. Eso sería igual de nefasto que besarla–. Si me besas, despertaré. Y si despierto no sabré cómo ayudarte. ¿Quién eres? –preguntó. Se corrigió al instante–: ¿Eres real? ¿Existes de verdad?

–Soy… –comenzó–. Soy… –Miró a su alrededor, con los ojos entornados. Parecía aturdida–. Es un sueño estanco –murmuró–. No hay salida ni enlace con el exterior. No puedo llegar hasta el otro lado. –Negó con la cabeza y pestañeó varias veces–. ¿Dónde estoy? ¿Qué es esto?

–Estás en un sueño artesanal –le explicó–. No hay puntos de contacto con la nube. Te he… te he descargado desde una copia pirata de la biblioteca de Descanso y Bienestar.

–Entonces puede que ya sea tarde. Quizá esté muerta y todo esto no tenga ningún sentido. –Apretó los puños–. No, no, no puedo pensar eso. Sigo viva, tengo que seguir viva. –Abrió los ojos de par en par y le dedicó una mirada repleta, a un mismo tiempo, de rabia y súplica–. Mandé mensajes… muchos mensajes… mensajes de auxilio. –Lo miró desesperada–. ¡Tienes que ayudarme! –le pidió–. Me busca. Está buscándome. Y me matará cuando me encuentre. ¡Sálvame!

–¿Quién quiere matarte?

–La sombra. ¡El monstruo! Lo que mora en las pesadillas, lo que arranca gritos a los niños que aún no han nacido.

–¿Dónde estás? –preguntó Ismael–. ¿Dónde puedo encontrarte? ¡Dime qué puedo hacer para ayudarte!

–Búscame en la oscuridad –contestó, y se volvió a medias para señalar la interminable extensión de nada que se encontraba a su izquierda–. En la oscuridad terrible. En la oscuridad perversa.

A medida que hablaba, la porción inmensa de sueño a la que estaba señalando comenzó a cambiar. El vacío se hizo pedazos. En él brotó un muro negro, una pared brillante y siniestra que más que construida en piedra parecía hecha de algún tipo de tejido vivo. Más allá surgió una muralla del mismo material. Y entre esta y el muro,

varias torres también negras, tan retorcidas que solo podían existir en un mundo en que las leyes de la física hubieran quedado en suspenso. Así, poco a poco, un castillo fue formándose ante él, una fortaleza aberrante que parecía surgida de un macabro cuento de hadas. A intervalos regulares en la muralla y en lo alto de cada torre ondeaba una bandera roja en cuyo centro se podía ver un curioso símbolo, una equis con un círculo en el centro y dos puntos sobre las aspas superiores.

Ismael retrocedió un paso. Era imposible. Ese castillo, las mariposas, la propia muchacha… Era imposible que todo eso hubiera estado contenido en aquella nube. Del centro de aquella construcción de murallas y torres erizadas emergió una nueva estructura: un minarete colosal que se elevó piso a piso con la energía de un gigante que se despereza tras un largo sueño. Fue entonces cuando Ismael se dio cuenta de que la muchacha no estaba ya junto a él. Alzó la vista: la cúpula del minarete seguía elevándose hacia el cielo vacío y allí estaba ella. No podía verla, pero lo sabía. La princesa prisionera.

–Sálvame –oyó, y había tal angustia, tal urgencia, en aquella palabra, que sintió que las fuerzas le faltaban. Cayó de rodillas.

Mientras miraba, impotente, una nueva dificultad se añadió a aquel escenario: un foso comenzó a abrirse alrededor de la fortaleza negra, una grieta descomunal que se fue dibujando en el terreno vacío en un silencio portentoso, con aire de mueca perversa. Ante el gigantesco portón del muro del castillo se desprendió un puente levadizo que salvó aquel abismo con un golpe seco. ¿Sería una invitación para que se adentrara en aquel lugar? Lo dudaba. En el centro del puente comenzó a forjarse una nueva figura. Primero fue un borrón de oscuridad, un desgarro en el vacío. Luego comenzó a definirse.

Y la sombra se convirtió en un dragón, un dragón rojo tan enorme que necesitaría doblar su espinazo todo lo que le daba de sí para atravesar la arcada que conducía al castillo. Sus alas eran del mismo negro de los muros de la fortaleza, sus ojos fulguraban, fijos en él. Lo retaba a acercarse, lo retaba a dar un paso en su dirección. Pero ¿cómo podía él enfrentarse a semejante monstruo? Ismael parpadeó y, en el tiempo en que tuvo los ojos cerrados, el engendro cambió. Dejó de ser un dragón para convertirse en un gigante de rostro cadavérico. Empuñaba un hacha en las manos, llevaba una capa negra y una ristra de cabezas humanas alrededor de la cintura. Y aquella cosa volvió a cambiar: se convirtió en un monstruo tentacular, una masa negra informe, retorcida, y en cada extremo de cada pseudópodo había una boca que se reía de él con la voz de su madre.

–Tic, tac, tic, tac –decía–. Tic, tac, tic, tac… El ejército invisible te protege, niño. Aquí no tienes nada que temer mientras ellos velen por ti. Da un paso al frente, da un paso al frente y sorberé el tuétano de tus huesos y la gelatina de tus ojos.

El corazón de Ismael se desató en su pecho. El pulso se le disparó. Hasta alcanzó a oír, lejano, el sonido de la alarma de la diadema advirtiéndole de que estaba a punto de sacarlo del sueño. Lo último que oyó antes de que eso sucediera fue la voz de ella, suplicante, que de nuevo lo destrozaba:

–Sálvame del monstruo –rogaba–. Por favor. Sálvame del monstruo.

LA CASA LA PAGÁIS EN CARAMELOS

Anna insertó su código personal en la consola y cerró el ejercicio. Su tarea de hoy había sido larga y dura, o tal vez lo era solo porque le costaba concentrarse. El sueño del día anterior seguía muy presente, y por mucho que lo intentara no conseguía eliminarlo del todo de su pensamiento. La mayoría de los elementos encajaban a la perfección con sus sueños típicos: el examen, el pasillo por el que corría, el lago; otros eran poco habituales, como la aparición del monstruo bicéfalo, aunque ya había tenido varias experiencias oníricas en las que debía enfrentarse, de una manera u otra, a la sombra vigilante de su madre. Pero había un fragmento que no terminaba de cuadrar, que sobresalía como una pieza de rompecabezas redonda que intentara entrar a la fuerza en un agujero rectangular.

Seguía dándole vueltas a los diferentes aspectos del sueño mientras se acercaba a la cocina en busca de un refresco. Examinó con desgana las pilas ordenadas de latas de bebidas vitaminadas. A su madre no le gustaba comer, y animaba a Anna a que siguiera su ejemplo. Cordelia estaba orgullosa de su cuerpo delgado y fibroso, y parecía obsesionada por conseguir que el de Anna fuera igual. No se atrevía a llevarle la contraria, pero cuando se miraba en el espejo a veces deseaba tener un poco más de carne que cubriera sus huesos de hija modelo. En ocasiones, cuando estaba más enfadada con su madre que de costumbre, se escapaba al pequeño comercio *gourmet* del Nivel 37 y compraba galletas. Eran cuadradas, grandes, del tamaño de su mano, y muy saladas. En los estantes del establecimiento no podían encontrarse; tenía que pedirlas a la encargada, que las sacaba de un recipiente metálico que guardaba en la trastienda. Esta, una simpática cincuentona llamada Carla, se las había dado a probar un día en que hacía inventario y Anna se había encontrado varias cajas extrañas esparcidas por la tienda; Carla le había explicado que eran productos muy viejos, de la posguerra, que todavía podían adquirirse a través de distribuidores interurbanos y que a veces le pedían algunos

clientes nostálgicos. El escaparate del comercio estaba lleno a rebosar de pasteles y tortas coloridas, repletas de cremas de todos los sabores, pero a Anna no le gustaba mucho el dulce. Las galletas saladas eran su debilidad, y con el paso del tiempo su afición se había vuelto cada vez más frecuente. A veces las combinaba con otras delicias que le ofrecía Carla, satisfecha de ver a alguien comer con tanto ahínco.

–La gente ya no come –solía decir la tendera–. Se alimenta, supongo, se nutre, pero no come. Ya no recuerda lo que es el placer de los sabores de verdad, de masticar y tragar. – Los muslos de Carla eran fuertes y abundantes, y Anna envidiaba en secreto su ancho trasero, que se movía, poderoso, entre los baldes y expositores. Le daba escalofríos pensar qué opinaría su madre de un trasero como aquel, en un mundo en el que, tras la hambruna de la guerra, estaba mal visto mostrarse bien alimentado, como si aparecer en público con aspecto opulento fuera un insulto a la memoria de los muertos.

Mientras añoraba las galletas antiguas, Anna tragó medio refresco y, en un acto de rebeldía y derroche, echó la otra mitad por el canal de líquidos. Tiró la lata al reciclador, que comenzó a emitir sonidos intestinales de aparato en funcionamiento. A Anna le gustaba pensar que el reciclador era un ser vivo al que de cuando en cuando alimentaba. Su madre, en el colmo del absurdo, ni siquiera le permitía tener plantas. Veronique tenía una, una azalea, y la regaba todos los días. Hasta le había puesto ella misma el abono. No era más que una mezcla sintética de nutrientes que pretendía parecerse a la tierra de verdad, pero en algún lugar Anna había leído que hacía mucho tiempo el abono se hacía con excrementos, y Veronique y ella se habían divertido jugando a que la tierra artificial que se deslizaba entre sus manos era boñiga de algún gran mamífero. Habían visto imágenes de vacas en sus consolas, y la idea del tamaño de las heces de ese animal les parecía graciosa. La información que habían encontrado señalaba que el estiércol despedía un olor potente y nauseabundo. En las viviendas actuales apenas olías tu propio desecho: tan pronto como salía de ti era absorbido, destruido, pulverizado por los baños más modernos y asépticos.

Entró de nuevo en su dormitorio y se acomodó una vez más en su mesa de trabajo. Tecleó una contraseña diferente en su consola y la finísima pantalla se iluminó. Abrió su programa habitual de chat. Veronique estaba conectada, pero no era la persona más indicada con la que compartir sus preocupaciones; Veronique estaba pasando por una fase en la que solo le interesaba hablar de chicos. Un día era un beso con Martin detrás de la puerta del vestuario de chicos de la escuela de natación; otro, magreo con Carlos en

el auditorio; la semana anterior, visita al zoológico con Antony, con parada obligada en el foso de las ballenas para hacer manitas. Lo único peor que leer a Veronique con su obsesión por el sexo masculino era leer a Veronique cuando intentaba emparejarla con el idiota de turno (y pocas cosas había tan idiotas en el mundo, pensaba Anna, como los amigos de Veronique).

No era que nunca hubiese hecho nada con un chico. Estaba el imbécil de Marcos, que la había besado sin preguntar siquiera, cuando se habían quedado a solas en casa de Marianne; todavía recordaba la sensación de su lengua, mojada y torpe, y cómo se había introducido en su boca. Estaba Ricardo, que había intentado agarrarle un pecho, aquella vez en el auditorio mientras veían la última representación del Ballet Consorte; su mano, huesuda y grande, no había salido indemne. Y por supuesto estaba Joseph, aquel estudiante de intercambio tímido y callado con el que había quedado varias semanas para hacer juntos los ejercicios de matemáticas. Joseph era agradable, no demasiado estúpido, y realmente la ayudaba con los deberes. También le sacaba cinco años, y Anna lo veía como alguien de confianza, una figura respetable. A lo mejor por eso se había sentido traicionada cuando aquella noche, mientras hablaban en la puerta del aula vacía, él la había cogido de la mano y la había invitado a ir a su casa para tomar un par de copas de aguaviva. Anna rechazó la oferta, a pesar de que siempre había querido probar el aguaviva, una destilación de tubérculos que provenía de los días de guerra, una auténtica bebida de adultos. Hasta entonces Joseph le había parecido un chico simpático, pero en ocasiones se mostraba demasiado cercano, como cuando rozaba su pierna con la de ella al estudiar en la misma mesa; cuando sentía su mano, tranquila, quieta, apoyada sobre su pierna; o cuando la miraba de aquella forma mientras ella leía en su consola, mientras fingía que no era consciente de su atención, de su escrutinio penetrante.

Desde el punto de vista legal, Anna ya podía casarse, y desde el fin de la guerra no había mayor honor para una joven de buena familia que celebrar una boda adecuada para su estatus. Algunas de sus vecinas de torre ya estaban prometidas con jóvenes que, como ella, vivían en las esferas altas de la ciudad. Anna suspiró al recordar el día en que había averiguado qué intenciones tenía su madre para con ella.

Había sucedido dos años atrás, una tarde larga y aburrida. Anna sabía que Cordelia no regresaría hasta bien entrada la noche. Habían discutido (no recordaba por qué, tal vez por algo relacionado con su forma de vestir) y su humor era vindicativo. Cordelia había llamado para preguntarle si había dejado el decodificador en casa.

Perder un decodificador podía suponer la expulsión de un funcionario de rango alto, no en vano acumulaba los algoritmos que generaban nuevas claves compatibles con el sistema Galaxia del Gobierno. Todos los funcionarios trabajaban con ese sistema, hasta sus archivos personales se integraban en él, y cuanto mayor fuese la responsabilidad del trabajador, más complejo era su decodificador y más precioso para mantener su puesto. Cordelia siempre lo llevaba encima, pero había estado toda la mañana trabajando desde casa y se lo había dejado en el estante del cuarto de baño. Anna sabía que su madre se quitaba el decodificador, que tenía forma de delgada pulsera metálica, al ducharse, y aquel día, con las prisas, había salido de su domicilio sin él.

Tras asegurarle a su madre que el decodificador estaba sano y salvo, Anna había decidido utilizarlo para sus propios fines. La consola de Cordelia apenas tenía una contraseña local, la misma que usaba Anna para acceder al sistema central de su domicilio, y un pequeño sensor que analizaba los marcadores de ADN del usuario. No era lo bastante sofisticado como para diferenciar al usuario principal de un familiar muy cercano; y Anna había accedido sin problemas, gracias al decodificador, a la partición personal de su madre. Lo hizo con la intención de recuperar el ejecutable de un juego que Cordelia le había quitado, bajo el pretexto de eliminar distracciones que la alejaran de sus estudios. El escritorio de su madre estaba repleto de carpetas nombradas con largas secuencias alfanuméricas, algunas con iconos extraños que tenían todo el aspecto de runas mágicas.

En el escritorio también encontró una carpeta con su nombre. Dentro estaba el ejecutable que buscaba. Y algo más, algo que la desagradó: un listado de posibles maridos. Maridos. Para ella. Los nombres se sucedían junto a cifras y porcentajes que señalaban a todos sus posibles amantes como excelentes uniones genéticas con su propio ADN. Anna tenía un sistema inmunológico muy superior a la media, siempre lo había sabido. En las clases altas había surgido desde hacía unos años una nueva obsesión: obtener humanos perfectos. Así, la unión matrimonial entre aquellos que gozaban de una genética privilegiada ofrecía una promesa de generaciones futuras más capaces y, por supuesto, más ricas y mejor situadas. Los cruces entre poderosos pretendían, asimismo, perpetuar a la clase alta en todos los sentidos: tanto en el genético como en el social. Anna siempre había temido lo que esto podría acarrearle: temía verse obligada a una unión no deseada o, peor aún, repugnante, en aras del futuro de la humanidad y del beneplácito de su progenitora.

Alejó aquellos recuerdos tan molestos de su mente y se concentró en la ventana de chat que había abierto frente a ella. Se alegró al ver que Sammy estaba conectado. Sammy era el único chico que conocía Anna al que se sentía vinculada, el único en quien confiaba, y en los últimos años se había convertido en su mejor amigo. Era avispado, ingenioso y, sobre todo, de una lealtad inquebrantable. Ella decidió que necesitaba hablar con alguien, y ese alguien sería Sammy.

>SamSagaz: Buenas noches, niña pija.

El mensaje apareció al poco de abrirse el programa. No había hecho falta siquiera iniciar la conversación. Anna respondió deprisa, sus letras de color violeta contrastaban con las palabras en negro de su interlocutor.

>Anna: ¿Niña pija? Habló el que vive en el Nivel 60 con tres aeromóviles y un panda gigante.

>SamSagaz: Lo del panda se lo inventó la prensa, y dos de los tres aeromóviles son de la empresa.

>Anna: Y la casa la pagáis en caramelos, ¿verdad?

>SamSagaz: Claro, ya te he dicho que somos gente humilde.

No era del todo falso. La familia de Sammy provenía de los suburbios de Ciudad Resurrección, donde se habían dedicado a la venta de chatarra. Un día, el padre de Sammy había registrado la patente de un nuevo tipo de cuchillas, capaces de atravesar el metal más resistente como si fuera mantequilla, y la situación económica de la familia había cambiado de manera drástica. La empresa que le había comprado las cuchillas a su padre le otorgó un importante puesto ejecutivo, y había demostrado, de manera rápida e indiscutible, su tremendo valor como creador y como hombre de negocios, lo que le había valido un ascenso a ritmo vertiginoso en la escala empresarial y social. Después de todo, sobrevivir en los suburbios ya implicaba estar hecho de un material distinto, más resistente. Sammy era, como decía Cordelia entre dientes, con el gesto torcido, un nuevo rico. Lejos de avergonzarse de ello, Sammy lo utilizaba como arma arrojadiza.

Durante unos momentos, Anna dudó. Necesitaba contárselo a alguien. El sueño había sido demasiado extraño, anormal. Decidió relatarlo al completo, sin omitir el detalle que más le preocupaba. La respuesta de Sammy no fue la que esperaba:

>SamSagaz: ¿Y eso es todo?

>Anna: ¿A qué te refieres?

>SamSagaz: Quiero decir si aparte del beso no hubo nada más, no sé, ¿no te tocó las tetas ni nada así?

>Anna: Genial, Sammy, me estás siendo de mucha ayuda.

>SamSagaz: No, no te enfades, es que no le veo la complicación al asunto. Has tenido un sueño un tanto raro, con un beso por medio, pero no veo dónde está el problema. Ya sabes cómo son estas cosas, los sueños responden a la necesidad que tengamos en cada momento, reflejan temas atrapados en nuestro subconsciente.

>SamSagaz: Oh.

>Anna: Exacto. Oh.

>SamSagaz: ¿Crees que tu subconsciente te está diciendo algo?

>Anna: No lo tengo muy claro. Es que nunca había soñado nada así. Quiero decir que sí que he tenido sueños con besos, incluso mucho más que un beso, pero siempre ha sido con chicos. ¿Tú alguna vez has soñado algo así con alguien de tu mismo sexo?

>SamSagaz: Una vez soñé que mi primo Gerard y yo nos tocábamos en… bueno, en nuestras partes, pero es que eso pasó de verdad. Creo que el sueño intentaba que me enfrentase a ello.

>Anna: ¿Y lo consiguió?

>SamSagaz: Sí. Me hizo ver que era una chorrada de críos que no significaba nada. Pero para ti sí debe de haber significado mucho, o no estarías contándomelo. Aunque no me has dicho lo más importante. ¿Qué sentiste tú con el beso? Quiero decir, ¿te gustó, te asqueó, te dio igual? Ya sabes que los sueños son puro símbolo, y que las piezas más importantes están ahí por una razón. Antes de la guerra eran naturales, todo caos, pero ahora, con lo regulados que están… No creo que nada de lo que salga en ellos sea casual.

>Anna: ¡Es por eso por lo que me preocupo! Debería sentirme asqueada, ¿no?

>SamSagaz: Bueno, no debes sentirte de ninguna manera, tampoco le des muchas vueltas. ¿Te gustó o no te gustó?

En un único, rápido movimiento, Anna deslizó su mano sobre el teclado proyectado y este perdió luminosidad hasta apagarse por completo. La pantalla se oscureció.

Por la tarde tenía natación, pero a mitad de clase comenzó a sentirse mal. Estaba mareada y con náuseas, y pidió permiso al instructor para marcharse a casa. Era la primera vez que dejaba una sesión a medias, por lo que su profesor la acosó con una

retahíla de preguntas acerca de su salud. Anna pensaba que no conseguiría superar el interrogatorio, conforme las ganas de vomitar le subían desde el estómago, pero finalmente llegó el momento de salir por la puerta de la escuela de natación. Mientras esperaba el tren empezó a sentirse mejor, pero se negaba a volver a la inmensa sala de color gris y potente olor a cloro que dejaba atrás. Quería estar sola. Tenía la absurda sospecha de que todos y cada uno de los seres humanos con los que se cruzaba podían leer en su rostro la razón de sus preocupaciones. De nuevo, Anna recordó el sueño, si bien ya parecía menos detallado y nítido que hacía unas horas. Era una lástima que los sueños habituales, una vez experimentados, se perdieran: le habría gustado volver a tenerlo. Debido a la intervención y creatividad del subconsciente, sabía que de poder repetirse el sueño no sería el mismo, si bien mantendría algunos componentes cruciales; estaba segura de que el beso reaparecería, al igual que el monstruo y el examen, pero todo lo demás podría ser diferente.

El vagón iba casi vacío. Con la cabeza apoyada en la ventana, veía pasar los lustrosos conjuntos residenciales, los comercios de brillantes escaparates y los translúcidos portales de las salas de ocio, que resplandecían a lo largo de las torres por las que Anna avanzaba, reflejando con su cromo y cristal impoluto el sol de media tarde. Anna sabía que aquello era un simple espejismo; si mirase hacia abajo, a través del vidrio del tubo de transporte, vería los niveles inferiores, con sus apartamentos modestos y campamentos cubiertos por toldos de colores, los cilindros sucios de los metros obreros, los puestos de venta de componentes y las bandadas de personas, pequeñas como insectos vestidos en tonos apagados, que corrían de un edificio a otro, asfixiadas entre la multitud. La ciudad entera se estructuraba en niveles que pretendían desahogar la necesidad de alojar a una cantidad cada vez mayor de personas, pero que realmente se traducían en una realidad sencilla: cuanto más arriba estabas, más dinero y poder tenías. El despacho de su madre, que gozaba de un puesto importante en el Departamento de Recuperación del Espacio, se balanceaba en los cielos, en la cúspide de uno de los edificios más altos del sector.

Cuando llegó a casa estaba tan distraída que tuvo que marcar dos veces el código de acceso. La iluminación amarilla de la pantalla indicaba que su madre estaba en el recinto. La puerta se cerró sin hacer ruido tras ella, y Anna se acercó con cuidado por el pasillo; su madre parecía hablar con alguien y no quería molestarla. Cuando iba a entrar en su habitación se dio cuenta de que se trataba de una conversación telefónica. Anna no

era de naturaleza curiosa, pero algo hizo que se detuviera y escuchara. Identificaba de inmediato con quién hablaba su progenitora por la voz que empleaba: si era dulce y respetuosa, se trataba de un superior; si era rasposa, impaciente y autoritaria, se trataba de un empleado. En esta ocasión se trataba con toda claridad de lo segundo.

–¡Excusas, lo que me estás dando son excusas! –Quedaba claro que no estaba satisfecha con la labor del esclavo de turno–. Creo que dejé muy claros los parámetros, ¡esto es inadmisible!

Anna sonrió. A saber qué metedura de pata habría llevado al pobre oficinista a sufrir la ira de mamá Travaglini. Conociendo el comportamiento compulsivo-obsesivo de su madre, a lo mejor habían recuperado un centímetro cuadrado de suelo menos que el presupuestado, o plantado un abeto donde debía ir un roble.

–… porque creéis que podéis hacer lo que os dé la gana y aquí nadie se va a enterar. ¡Artistas, os creéis todos unos artistas! ¡Unos artistas revolucionarios y bohemios a los que les excita la idea de meterle una escena… una escena… –parecía atragantársele la frase– una escena lésbica a una niña de quince años! –La palabra «lésbica» parecía salir escupida de su boca, mientras Anna sentía como se le formaba un extraño nudo en el fondo del estómago, como si este se revolviera sobre sí mismo–. Creo recordar que os pedí, no, os ordené, que os atuvierais a los elementos de la lista. Era muy fácil, una lista muy sencilla y clara, ¡y no recuerdo haber incluido en ella besos con mujeres!

Anna dio media vuelta y se dirigió, de puntillas, a su cuarto, pero aún oía la voz, casi en grito, tras ella.

–Y que tenga que enterarme a través de su historial de chat… si no llego a estar pendiente de sus conversaciones con ese… ese millonario de pacotilla… ¡nunca lo habría sabido!

Cerró la puerta de su dormitorio e intentó tomar aire. «Las lee –pensó–; todas mis conversaciones las lee.» Se sentó, despacio, sobre la cama, y aplastó contra su pecho uno de los cojines que la adornaban. «Y todos estos años, todos estos sueños, ha estado controlándolo todo. Lo ha estado… ¿decidiendo? ¿Diseñando?» El nudo se hacía cada vez más grande y notaba cómo le costaba cada vez más tomar aire.

¿Qué había estado perdiéndose? ¿Cuántos sueños había manipulado su madre, o cualquiera de sus esbirros, cuántas cosas se habían colocado a propósito para dirigirla, para convertirla en la hija perfecta? ¿Podría haber tenido más besos con la chica morena? ¿Hasta qué punto pensaba su madre que era lógico controlar su vida, desde cuándo leía

el historial de su chat y cómo tenía acceso a él? Una tremenda rabia comenzó a sofocarla. Se tumbó, furiosa, sobre el lecho y grandes lagrimones comenzaron a caerle por las mejillas. «Te odio, mamá», se dijo, mientras hundía el rostro en el cojín.

INTERLUDIO:
ISAAC CALVERO

Isaac perdió la cuenta de las veces que le habían pedido identificarse en su ascenso por las vísceras retorcidas de la torre 17, la sede principal del Departamento de Seguridad en Ciudad Resurrección. Cuanto más se adentraba en el edificio, mayores y más absurdos eran los controles con los que se topaba. En el último de ellos, el que conducía al área donde lo habían citado, lo retuvieron durante más de diez minutos dentro de un tubo de cristal y lo obligaron a mantener los brazos alzados mientras los escáneres lo diseccionaban en monitores fuera de su vista. Él contemplaba el exterior con expresión casi inerte. Nada de lo que ocurría alrededor despertaba su interés. Se hallaba sumido en un estado de apatía extrema: no sentía nada. Lo curioso del caso era que había estado a punto de tener un ataque de pánico nada más salir de la relojería y verse entre la multitud que atestaba el mercado a aquellas horas.

«El mundo está lleno de gente que no es ella», se dijo mientras contemplaba el continuo desfilar de cuerpos y rostros. Se sintió lastrado por lo absurdo y rotundo de esa frase, herido de muerte por el vacío que la ausencia de Susan había dejado en el entramado de la realidad, un agujero del tamaño y medidas justos del cuerpo de su mujer muerta. «En sus sesenta kilos contenía toda mi vida, toda mi esperanza, todo lo que soy. Sin ti no importo.»

«Tienes un hijo», le había dicho su mujer en sueños en más de una ocasión. «Todavía te queda Ismael», insistía, tenaz. Intentaba salvarlo de sí mismo aun después de muerta.

Pero ella no podía comprenderlo, no podía entender que mirar a Ismael era recordarla, sufrirla. El muchacho tenía sus mismos ojos oscuros, su misma terquedad. Ismael era más herencia de ella que de él, y tenerlo delante solo servía para escupirle al rostro su pérdida.

Una vez que pasó el último control, accedió a una encrucijada entre pasillos, despachos y laboratorios. En el centro de la misma estaba el teniente Salomon, y a su lado se encontraba un desconocido esquelético y retorcido que miraba el mundo como si el olor de este le desagradara en extremo. Habían pasado cinco años desde la última vez que había visto a Salomon y le sorprendió ver cuánto había envejecido en ese tiempo. Se preguntó qué pensaría Edgar de él. No tardó en averiguarlo. El policía se le acercó y extendió una mano inmensa al tiempo que decía:

–Tienes un aspecto horrible.

–Lo mismo digo.

–Me enteré de lo de tu mujer. Pensé en hacerte llegar mis condolencias, pero ya sabes cómo es esto. Nunca se tiene tiempo para nada.

–Es un constante no parar, lo sé. –Durante cinco años había trabajado para el Departamento de Seguridad en calidad de experto onírico. Casi se había visto forzado a hacerlo. Todavía, de cuando en cuando, recurrían a sus servicios como colaborador externo, y así conseguía que el departamento pasara por alto sus actividades ilícitas, siempre y cuando, estaba advertido, se mantuviera en un perfil bajo–. ¿Y Amanda? –le preguntó.

–Me abandonó a principios de año –contestó el otro con frialdad–. Se ha casado con los dos diseñadores de interior que decoraron nuestra casa y se ha quedado con la mitad de mi sueldo. Esa perra me ha destrozado la vida –dijo con el mismo tono de voz que alguien habría utilizado para describir una molestia mínima, insignificante–. Pero no tenemos tiempo de compartir tragedias. Hay cosas por hacer. Deja que te presente al teniente Carlo Mejía, un buen amigo y un mal compañero.

–He oído hablar de usted –comentó el aludido, y por la expresión de su rostro dio la impresión de que nada de lo que había oído era demasiado bueno–. Por lo que sé, estuvo muy implicado en la investigación de la epidemia del sueño. Me han contado que el país le debe mucho.

Se encogió de hombros. No había sido más que una simple cuestión de suerte. Él había sido uno de los muchos artesanos a los que, diez años atrás, el Gobierno había solicitado colaboración durante la crisis de la peste onírica. Isaac fue el primero en detectar trazas no humanas en los sueños con los que el asesino había contaminado la nube. Al parecer, había manipulado sueños de reptiles para infectar con ellos infinidad de archivos de la biblioteca del Departamento de Descanso y Bienestar, aunque por

mucho que lo habían intentado no habían logrado identificar la especie animal de la que se había servido. Al cerebro humano le costaba lidiar con algo tan ajeno a su naturaleza y muchos de los que se descargaban los elementos contaminados morían o quedaban en estado vegetal. Aquellos sueños provocaban unas pesadillas terribles; de hecho, había quien afirmaba que no era ese elemento no humano lo que mataba a los soñadores, sino el puro miedo.

El hallazgo de Isaac fue el principio del fin de Armind Zola, un conocido artesano onírico que, de hecho, colaboraba de forma estrecha en la investigación. Zola era también la mayor autoridad conocida en sueños no humanos, el grueso de su investigación en los últimos años había versado sobre ese tema. En su estación de trabajo se descubrieron sueños descompilados de serpientes e iguanas, y entre ellos hallaron también archivos cuyo código coincidía punto por punto con muchos de los patrones usados para contaminar la nube. Antes de que pudieran detenerlo, Zola se metió el cañón de una pistola de pulsos en la boca y se voló la cabeza. En su nota de suicidio asumía su culpabilidad y añadía en un singular arrebato: «Siempre habitaré vuestros sueños».

A todos los que conocían lo sucedido les sorprendía el hecho de que Isaac diera tan poca importancia a su intervención en la captura del artesano loco. Él no lo veía como algo de lo que vanagloriarse, ¿cómo hacerlo cuando Zola se había llevado por delante a más de treinta mil personas? ¿Cómo hacerlo cuando la peste significó el fin de la era dorada de la revolución onírica? Tras la epidemia, nada fue igual. Al Gobierno no le quedó más remedio que legislar con severidad todo lo relacionado con los sueños y su manipulación.

–Solo cumplí con mi deber –dijo con desgana.

–Y de nuevo te toca hacerlo –gruñó Salomon–. Espero equivocarme, pero existe la posibilidad de que tengamos una nueva epidemia del sueño en marcha.

Por primera vez desde la muerte de Susan, algo ajeno a esa pérdida lo hizo temblar.

–Dime que estás bromeando –le rogó.

–Te lo diría, pero entonces estaría mintiendo –replicó el teniente–. Te hemos hecho venir porque, además de ser uno de los mejores artesanos del sueño, eres, de lejos, el más discreto. Y ahora mismo además de seso necesitamos discreción. Nada de esto debe salir de aquí. No queremos que cunda el pánico.

Carlo Mejía suspiró de forma melodramática; fue un verdadero resoplido de hastío.

–A pesar del alarmismo de mi compañero, tenemos razones para pensar que esto no es más que un caso aislado. Nuestros expertos creen que fue un sueño artesano en mal estado lo que lo mató, un sueño que por pura casualidad provoca síntomas similares a la peste onírica. Por favor, acompáñenos –le pidió, mientras indicaba un pasillo cercano–. Nos gustaría conocer su opinión.

–No es alarmismo, es pesimismo innato –rezongó su compañero–. Si algo puede salir mal, saldrá peor. Esa es mi filosofía. No me hace feliz, pero al menos me mantiene alerta.

–Deberías darte a la bebida, en serio –le recomendó Mejía–. Es lo que te falta para convertirte en un cliché.

–El alcohol me da acidez de estómago. Y las drogas me aburren.

–Prueba entonces a tocarte más –le aconsejó mientras hacía un gesto burdo con una mano–. Quizá eso te haga ver la vida desde otra perspectiva.

El habitáculo adonde lo guiaron no estaba lejos. Era una estancia ovalada de un color blanco tan brillante que dolía la vista al mirarlo, hasta las múltiples pantallas que se repartían a media altura por las paredes estaban sintonizadas en ese momento en una imagen en blanco. En el centro de la habitación, tendido en una camilla de plástico, estaba el cadáver de un hombre. Rodeaba el cuerpo un sinfín de artilugios de lo más variopinto. Isaac reconoció varias herramientas propias de su oficio. Había calibradores de sueño, discos de infiltración y recuperación de datos, repetidores de señal… La expresión de puro horror del cadáver movía al espanto, y no ayudaba nada el hecho de que hubieran levantado buena parte de su cráneo para dejar al descubierto el cerebro. Justo bajo la línea de trepanación se veía una diadema similar a las usadas por los artesanos oníricos en sus probaturas, solo que de ella emergían varios filamentos que se introducían directamente en el cerebro desnudo. En la estancia había una mujer, sentada en una silla blanca junto a la camilla, atenta a las lecturas que se vertían en un monitor de mano. Como no podía ser de otro modo, vestía por completo de blanco.

–Lo más probable es que el tipo tuviera un mal viaje en algún soñadero y luego intentaran deshacerse de su cadáver para evitarse problemas –dijo el teniente Mejía–. Lo tiraron a la basura. Cruel destino.

Isaac examinó el cuerpo con el ceño fruncido. No pudo evitar recordarse en el duro trance de identificar el cadáver de Susan tras el accidente. El recuerdo le atenazó el

vientre. De haber podido, habría hundido las manos en su propio cerebro hasta dar con aquella imagen y arrancársela de la cabeza.

–¿Podríais taparlo, por favor? –pidió–. Os recuerdo que no soy forense ni médico. Solo soy un civil al que no le ha quedado más remedio que presentarse aquí en contra de su voluntad.

–Mis disculpas, pensé que querrías examinarlo –dijo Salomon. Se aproximó a la camilla y cubrió el cadáver. Isaac casi suspiró aliviado cuando la sábana blanca cubrió el cuerpo.

–¿Se ha arrancado la lengua? –quiso saber. La mayoría de las víctimas de la peste onírica se habían mutilado a sí mismas de esa forma en el momento de su muerte.

–Más de la mitad. De un solo mordisco –contestó el policía–. Encontramos el pedazo también en el contenedor; al menos tuvieron la decencia de tirarlos juntos. –Se rascó la barba de varios días mientras espiaba por encima del hombro a la mujer de blanco–. ¿Cómo va esa recuperación de datos, Teresa? –le preguntó–. ¿Hay progresos?

La aludida estaba tan concentrada en su tarea que tardó unos instantes en contestar, y cuando lo hizo ni siquiera los miró. Parecía absorta, ida:

–Ninguno. No he conseguido rescatar nada nuevo desde el rastreo en profundidad de esta mañana. Y no es de extrañar: el colapso destruyó más del setenta y cinco por ciento de los nanonitos de su cerebro y los supervivientes están tan dañados que es complicado acceder a su memoria. Hemos tenido suerte de conseguir rascar algo.

Aquel dato lo preocupó. Los sueños de Armind Zola nunca habían llegado a tal nivel de devastación, el porcentaje de nanobots cerebrales que eran destruidos al procesar sueños no compatibles rondaba siempre el veinte o el treinta por ciento, nunca habían sido tan extremos, tan demoledores.

–¿Puedo ver lo que habéis conseguido extraer? –preguntó Isaac. Los nanonitos tenían cierta capacidad de retención de datos, la suficiente para poder acceder, aunque fuera de forma limitada y, la mayor parte de las veces, confusa, al último sueño del sujeto.

–Por supuesto –concedió Salomon–. Aunque no hay mucho que ver y lo que hay no es agradable, te lo advierto. Teresa, vierte el sueño en pantalla, por favor.

La mujer tecleó en su monitor. Tenía uñas largas, de un intenso color negro. Al escribir, diminutos caracteres esmeralda las recorrían de izquierda a derecha.

–Proceso de descarga completo –anunció con desgana.

Casi al mismo tiempo, todos los monitores empotrados en las paredes cobraron vida. Pasaron del blanco al negro para, a continuación, mostrar todos una misma imagen fija: una habitación oscura, de ángulos quebrados, al fondo de la cual se intuía a una mujer con un bebé en brazos, sentada en una silla de patas retorcidas. La mujer, aunque estaba de frente, no mostraba la cara. O tenía el cuello girado en un ángulo imposible o llevaba el flequillo muy largo. No era el único detalle extraño en su anatomía: tenía el vientre hinchado y los pechos asimétricos, hasta parecían nacer en distintas alturas de su cuerpo; ni siquiera las articulaciones parecían correctas, daban la impresión de ser nudos practicados de manera zafia y aleatoria en mitad de las extremidades. El niño también movía al espanto: tenía los brazos extraordinariamente largos, las piernas demasiado cortas y la cabeza, ovalada, era calva por completo. Ambos eran horrendos. La pantalla parpadeó y mostró una nueva imagen de los dos; el ángulo y la distancia habían variado algo, como si el observador hubiera cambiado de posición entre una imagen y otra. Isaac tuvo la impresión de que tras el cabello de la mujer no había nada, ni rostro ni nuca, solo vacío. El niño tenía la boca, enorme, abierta de par en par en lo que o bien podía ser un grito o llanto. La lengua de aquella cosa era trífida.

–¿Hay alguna grabación en movimiento? –preguntó Isaac.

–Tres segundos bastante inquietantes –dijo Carlo–. Vienen ahora.

Las pantallas, tras otra imagen fija de la mujer y el niño en la silla, mostraron un escenario bien diferente: ella estaba en el suelo, tirada boca abajo sobre un gran charco de sangre. En primer plano se veía al bebé, descabezado ahora, que se arrastraba por el suelo a una velocidad vertiginosa. Lo más horrible no era que aquella criatura no tuviera cabeza, lo más horrible era el modo en que gateaba; no era un movimiento normal, había algo en él difícil de definir, su manera de desplazarse parecía estar más cerca de la forma de nadar de ciertos peces que de movimientos humanos; además, su cuerpo ondulaba, como si estuviera hecho de gelatina. La grabación se detuvo cuando aquella horrenda criatura hubo salvado la mitad de la distancia que lo separaba de la mujer caída y el soñador.

–Esto no me gusta nada –murmuró Isaac. Las imágenes comenzaron a repetirse en bucle en la pantalla. No podía dejar de mirarlas–. No me gusta nada –repitió–. La textura del sueño es extraña, pero lo que más me preocupa es el formato. Todo parece deformado, como si estuviéramos mirándolo a través de un prisma roto. Mirad a la mujer. Tiene una especie de halo sucio alrededor, una vibración redundante…

–¿Puede deberse a los nanonitos dañados? –preguntó Salomon.

–No. Las imágenes son tal como las soñó el sujeto. Eso es evidente. El sueño estaba enrarecido desde el principio.

–Hemos extraído todo el código onírico posible de los nanobots supervivientes –le explicó el teniente–. Es lo que queremos que estudies. Necesitamos que busques rastros no humanos en esos sueños. Y que, por favor, no los encuentres.

–¿Vuestros expertos han dado con algo? –quiso saber él.

–Están en ello –resopló Edgar Salomon–. Pero muchos son los mismos que no lograron encontrar las trazas de sueños que causaron la peste onírica, así que confiamos lo justo y necesario en sus capacidades. Necesitamos un punto de vista ajeno al departamento. Necesitamos que nos eches una mano y nos digas si tenemos razones para preocuparnos.

–Quiero echar un vistazo a esos códigos antes de pronunciarme –señaló Isaac–, pero por lo que estoy viendo tenéis motivos de sobra. Si disponéis de protocolos de emergencia para estos casos, yo los iría activando ya. Si eso llega a la red habrá una masacre.

–Pero ¿qué os pasa a vosotros dos? –quiso saber Mejía–. ¿Habéis estudiado en el mismo colegio de pesimistas? Eso no puede llegar a la nube. No puede, es así de sencillo. Después de la peste onírica, el Departamento de Descanso y Bienestar endureció las medidas de seguridad para impedir que una barbaridad semejante volviera a suceder. Lo que de verdad me preocupa es que haya una partida de sueños ilegales contaminada por ahí…

–Aun así no estaría de más dar la voz de alarma –dijo Isaac.

–¿Y desatar el pánico? No, me niego a colaborar en eso. Al menos hasta tener todos los datos. Esperemos al informe de Isaac antes de dar el siguiente paso, ¿de acuerdo?

–Recuerda mi filosofía, camarada –le aconsejó su compañero–: si algo puede salir mal, saldrá peor de lo que esperas.

–Si ocurre lo peor, estaremos preparados, no lo dudéis, par de cenizos.

–Espero por nuestro bien que estés en lo cierto –dijo Isaac Calvero.

La peste del sueño había dejado tras de sí más de treinta mil muertos. Un número extraordinario, sí, pero había que tener en cuenta que en aquel entonces la nube era mucho más pequeña de lo que era ahora. La única ciudad conectada de forma plena era Ciudad Resurrección; aunque los nodos principales y los repetidores ya llevaban la nube

a otros puntos del país, no había sido hasta hacía relativamente poco cuando la red onírica comenzó a dar señales de volverse verdaderamente global. En los diez años transcurridos desde la epidemia se había multiplicado por doscientos el número de soñadores que se conectaban a la nube, las principales ciudades europeas disponían de sus nodos de acceso y ya comenzaban a aparecer, de manera puntual, nodos en otros continentes. Un nuevo ataque a la nube podía dejar ahora una cifra de muertos astronómica.

Isaac estudió de nuevo las imágenes en pantalla. Mostraban otra vez a la mujer en su silla, con el niño deforme en brazos. Entornó los ojos y dio un paso al frente. Las sombras que rodeaban a ambos los hacían más irreales si cabía; formaban un halo oscuro e irregular, un tumor grumoso que podía muy bien pasar por la propia oscuridad de la habitación. Pero no era así, era como si estuviera consumiéndolos una llamarada negra. Cuando de nuevo le llegó el turno a la grabación del bebé en movimiento, Isaac dio un paso al frente. Casi daba la impresión de que tanto sobre el cuerpo caído de la mujer como de la horripilante criatura reptante se habían posado un sinfín de insectos, pequeñas criaturas de alas negras, transparentes, casi inexistentes.

Mariposas, quizá.

MARIPOSAS EN LA RED

La lluvia golpeteaba con fuerza contra los paraguas y toldos de la plazoleta. Ismael se encasquetó con más fuerza aún la capucha de su impermeable mientras aguardaba paciente en la cola de racionamiento. No era una lluvia normal la que se descargaba sobre ellos. Aquel interminable chaparrón era producto de la condensación que tenía lugar en las plantas bajas de los rascacielos de la ciudad. Era una lluvia sucia y desagradable. Había zonas de los suburbios más castigadas que otras por aquel fenómeno y aquella en particular era una de las que más lo sufría.

«Se nos mean encima», solía decir su madre. «Los ricos se nos mean encima, a eso hemos llegado.»

Algo retumbó en las alturas. Un trueno que no era tal. Ismael alzó la vista. Allí en lo alto se distinguía la sombra de uno de los inmensos túneles que unían las torres. En aquellos momentos un tren surcaba el conducto, con su cargamento de privilegiados a cuestas. Se decía que había gente en los niveles superiores que llevaba años sin pisar los niveles bajos, que de hecho consideraban humillante la mera posibilidad de hacerlo. Ismael había oído que los grandes gerifaltes de la ciudad vivían en fastuosas terrazas, muy por encima de la capa de contaminación que cubría la urbe, y que jamás descendían un solo nivel.

Tras otra media hora de espera bajo la amarillenta luz de las farolas, llegó su turno en la cola. La entrada de los almacenes municipales era poco más que una precaria techumbre de metal donde una mujer uniformada, que lucía tal papada que parecía tener el cuello doblado, se dedicaba con hastío a la tarea de repartir las cajas de raciones. La mujer comprobó el chip de identidad de Ismael y sacó una caja que al muchacho le dio la impresión de ser bastante más pequeña que la de la semana anterior. No le hacía falta abrirla para saber qué contenía: diminutos paquetes de azúcar y sal, pan para hornear, filtros y depuradores de agua, vegetales inidentificables y varios pedazos de carne

desalada. Ismael cargó la caja en el carrito, firmó en la pantalla del albarán electrónico que la mujer le tendió, salió del almacén y emprendió el camino de regreso.

Avanzó entre la multitud, su carrito tras él. A intervalos regulares se veían garitas de vigilancia, con hombres embutidos en los uniformes grises del Departamento de Seguridad, la estampa habitual en las cercanías de los centros de aprovisionamiento. Mientras atravesaba las calles no dejaba de pensar en la joven de las mariposas. Decir que se había convertido en una obsesión era quedarse corto: le costaba trabajo no pensar en otra cosa. Ni siquiera las voces de los vendedores ambulantes la apartaban de su cabeza. ¿Quién era? ¿De qué tenía que salvarla? ¿Dónde encontrarla? Estaba convencido de que era real, de eso no tenía ninguna duda, a pesar de la opinión de su padre.

–Enhorabuena –le había dicho tras quitarse la diadema donde había probado el escenario de la mariposa–. Has programado el sueño más aburrido de la historia.

La nube había seguido siendo una nube para él. No había cambiado. El sueño vacío había continuado vacío sin que sufriera la menor mutación; lo que era de esperar en un sueño de apenas dos líneas de código. Tras el sueño fallido, su padre había analizado de arriba abajo el elemento Nube 67676701. Y en él encontró una diminuta tara, una anomalía que a Ismael se le había pasado por alto: el espacio en soporte físico que ocupaba la nube era algo mayor de lo que sería normal en un elemento de ese tipo; era una diferencia mínima, casi inapreciable, un espacio vacío que no debería estar allí.

–Ahí tienes a tu muchacha –comentó su padre–. Hay un espacio en blanco, un elemento no cerrado por el que se cuela el subconsciente del soñador. Tu jovencita no es más que un archivo mal ensamblado.

–Es imposible. –Se negaba a creer aquello. La joven de las mariposas era real.

–Si tienes una explicación más convincente, estoy deseando oírla –dijo entonces su padre. En la voz se le notó el agotamiento y la necesidad, cada vez más apremiante, de abandonar el mundo real para ir en busca de su esposa muerta.

–¿Por qué tu subconsciente no ha alterado el escenario? –quiso saber entonces Ismael–. Si el mío lo hizo, ¿por qué no el tuyo?

Se encogió de hombros.

–No lo sé. Tal vez tu mente sea más propensa a dejarse llevar, o quizá yo estoy demasiado cansado como para perder el tiempo en tonterías. –Se levantó de la silla–. Esa joven no existe, no ha existido jamás. Es solo un producto de tu imaginación, Ismael. Asúmelo.

«¿Como tú has asumido la muerte de mamá?», estuvo a punto de preguntar, rabioso. No lo hizo. Nunca hablaban de ella, nunca la mencionaban; su madre era otro espacio en blanco, una ausencia siempre presente y nunca abordada.

Creía que la conversación ya había terminado, pero, antes de que pudiera marcharse, su padre volvió a hablar.

–Sin embargo, si quieres seguir buscándola, allá tú. Eres libre de perder tu tiempo como se te antoje. Pero no lo hagas en la nube, no lo hagas en la red onírica. No te conectes a ella durante un tiempo, ¿de acuerdo?

Él lo había mirado sin comprender.

–¿Tiene algo que ver con el caso en el que estás colaborando? –preguntó.

Su padre dudó un momento. Ismael supuso que lo ataba alguna cláusula de confidencialidad con el Departamento de Seguridad.

–Tan solo no te conectes –le pidió.

La zona del mercado era un caos de gente vociferante, de puestos móviles que se atropellaban unos a otros y que apenas dejaban ver los escaparates de las pequeñas tiendas que tomaban las calles. Ismael saludó con la cabeza a la mujer negra que vendía utensilios de cocina de segunda mano, una vieja conocida, y enfiló hacia la bocacalle que conducía a la relojería. En aquella parte, la venta ambulante descendía de manera considerable; los únicos puestos pertenecían a las propias tiendas y estaban situados frente a los escaparates de las mismas. Le faltaban todavía varios metros para llegar a la relojería cuando, entre el gentío que iba y venía, pudo ver la cinta negra y roja que cruzaba en aspa tanto el escaparate como la puerta del local. Negó con la cabeza, incrédulo. El Departamento de Seguridad había clausurado la tienda, no necesitó leer el aviso pegado a la puerta para saberlo, le bastó con ver los colores del precinto. Avivó el paso y, con el carrito traqueteando tras él, giró la esquina para entrar en el edificio por la puerta que correspondía a la vivienda propiamente dicha. No había rastro de policía en la calle y eso le infundió ciertos ánimos tras la alarma inicial: fuera cual fuese el motivo del cierre, no era tan grave como para dejar a nadie vigilando. Aun así, cuando el tictac de los relojes salió a su encuentro, algo en su tono le transmitió una marcada urgencia.

Se topó con su padre antes de entrar en la tienda. Estaba sentado a la mesa de la cocina, con un vaso de licor amarillento en una mano y la mirada perdida. No hizo ademán de haberlo oído entrar hasta que Ismael se dirigió a él de forma directa:

–¿Qué ha pasado?

–Seguridad ha cerrado la relojería. –Se acercó el vaso a los labios, aunque no llegó a beber–. No te preocupes, la reabrirán en cuanto cierren la investigación. Hemos tenido suerte. De no haber estado ayudándolos con lo del funcionario muerto, cualquiera sabe qué habría sucedido.

–Pero ¿por qué nos han cerrado? ¿A qué investigación te refieres?

–El anciano al que le vendiste el sueño de la playa mató a su mujer mientras dormía. –Acabó el contenido del vaso de un solo trago. Se lo tomó con ira, con rabia–. La mató mientras soñaba tu sueño –dijo.

Ismael retrocedió un paso. Ahora el tictac de los relojes se le antojó un sonido perverso, burlón, una carcajada metálica que saturaba el espacio.

–Es horrible –dijo, y se sintió ridículo al resumir en esas dos palabras todo el drama contenido en la muerte de esa mujer.

–Después de cometer el asesinato, confesó dónde había comprado el sueño. Por lo visto, su esposa llevaba tiempo enferma y él no podía soportar verla así. Quiso regalarle un último momento de felicidad. Luego la asfixió. –Su voz iba y venía. Ismael se preguntó cuánto habría bebido ya–. ¿Recuerdas lo que te dije el primer día que te pusiste tras el mostrador? –Su mirada era acusadora. ¿Estaba responsabilizándolo de la muerte de esa mujer? No, no podía ser cierto, no podía ser tan cruel–. ¿Lo recuerdas?

–Me dijiste muchas cosas, papá –dijo–. Es complicado que sepa a cuál te refi…

–Te dije que nunca le vendieras sueños a gente desesperada. Te lo advertí.

–Ese anciano no parecía desesperado. Solo triste.

–Eso es la desesperación –masculló–. La tristeza absoluta. –Cogió la botella de licor y volvió a llenarse el vaso. La mirada seguía ausente. Ismael ni siquiera se preguntó si el hecho de que hubiera cambiado los sueños por alcohol era una mejora. Estaba demasiado impresionado por lo que acababa de contarle como para pensar en ello.

Abandonó la cocina, después de dejar el carrito y su carga junto a la mesa. Necesitaba huir de allí, alejarse de su padre y del olor a cloaca que emanaba de la botella abierta. Por un instante, no supo adónde dirigirse. El recuerdo de aquel anciano de hombros caídos y mirada perdida hizo que se estremeciera. Le había parecido tan frágil, tan pequeño… Pero aun así había tenido fuerza suficiente para matar a la mujer que amaba porque no soportaba verla sufrir. Pero ¿de verdad había sido fuerza lo que había necesitado? ¿No sería más bien debilidad? ¿Cómo definirlo? El anciano había matado por amor, eso era indudable; equivocado o no, el amor había sido lo que había guiado su

mano. Al igual que el amor era lo que estaba empujando a su padre a olvidarse de la vida y matarse, poco a poco, a sí mismo. ¿Y él? Él tampoco estaba a salvo de esa locura, de esa obsesión. Había caído en las garras de un amor imposible, de un amor entrevisto en sueños.

Se metió las manos en los bolsillos y, tras echar un vistazo dentro de la relojería para comprobar que todo estaba en orden, se encaminó hacia su cuarto. No era un amor imposible. Era un amor cautivo. La muchacha de las mariposas estaba atrapada en una pesadilla y le había pedido ayuda. Y tenía que encontrar el modo de proporcionársela.

Su habitación se parecía mucho al taller donde programaban los sueños, aunque en ella reinaba un desorden aún mayor. Ismael estaba más cómodo en escenarios donde todo estuviera amontonado o tirado por los suelos, sillas y estantes. Solo cuando su entorno tenía aspecto de madriguera se sentía realmente bien, realmente a salvo. Eso no significaba que descuidara la limpieza; lo que no soportaba era el orden excesivo, se sentía constreñido en él, atrapado. Había tenido muchos encontronazos con su madre a raíz de esa manía, pero con su padre no tenía ese problema. Que él recordara, la última vez que había entrado en su cuarto había sido para decirle que su madre había sufrido un accidente.

Dejó su impermeable colgado de la ventana para que goteara en el patio interior. A continuación se tumbó en la cama y desenrolló el portátil de batalla, el que siempre llevaba consigo a todas partes. Desde el día anterior, desde el nuevo encuentro con la joven morena, había estado intentando averiguar quién era. Por desgracia, todas sus investigaciones habían sido inútiles. Orientar la búsqueda hacia la identidad de la joven no tenía sentido, era un absurdo. Lo que tenía que saber primero era cómo conseguía alterar los sueños de un modo tan drástico.

Para intentar averiguarlo, Ismael había entrado ya en un sinfín de grupos de discusión onírica, así como en una buena cantidad de canales de chat, algunos de ellos ubicados en la red ciega, el entramado de servidores ilegales que configuraban la red pirata, ajena por completo al Gobierno y las redes normales. Ismael entró en modo navegador y se dispuso a continuar con la búsqueda. Buscaba mariposas en la red, una mariposa diminuta perdida en la infinidad. Una mariposa con la capacidad de tejer sueños.

¿Podría tratarse de un virus? Eso era lo primero que le preguntaba todo aquel al que se aproximaba en las redes en busca de información. Ismael estaba familiarizado con ellos, por supuesto. Y con los estragos que habían provocado en los primeros compases de la

revolución onírica. La peste del sueño había sido causada precisamente por uno de ellos, un virus fabricado por Armind Zola, un artesano enloquecido, que afectaba al cerebro de manera, en muchos casos, mortal. Desde entonces, la piratería onírica estaba perseguida; una cosa era intentar entretener con sueños y otra intentar modificar comportamientos o hacer daño al soñador. En primera instancia, Ismael había descartado que se tratara de eso, los programas maliciosos capaces de alterar la mente eran demasiado complejos para poder estar contenidos en un código tan escaso como el de la nube con forma de mariposa, ni siquiera con el espacio en blanco detectado por su padre. Además, ¿quién en su sano juicio iba a piratear de ese modo una simple nube?

Alguien desesperado, se contestó al instante. Alguien que no tiene nada que perder.

Entró en docenas de canales de chat, diversificó los apodos que usaba para registrarse en los que estaban dentro de las redes normales y usó su nombre de guerra, Samael, en los de la red ciega. Utilizó todos los buscadores a su alcance. Tecleó durante horas. Pero no había nada, ni una sola pista. Nada, le aseguraban, podía afectar a un sueño desde un programa tan mínimo como el que describía. La teoría más repetida, para su horror, era la de su padre: había sido su propia mente la que había elaborado aquella fantasía; según decían, descartado el virus, no había otra explicación posible. Pero él se negaba a creerlo. Los mensajes privados se multiplicaban en sus cuentas de correo y las pocas respuestas que conseguía no hacían más que llevarlo a nuevos callejones sin salida. Hasta tuvo que bloquear los mensajes de lo que parecía ser un viejo enfermo ansioso de programar un sueño erótico para él.

En un determinado momento estuvo, al mismo tiempo, en diecisiete canales de chat diferentes, tan superado por aquel desdoblamiento de identidad que le costaba trabajo mantenerse lúcido. En uno de esos canales se abrió, de pronto, una conversación privada. Antes de pasar a ella, revisó la temática del canal. Era un lugar donde se hablaba de anomalías producidas en sueños, un foro en el que se describían las anormalidades más curiosas que había producido la nube. Había sido uno de los pocos canales en los que Ismael había contado su sueño, sin entrar en demasiados detalles, por supuesto. Aunque fuera un canal de la red ciega no quería correr riesgos excesivos.

>SamSagaz: Disculpe mi intromisión, caballero. ¿Puedo importunarlo un momento?

Al instante se puso a la defensiva.

>Samael: Puedes. Aunque no tengo mucho tiempo para conversaciones privadas, estoy a punto de desconectarme.

>SamSagaz: ¿La muchacha de tus sueños era morena?

Ismael tragó saliva.

>Samael: Quizá. Pero si tenemos en cuenta que un buen porcentaje de mujeres lo son, no me parece algo a tener en cuenta.

>SamSagaz: ¿Había mariposas en tu sueño?

Ese era uno de los detalles que no había mencionado en el canal. Se incorporó en la cama.

>Samael: ¿Quién eres?

>SamSagaz: SamSagaz. Lo pone entre los dos puntos y el piquito de pato. ¿Tienes problemas de atención?

>Samael: ¿Cómo sabes lo de las mariposas?

>SamSagaz: ¿La chica te besó?

>Samael: ¿Y a ti qué te importa?

>SamSagaz: Te besó. Je.

>SamSagaz: Me gustaría presentarte a alguien. Creo que tenéis cosillas en común. Deja que compruebe si está en línea.

Ismael frunció el ceño. No sabía qué hacer. La expectación le podía, sí, pero también una sensación de creciente amenaza. ¿Estaba cometiendo un error? ¿Había contado más de lo que debía? Y tuvo todavía más dudas cuando una nueva pregunta apareció en la pantalla de su monitor:

>SamSagaz: ¿Le tocaste las tetas?

ESE BESO COMÚN

Anna se removió, incómoda, en su butaca, como si el mullido tejido que la acogía estuviera invadido por molestos pinchos diminutos. Llevaba varias horas frente a la pantalla y se hacía tarde. Se había instalado un atisbo de culpabilidad en algún plano secundario de su cerebro, continuo y persistente, casi como el murmullo de un vagón eléctrico; tenía tareas que hacer, pero no podía abandonar la sala de chat. El canal se había convertido en una adicción, los datos acerca de su sueño se sucedían casi atropellados, conforme los otros usuarios recordaban pequeños detalles, minucias que podrían aportar algo, lo que fuera, sobre el misterio de la chica morena; se barajaban teorías y se hablaba de distintos planes de acción en el caso de que al fin descubrieran algo. Ya eran cinco los que aseguraban haber soñado con aquella muchacha fascinante y sus mariposas. Sus encuentros solían ser como un serial de la red: un problema que parecía acercarse a una solución pero que, en realidad, no hacía más que complicarse más y más. Anna comenzaba a entender el atractivo de aquellos programas, de los que hasta ahora se había burlado. Volvió a intentar acomodarse en el sillón y releyó las últimas frases en pantalla. Escribió en la consola:

>Anna: Estamos igual que siempre. Vamos de callejón sin salida a callejón sin salida.

>Davos: ¿Y si al final estamos dando vueltas a todo esto para nada? ¿Y si al final resulta que todo no es más que un fallo del sistema? Puede que todo sea una gran casualidad. Una casualidad muy llamativa, sí, pero no lo veo imposible.

Davos era el último que se había unido al canal. Había aparecido esa misma mañana y según dijo había soñado que la joven morena lo besaba en una montaña rusa chirriante mientras cientos de mariposas volaban a su alrededor.

>Samael: Ya os he contado lo que sucedió cuando aislé la nube. No es un fallo. Es un mensaje de auxilio.

>Vito: Yo estoy con Samael. Es una petición de ayuda, lo tengo clarísimo.

>Anna: Puede que Davos tenga razón. No sabemos si es un mensaje, y mucho menos si es una llamada de socorro. Los sueños pueden ser mil cosas; a lo mejor vuestro subconsciente solo lo interpretó así, como alguien que pedía ayuda.

>Samael: ¿Nuestro subconsciente? ¿Quieres decir que hay una parte de mí que necesita salir a rescatar a damiselas en apuros?

«¿Y una parte de mí que quiere besar a chicas morenas?», se preguntó Anna, callada e inmóvil, con los dedos tensos sobre la consola. La música que solía poner de fondo en sus sesiones de chat, a pesar de pertenecer a su lista de reproducción favorita, comenzaba a resultarle irritante.

>Dominó: No creo que sea tan sencillo. Cada uno de nosotros es diferente e interpreta de forma distinta las imágenes que nos ofrece el sueño. A mí esa chica no me pidió nada, pero sí tuve la sensación de que estaba en apuros y que necesitaba ayuda, o por lo menos llamar nuestra atención. Eso lo hemos experimentado todos.

>SamSagaz: Yo no. Yo no soy más que vuestro anfitrión de canales oscuros y guía por senderos poco recomendables. Gracias a los dioses de la red, no participo de vuestro enamoramiento en masa.

>Dominó: Vale, todos menos SamSagaz. Los demás hemos visto a la misma chica y hemos tenido, de una forma u otra, la urgencia de averiguar más sobre ella, de investigar… Eso no pasa con los sueños normales.

>SamSagaz: Dominó tiene razón. Es una situación extraordinaria. No es tanta casualidad soñar con elementos comunes, al fin y al cabo son creaciones de la red que se programan y reutilizan una y otra vez. Lo que me parece extrañísimo es que os haya impactado tanto a nivel emocional. Estáis todos obsesionados con ella. Tal vez sea porque es la tía más buenorra que se haya diseñado jamás, en cuyo caso debemos encontrar al artesano involucrado y darle las gracias.

>Samael: No es ese tipo de sueño, SamSagaz. Y agradecería que te lo tomaras un poco más en serio.

Anna suspiró. A pesar de la emoción inicial de conocer a personas que habían vivido la misma experiencia que ella, Samael no terminaba de caerle bien. Los demás eran chicos agradables, tranquilos (o no tan tranquilos, como en el caso de Sammy), pero Samael irradiaba, aun a través de los canales virtuales, cierta intensidad que le resultaba molesta. Parecía como si el haber analizado el sueño lo hiciera creerse con derecho a decirles a todos lo que tenían que hacer; se mostraba además muy susceptible ante

cualquier comentario relacionado con la chica morena. No había duda de que todos se sentían, de una manera u otra, atraídos por ella, pero tal vez Samael era más… ¿cómo definirlo? ¿Más posesivo? En todo lo relacionado con la joven del colgante de mariposa, Anna había intentado mostrarse distante y objetiva, pero en cierto modo se sentía identificada con el apego de Samael; a lo mejor por eso tratar con él resultaba tan difícil, tal vez le recordaba su propia intensidad y celo. Los cuatro chicos (que, por lo menos en el canal, se definían como masculinos) habían recibido, al igual que Anna, el beso de la joven, pero ella había preferido no decir nada al respecto, sin confirmar ni negar haber tenido una experiencia similar. Su propia actitud la desconcertaba. ¿Por qué lo ocultaba? ¿Se avergonzaba de algo que había sido mágico, maravilloso? ¿Se negaba a compartir con otros aquello que la había hecho sentirse única, especial? Podría ser que se sintiera ofendida, tal vez envidiosa, por ese beso común, y quería que para ella siguiera siendo diferente, privado, solo suyo, como si la chica de su sueño fuese una chica diferente a la de los sueños de los demás.

Tras una breve pausa, Samael intervino de nuevo:

>Samael: Hay otra cosa. Algo que he recordado esta mañana, no sé si será importante o una tontería, pero creo que es necesario que pongamos en común todos los detalles de nuestros sueños. ¿Recordáis que os conté que en el mío había un castillo?

>Davos: El castillo, sí, claro.

>Samael: En cada torre había un estandarte, todos con el mismo emblema.

>Vito: ¿Un emblema? ¿Cuál?

>Samael: Puedo dibujarlo, pero no me atrevo a enviar archivos por aquí.

Anna se impacientaba. Los demás no parecían molestos con la personalidad dominante de Samael, y Vito parecía impresionado por sus conocimientos. Le intrigaba que Samael tuviera acceso a un equipo que le permitiera analizar sueños, y la sensación de que estaban jugando en un terreno no del todo legal le producía desazón.

>SamSagaz: Podrías encriptar el archivo. Esta red es segura.

>Vito: ¡No! ¡No te arriesgues! ¡Es más fácil seguirle el rastro a un archivo que a una conversación en estos canales!

>Samael: Para que os hagáis una idea… Imaginad una equis. Ahora ponedle un círculo en el centro, justo donde se cruzan las aspas; ese círculo además está atravesado por una línea horizontal. No es exactamente así, pero sirve para que os lo imaginéis.

>Anna: ¿La equis tiene dos puntos encima, uno sobre cada aspa?

Su propia pregunta la desconcertó. Se dio cuenta, en el mismo momento en que sus dedos formaban las palabras que aparecían en la pantalla, de que se había encontrado con ese símbolo antes.

>Samael: ¡Sí! ¿Cómo lo sabes? ¿Dónde lo has visto?

Anna tardó en contestar. Daba vueltas a algo que tenía en la punta de la lengua, o tal vez en alguna carpeta de su memoria casi visible, con el nombre borroso.

>Anna: No lo sé. No lo recuerdo, pero lo he visto antes.

>Samael: ¿Estás segura?

>Anna: Segurísima.

>Davos: Piénsalo, Anna, a ver si recuerdas dónde. Esa podría ser la clave que estamos buscando.

Anna cerró los ojos. ¿Dónde había visto ese símbolo? ¿Dónde? Se frotó las sienes, como si con aquel gesto pudiera agilizar la velocidad de su pensamiento. Cambió la formulación de la pregunta: ¿cuándo y dónde había visto ella muchos símbolos que habían llamado su atención? Lo recordó al cabo de unos instantes.

–Mamá –murmuró, incrédula.

Le costó un largo minuto recuperar la suficiente presencia de ánimo como para volver a teclear en el chat:

>Anna: Tengo algo, pero prefiero callarme hasta que lo compruebe.

>Dominó: ¿No puedes decirnos nada? ¡No nos dejes así!

Anna cerró el canal. Necesitaba una pausa, un espacio para pensar. Su madre no estaba en casa, pero sabía que no tardaría en llegar; los latidos acelerados de su corazón se asemejaban a los tacones que imaginaba ya por el pasillo, y, casi sin pensarlo, abrió la ventana de ecuaciones en las que había estado trabajando durante la lección de aquella misma mañana, como si su madre pudiera estar a punto de abrir la puerta y pillarla en mitad de aquella extraña conspiración. Al apagarse la música que acompañaba al programa de chat, se hizo el silencio y permaneció inmóvil, a la espera, mientras su cabeza trabajaba a trompicones.

Sintió cierto regusto amargo al recordar dónde había visto el símbolo del que hablaba Samael. Lo había encontrado la tarde en que usó el decodificador de su madre para entrar en su consola y descubrir el catálogo de maridos potenciales con los que Cordelia barajaba casarla. Aunque aquel fue el descubrimiento que marcó su tarde de espía (un descubrimiento tan desagradable que no volvió a acercarse a la consola de Cordelia), no

pudo evitar fijarse en la gran cantidad de carpetas privadas que poblaban el escritorio de su madre, todas identificadas con símbolos extraños, la mayoría meros garabatos sin sentido. Y entre ellos estaba el símbolo del aspa con un círculo en el centro, atravesada por una línea horizontal y coronada por dos puntos. El logo del sueño de Samael.

Necesitaba acceder de nuevo al decodificador de su madre. Y no sería complicado: tras más de un susto al creer que lo había perdido, había hecho una copia que guardaba como si fuera algún tesoro estrambótico en una jarrita en su habitación. De nuevo le temblaron las manos, de forma casi imperceptible. Inspiró con lentitud y expulsó luego el aire de golpe, emocionada como pocas veces antes lo había estado.

Era ahora o nunca. Debía actuar.

Entró en el cuarto de Cordelia como había entrado mil veces, pero hoy se sentía una intrusa, una ladrona en su propio hogar. Fue una sensación tan desagradable que estuvo tentada de abandonar, pero entonces recordó que su madre estaba manipulando sus sueños, leyendo sus conversaciones privadas (¡menos mal que a las más recientes no tenía acceso!), y todo remordimiento desapareció. La copia del decodificador estaba donde debía. La cogió con renuencia, como si fuera un insecto repugnante o algo que pudiera estallar en cualquier momento; una vez que lo tuvo en su poder, no le costó ningún trabajo acceder a la consola de su madre; las carpetas estaban donde recordaba, aunque su número era mayor de lo que había esperado. Y en una de ellas lucía, siniestro, el símbolo de Samael. Entró en la carpeta: estaba llena de archivos y documentos y, en grandes mayúsculas, aparecía sobre ellos un título ominoso. Proyecto Oniria. Confidencial: Niveles 8 y superiores. Aguantó el aliento unos segundos. Sabía que su madre tenía un estatus de peso en la jerarquía del departamento, pero… ¿tanto como para trabajar con proyectos tan sensibles? Durante un par de minutos permaneció inmóvil, sin saber qué hacer. Su curiosidad la impelía a seguir leyendo, pero por otro lado la sensación de desobediencia, de salirse del marco de lo aceptable, la angustiaba. Leer cualquier documento de esa carpeta sin tener el nivel adecuado era ilegal. Podrían enviarla a un campo de trabajo solo por abrir uno de ellos. Pero estaba segura de que el logotipo era el símbolo que buscaban, y de alguna manera ese proyecto tenía que estar relacionado con la chica del sueño. ¿Cómo no seguir adelante? Fue examinando los documentos con prisa, absorta por completo en algo que parecía formar parte de una película de espías a la vieja usanza, de esas que tanto le gustaban a Sammy, repletas de extrañas conspiraciones. Aunque los archivos carecían de información detallada, el

Proyecto Oniria parecía estar relacionado con las zonas muertas, aquellas que tras la guerra habían quedado afectadas por la radiación y que el Departamento de Recuperación del Espacio se encargaba de intentar restaurar. Por lo que apuntaban los documentos, parecía que se llevaba a cabo algún tipo de actividad gubernamental en un centro establecido en la zona 45G. Los archivos eran sobre todo hojas de pedidos, solicitudes firmadas por su madre que indicaban qué se necesitaba en dicho centro, listas largas que incluían desde equipo médico a productos de limpieza o mobiliario. Su madre se encargaba de suministrar con todo lo necesario a los equipos antirradiación de las zonas muertas, era parte de su trabajo, pero aquí todo se salía de lo normal. El equipo médico, por ejemplo, iba mucho más allá de un botiquín de primeros auxilios para los operarios: ¿para qué querrían estos una caja de doscientas jeringas o varios bidones de suero nutricional?

Suspiró, no podía seguir arriesgándose, no quería ni pensar qué podía suceder si su madre intentaba conectarse desde el trabajo a su consola y descubría que ya había alguien dentro de ella, por no hablar de lo que podría ocurrir si entrase en ese momento, de regreso al domicilio. Tenía lo más importante: una serie de coordenadas que se repetía una y otra vez en los documentos que había abierto. Con la escasa calma que le permitía la situación, apagó la consola, dejó el decodificador donde lo había encontrado y regresó a su dormitorio.

Apenas encendió su consola se lanzó de nuevo a la red pirata. «Por favor, que estén conectados, que estén conectados», se decía, una y otra vez, mientras comenzaban a aparecer en pantalla las listas de canales de los servidores disponibles.

Anna está conectada. Anna se suma al canal 31706H.

>Anna: ¿Hola?

Miró, esperanzada, la lista de contactos conectados. Tanto SamSagaz como Dominó y Samael permanecían en línea.

>Anna: ¿Hola? Tengo algo.

>SamSagaz: ¡Hola, Anna!

>Samael: ¿Qué es lo que tienes?

>Anna: El logo. El símbolo. Ya sé de qué me sonaba. Lo había visto antes.

>Dominó: ¿Dónde?

>Anna: Bueno, eso es privado. Por ahora. Lo que sí puedo deciros es que se trata del logo de un proyecto del Gobierno. Sam, ¿seguro que este canal está encriptado?

>SamSagaz: Segurísimo, toda la información está cerrada para cualquiera que no disponga de acceso a esta red y a todas las contraseñas correspondientes.

>Anna: Más nos vale, porque lo que voy a contaros es confidencial.

>Samael: Venga, no hay riesgo alguno.

>Anna: Es el logo de un proyecto que se desarrolla en la zona 45G.

Durante unos segundos nadie escribió nada. Se los imaginó a todos concentrados, buscando información sobre aquella área en las redes.

>SamSagaz: Es una zona muerta.

>Anna: Lo sé.

Comenzó a teclear la siguiente línea de texto, pero Samael la interrumpió.

>Samael: El Valle de las Mariposas.

>Anna: ¿De qué hablas?

>Samael: La zona 45G. Está entre dos montañas. Antes había un pequeño centro zoológico justo en el cruce de colinas, con uno de los mariposarios más importantes del mundo. Mi abuelo me hablaba a veces de ese sitio. Antes de la guerra esa zona se llamaba el Valle de las Mariposas.

De nuevo se produjo un intenso silencio virtual. No hubo ningún mensaje en pantalla durante largo rato.

>SamSagaz: Así que mariposas. Demasiada coincidencia, ¿no creéis, chicos?

INTERLUDIO: DOMINÓ

Delante de la consola, Dominic intentaba analizar sus propios sentimientos. El símbolo, las nuevas pistas, la reacción de Anna… todo los acercaba más a desvelar el misterio de aquel sueño. Le sorprendió su falta de emoción. El sueño era importante, eso lo sabía, pero el sueño en sí no era su motor de arranque, su razón para contactar con otros soñadores, su razón para buscar respuestas. A diferencia de los demás, la chica morena no era lo que lo motivaba.

Dominic (Dominó para los amigos virtuales) siempre se preguntaba si era justo cargar con la culpa de otros. Se preguntaba también por el concepto de justicia, mucho más de lo normal en un chico de quince años. Cuando los vecinos de su edad quedaban en la plaza de la Salamandra (aquella explanada rodeada de cristal del Nivel 3, la que lindaba con el edificio de la señora Lamart y con el apartamento del viejo que alimentaba a una rata a escondidas) para tomarse unas Biorrit y practicar con sus patinetes, él permanecía en casa, con su consola, e investigaba qué decían los grandes sobre aquello de la justicia, a pesar de que la gran plaza (llena de jóvenes que se conocían desde niños, hijos de padres que se conocían desde la guerra, que se debían alguna extraña fidelidad de supervivientes) estaba tan solo a una parada de vagón eléctrico de su propia vivienda, a apenas tres pisos del temido suelo. Pero Dominic llevaba tiempo sin asomar por allí con su patinete rojo, que de todas formas a estas alturas ya habría pasado de moda (y uno no era nadie en la plaza de la Salamandra si no portaba lo último en patinetes, ya fueran Calavera, Vili o, si te había tocado la lotería, Butcharnó).

Salía poco de casa desde que había empezado a cavilar acerca de la Justicia, así, con mayúscula. Era un fundamento, un Trascendente, algo más allá de las limitaciones del propio ser humano, o eso le habían enseñado su consola y las clases gratuitas del sistema educativo público. Pero había redes, redes ocultas y no autorizadas, a las que podía acceder cualquier persona que tuviera determinados conocimientos y claves, redes en las

que se hablaba de antiguos pensadores, antiguos hombres y mujeres de inteligencia extraña, aquellos a los que denominaban filósofos. Algunos conceptos, como karma, libre albedrío, predeterminación, herencia, iluminaban y oscurecían a la vez su mente. Al fin y al cabo, hacían que se preguntase cosas incómodas. La justicia, el fundamento incorruptible apoyado por las mayores personalidades, los mejores profesores y líderes, lo excluía de culpa. ¿Por qué, entonces, pagaba él por el crimen de otro?

Desde el suicidio de su hermano, de aquel hombre al que apenas había conocido, que le sacaba tantos años y tantas vidas, todo había sido un desastre tras otro: diez años de desastres encadenados. Una vez, una extraña había intentado acuchillar a su madre en el mercado; tras eso, el Departamento de Seguridad los había dotado de protección: tres agentes que se turnaban para vigilar a los suyos y se ayudaban de todo tipo de cámaras e instrumentos de vigilancia. Le avergonzaba pensarlo, pero Dominic sospechaba que no era más que una excusa para tenerlos controlados a ellos, a los familiares, como si la maldad se llevara en la sangre, como si el horror fuese genético. Y al final, después de todo, su madre no había presentado cargos contra la mujer. Cómo hacerlo, si el hijo de su atacante había sido una de las víctimas del suyo.

Dominic había leído que en situaciones de estrés prolongado las parejas solían dividirse. Al principio no había ocurrido así en el seno de su familia, que, frente al choque de lo increíble, de lo inaudito, frente a la locura de ese hado que se les venía encima, pareció unirse en torno a un solo núcleo indestructible llamado hogar. Sin embargo, aquella ilusión duró poco, y pronto comenzaron a aparecer los primeros indicios de que sus padres no eran más que dos muertos vivientes, dos personas que hablaban, andaban y comían como si nada ocurriese, cuando en sus ojos asomaba el agujero negro que los vaciaba por dentro.

Dominic pensaba a veces que sus vidas no habían comenzado con su nacimiento, sino con el crimen de su hermano; como si cualquier hecho anterior no fuera más que un episodio de un serial, o un sueño lejano y borroso. Nada había mejorado con el tiempo. Los días más difíciles fueron aquellos en los que parecía que Dominic no existía, días en los que sus padres evitaron su contacto, como si no quisieran recordar que tenían otro hijo que podría traicionarlos del mismo modo que había hecho el primogénito. Pronto aprendió a valerse por sí mismo, a depender de la generosidad de un par de familias vecinas que todavía respetaban los sagrados lazos de unión de la posguerra. Con la excepción de aquellas personas, el mundo externo se convirtió, cada vez más, en un ente

extraño con el que no se atrevía a confraternizar, un espacio lleno de familiares de víctimas dispuestos a tomarse la venganza por su mano de mil maneras diferentes.

Y el rencor no cesaba con el paso de los años; seguía presente y agresivo. Los constantes ataques, el desprecio, la pesadilla diaria que era para su familia trabajar o acudir a cualquier reunión social, acabaron por hacer mella. Un día se levantó y su padre no estaba allí. Lo buscaron durante meses, hasta aceptar por fin que no volvería. Se rumoreaba que se había suicidado, al igual que su hijo mayor; había quien decía que había aparecido muerto, flotando en el río de basura que atravesaba la parte más deprimida de la ciudad; y hasta alguien había dicho haberlo visto salir a pie de la urbe y desaparecer envuelto en una nube de radiación. Gracias a la herencia de sus abuelos, su madre y él habían conseguido sobrevivir, aunque a duras penas. Ella se volvió cada vez más taciturna, se encerró cada vez más en su casa y más en sí misma, hasta el punto de que ya nunca salía: ni del hogar ni de su cabeza. Y Dominic se quedó realmente solo.

Un tiempo después de la desaparición de su padre, Dominic comenzó a salir con chicas, tal vez porque buscaba en la calidez femenina el afecto de una madre que lo había olvidado. Buscaba jóvenes con propiedades mágicas: guapas, algo frívolas, habladoras, risueñas, que abrazaban con demasiada frecuencia a los demás. A Dominic le servían de bálsamo reparador, como si pudiera refugiarse en sus oasis de nimiedades, como si de repente cobrase vital importancia conocer la diferencia entre un vestido y una combinación de camiseta y falda, o la distinción de vida o muerte entre sandalias y zuecos. Aquellas chicas tenían faldas cortas, piernas largas y nunca llevaban zapatos planos; no eran reticentes a intimar y Dominic, cuya libido adolescente parecía haberse convertido en una locomotora sin frenos que descarrilaba cuesta abajo, agradecía la generosidad con que ellas procuraban ganarse su cariño a través de la hidalguía de sus cuerpos.

De cualquier forma, pese a su interés físico, no había llegado a sentir verdadero afecto por ninguna de ellas. Sospechaba que su capacidad para amar había quedado mermada tras la inevitable catástrofe que era su vida familiar; sospechaba a su vez que esta insensibilidad, así como la fama oscura que le proporcionaba ser hermano de quien era, lo convertía en un reto que atraía a las jóvenes de su edad como moscas a la porquería. De un modo parecido, el sueño con la joven de las mariposas le había producido cierto impacto racional, pero una respuesta emotiva muy escasa.

Dos cosas le habían quedado claras al despertar. Primero, que no se trataba de un sueño ordinario, corriente, programado; segundo, que esa chica existía y que estaba en apuros. Dominic intuía que el sentimiento de culpabilidad asociado a lo que había hecho su hermano lo arrastraba a una inevitable cruzada en busca de redención: de la suya, de la de su familia, de la de su nombre. Si Dominic hubiese creído en conceptos como la fatalidad o el destino, habría asegurado que salvar a esa chica de ojos inmensos era su camino, el papel que alguna entidad superior le había otorgado en el gran teatro del mundo. Pero Dominic se resistía a seguir reflexionando sobre temas dolorosos e inquietantes, y se armó con la seguridad de tener un objetivo claro, fuera cual fuese su motivación subconsciente. Y ese objetivo era poderoso, era simple. Era hora de olvidarse de sus propios demonios y de enfrentarse a los monstruos reales que esperaban ahí fuera.

A Dominic le habían llamado la atención algunos aspectos del sueño. No tanto que la chica lo hubiese besado, pues no era ni la primera ni la última vez que un sueño contenía besos. No era el beso lo que lo cegaba. En el sueño quedaba bastante claro que la joven se hallaba en algún tipo de encierro. Algo la amenazaba, la perseguía, una sombra se asomaba en cada esquina, dejaba ver garras, dientes y armas vestida con un rostro que él conocía demasiado bien. Era imposible que el sueño representara algo real, y sin embargo nunca había estado tan seguro; existía aquella chica morena con un colgante en forma de mariposa y existía un terrible monstruo que deseaba hacerle daño, tal vez incluso matarla, como ya había hecho con tantísimas personas. Era una bestia que Dominic había dado por muerta, pero que había reaparecido y volvía a amenazar a seres inocentes. Tenía que rescatar a la joven porque estaba a merced de un monstruo.

A merced de su hermano.

No tardó en recurrir a las redes privadas, a los sistemas piratas. Sospechaba que si la llamada de socorro había llegado hasta él, cabía la posibilidad de que su desesperación se hubiera proyectado también a otras personas. Por mucho que el sueño tuviese un mensaje personal, dirigido de manera obvia a Dominic, conocía lo suficiente la tecnología onírica (¿no era esta la especialidad de su padre, la que había sido la especialidad de su hermano? Era parte de su herencia maldita) como para saber que la emisora habría utilizado elementos básicos para luego aderezarlos con el subconsciente del soñador. Del mismo modo sabía, si bien no quería creerlo, que el rostro de su

hermano podría haber sido una aportación suya. Pero se trataba de una posibilidad que no podía ignorar: que el monstruo siguiese vivo, que el monstruo anduviese suelto.

Le sorprendió lo pronto que aparecieron otros afectados por el sueño. Desde el principio se había planteado su existencia como posibilidad, pero acudir a las redes ilegales había sido más un recurso informativo que una búsqueda social; una manera de encontrar referencias que lo ayudaran a identificar localizaciones geográficas, de encontrar pistas que lo condujeran hasta ella. Y así había llegado hasta Samael, hasta SamSagaz, hasta Anna, Vito y Davos. Parecían personas agradables, inteligentes. Samael sobre todo le inspiraba confianza; parecía capaz de tomar decisiones y demostraba amplios conocimientos sobre la tecnología del sueño. Davos y SamSagaz eran risueños, bromistas, y se preguntaba hasta qué punto eran conscientes de lo que implicaba ese gran lío en el que estaban metiéndose. Anna y Vito eran complicados de descifrar, su participación en el chat era escasa y muy seria, y Dominic intuía que tenían información que no compartían con el resto, pero ¿quién era él para echárselo en cara? Por razones obvias no les había contado lo del monstruo, ni el rostro que vestía en su sueño, ni qué significaba para él. Pero pronto habría una fecha, una hora, una meta clara y definida. Se les llenaba la boca de precauciones, de excusas, pero él sabía muy bien que, una vez localizado el lugar donde estaba prisionera la muchacha de las mariposas, no habría forma de volver atrás.

Dominic Zola apagó la imagen proyectada del chat. No sabía si resistiría la espera.

LA MUÑECA,
EL DUENDECILLO,
EL INOCUO, EL PARANOICO
Y EL MUTANTE

Anna era como una muñeca de porcelana, agradable de mirar pero vacía en esencia.

Esa fue su primera impresión al verla descender de la aerofurgo de Sammy. Era una muchacha rubia y artificial, una joven de los barrios altos, con el toque de maquillaje justo, con la cantidad de perfume exacta y tan fuera de lugar en aquel callejón como un unicornio. La vio mirar a su alrededor con un mohín que no supo si calificar de superioridad o de llano desprecio hacia el escenario que la rodeaba. Hasta pareció dudar a la hora de descender del vehículo, como si le repugnara pisar aquella callejuela con sus inmaculadas botitas. Anna le cayó mal de inmediato. Se presentaron con frialdad, tensos. Pensar que esa muchachita insulsa había estado cerca de la soñadora, que había compartido espacio con ella, lo desagradaba sobremanera. Le hacía sentir que su propio encuentro quedaba rebajado, mancillado. Resultaba extraño pero, en cierto modo, se sentía traicionado.

Sammy, al contrario, lo ganó de entrada. Su cara pecosa, la vivacidad de sus ojos verdes y el desparpajo natural de aquel diminuto muchacho fueron para él como un soplo de aire fresco tras la hosca despedida de su padre y el engreimiento de la chica bien.

–¿Cómo has conseguido esa furgoneta? –preguntó Dominic, un joven negro de ojos oscuros, alto y delgado, el primero en llegar al punto acordado de reunión.

–Se la he pedido a mi padre –explicó Sammy–. Le conté que quería enseñarle el desguace a una amiga y casi se echó a llorar de la emoción. Dijo que estaba orgulloso de mí y me dio un abrazo. No termino de entenderlo –señaló con fingida inocencia mientras se sacaba algo del bolsillo interior de su cazadora–. Hasta me ha dado una ristra de

caramelos, supongo que para celebrarlo –comentó al tiempo que desenrollaba ante ellos una tira ridículamente larga de preservativos.

Ismael, a su pesar, se echó a reír ante la ocurrencia. Anna enrojeció, miró al suelo y masculló algo que nadie llegó a entender. Dominic se limitó a enarcar una ceja de forma significativa. Si había una palabra para describir a aquel muchacho era «inocuo»; parecía tener muy poco interés en lo que estaba sucediendo, como si, en el fondo, no fuera con él.

–No sé qué esperáis de esta excursión –dijo una voz a su espalda al tiempo que Sammy guardaba otra vez los condones en el bolsillo–. Pero si tienes intención de usar todo eso, va a ser más divertida de lo que esperaba.

El recién llegado era un muchacho de una altura considerable; el flequillo de su pelo, largo y sedoso, le caía sobre la frente como un cortinaje pajizo que solo dejaba a la vista el ojo derecho, de un magnífico azul claro. Lo acompañaba otro joven que parecía su antítesis en todo: moreno, bajito y bastante poco agraciado.

El rubio se presentó como Aaron y centró su atención de inmediato en Anna. Le lanzó una mirada apreciativa de arriba abajo, con paradas estratégicas en cadera y pecho, que contrarió hasta al propio Ismael. Más si cabe cuando, tras un golpe de viento, el flequillo del muchacho se agitó y dejó ver lo que ocultaba: donde debía estar el ojo izquierdo solo había piel lisa y limpia, la prolongación de la mejilla y el pómulo, sin rastro siquiera de cuenca. Aquel joven era un mutante, uno de los desdichados que habían nacido con deformaciones producidas por la radiactividad.

–Soy Davos en el canal –les explicó a todos, aunque su atención continuaba centrada en Anna–.Y él es el magnífico Vito. No se fiaba demasiado de vosotros y por eso hemos quedado un poco antes –dijo–. Que no salga de aquí, pero me temo que nuestro amigo es un poco paranoico. Ni siquiera ha querido decirme si Vito es su verdadero nombre.

El aludido lo miró con expresión sombría.

–He soñado con ella; no necesitáis saber nada más de mí –afirmó mientras los miraba de uno en uno. Iba cargado con una mochila tan enorme que lo doblaba hacia delante de manera exagerada–. Ni yo de vosotros. Estamos aquí para rescatar a la soñadora del monstruo. Por eso nos ha convocado y eso es lo que tenemos que hacer.

–No vamos a rescatar a nadie –dijo Aaron. A pesar de contar con un solo ojo, había que reconocer que el joven disfrutaba de un atractivo inusual, como si la naturaleza hubiera querido equilibrar su tara con el don de la belleza–. No sé vosotros, pero yo no

soy demasiado heroico. Ya tengo bastante con que me miren raro por la calle, no quiero meterme en problemas.

Ismael asintió.

–Vamos a acercarnos al valle a echar un vistazo, nada más. Si vemos algo extraño, por poca cosa que sea, llamaremos al Departamento de Seguridad y que se encarguen ellos.

Miró receloso a Anna. La muchacha se había mostrado reticente con ese plan en el canal, no parecía demasiado convencida de que dar parte al Departamento de Seguridad fuera buena idea y eso había acrecentado las sospechas de Ismael. Habían intentado averiguar de dónde había sacado la información sobre el logo y el valle, pero se había negado a dar explicaciones. Era evidente que ocultaba algo.

–Sin problemas –corroboró Sammy–. Además, tampoco tenemos mucho tiempo para corretear de aquí para allá; mi padre necesita la furgoneta de vuelta esta noche.

El pelirrojo se aposentó en el sillón del conductor mientras Ismael se echaba la mochila al hombro. Cuando entró en la furgoneta tras Anna, se dio cuenta de que Sammy apenas llegaba al volante; de hecho, para conseguirlo, se ayudaba de un cojín.

–¿Seguro que eres capaz de conducir esto? –le preguntó, dubitativo. Las manos del muchacho parecían demasiado pequeñas para manejar los controles y el volante.

–No te preocupes, sé conducir –dijo–. Mi padre me enseñó el año pasado. Está obsesionado con la idea de que tiene que prepararme lo mejor posible para el día de mañana. –Levantó una tapa ubicada en el lateral del salpicadero–. Le ha costado tantísimo llegar a donde está que tiene miedo de que yo la fastidie cuando se muera. Al menos conducir es divertido, la contabilidad y la gestión de empresas pueden resultar un coñazo, os lo juro. –Hurgó en el cableado que había quedado a la vista; después, tras mirar un panel situado junto al volante, anunció–: Acabo de desconectar el localizador de la furgoneta. Desde este preciso instante y hasta que vuelva a conectarlo estaremos fuera del alcance de los satélites de seguimiento. Acabo de sacar la furgoneta del mapa. ¡Adoradme, bellacos!

–¿Tu padre no sospechará si le pierde el rastro? –preguntó Dominic, inclinado hacia delante desde los asientos traseros que compartía con Anna y Aaron.

–No –contestó Sammy mientras encajaba a golpes la tapa del salpicadero en su sitio–. Los sistemas de localización tienen caídas frecuentes. Sobre todo cerca de las zonas muertas, quizá sea por la radiación, puede que interfiera en los sistemas, no lo sé…

A la mención de radiactividad, Vito abrió la enorme mochila que había colocado entre sus piernas y sacó de ella varios botes de cremas protectoras y lo que parecía ser un enorme pistolón fabricado a base de válvulas.

–Me he tomado la libertad de traer cremas antirradiacion y un contador Geiger –dijo–. Lo he fabricado esta mañana.

–¿Te has hecho un contador Geiger? –preguntó Anna, admirada, con los ojos muy abiertos.

–Es fácil si sabes cómo y tienes el material adecuado –murmuró Vito mientras accionaba el dispositivo. Enseñó las lecturas a todos: estaban en verde–. El Valle de las Mariposas está en plena zona muerta, la radiación allí tiene que ser considerable. Toda precaución es poca. –Del bolsillo de la parka militar que vestía sacó un puñado de píldoras de color azul y considerable tamaño–. También he traído pastillas de yodo tratado. Os aconsejo que os toméis un par ya, sin esperar más.

Todo aquel arsenal contra la radiación le hizo recordar a Ismael adónde se dirigían y el riesgo que corrían. Sin poder evitarlo, la vista se le desvió hacia el único ojo de Aaron.

–No perdamos la calma –aconsejó Sammy. La aerofurgo volvió a la vida tras un potente eructo y, con una suavidad sorprendente, alzó el vuelo–. La furgoneta cuenta con blindaje especial –explicó–. El desguace está cerca de una zona muerta; de hecho, los hombres de mi padre se adentran de vez en cuando en ella en busca de material; sé que no es muy legal, pero eso a mi querido progenitor le importa bastante poco. Bueno, a lo que iba: mientras no salgamos del vehículo, estaremos a salvo, ¿vale? Nadie tiene que tomar nada si no quiere.

Tras esa información todos declinaron la oferta de Vito.

–Allá vosotros –dijo él. Justo después se metió, sin solución de continuidad, dos píldoras en la boca que ayudó a bajar por su garganta con un trago de la cantimplora que llevaba enganchada al cinturón. Tras ello comenzó a embadurnarse el rostro y las manos con el potingue de uno de sus frascos. Olía a menta.

Ismael se recostó en el asiento. No era la primera vez que volaba, por supuesto, pero sí la primera en la que ponía rumbo a las zonas muertas. No pudo evitar recordar todas las historias que había escuchado de niño sobre esos lugares, historias que hablaban de las temibles criaturas que deambulaban por los desiertos radiactivos a la caza de cualquier cosa que llevarse a la boca; de insectos del tamaño de edificios en lucha constante con engendros mutados que una vez fueron hombres; de ejércitos fantasmales que combatían

todavía entre sí, desconocedores de que la guerra ya había terminado, ignorantes de que era la radiación y no la vida lo que los animaba a seguir luchando… Sabía que todo eso no eran más que cuentos para asustar a los niños, tonterías y patrañas sin sentido, pero resultaba sencillo concederles un viso de credibilidad cuando te dirigías al escenario donde supuestamente tenían lugar esas historias. Se retiró el cabello de la frente y resopló: ¿qué estaban haciendo? ¿En qué aventura estúpida se había embarcado? Ahí estaba, junto a un montón de desconocidos de camino a las tierras envenenadas, empujados todos por un sueño común que quizá no fuera más que un delirio. Le llegó un hálito de la colonia de la niña bien y negó con la cabeza.

–Esto es una locura –murmuró lo bastante bajo como para solo escucharse él. El sonido de su voz lo perturbó todavía más.

Las siluetas de las fábricas comenzaron a deslizarse ante su vista, gigantescas y pesadas; y, por un instante, la velocidad de la furgoneta, la dirección del vuelo y la perspectiva desde arriba le hicieron creer que aquellas moles estaban embistiendo contra la ciudad a sus espaldas.

De pronto, un piloto del salpicadero de la furgoneta comenzó a parpadear. Apenas un instante después el contador Geiger casero de Vito hizo lo mismo. El muchacho se enderezó tan rápido en el asiento que a punto estuvo de volcar su mochila.

–Bienvenidos a Ciudad Radiación –canturreó Sammy–. No asomen cabezas ni extremidades por las ventanillas si no quieren que se les vuelvan verdes.

Dejaron atrás la última fábrica, un pabellón metalúrgico abandonado tiempo atrás, para entrar al fin en los yermos radiactivos. La luz parpadeante de los contadores Geiger pronto se hizo continua, así como las miradas de los muchachos a los dígitos de la pantalla. El terreno que sobrevolaban era color pizarra y estaba salpicado de grietas y tremendas hendiduras, de cañones y súbitas elevaciones. No había rastro de vegetación, todo eran rocas diseminadas, la mayor parte de ellas quebradas, como si algo o alguien las hubiera destrozado a golpes. El enemigo había arrasado con bombas sucias todos los campos de cultivo de la zona, así como las pequeñas poblaciones que se desperdigaban entre los grandes centros urbanos, por suerte la mayoría deshabitadas antes de que eso ocurriera. Había sido una guerra cruenta, salvaje, sobre todo en sus primeros compases. Los aliados también habían usado esa táctica de bombardeos masivos contra el enemigo, por supuesto. Al menos, ambos bandos habían respetado los acuerdos de no bombardear las grandes ciudades. El padre de Ismael aseguraba que, de haber ocurrido eso, si una de

las grandes potencias hubiera atacado por error o a sabiendas una gran ciudad, la guerra habría sido muchísimo más corta. Y no habría habido muchos supervivientes para contarla.

–Estuvimos al borde del abismo durante años –solía decir–. Al borde de la extinción de la especie humana. Hemos conseguido una nueva oportunidad. Esperemos haber aprendido la lección.

Todos se sumieron en un tenso silencio; hasta Aaron, que durante todo el viaje había intentado charlar con Anna, sin importarle que la muchacha lo ignorara o respondiera con monosílabos, calló, con la vista perdida en la desolación por la que avanzaban. Resultaba difícil concebir que tan solo a unos kilómetros de distancia se levantara una ciudad. Aquel paisaje bien podía pertenecer a otro planeta.

–¿Creéis que me crecerá un nuevo ojo si paso mucho tiempo en una zona muerta? –preguntó Aaron desde atrás.

–Eso es una tontería –contestó Dominic sentado a su lado–. La radiactividad necesaria para causar mutaciones acabaría contigo antes de que se produjeran. Y aun en el caso de que sobrevivieras, es improbable que sufras esa mutación de la que hablas.

Aaron suspiró.

–Hoy es un buen día para aprender palabras nuevas, querido Dominó –le dijo–. Y le toca el turno a la palabra «broma»: dícese de cuando alguien no habla en serio. ¿Me sigues?

–Oh. Claro. –Dominic balbuceó, incómodo–. Perdón. Todo esto me tiene de los nervios, lo siento.

Vito se enderezó todavía más en su asiento. Había sacado de su mochila un nuevo aparato con todo el aspecto de haberlo fabricado también él mismo y, al parecer, lo que veía en él no le gustaba en absoluto.

–¡Nos estamos desviando! –exclamó mientras agitaba el artilugio, algún tipo de localizador de posición–. ¡No vamos al Valle de las Mariposas! ¡Vamos en dirección contraria! –Miró horrorizado al piloto pelirrojo–. ¡¿Qué es esto?! ¡¿Qué estáis tramando?! ¡¿Adónde nos lleváis?!

–No tramamos nada –dijo Sammy con voz pausada–. Simplemente no seguimos la ruta directa. Vamos a dar un rodeo.

–Pero ¡vamos en dirección opuesta! –insistió Vito. Tenía los ojos desorbitados y parecía a punto de sufrir un ataque de nervios–. ¡Nos estamos alejando de nuestro

objetivo!

–¿Está diciendo la verdad? –preguntó Ismael, preocupado. ¿Y si era una trampa?

–Dice la verdad –corroboró Sammy, sin perder la calma–. Nuestra ruta de vuelo es bastante curiosa. Y todavía lo será más, pero llegaremos a nuestro destino, os lo prometo.

–¿Puedes explicarme el porqué de tanto rodeo? –quiso saber Ismael. Comenzaba a perder la paciencia. Tenía la impresión de que tanto el pelirrojo como la chica bien los mantenían en la ignorancia a propósito.

–¿Tanto trabajo te cuesta confiar en los demás? –le soltó Anna desde atrás–. Vamos al Valle de las Mariposas. Es lo que queremos todos. ¿No te basta con eso?

–Me cuesta confiar en personas que acabo de conocer, sí, y más si sé que no están siendo del todo sinceras conmigo –dijo él–. Todos estamos metidos en el mismo barco y todos deberíamos tener la misma información –añadió con rabia. Miró a los ojos a Anna–. ¿Qué nos estáis ocultando? –La muchacha le sostuvo la mirada sin ningún problema, con el ceño fruncido y expresión hosca.

–Nada importante –contestó al final a regañadientes–. Mi madre trabaja para el Departamento de Recuperación del Espacio, ¿vale? He tenido acceso a su documentación privada, y, por favor, no me preguntéis cómo. En el Valle de las Mariposas está una de sus estaciones. Exacto, justo en el sitio adonde vamos. Se supone que están limpiando de radiactividad la zona para luego construir invernaderos. He encontrado mapas suyos con las rutas más seguras para llegar. –Se detuvo un instante, como si se arrepintiera de proporcionarles tanta información–. Sammy nos está llevando por el camino menos peligroso. Eso hace, ¿te quedas más tranquilo ya? –le preguntó a Ismael con claro desprecio–. ¿Necesitas más explicaciones, chico duro?

Antes siquiera de que hubiera acabado de formular esa última pregunta, tanto el piloto de la furgoneta como el del Geiger de Vito abandonaron su amenazador brillo rojo constante y comenzaron a parpadear de nuevo. La radiación exterior había descendido de forma notable, confirmando las palabras de la joven.

–¿Tu madre tiene algo que ver con la chica del sueño? –preguntó Aaron, sorprendido.

–¡No! –se apresuró a contestar Anna–. Mi madre es coordinadora de proyectos, nada más. Lo único que hace es sentarse en su despacho, mirar informes, hacer presupuestos y pensar con quién va a casarme.

Ismael guardó silencio. Durante un instante estuvo tentado de pedir disculpas a Anna, pero no tardó en cambiar de parecer. Todavía tenía la sospecha de que la muchacha les ocultaba algo, pero ahora mismo se sentía incapaz de reprochárselo, no con aquella luz parpadeante que se burlaba de él desde el salpicadero.

La aerofurgo siguió con su vuelo errático a través de las zonas muertas. Vito se encargaba de informarles de cualquier cambio en la ruta nada más producirse. Y gracias a eso pronto no quedó la menor duda de que Sammy y Anna habían dicho la verdad: se aproximaban al Valle de las Mariposas. Ismael se preguntó si la joven morena también estaría allí. Cerró los ojos para evocar su recuerdo y, como de costumbre, sintió como el corazón se le aceleraba al hacerlo. Incómodo por dejarse llevar por ensoñaciones junto a aquel grupo de desconocidos, se recompuso en su asiento. El paisaje se mantenía inmutable allí fuera: extensiones y extensiones yermas, salpicadas de grietas y rocas. Alcanzaron a ver en la lejanía la silueta de un pueblo abandonado; parecía más un decorado que un escenario real.

–Las lecturas de los contadores han descendido mucho –murmuró Vito, y lo sacó de su embelesamiento–. Casi estamos a los mismos niveles que en las afueras de la ciudad –les informó mientras estudiaba su contador. Ismael miró el de la furgoneta. Los parpadeos rojos se habían distanciado muchísimo unos de otros.

–Estamos a punto de llegar al valle –comentó Sammy–. Quizá el Departamento de Recuperación del Espacio sea más efectivo de lo que creíamos.

–Pero ¿tanto? –preguntó Vito. Negó con la cabeza de una forma tan rotunda que daba la impresión de que el cuello se le podía romper en cualquier momento–. Esta zona está catalogada en los mapas como una zona muerta. Todos lo vimos. Pero los niveles de radiación no se parecen en nada a los de los planos. Son muchísimo más bajos. Tiene que ser un error.

–¿En los dos aparatos a un tiempo? –preguntó Dominic–. ¿No te parece raro?

–Alguna interferencia tal vez –aseguró, poco convencido. Miraba ahora hacia las dos montañas a las que se aproximaba la aeronave. Ismael las reconoció gracias al mapa de la zona que había estudiado la noche antes. Tras ellas se ocultaba el Valle de las Mariposas. Casi esperaba ver aparecer al otro lado un castillo de cuento de hadas guardado por un temible dragón.

–Dama y caballeros –anunció Sammy con voz engolada, ajeno a la conversación sobre las lecturas de los contadores, mientras reducía altura y maniobraba entre las montañas–.

Me complace informarles de que dentro de unos instantes llegaremos al destino final de nuestro viaje. Gracias por volar con nosotros –dijo.

El Valle de las Mariposas apareció ante su vista. Había árboles arremolinados alrededor de un riachuelo zigzagueante, edificios prefabricados, estructuras ruinosas y una torre repetidora de sueños de aspecto vetusto. Pero lo que más llamó la atención del grupo fue el inmenso pabellón que ocupaba el centro del valle. Estaba enclavado en una zona cementada, y en un lateral de su fachada se podía contemplar, claro y terrible, el mismo símbolo que Ismael había visto ondear en las banderolas que coronaban las almenas del castillo de su sueño.

–Está allí –dijo–. Ella está allí.

RECEPCIÓN PARA TURISTAS

Durante unos segundos solo se oyó la respiración acelerada de alguno de los chicos. Anna se dio cuenta de que tenía la boca seca y tardó unos instantes en reunir la suficiente saliva como para articular palabra.

–¿Deberíamos salir?

De nuevo se hizo el silencio. Miraban a Ismael, como esperando su respuesta. Anna no entendía por qué todos tenían que hacer lo que dijera ese chico de pelo oscuro y actitud arrogante. Al poco de conocerlo en persona ya había llegado a la conclusión de que Ismael le caía tan mal como por chat; su ademán impaciente y su tendencia a decirles a todos lo que debían hacer la sacaban de quicio, por no hablar de su rostro, siempre serio y distante pese a sus expresivos y enormes ojos, rebosantes de maligna inteligencia, y su estúpida nariz afilada, de seguro heredada de antepasados aviares, cotorras quizá. Y no se engañaba, era consciente de que ella a Ismael tampoco le había causado la mejor de las impresiones, muy al contrario que a Aaron, que no dejaba de atosigarla, de iniciar conversaciones sin sentido y de mirarla con su inquietante ojo azul. Más que nunca, Anna se alegraba de contar con la presencia conocida de Sammy.

Aunque Aaron aseguraba que los aparatos no podían mentirles, Vito no estaba muy de acuerdo y se mostraba reacio a salir del vehículo. Anna notaba como se constreñía su garganta con la simple noción de apoyar su pie en la estribera bajo la puerta. ¿Y si alguien los veía? Mejor dicho, ¿qué ocurriría cuando alguien los viera? En su imaginación aparecía el rostro de su madre, distorsionado por la furia. «Si me pilla aquí, no saldré de mi habitación en lo que me queda de vida… bueno, tal vez cuando me case con algún rico arrugado de manos sudorosas.» Anna se estremeció. La imagen de su madre se convirtió, de repente, en la imagen de la chica morena, y de inmediato supo que no había posibilidad de volver atrás. Envalentonada, se asomó a analizar el paraje que los rodeaba. Todo parecía descuidado, avejentado. Sammy había aterrizado el

vehículo mucho antes de llegar al valle, para aproximarse después a este a ras de tierra y circular por caminos que no parecía haber pisado nadie en siglos. El vehículo había avanzado en absoluto silencio, su motor era un simple zumbido eléctrico que no debería de alertar a nadie de su presencia. Sammy lo aparcó tras la fachada de una casa medio en ruinas (o a medio construir) situada en el extrarradio del valle, a unos doscientos metros del pabellón que ocupaba el centro del mismo. A través de una de las ventanas de la fachada podían espiar el edificio con tranquilidad.

Algunos edificios desperdigados se alzaban frente a ellos, severos bloques de cemento con escasos ventanales y pequeñas rejas de entrada, cubiertas en su mayor parte por una fina capa de herrumbre. Más allá solo había un camino de gravilla que servía de guía hasta el edificio final, a su vez rodeado de un par de bloques similares a los anteriores. Alrededor solo quedaba tierra pedregosa, de entre la que asomaba con timidez algún que otro hierbajo.

–Ha salido alguien –susurró Vito. Esas tres palabras bastaron para que todos se tensaran.

Era cierto. Un hombre vestido con un uniforme gris, de aspecto desaliñado y turbio, había aparecido por la puerta principal. Estaba de pie en el porche; contemplaba el día ceniciento. Sacó un cigarrillo negro de una pitillera, lo encendió y se lo fumó con toda la parsimonia del mundo. Los muchachos lo observaron con atención y suspicacia, como si aquel tipo anodino fuera el monstruo del que tenían que rescatar a la joven morena. Cuando acabó el cigarro, lo lanzó en parábola al aire. Después se rascó la entrepierna con fruición y regresó dentro del edificio.

–Hay una entrada lateral –señaló Sammy. Anna miró hacia allí, inclinada en su asiento para acercarse a la ventanilla. Su amigo tenía razón. Desde donde se encontraban tenían una buena perspectiva tanto de la fachada frontal del edificio como de uno de sus laterales; en este, en el extremo más alejado de la pared, se abría un portón metálico, mucho más pequeño que el principal.

–Podríamos acercarnos un poco y echar un vistazo. –Apenas podía creer que palabras semejantes salieran de su boca. El símbolo, ese extraño logo del que habían hablado en el canal de chat y que entonces había parecido misterioso, lejano, irreal, ahora los observaba con aterradora solidez desde la fachada principal del edificio.

–¿Y si nos pillan? –preguntó Ismael–. ¿Qué vamos a decir?

–¿Que salimos a investigar las zonas muertas y que nos encontramos esto por casualidad? –dijo Sammy–. Podemos poner cara muy inocente y abrir mucho los ojos…

–Jamás se lo creerían –lo interrumpió Vito, sin levantar la voz–. Es bastante obvio que esta zona no está precisamente eehh… abierta al público. No hay señales que indiquen cómo llegar, ni recepción para turistas. –Siguió estudiando, concentrado, el nuevo entorno–. Yo diría que estos bloques se concibieron como viviendas…

Ismael juntó las palmas de las manos y asintió, como si estuviera siguiendo el hilo de pensamiento del otro chico, o tal vez rezándole a alguna divinidad olvidada, vigilante y protectora de los edificios abandonados.

–En aquella ventana se ven cortinas, mirad –señaló con la cabeza hacia el edificio en cuestión–. Pero apenas se ve nada más, están cubiertas de polvo.

Una brisa suave sacó a Anna de su ensimismamiento.

–¿Quién ha abierto la puerta?

Pero ya era tarde. Dominic avanzaba, veloz, por el sendero que llevaba a la entrada lateral del pabellón, agachado entre los edificios. Como si hubiera adivinado que ya lo echaban en falta, se detuvo un instante para girarse. Enseguida aceleró de nuevo.

–Parece que han tomado la decisión por nosotros –apuntó Sammy.

Anna salió disparada del vehículo. Si iban a pillarla, prefería que fuera directamente a ella y no por culpa de un chico al que apenas conocía; tomó la decisión y su cuerpo se puso en movimiento. Cada paso que daba era un grito de su madre en su cabeza, pero sus piernas habían tomado vida y progresaban por sí mismas. A sus espaldas, oía a los demás correr tras ella. Podía escuchar los jadeos y los pasos, pesados y ruidosos, sobre el meandro de piedritas grises. Las clases de natación la mantenían en forma, pero la vida en los bajos de la ciudad le daba a Ismael una velocidad y resistencia muy superiores a las suyas. La agarró del brazo, enfadado, y Anna atrapó un gemido entre los dientes. Jamás mostraría debilidad frente a Ismael, aunque sabía que su piel de princesa la delataría más tarde con un inevitable morado. «Como en el cuento», pensó. «Como en el cuento que me contaba mi madre y que a su vez le contaba su madre, el cuento del guisante.»

–Pero ¿qué haces? ¡Van a pillarnos!

Dominic quedaba ya a una buena distancia. Los demás pararon justo a la altura de Anna e Ismael y, horrorizados, ocultos tras la esquina de una de las casas grises, vieron a su compañero abrir sin dificultad la puerta y entrar en el edificio sin mirar atrás. Junto a ellos, Aaron, fibroso y atlético, no parecía haber realizado esfuerzo alguno, a pesar de haber salido el último de la aerofurgo, pero Vito inhalaba a grandes bocanadas. Sacó un extraño artefacto de un bolsillo de su pantalón y se lo llevó a la boca. Anna tardó unos momentos en identificarlo.

–¿Un inhalador? –Se mostró sorprendida–. Pensé que ya no se usaban. ¿Cómo es que no te han dado Pretax para el asma?

Vito desvió la mirada y no contestó. Ismael lo hizo por él.

–No todos estamos podridos de dinero, señorita. El Pretax no lo cubren las ayudas.

Anna sintió como se le encogía el estómago y un calor vergonzoso se apoderaba de sus mejillas. Jamás había conocido a un chico con asma, pero estaba claro que eso no significaba que no los hubiera. Por si no fuera lo bastante obvio que existía una distancia considerable entre ella y los demás, el insoportable de Ismael acababa de dejarla en evidencia.

–Oh, yo… yo… lo siento, Vito, yo…

Y entonces Vito hizo algo desconcertante. En su cara de pómulos marcados y expresión de continuo estreñimiento se dibujó una sonrisa muy leve. Casi no estaba allí, pero todos la vieron.

–Déjalo, Anna, no pasa nada. Tuve la oportunidad de tomar Pretax, pero prefiero esto, es más sano. No sabes la de mierda que llevan esos medicamentos concentrados; de hecho, algunas empresas trabajan con modulinio, que como quizá sepáis está prohibido por su incompatibilidad con…

Ismael dejó escapar un pequeño gruñido impaciente.

–¿Ya estás bien?

Vito asintió y cortó por lo sano su perorata médica. Nadie capaz de soltar tantas palabras de golpe podía seguir falto de aliento.

–Pero ¿por dónde vamos? –Aaron parecía agitado, nervioso. ¿Y cuál de ellos no lo estaba?–. Tampoco parece que haya cámaras ni guardas. Pero ¿qué tipo de vigilancia puede haber en un lugar así? ¡Si ni siquiera sabemos qué sitio es, ni qué se hace aquí! –Bajó la cabeza y su flequillo volvió a cubrirle gran parte del rostro. En un tono de voz más bajo, como hablando para sí mismo, Anna lo escuchó maldecir a Dominic.

–Esperad. –Vito soltó su mochila y, una vez en el suelo, la abrió de un solo y certero tirón de velcro. Extrajo de ella un artilugio pequeño, redondo, con diminutas luces que comenzaron a parpadear en cuanto activó un mecanismo en la parte superior.

–¿Qué demonios es eso? –Los ojos de Sammy parecían querer salirse de las órbitas, como siempre que tenía ante sí cualquier aparato desconocido.

Vito lo miró, serio una vez más. En el silencio de aquel lugar su voz tenía cualidades extrañas, ecos metálicos.

–Es un distorsionador de imágenes.

–¿Un qué? –preguntó Aaron, tan perdido como Anna

–Un cachivache de los tiempos de la guerra –les explicó Vito–. Lo usaban los espías y los comandos infiltrados. Fueron un verdadero engorro para el enemigo. Distorsiona las imágenes, genera un campo de estática localizada que camufla tanto al que lo lleve encima como a los que se encuentren cerca. –Vito recitó de corrido, como quien imparte una lección–. No nos hará invisibles a los sensores de calor y movimiento, pero sí servirá para enmascarar nuestra presencia a las cámaras tradicionales.

–¿También lo has construido tú mismo? –le preguntó Aaron.

El otro muchacho negó con la cabeza.

–Lo compré en el mercado negro. Y lo calibré para los nuevos dispositivos de vigilancia. Si todo va bien y nos enfoca alguna cámara, seremos poco más que nubecillas de estática en sus monitores…

–Si todo va bien… –rezongó Ismael.

–¿Qué posibilidades tenemos de que ese idiota lleve un distorsionador de imágenes encima? –preguntó Sammy.

–¿Ninguna? –Anna negó con la cabeza, abatida. Tenía la sensación de que habían perdido el control de todo aquello, aunque, bien mirado, ¿cuándo lo habían tenido?–. Lo mejor será que encontremos a Dominic cuanto antes.

–Tampoco creo que este sitio tenga mucha seguridad –opinó Sammy–. Después de todo, se supone que esto es zona radiactiva. Nadie se atrevería a venir por aquí. ¿Para qué gastar en vigilancia?

–¿A qué estamos esperando entonces? –preguntó Ismael.

Se pusieron en marcha. Caminaron con sigilo extremo en dirección a la entrada lateral del pabellón.

–Esto es una locura –murmuró Anna en voz baja.

–No te preocupes, preciosa –le dijo Aaron–, tienes a un montón de hombres fuertes para protegerte. –Levantó un brazo y lo flexionó, dejando ver unos bíceps pequeños pero bien formados.

Sammy rió la ocurrencia.

–Preferiría que Paranoias Vito me sacara una escopeta de su bolsón mágico, pero tú verás a quién quieres de guardaespaldas, «preciosa» –dijo.

Anna intentó enfadarse por el comentario de Aaron, pero descubrió, divertida, que no podía. Le recordaba a uno de esos grandes perros esbeltos de cabeza gigante y orejas grandes que había visto en un criadero de perros de niña, cuando las clases presenciales todavía organizaban salidas educativas. A Anna la había asustado su gran tamaño, pero la guía les había asegurado que se trataba de animales extraordinarios, de aspecto imponente pero gran docilidad. Le habían dejado tocarlo. Recordaba la sensación de ternura que la había invadido cuando aquel monstruo de colmillos gigantes había babeado su mano con su lengua descomunal. Aaron era un gran can cíclope, no había duda. La idea le hizo gracia.

–Creo que lo mejor será que me proteja yo misma –respondió en tono socarrón. Los chicos sonrieron y se encaminaron, con los demás, hacia el pabellón.

La puerta conducía a una habitación amplia y silenciosa. Se asomaron, tímidos, desde fuera. No había nadie a la vista, ni se percibía el menor movimiento; todo tenía, al igual que la zona exterior, cierto aire de abandono. Una balda larga de cristal bordeaba la habitación, cargada de carpetas y frascos con líquidos de diferentes colores e interrumpida por un armario alto y esbelto en una de las esquinas. Algunas sillas, de aspecto cómodo y usado, decoraban la estancia, por lo demás sobria. La única decoración, si podía llamarse así, era un recubrimiento de chapa de unos dos por dos metros que tapaba una de las paredes, atravesado por innumerables cables y circuitos transparentes, protegidos a su vez por una finísima capa de cristal. Pero las estrellas protagonistas de la habitación eran los monitores de la pared contigua, que con cada cambio de imagen parecían disparar luces itinerantes a través de los tubos de fibra que los unían a la chapa gigante.

–¿Son pantallas de vigilancia?

Apenas eran proyecciones sobre un gran marco de lienzo blanco, pero en ellas se observaba con claridad el interior de diferentes habitaciones. Con cuidado, se acercaron a ellas. Algunas mostraban lo que parecían ser armarios o enormes dispensarios, estantes repletos de jeringas eléctricas, botes de líquido y tubos con etiquetas de todo tipo y forma, algunos muy parecidos a los que llenaban la sala en la que se encontraban ahora. Otra imagen parecía ser de una zona común: un salón con sofás mullidos, cojines ahuecados por el uso y consolas de conexión. Varias pantallas estaban apagadas y una en concreto distorsionaba la imagen que ofrecía, borrosa.

–No parece que hagan mucho mantenimiento técnico. –Vito arrugó la nariz en un claro gesto de desdén–. Y tampoco parece que limpien demasiado. –Pasó un dedo por la encimera y dejó una marca en el polvo que la cubría con una fina capa de dejadez.

Anna alejó la vista y la centró en otra de las proyecciones, aquella en la que apenas se distinguían siluetas. Parpadeaba de manera ocasional

–¿Eso son camas? –preguntó.

–Podría ser –Aaron se acercó más a ella y rozó con ligereza su brazo, casi sin querer–, pero no queda muy claro… Podrían ser bañeras. –Acompañó la observación con una leve carcajada, pero nadie parecía divertido por su comentario–. A lo mejor hemos dado con un *resort* de lujo secreto para altos cargos del Gobierno.

–Lo dudo mucho –contestó Ismael–. ¿Habéis visto este armario? Tiene toda la cristalera rajada.

Anna examinó al acusado. Una larga grieta atravesaba una de las puertas de un extremo a otro. Dentro había poca cosa: algo de ropa y un par de bolsas que contenían alimentos deshidratados y tres o cuatro latas de refresco. En la repisa superior, de nuevo aparecían hileras de envases con pastillas y varios cilindros llenos de líquido de color azul.

Dos puertas salían de la estancia, una a su derecha y otra a su izquierda.

Ismael indicó hacia una de ellas.

–Vayamos a ver. –Con una suave palmada en la espalda dirigió a Aaron hacia la izquierda. Anna y Vito no tardaron en seguirlos.

Se trataba de algún tipo de guardarropa. De escasos metros cuadrados, contaba con un banco básico y de aspecto incómodo y de varias taquillas altas y estrechas, numeradas y cerradas. Una pequeña pantalla electrónica en cada puerta indicaba que estaban protegidas con clave. Junto a las taquillas, un gran cartel captó enseguida su atención:

NO OLVIDEN TOMAR ANTIRAD CADA 48 HORAS. EN CASO DE SÍNTOMAS DE RADIACIÓN, CONSULTEN INMEDIATAMENTE CON LA DRA. RATO.

Bajo el letrero, un diminuto estante soportaba un cuenco metálico rebosante de cápsulas de color rosa.

–¿Crees que deberíamos…? –Sammy cogió una de las cápsulas y se la enseñó al resto del grupo.

–Me preocupa más que no tengamos por dónde salir de aquí –contestó Ismael–. Cojamos unas cuantas por si acaso y busquemos una vía de escape.

Cuando ya metían las manos en el cuenco oyeron las voces, cada vez más cercanas. Detrás de ellos, Anna cerró con suavidad la puerta. No tardaron en escuchar una risa.

–Están cerca, tal vez un par de habitaciones más allá –dijo Aaron. Anna se llevó un dedo a los labios y lo instó a callar, mientras sentía que su corazón bombeaba a ritmo frenético.

–¿Nos habrán oído?

–No lo creo. –Vito susurró–. Pero mejor si no hacemos ruido.

–¿Y si entran?

Sammy echó el anticuado pestillo que servía de cierre para la puerta. Antes de que Vito pudiera regañarlo, lo detuvo un nuevo chistido de Anna. Al otro lado de la puerta se oían pasos con cada vez más claridad. Distinguían dos voces, ambas masculinas. Con seguridad se trataba de voces pertenecientes a hombres normales, con casa y familia a una altura media en una torre de las afueras de la ciudad, pero Anna no pudo evitar temblar ante la perspectiva de que dos extraños, que ahora se le antojaban hostiles, descubriesen que seis chavales sin identificar andaban husmeando por el edificio. Algo le decía que la excusa de haber dado con las instalaciones por pura casualidad no sonaría muy convincente. La conversación les llegaba nítida, y la aterraba la idea de que intentaran abrir la puerta del vestuario donde se escondían, que vieran que estaba cerrada y que dieran la alarma; tuvo una visión absurda de varios especialistas que, arrodillados frente a la cerradura, dedicaban un tiempo valioso a serrar un pestillo metálico. O tal vez no, tal vez asumirían que algún compañero estaba dentro, cambiándose de ropa (sabía, en su fuero interno, que esa sería una suerte demasiado grande). Los demás, como ella, escuchaban en silencio, sumidos en sus propias fantasías pesimistas.

–… no creo que Porter diga nada, quiero decir que estamos ya todos hartos de ese imbécil y cuanto antes se vaya, mejor.

–Pero ¿y las cláusulas? Vale, las habrá firmado, pero, ¿cómo pueden estar seguros de que en venganza no se va a ir de la lengua?

–No se arriesgaría. Le darán una buena indemnización y sabe lo que hay si no se está calladito… ni dinero ni trabajo ni recomendaciones ni nada de nada. Y si intenta apretarle las tuercas al departamento, le harán algo todavía peor.

–No sé. Ya has visto que muy sensato no es, fíjate lo que hizo con la 162, lo del tipo aquel que quería…

–¡Ese tipo estaba enfermo!

–Muy bien no estaba, no, quiero decir… siete años, eso es asqueroso, Hermann.

–Bah, yo no lo entiendo. A ver, doce o trece, bueno, ya les empiezan a salir las tetas…

–¡Exacto! Si las puedes preñar, les puedes entrar. –Un par de risotadas interrumpieron durante unos instantes el diálogo. Ambos sujetos recobraron enseguida el aliento.

–Venga, no bromees con eso, ya has visto cómo se ponen con lo de los embarazos.

–Je, abuso de recursos, lo llaman. No les gusta gastar en productos médicos para solucionar ese tema. Más dinero tirado al agujero.

–Pues tienen aquí un agujero gigante. –La voz pareció relajarse un poco, volverse casi reflexiva. El volumen bajó–. ¿Sabes cuánto cuesta un tubo de esos de Emiprifidina? –Por respuesta sólo obtuvo un sonido gutural, mestizo de queja y hastío–. 580 ebos, joder, ¡580 ebos!

De nuevo se produjo una pausa. Anna se imaginó a los dos hombres, de pie junto a la pared que los separaba, echando cuentas mentales acerca del valor de 580 ebos.

–Con 580 ebos me hacía unas vacaciones cojonudas, tú. Mañana mismo me largaba de este vertedero y me echaba unas noches en Parnaso.

Como respuesta, su interlocutor, cuya voz parecía pertenecer a un sujeto algo mayor, o tal vez más confiado, más experimentado, dejó escapar otra carcajada. Bajó aún más el volumen, tanto que a Anna le costaba descifrar su contestación.

–¿Para qué irte a Parnaso si aquí tienes unas putas estupendas, eh?

El dueño de la voz más joven soltó un largo y muy audible suspiro.

–Allí por lo menos se muev…

Un fuerte pitido cortó la conversación de golpe. Debía de tratarse de algún tipo de alarma, ya que enseguida se oyeron pasos rápidos que se alejaban. Anna contó hasta diez

y dejó escapar una bocanada de aire.

–¿Se han ido?

Aaron fue el primero en contestar.

–Eso parece.

–Chicos, ¿creéis que a lo mejor estamos en un burdel o algo así? –Anna se giró, irritada, hacia su amigo, pero la cara de Sammy no mostraba indicio alguno de burla, solo la misma preocupación que los invadía a todos.

–Me da igual lo que sea, creo que deberíamos irnos cuanto antes. –Aaron se frotó el ojo con la mano derecha. Anna no podía estar más de acuerdo, pero ahora que la sensación de peligro se mezclaba con un sentimiento más profundo y oscuro de que allí algo no marchaba bien, sentía la irrefrenable necesidad de seguir adelante.

–Salgamos de aquí. –Ismael habló con firmeza y tomó de nuevo el mando–. Vamos a buscar a Dominic. ¿Dónde se habrá metido ese imbécil?

Sammy resopló.

–Tenéis suerte de que no quiera perderme esta aventura y de que me pueda la curiosidad por ver a la chica esa que os tiene tan atontados. –Bajó un poco el tono y utilizó otra de esas sonrisas ladinas que resultaban algo ridículas en su cara dulce de niño pecoso–. Porque si no cogería la aerofurgo y me marcharía ahora mismo. Y a ver cómo volvéis vosotros luego, ¿montados en setos rodantes?

Salieron del vestuario y se asomaron a la puerta por donde habían entrado los desconocidos, aquella que les había quedado por inspeccionar. Vieron que conducía a un largo pasillo vacío, con puertas a ambos lados. Una vez en el corredor, se pararon, dubitativos.

–¿Por dónde?

–Cualquiera, esta misma, a la derecha. –La manilla cedió sin protesta bajo la mano de Ismael, quien solo se atrevió a abrir una pequeña ranura para asomarse por ella–. Parece un dormitorio, pero está vacío –susurró a los demás.

–Probemos otra –dijo en voz baja Sammy.

Vito oteaba, nervioso, paredes y techo, a la busca de cámaras, micrófonos o cualquier aparato sospechoso. Ismael se dirigió hacia la siguiente puerta en la pared de la derecha.

–Un simple armarito de limpieza. Creo que en este pasillo no vamos a encontrar gran cosa.

Anna señaló hacia el final del corredor. Allí los esperaba una puerta diferente a las demás, más pequeña y pintada a mano. Era de algún material que imitaba la madera, de un intenso tono rojo, con la manilla de bronce. La misma que había visto en sueños, la misma que la había liberado del monstruo-madre de dos cabezas. Sonrió.

–Es esa –dijo–. Esa es nuestra puerta.

INTERLUDIO:
CORDELIA TRAVAGLINI

Cordelia Travaglini marcó el código de seguridad en el teclado, a continuación abrió la puerta y entró en casa. Ya en el pasillo se libró de los tacones y respiró hondo, llenándose los pulmones con los olores familiares de aquel recinto de tres habitaciones, cocina, salón y baño. Cada vez que regresaba al hogar tras un día de duro trabajo se sentía realizada, pletórica, como si hubiera alcanzado una nueva meta en el duro batallar que era su vida. Anna no estaba en casa, una ausencia no avisada de antemano. Cordelia frunció el ceño. En los últimos dos días había notado a su hija más alterada de lo normal, con cierto ademán contestatario que no llegaba a concretarse en malas respuestas. Aun así, a veces la había visto mirarla con dureza. Se preguntó si aquel cambio de carácter tenía algo que ver con el sueño lésbico que se les había colado a los programadores.

Abrió la puerta de la habitación de Anna y echó un vistazo a su interior, como si allí dentro fuera a encontrar pruebas de un comportamiento sexual anómalo. A continuación fue a su propio cuarto, balanceando los tacones en una mano. Notaba el frescor del pasillo a través de las medias, era una caricia agradable y reconfortante. Casi podía poner voz a las paredes del pasillo que la escoltaban rumbo a su dormitorio.

«Bienvenida a casa, Cordelia. Bienvenida a tu castillo. Has vuelto a conseguirlo. Otro día en positivo, otro día demostrando al mundo de lo que eres capaz.»

Cuando comenzó a trabajar como administrativa para el Departamento de Comercio, hacía ya quince años, mucho antes de entrar en Recuperación del Espacio, Cordelia ya sabía que solo los más fuertes llegaban a los niveles superiores en la competitiva jerarquía del funcionariado gubernamental. Y los más fuertes no eran los más inteligentes, ni mejor preparados, sino aquellos que estaban dispuestos a tomar determinadas decisiones, los que eran rápidos e intuitivos, aquellos que sabían

aprovechar las oportunidades y no dejar que sus principios personales impidieran su progreso. Si alguien le hubiese preguntado si se consideraba una persona ética, moral, si se consideraba una persona buena, ella no habría dudado en responder que la bondad era para los débiles, que en un mundo donde los demás no iban a hacer nada por ti era absurdo hacer algo por los demás.

A pesar de esta forma de pensar, nacida en los peores tiempos de guerra y fraguada con el objetivo de medrar en un mundo hecho pedazos, había cosas de las que no se sentía orgullosa. Acciones, reacciones y omisiones de las que no podía alegrarse, pero que le parecían precios razonables por el éxito que había cosechado. Tampoco lamentaba su vida personal: tenía una hija obediente que no sabía ni lo que era una Biorrit, y con cuarenta años recién cumplidos todavía era una mujer atractiva a la que no le faltaban compañeros de cama. Cordelia no necesitaba nada más en el espacio que había construido para ella, en el directorio que había marcado como «íntimo» en su extenso archivador mental.

Todo esto no quería decir que hubiese perdido la capacidad para diferenciar entre aquello que era moralmente cuestionable de lo que no lo era. Todo era relativo, cierto, pero de vez en cuando surgían aspectos de su trabajo que la hacían sentirse incómoda. Y el asunto de Felicia hacía que se sintiera muy incómoda.

Había comenzado con Miki, lo cual no era de extrañar. Miki era, por decirlo sin rodeos, un hijo de puta. Todos sabían que Miki tenía un apartamento que besaba las nubes gracias a sus negocios sucios, a sus relaciones con las mafias de los niveles más bajos, a su afición al contrabando y a lucrativas comisiones de drogas y prostitución. Cordelia sabía muy bien que Miki tarde o temprano caería, víctima de la venganza de algún compañero resentido o de las mismas mafias con las que confabulaba, pero también sentía cierta admiración por su infinita capacidad para sacarle provecho a las situaciones más enfermizas. Miki hacía dinero con las granjas, de eso no cabía duda; Cordelia sospechaba que tenía sobornados a todos los miembros del equipo de seguridad, por no hablar de otros funcionarios y del personal médico. Y a los que no compraba, chantajeaba o amenazaba. Después de todo, cuando había que realizar algún aborto clandestino en alguna de las clínicas era a él a quien acudían; cuando había que deshacerse de algún novato dispuesto a desbaratar los acuerdos concertados, era Miki el que firmaba los papeles de traslado, despido o algo peor. Y entonces Felicia le pagó a

Miki una cantidad desorbitada de dinero para satisfacer una de sus fantasías personales, y Miki le ofreció justo lo que necesitaba: un joven y atractivo varón inconsciente.

No entendía qué podía resultarle excitante a Felicia de aquel lugar. Por muy hermoso que fuera un paciente, la idea de realizar cualquier acercamiento íntimo a alguien en un estado similar al coma le resultaba del todo repugnante. Sospechaba que eso era porque a ella, favorecida por la genética y con un control estricto de su régimen alimentario, no le faltaban pretendientes, mientras que a Felicia, mujer gruesa de rostro arrugado y carácter agrio, espectacular en su empleo pero poco agradable a la vista, no se le daba tan bien cazar amantes. Por otra parte, Felicia estaba muy por encima de ella en la jerarquía de su departamento, y aunque hubiese querido protestar por las acciones de su compañera, poco podría haber hecho.

En cierto sentido, Felicia era lo que Cordelia siempre había aspirado a ser, y su principal modelo a seguir. Tal vez había sido la admiración hacia ella, o la envidia, lo que la había empujado a tener a Anna, a convertirse en el epítome de lo que la sociedad esperaba de una mujer de éxito: una mujer poderosa que además contribuía al mundo del futuro al producir a una ciudadana ejemplar. Además, Anna era bella, o lo sería si no dejaba que su natural glotonería la dominara; obediente y aplicada; toda una bendición para un planeta que se recuperaba, poco a poco, de una crisis destructiva. Tenía una configuración genética espléndida que la convertía en la pretendiente perfecta para un matrimonio con algún joven de estrato superior. Era inteligente sin ser arrogante, decorosa y… sí, era recatada. Esto a veces preocupaba a Cordelia.

Recordaba muy bien cómo había sido ella a la edad de Anna, intentando sobrevivir en un entorno que se caía a pedazos. Ya entonces había desarrollado un carácter duro, pero a la vez flexible y versátil, perfecto para un ambiente inestable y peligroso. Recordaba como el miedo con el que convivía a diario se había traducido en una búsqueda de compañeros que la hicieran sentirse protegida, hasta llegar a la triste conclusión de que solo podía protegerse por sus propios medios. Su matrimonio con el padre de Anna había sido fugaz, y poco después de su separación este había fallecido, una fría tarde de otoño, colapsado sobre su propia mesa de trabajo, cabeza abajo sobre aquella reluciente superficie de cristal que tanto había admirado la propia Cordelia, y qué casualidad que fuera la misma mesa sobre la que habían hecho el amor tantas veces, tal vez testigo de la concepción de su hija, seguramente testigo de la cantidad de R6-Yay que él había ingerido aquella tarde fría de otoño, víctima de una sobredosis de la droga de diseño que

hacía furor entre los altos ejecutivos de una importante empresa farmacéutica. Pero Cordelia no olvidaba el ardor, la pasión que la habían acompañado en aquellos encuentros, una pasión que parecía no haber visitado todavía a la niña de sus entrañas.

Sabía muy bien que su hija pensaba, en ocasiones, que no la quería. Anna se equivocaba. Cordelia la amaba con una furia inexplicable, un ansia fuera de toda proporción. Había llegado a tener ataques de pánico en momentos cotidianos, normales, en la oficina o en un vagón eléctrico, en los que la idea de que algo le ocurriera, de que algo la dañara o se la arrebatase, impedía que el oxígeno circulara con normalidad por sus pulmones. Delante de Anna, esto se traducía en un trato helado, en una armadura glacial que se levantaba entre ambas y que impedía que se aferrara a ella, moqueando como una cría, para abrazarla y no soltarla nunca. El primer día que la llevó a las clases presenciales, cuando apenas contaba cuatro años, soltar la mano de Anna para cedérsela a la profesora había sido lo más difícil que había hecho jamás, más difícil que aquella vez en la casa de su padre en la que se había quedado sola y había matado a su propio perro, de un golpe en la cabeza con la antigua lámpara de porcelana de su abuela, para tener algo que comer. Había ocasiones en las que todo el miedo, el ansia y la violencia de la guerra le parecían sensaciones tibias en comparación con el fuego que amenazaba con destruirla en su obsesión de madre. Y esta era otra razón por la que probablemente no podría volver a casarse, ya que nada ni nadie podría absorber jamás ni una minúscula parte de la devoción que ella tenía reservada para su hija. Con la posible excepción de su trabajo, claro.

Le había resultado inquietante lo fácil que le había resultado tirar de algunos hilos y conseguir una supervisión constante de los sueños de Anna. Era consciente del poder sugestivo de estos, y aunque de cara al público el Gobierno prohibía de modo muy estricto cualquier tipo de manipulación, se comportaba de manera bastante más permisiva en lo que se refería a sus propios intereses. No deseaba interferir demasiado (conocía los resultados nefastos de superar las barreras de protección que establecía la propia psique del soñador), solo rozar apenas algunos aspectos de la vida y personalidad de Anna, aquellos que le traerían graves problemas. Había trastocado los sueños en los que aparecían dulces, y había asociado determinados alimentos, como el chocolate, con experiencias negativas y pesadillas. Pero la correcta alimentación de su hija, por muy importante que fuera, era una preocupación menor. Su aparente falta de interés por el sexo contrario era alarmante, ya que se acercaba a una edad en la que Cordelia

comenzaba a hacer planes de matrimonio, y disponía de un par de candidatos ideales que le proporcionarían el ascenso social deseado, por no hablar de una combinación genética magnífica. A diferencia de muchos de sus compañeros de trabajo, Cordelia no tenía la intención de emparejar a su hija sin consultar siquiera, le habría gustado que por lo menos pudiera elegir entre una serie de propuestas, o que ella misma se hubiera encaprichado de algún candidato apropiado. Pero, a pesar de sus mejores intentos, de buscarle, una y otra vez, amigos y compañeros de distinguida extracción social y financiera, Anna se mostraba fría, casi huidiza, con ellos, con la notable excepción de esa rata de basurero, Samuel Dosantos. Había intentado presentarle historias románticas en los sueños, pero su reacción había sido la misma: desinterés e irritación. Por ello, las implicaciones de este sueño reciente eran espeluznantes.

Podría decirse que lo que ocurrió a continuación fue fruto de una intuición sobrenatural, una premonición que irrumpió en su pecho de madre segura. Pero ella era entera instinto, una bomba de preocupación y paranoia, dinamita de adoración a punto de estallar. Así que lo que hizo no fue nada fuera de lo normal, sino propio de su hábito protector, resultado de su aprensión constante. Con un simple gesto activó la consola que tenía delante, y con los dedos de la mano derecha trazó una forma sinuosa sobre ella, movimiento que desencadenó la aparición de varios directorios principales en la pantalla que se proyectaba sobre su mesa de trabajo. El directorio *Anna* se desplegó enseguida, y pulsó varios iconos que comenzaron a brillar, mientras en una proyección supletoria se abría un mapa, donde se leía con facilidad un pequeño punto pulsante, un punto en movimiento que representaba a su única hija. No le hizo falta examinar a fondo el plano para saber dónde estaba, las coordenadas de situación eran demasiado conocidas. Horrorizada, su mano abandonó el seguimiento de su trayectoria para cubrir su rostro. Durante una milésima de segundo se arrepintió de haberle colocado un bicho subdermal a Anna, se arrepintió de haberse dado a sí misma la oportunidad de descubrir algo tan terrible. «No, no, no puede ser, cualquier sitio menos ese», se repetía mientras sentía como su mente entraba en parálisis, como su cuerpo entero se bloqueaba por el impacto.

Se obligó a respirar con normalidad. Poco a poco, su cabeza comenzó a despejarse de nuevo y recuperó el dominio de sus extremidades. Inspiró con lentitud, llenó su abdomen y expulsó el aire de la manera más pausada de la que fue capaz.

Entonces se levantó y echó a correr.

LA BELLA DURMIENTE

Ismael y Anna se acercaron hacia la puerta al mismo tiempo, tan decididos que chocaron el uno contra la otra. Ella se llevó la peor parte en el encontronazo y salió trastabillando. El propio Ismael la tomó de la cintura para que el traspiés no llegara a mayores.

–Perdona –dijo, y, acto seguido, violentado por el repentino contacto, la soltó de forma tan brusca que a punto estuvo de desequilibrarla de nuevo.

–Ve tú primero si quieres, héroe, a mí me da lo mismo –replicó ella, con las mejillas tan encendidas como las suyas. Ismael decidió pasar por alto su tono de reproche. Se negaba a continuar con aquel choque de personalidades, no cuando había tanto en juego. No les quedaba más remedio que entenderse.

Aaron y Vito los flanquearon, visiblemente agitados, mientras miraban en todas direcciones. Sammy se situó tras ellos, con el ceño fruncido, como si cada vez le hiciera menos gracia el cariz que estaba tomando la situación. El pelirrojo había dado en el clavo cuando había dicho en el canal de chat que todos estaban obsesionados con la joven morena. En el caso de Ismael, esa obsesión bien podía confundirse con amor. Ese sentimiento desgarrador era lo que les había hecho embarcarse en aquella locura. No pudo evitar mirar de reojo a Anna. ¿A ella también? Retiró la mirada, incómodo. La orientación sexual de esa chica no le importaba en lo más mínimo. Pero no pudo evitar imaginarse a las dos besándose. Sintió un ramalazo en sus entrañas, ¿eran celos?, ¿era excitación?

Apartó la imagen de su mente. No era el momento ni el lugar. Entreabrió la puerta y atisbó por el hueco que quedó entre esta y la pared. La puerta conducía a un recibidor, iluminado por la luz desangelada de los fluorescentes. Lo primero que vio fue un mostrador acristalado a su izquierda, que bien podía ser un punto de información o, quizá, un puesto de vigilancia. Pegada al cristal había una nota con un lacónico «Volveré en cinco minutos» escrito en ella; el papel estaba amarillento y descolorido. Evidenciaba

que llevaba ahí un tiempo considerable; de hecho, una mano diferente a la primera había añadido la frase: «Y nunca más se supo de él». Más allá del habitáculo, un largo pasillo se adentraba en la penumbra.

¿Dónde estaban?, se preguntó Ismael, ¿y qué era lo que aquella gente estaba haciendo allí? La conversación escuchada a escondidas y lo que implicaba le habían revuelto el estómago.

Cuando comprobó que el lugar estaba desierto, hizo un gesto a los demás, abrió por completo la puerta y entró. Se acercó al habitáculo a la carrera y pudo confirmar que su segunda intuición había sido la correcta: era una garita de seguridad, separada de la estancia por una mampara de cristal blindado. Dentro había una banqueta graduable sin brazos y una mesa alta repleta de cajones, bajo la cual se disponían diez pequeños monitores de vigilancia. Cuatro de ellos estaban mal sintonizados, pero los demás mostraban largas estancias repletas de cápsulas, las mismas que habían visto en los monitores de la entrada; resultaba difícil discernir si se trataba de algún tipo de cabina o bañera de tecnología punta. Mientras miraban, las pantallas sintonizadas parpadearon y cambiaron de imagen, ofreciendo las de otras cámaras del recinto; la mayoría seguía mostrando salas repletas de cabinas, pero en una de ellas se veía ahora la habitación en la que se encontraban; donde deberían estar ellos, la imagen temblaba ligeramente, como barrida por la estática. El distorsionador de Vito funcionaba, pero a Ismael no terminó de tranquilizarlo, un ojo atento podría percatarse de que sucedía algo extraño en aquella imagen. Tras Ismael se apiñaban sus compañeros, silenciosos y alertas.

–Vamos a meternos en un lío de proporciones épicas –murmuró Sammy–. Yo solo lo dejo caer, luego no digáis que nadie os lo advirtió.

–No podemos irnos sin Dominic –dijo Aaron.

–¿Intentas insultar mi inteligencia? ¿Es eso? –le espetó el pelirrojo–. No estamos buscando a Dominic: estamos buscando a vuestra chica, no me tomes por tonto.

–Estamos buscándolos a ambos –zanjó Ismael.

Vito comenzó a rebuscar en los cajones. En los primeros no había nada relevante más allá de diverso material de escritorio, fármacos en botes y tabletas y una botella medio vacía de Biorrit. En el último cajón encontró una pistola. Era un arma antigua, negra, de cañón largo y empuñadura corta, con dos docenas de balas desperdigadas a su alrededor. A Ismael le recordaron a un montón de insectos muertos.

–¿Alguien sabe usar esa cosa? –preguntó Aaron.

–Mi padre me enseñó a disparar de crío –dijo Sammy–. Eh, no me miréis así. No es que seamos delincuentes ni pensemos en liarnos a tiros en las juntas de accionistas. Deberíais haber visto lo grandes que eran las ratas en el desguace donde vivíamos, ¡eran ellas o nosotros! ¡Os lo juro! De todas formas, no tengo buena puntería, lo digo por si se os mete alguna idea rara en la cabeza.

–A mí también me enseñó a disparar mi padre –anunció Vito. Le brillaban los ojos, fijos en el arma desde que la habían descubierto. Lo único que le faltaba era relamerse para dejar claro su deseo de empuñarla–. Quería que estuviera preparado por si las cosas se torcían otra vez y volvía la guerra. –Ismael enarcó una ceja; comenzaba a comprender de dónde venía el carácter paranoico de aquel joven.

–No creo que sea buena idea eso de ir armados –les advirtió Ismael–. Lo último que nos hace falta es que le peguen un balazo a alguien sin querer.

–¿Me permites llevarte la contraria? –le preguntó Anna. En sus palabras no había traza alguna de desafío o de burla, simplemente se estaba esforzando tanto por ser educada que no sonaba natural–. Un arma que dejas atrás siempre puede apuntarte por la espalda cuando menos te lo esperas –le advirtió–. Yo me la llevaría, descargada si quieres. Si el guarda vuelve y nos descubre será más peligroso con esa pistola encima.

Los otros le dieron la razón y a él no le quedó más remedio que ceder. Decidieron que fuera Sammy quien la llevara, y aunque Ismael había estado convencido de que Vito protestaría, a este no pareció importarle que fuera otro quien cargara con la responsabilidad del arma. El pelirrojo se llenó los bolsillos del abrigo con las balas del cajón y, tras comprobar que la pistola tenía el seguro puesto, se la guardó, con suma precaución, entre el cinturón y el pantalón.

El grupo se puso de nuevo en marcha. Se adentraron por el pasillo en sombras, sin hacer el menor ademán de buscar un interruptor para iluminar su camino. No tardaron mucho en toparse con la primera puerta. Era metálica, de aspecto endeble, y junto a su dintel había una placa con el texto «S240 - S480» inscrito en bajorrelieve. Anna apoyó el oído en la puerta y escuchó durante unos instantes. A continuación la entreabrió y echó un vistazo dentro.

–Hay un montón de esas cabinas raras –les comunicó en voz baja–. Y no se ve un alma. –Se volvió hacia ellos, indecisa–. ¿Qué hacemos? ¿Entramos?

Ismael asintió, tenía la certeza de que allí iban a encontrar alguna de las respuestas que andaban buscando. Uno a uno se colaron dentro; Sammy y su pistola cerraron el grupo.

La estancia era amplia, rectangular y, como bien había dicho Anna, estaba llena de las extrañas cabinas que tanto habían llamado ya su atención. Estaban colocadas contra todas las paredes excepto la del fondo, en la que se veía una serie de armarios empotrados, pequeños y estrechos. El muchacho se dirigió a la cabina más próxima, sin apresurarse, pues tenía bastante claro lo que iba a encontrar dentro. La cabina medía dos metros de largo, estaba ligeramente inclinada y de su parte superior emergía una cantidad notable de tubos y cables que se perdían en el interior de un resalte metálico hexagonal de la pared. Cada cabina contaba con dos monitores, uno en el frontal y otro junto a la placa del cableado. Muchos de los datos y lecturas que se vertían en el segundo le resultaban más que familiares: eran líneas y líneas de código de patrones de sueño.

Dentro de la cabina había un hombre profundamente dormido. Estaba tan demacrado que era difícil precisar su edad, más si cabe con el enorme casco que llevaba puesto, repleto de sensores y cables. Vestía un mono azul claro, mal abrochado, y las extremidades que se intuían bajo la prenda eran poco más que palillos atrofiados. Tenía las mejillas hundidas, los ojos hinchados y una palidez cadavérica en el rostro que hacía dudar de que estuviera vivo. Además del extravagante casco, un sinfín de tubos y distintas sondas se repartían por todo su cuerpo, adheridos en ocasiones a su piel y otras veces clavados en su carne. Aquel hombre estaba tan conectado a la máquina que casi podía decirse que estaba fusionado a ella.

–¿Qué es todo esto? –preguntó Vito mientras contemplaba al hombre dormido con una expresión a medio camino del asombro y el espanto–. ¿Está soñando?

Ismael no contestó, miraba con atención las lecturas del monitor junto al panel.

–He oído que existen locales donde los ricos van a soñar durante meses –dijo Aaron, vacilante. Estaba junto a la cabina adyacente, mirando el interior con su único ojo entornado–. Se retiran durante largas temporadas a mundos que los artesanos construyen para ellos. Allí pueden ser todo lo que se les antoje: dioses, héroes mitológicos, demonios asesinos… Lo que les salga de las narices, vamos. Quizá esto sea algo parecido. Un retiro de millonarios para que sueñen lo que quieran durante el tiempo que les apetezca. –Parecía poco convencido de su teoría.

–Esta gente no está aquí por voluntad propia –dijo Anna. Permanecía alejada del resto, todavía cerca de la puerta, como si tuviera miedo de aproximarse a las cabinas y ver lo que contenían. Se abrazaba a sí misma con expresión de desamparo.

Ismael asintió, despacio, mientras continuaba estudiando el monitor del panel.

–La máquina a la que están conectados está extrayendo y decodificando sus sueños –les explicó–. Es el proceso inverso al que hacemos los artesanos: nosotros programamos un patrón y el cerebro del cliente lo convierte en sueños. Aquí sucede al contrario: las máquinas están convirtiendo en código lo que quiera que estén soñando. –Señaló a la pantalla de la pared–: Eso que veis ahí son líneas de programación onírica.

–Pero ¿por qué querría alguien extraer sus sueños?

Ismael guardó silencio. No lo sabía. Pero sí tenía algo muy claro:

–Esto es mucho más peligroso de lo que pensábamos –dijo–. Si nos descubren no se van a contentar con dejarnos marchar después de echarnos una regañina. –Se volvió hacia el grupo para que todos pudieran verle la cara. Quería asegurarse de que comprendieran bien la gravedad de la situación–. Esto es gordo. Si nos pillan van a matarnos. Van a matarnos a todos.

Un silencio tenso se instaló entre el grupo. Se miraron unos a otros, conscientes de verdad, y alguno quizá por primera vez, de lo peligroso y serio de aquel asunto. Sammy palideció y Aaron se mordió el labio inferior. Anna asintió, como si hubiera tenido claro desde el principio los riesgos que corrían o, ahora que los comprendía, los aceptara sin mayor problema. Vito abrió mucho los ojos y los miró a todos de hito en hito.

–Es cosa del Gobierno –anunció en voz baja–. El Gobierno está implicado en esto, estoy convencido. Conspiran contra nosotros, siempre lo hacen. –Miró a Anna, primero tenso, en inicio acusador; pero su mirada se suavizó al momento–. ¿Tu madre puede saber algo de todo esto? Quizá esté implicada y tú no lo sepas…

–Mi madre solo se encarga del papeleo –insistió ella–. Es una burócrata de alto nivel, sí, pero, mal que le pese, no deja de ser una burócrata. Y es ambiciosa, vale, y puede que no sea la mejor persona del mundo, pero estoy convencida de que no tiene ni idea de lo que está pasando aquí.

Sammy carraspeó y llamó la atención del grupo. Estaba estudiando su portátil de pulsera.

–He hecho un barrido de señales –dijo–. No hay modo de establecer contacto con el exterior desde aquí. Estamos en una zona ciega. Al menos en lo que se refiere a comunicaciones normales. –Parecía nervioso–. Esto es muy serio, ya lo ha dicho el tipo duro aquí presente –comentó mientras cabeceaba en dirección a Ismael–. Creo que deberíamos marcharnos. Nos estamos jugando el pellejo.

–No podríamos irnos aunque quisiéramos –dijo Ismael, con el ceño todavía fruncido–. No podemos dejar atrás a Dominic.

–Él se lo ha buscado –dijo Sammy. Al instante negó con la cabeza–. No, tienes razón. No podemos irnos sin él. Y no es que me preocupe por el tipo ese. Lo que me preocupa es que pueda delatarnos si lo pillan.

–Cuánta generosidad –murmuró Aaron.

–Me limito a ser práctico –confesó el muchacho–. Siento parecer cruel, pero la vida es así.

–Imagino que esa es la filosofía que llevó a tu padre de disparar a ratas a ser un nuevo rico –le recriminó Aaron.

–Si quieres verlo de esa forma, es tu problema –murmuró Sammy–. Pero recuerda quién ha venido hasta aquí solo por ayudar a una amiga, ¿vale? A una amiga real, no a alguien visto en sueños.

En aquella sala había dos docenas de cápsulas, la mayoría ocupadas. La chica morena, la muchacha que los había convocado allí, no estaba en ninguna de ellas. Había gente de ambos sexos y de todas las edades: ancianos, jóvenes, niños… Hasta encontraron un bebé de no más de unos meses de vida con un casco adaptado a su cabeza diminuta. Aquella visión los conmocionó y sirvió para recalcar de nuevo la gravedad de la situación. Fuera lo que fuese lo que hacían allí, era algo que iba contra todo derecho y toda ley, y estaban haciéndolo en unas instalaciones del Gobierno.

Sammy desenfundó la pistola y la revisó de nuevo. Esta vez no solo comprobó que estuviera el seguro puesto, también cuántas balas quedaban en el cargador.

–Si no salimos vivos de esta, te mataré –le advirtió a Anna–. Y al tonto de Dominic lo mataré dos veces, lo juro.

–Salgamos de aquí –dijo Ismael–. Ese loco tiene que andar buscando a la chica de las mariposas. Si la encontramos a ella, puede que también demos con él.

Además tenía la sospecha de que ella estaba muy, muy cerca. Lo sentía en los huesos, era un presentimiento que se había hecho más poderoso con el descubrimiento de los soñadores forzosos. Ella era uno de ellos, lo tenía claro. Solo tenían que hallarla.

Vigilantes, alertas al menor sonido, al menor movimiento, volvieron al pasillo. No tardaron en toparse con una sala idéntica a la que acababan de dejar atrás. Entraron y miraron en todos los habitáculos que había allí. En uno de ellos, para su horror, vieron a una joven, apenas una niña, en avanzado estado de gestación. Nadie dijo nada, pero

Ismael solo necesitó contemplar sus rostros para saber que la mayoría estaba recordando la conversación que habían escuchado antes.

Dieron con ella en la cuarta habitación.

Fue Anna quien la encontró. La escucharon jadear de puro asombro y todos, al mismo tiempo, se giraron en su dirección. La muchacha estaba inmóvil ante una de las cápsulas; resplandecía, su cara estaba iluminada por una expresión difícil de describir: asombro, felicidad, plenitud… El rostro de alguien que ha encontrado lo que lleva buscando toda la vida. Hacia ella se encaminaron los tres chicos convocados por la joven de las mariposas, de forma tan atropellada que Aaron chocó contra una de las cabinas y a punto estuvo de volcarla. El único que conservó la calma fue Sammy. Permaneció alejado, con la vista fija en la puerta y expresión sombría.

A Ismael le temblaban tanto las manos que tuvo que entrelazarlas. Cuando se asomó a la cabina sintió que el mundo y su corazón se detenían al unísono. Su vida anterior, toda ella, con todos sus pequeños triunfos y fracasos, quedaba anulada, derogada; era ahora, a partir de ese preciso instante, cuando realmente empezaba a vivir. Todo lo anterior no era más que una preparación precaria para lo que estaba por llegar. La soñadora dormía. Demacrada y consumida, pálida e inmóvil. Y dolorosamente hermosa. Se dispusieron alrededor de su cabina, como respetuosos asistentes a un funeral que quieren rendir un último homenaje al finado. Anna estaba llorando. Y el resto de los chicos, a excepción de Sammy, tenían también los ojos húmedos. Ismael sentía un intenso dolor en el pecho, un suspiro enquistado entre las costillas que amenazaba con partirlo en dos.

Era ella. La chica morena. La joven de las mariposas.

–¿Quién va a darle el beso para que despierte? –escuchó preguntar a alguien. En primera instancia no pudo precisar quién hablaba. Sammy, comprendió, debía de ser Sammy. ¿Quién si no podía bromear en semejante momento? Los demás estaban demasiado aturdidos como para poder articular palabra.

Perdieron la noción del tiempo, absortos todos. Pero ¿qué había en ella que los afectara tanto? No lo entendía, escapaba a su comprensión. Quizá fuera eso. Quizá su belleza apelaba más a los sentimientos que a los sentidos. Fuera como fuese, aquella joven, aun pálida y desmayada, los subyugaba con su normalidad, con la dulzura de sus rasgos, con la quietud de su semblante…

–Tenemos que despertarla. –Fue Vito el primero en romper el silencio. Y de forma paradójica lo dijo en un susurro, como si temiera perturbar el descanso de la muchacha–.

Tenemos que despertarla y salir de aquí antes de que nos pillen.

Ismael negó con la cabeza. Le costaba trabajo pensar.

–No podemos hacerlo –dijo. Arrastraba la voz al hablar–. Está en sueño profundo.

–Un sueño es un sueño, ¿no? –preguntó Sammy. Se acercó hacia ellos caminando de espaldas, sin dejar de quedar encarado hacia la puerta–. Quítale ese casco y, si no despierta, sacúdela hasta que lo haga.

Ismael no podía dejar de mirarla. No quería dejar de hacerlo. Podría pasarse la vida entera contemplándola. Pero Sammy y Vito tenían razón. Era hora de reaccionar.

–No en sueño profundo –repitió mientras retrocedía y rompía el sortilegio que pendía sobre él. Aaron y Anna seguían presos de ese mismo hechizo y tiró de ellos con suavidad hacia atrás. Ambos se enderezaron de forma súbita, como si ellos mismos acabaran de despertar de un letargo pesado–. Es peligroso sacar a alguien de manera brusca de ese tipo de sueños inducidos –señaló. Volvía despacio en sí–. Podría causar daños permanentes en su cerebro. Incluso matarla.

–Algo habrá que hacer con ella, ¿para qué hemos venido aquí si no? –Anna lo miró, casi suplicante–. Se supone que tú sabes de esto. ¿No eres artesano onírico?

–Mi padre es artesano onírico, yo solo lo ayudo. Y necesito un poco más de tiempo para saber si puedo hacer algo o no –anunció, y, desatendiendo todo lo que pudo a la muchacha morena y a la inquietud del grupo, comenzó a estudiar la cabina y los datos de los monitores.

Había muchos puertos abiertos tanto en el casco de la soñadora como en las paredes de la cápsula. Eso abría posibilidades de conexión, siempre y cuando, por supuesto, fueran compatibles. Abrió la mochila, sacó su portátil, lo desenrolló y, a continuación, lo adhirió a la cabina. Al momento los programas de intrusión ilegales integrados en su aparato buscaron el modo más seguro de conectarse a aquella extraña máquina. Las primeras lecturas mostraron varios comandos de seguridad activos en ella, pero todos eran bastante obsoletos y el portátil no tardó en reventarlos y establecer conexión. La pantalla de su ordenador comenzó a mostrarle los primeros datos. Consciente de la impaciencia del resto, empezó a explicarles la situación a medida que él mismo la iba comprendiendo.

–Es la máquina quien la mantiene dormida –dijo, y golpeó el monitor frontal de la misma con la palma de la mano–. Esta pantalla monitoriza sus constantes vitales y además nos dice en la fase del sueño en la que se encuentra. Si las lecturas no están

estropeadas, lleva más de cinco años soñando. Y en todo ese tiempo no ha salido ni un instante de sueño profundo.

–Espera, espera… –le rogó Aaron–. ¿Quieres decir que lleva cinco años conectada a esa cosa?

–Cinco años como mínimo –aclaró él. Acto seguido, ejecutó varios programas en segundo plano para analizar la estructura interna del sueño de la muchacha, aunque tenía poca esperanza de conseguir algo con ello–. La red onírica nunca induce a nadie a un sueño tan profundo, nunca nos conduce tan abajo porque, sencillamente, no lo necesita –les explicó. Una alarma estuvo a punto de sonar en la cabina al detectar la cada vez mayor intrusión del portátil, pero este la silenció al instante–. Los sueños de los artesanos sí tienen esa capacidad, cuanto más profundos y elaborados son, más real es la experiencia para el soñador. Y ahí está la gracia: que el cliente nunca sepa que está dormido. Los sueños profundos suelen ir acompañados de algún sistema de seguridad; a los soñadores, por ejemplo, se les proporciona una palabra clave, una contraseña grabada en su mente a la que deberá recurrir para despertar de modo seguro. Y por si no es capaz de recordarla se le recomienda usar una diadema con salida de emergencia.

–¿De esas que te sacan del sueño si notan algo raro en tus constantes vitales? –preguntó Vito. Se había acuclillado junto a él y espiaba su portátil con expresión atenta, tanta que daba la impresión de querer memorizar todo lo que veía en la pantalla.

Ismael asintió.

–Eso es. Si la mente se dispara o el corazón se acelera demasiado, la diadema se encarga también de despertar al soñador. Pero podemos ir olvidándonos de que eso pase aquí, no creo que haya protocolo de extracción segura en esta cosa. –Gruñó.

–Entonces, ¿qué vamos a hacer? –insistió Anna–. Me niego a creer que hayamos llegado hasta aquí para nada.

–Despertarla desde dentro, no desde fuera –dijo él–. Ese es el modo correcto de hacer las cosas.

–Será el modo correcto, pero me suena muy raro –dijo Aaron, y torció el gesto–. ¿Qué se supone que harás? ¿Meterte en su sueño?

–Eso mismo –contestó él al tiempo que sacaba una diadema onírica de la mochila–. Voy a unir mi mente a la suya. En el mejor de los casos una presencia ajena en su sueño hará que comience a despertar. Si eso pasa, las lecturas tanto en su monitor como en mi portátil fluctuarán. ¿Veis esa línea roja horizontal en las pantallas? –La señaló primero

en la de la cabina y después en la de su propio ordenador–. Si todo va bien, empezará a ascender y en un momento determinado, al menos en mi portátil, debería volverse verde. Ese es el instante en que tenéis que despertarla; de mí no os preocupéis, la diadema me sacará de su sueño en cuanto ella vuelva en sí.

–Vale, nos has dicho qué tenemos que hacer en el mejor de los casos –dijo Anna. Ismael asintió mientras conectaba la diadema a la máquina de la soñadora. Una nueva alarma amenazó con activarse, pero su ordenador la atajó a tiempo–. ¿Qué pasa en los peores casos y qué tenemos que hacer nosotros entonces?

Ismael tardó unos instantes en contestar.

–Si no despierta cuando note mi presencia, tendré que ir a buscarla –contestó–. Bucearé en su sueño para intentar dar con su mente activa y hacerle ver que está soñando. Lo malo es que para llegar al nivel en el que se encuentra no me quedará más alternativa que entrar en sueño profundo y no tengo ni idea de lo que puedo encontrarme ahí debajo. –A su pesar recordó la segunda ocasión en la que la chica morena se le había aparecido en sueños y se vio a sí mismo luchando contra aquel monstruo cambiante a las puertas de un castillo. Se estremeció–. De todas formas, pase lo que pase, vosotros no podéis hacer nada. Ella no debería de correr verdadero peligro y yo, la verdad, tampoco. La diadema me sacará del sueño a la menor señal de problemas. Ella me protegerá.

–Puede pasarte algo si te mueres en sueño profundo, ¿verdad? –le preguntó Aaron–. He oído toda clase de historias sobre eso. ¿No era lo que pasó con Armind Zola y la peste onírica?

–Puedes morir, sí –contestó mientras revisaba su diadema. Todos sus programas de protección estaban activados, todos los sistemas de seguridad, bien dispuestos–. Tu cuerpo está convencido de que la experiencia que está viviendo es real y si algo en sueños te hace suficiente daño, el cerebro corre el riesgo de entrar en shock. Y de nuevo ahí vamos con los daños cerebrales, los infartos y lo de morir de forma horrible. –Comprobó la carga de la diadema, no podía arriesgarse a depender únicamente de la energía de la cabina; el aparato no estaba a plena potencia, pero, en el caso de que la otra máquina fallara, la reserva le garantizaba varias horas de autonomía–. Ya está todo preparado –anunció. Se volvió a mirarlos; todos lo contemplaban expectantes. Inició el movimiento de colocarse la diadema, pero antes de consumarlo dijo–: No debería de llevarme mucho tiempo.

Terminó de ceñirse la diadema y activó el modo sueño compartido. Al momento, la inconsciencia se le echó encima. Lo último que oyó antes de quedarse dormido fue la voz de Vito, profética y terriblemente acertada:

–Esto no va a salir bien.

Y con esas palabras aún en la cabeza, abrió los ojos en el mundo del sueño.

Por unos instantes no tuvo clara su propia identidad; no era nadie, no era más que un vacío que, a duras penas, había logrado adquirir forma humana. Pestañeó y poco a poco fue reintegrándose en el mundo, en aquella realidad anómala tejida con la materia de los sueños. Recordó su nombre, recordó quién era y, lo principal, cuál era su cometido allí. Miró a su alrededor. Por norma general, cuando se entraba en sueño compartido no era propiamente el sueño del otro soñador lo que se veía, era más bien un espejismo brumoso de este, una suerte de eco lejano en el que resultaba complicado distinguir forma alguna. En definitiva, uno allí no era más que un invitado tras el escenario, a veces hasta un intruso. Ismael nunca había estado en un sueño ajeno dotado de tal nivel de detalle.

Estaba en el claro de un bosque de un inusitado verdor, rodeado por árboles altos y frondosos, imposibles de identificar. La luz que se filtraba a través de las copas era tibia, crepuscular, hasta tenía cierto matiz sangriento. Se oía el silabeo distraído del viento al ir y venir entre las ramas y un lejano tronar en la distancia. Pero lo que más impresionó a Ismael fueron los olores, el de la hierba mojada y la lluvia reciente; el que se desprendía de la corteza de los árboles y del mantillo húmedo de rocío; los olores, en suma, de la naturaleza viva. Lo más complicado de representar en un sueño eran los aromas, y en el de aquella soñadora estos eran perfectos.

Echó a andar entre los árboles y, en un gesto casi involuntario, acarició la corteza de uno de ellos al pasar a su lado. Notó la rugosidad del tronco bajo los dedos, la suavidad del musgo, las pequeñas grietas en la madera… Aquel sueño ajeno resultaba mucho más real que uno propio. Era tan sorprendente como imposible.

Al poco de caminar en aquel laberinto de árboles se topó con la primera enredadera. Era de un intenso color negro y toda su superficie estaba salpicada de espinas rojas. El número de aquellas plantas fue multiplicándose a medida que se adentraba en el bosque, hasta que llegó un momento en que no pudo seguir avanzando. Ante él se levantaba una

muralla de enredaderas: nudos y nudos de plantas tenebrosas que cortaban su camino con una solidez amenazante. Alzó una mano con intención de tocar la superficie de uno de los tallos, con cuidado de no acercarse demasiado a las espinas. Había esperado sentir el tacto de aquella planta con la misma rotundidad con la que era capaz de percibir la solidez de los árboles o del suelo que pisaba, pero, en vez de eso, la enredadera se deshizo en una humareda negra en cuanto la tocó. Asombrado, repitió la operación en otra planta. El resultado fue el mismo: la enredadera se desbarató en humo espeso, se hizo niebla. Tocó otra, y otra más, y así, poco a poco, fue despejando el camino. Reemprendió la marcha, aniquilando las plantas con un simple toque de sus dedos, destejiéndolas del sueño conforme avanzaba.

Las plantas se convertían en humo a su paso y desvelaban el terreno devastado que habían ocultado debajo. La tierra estaba agrietada, abierta en canal como si una criatura colosal la hubiera emprendido a dentelladas con ella. Pronto aparecieron los primeros cuerpos. El primero fue un unicornio de color negro, con un cuerno en espiral rojo que nacía del centro de su frente; el segundo, un pegaso blanco de alas tornasoladas. Cuantas más plantas hacía desaparecer, más cadáveres quedaban a la vista. Criaturas imposibles de todo tipo y condición: dragones, hidras, grifos, lobos gigantescos, serpientes aladas, quimeras…

Ismael siguió caminando, profundizando cada vez más en el interior del sueño. De pronto se encontró fuera del bosque. Y, como si esa hubiera sido una señal convenida, justo en aquel instante rompió a llover. Grandes goterones negros se precipitaron de un cielo nocturno ya vacío de estrellas, pero repleto de lunas. Alzó la mirada; sobre su cabeza se veían varios astros, todos de distintos tamaños, pero idénticos en formas y geografía, réplicas a escala planetaria de la verdadera Luna de la Tierra. ¿Habían aparecido de pronto o hasta ese momento no se había percatado de su existencia? ¿Acaso tenía importancia una cosa u otra? Estaba adentrándose en el sueño profundo y allí todo podía suceder. Reanudó la marcha entre enredaderas y criaturas tendidas. Una de ellas lo hizo detenerse a su pesar: era un barco, un barco inmenso hecho de carne y hueso; sus ojos, completamente esféricos, se repartían por todo el casco, y sus mástiles y chimeneas eran protuberancias de carne recubiertas de escamas. Lo contempló asombrado y, después, continuó su camino. El barco no fue la única criatura aberrante que encontró, solo fue la que abrió la veda de aquella nueva etapa surrealista. Se topó con aeronaves dotadas de alas de cigüeña, con grúas de cuello moteado y cabeza de serpiente, con

camionetas de piel corácea y múltiples patas… La locura imperaba en el sueño profundo. Una gota de lluvia impactó contra su labio inferior y el líquido se coló en su boca. Sabía a fresa.

Avivó el paso e intentó ignorar a los seres extraños que yacían en aquella tierra herida. No tenía un segundo que perder. El tiempo onírico y el tiempo real rara vez coincidían y no podía estar seguro de cuánto había transcurrido en la habitación donde su cuerpo dormía. Cuando vislumbró a lo lejos la gigantesca arcada de un edificio de piedra comprendió que estaba a punto de llegar a su destino. Era un castillo hacia lo que se aproximaba, no podía ser otra cosa, por supuesto: un castillo de altas y retorcidas torres móviles, tentáculos de piedra que se agitaban despacio en el aire.

Ismael, olvidada ya toda precaución, echó a correr hacia el castillo, con las manos repletas de la niebla negra en la que se convertían las enredaderas que tocaba. La sombra de los prodigios dormidos caía sobre él, lo hacían diminuto en comparación, insignificante, un átomo con conciencia de sí mismo que corre entre dioses.

Atravesó el umbral a la carrera, sin tiempo siquiera de sorprenderse de no encontrar el portón cerrado. No había foso ni medida de protección alguna. Cuando se preguntaba si ahora tocaba subir a la torre descubrió a la joven. Estaba tumbada en un ataúd de cristal, en el mismo centro del inmenso patio al que había ido a parar. Se dirigió hacia allí y, para su sorpresa, descubrió que iba vestido con una armadura negra y que llevaba una espada envainada a un costado. ¿Eso era él? ¿Un caballero que se aproximaba a despertar a la princesa encantada?

El ataúd no tenía tapa. Ella yacía boca arriba, con la expresión beatífica de los que sueñan el mejor de los sueños posibles. Diminutos caballos azules, del tamaño de escorpiones, bailaban en perfecta sincronía sobre el borde de su lecho. Ismael se quitó el casco y lo dejó caer. Estaba allí, en el sueño. Y ahora era él quien se disponía a besarla. Saboreó el momento, se inclinó despacio, la realidad entera enfocada hacia los labios de ella. «¿Quién se encargará de despertarla con un beso?», había preguntado Sammy al otro lado del mundo. Y era a él, a Ismael, el héroe de aquella enloquecida historia, a quien le tocaba hacerlo.

Sus labios se unieron en un beso corto y cálido. Fue consciente, de una manera lejana y secundaria, del tamborileo de las herraduras de los caballitos junto a él.

Ella despertó en el acto, los ojos abiertos, el cuerpo tenso.

A continuación, rompió a gritar.

PELO NEGRO COMO CERRAR LOS OJOS

Anna vio como se abría y cerraba la boca de la chica morena, en una especie de grito silencioso mezclado con rápidas bocanadas de aire. Miró a los demás, preocupada.

–¿Eso es normal?

Vito se rascó una oreja de manera insistente, casi agresiva.

–No tengo ni idea.

En la pantalla de la consola de Ismael y en el monitor de la joven, la línea seguía de un rojo amenazante.

–Lleva ahí dentro ya más de quince minutos, esto no puede ser bueno. –Aaron agachó la cabeza y fijó la vista en el monitor del portátil, como si entendiera algo de lo que indicaban las gráficas de los distintos programas abiertos–. ¿Qué hacemos? ¿Deberíamos despertarlo? Eso podría ser peligroso, ¿no?

Anna se cubrió el rostro, cansada. Se había sentado en el filo de una de las cabinas vacías, pero ahora se puso de pie, con lentitud.

–Me pregunto… –Tomó entre sus brazos la mochila de Ismael y la abrió con cuidado. En apenas unos segundos sacó del interior un artilugio que todos reconocieron al instante–. Tiene otra diadema.

–No –prohibió Sammy con firmeza–. Ni se te ocurra. Ya es bastante arriesgado lo que está haciendo don Valiente, y se supone que él es un experto.

–¡Podemos estar aquí todo el día, Sammy! Este es capaz de estar tirándole los tejos a la chica en vez de despertarla.

–¿Y cómo sabemos que tú no vas a hacer lo mismo? –Por su gesto, fue evidente que Sammy se había arrepentido de su pregunta nada más hacerla. Aun así, Anna le dedicó una mirada hinchada de rencor.

Aaron dejó escapar una risilla.

–Venga ya, Sammy. Anna tiene razón –dijo–. Está pasando algo extraño. Ismael no debería estar tardando tanto. –Arrugó la frente en un claro gesto de consternación–. ¿Qué hacemos entonces?

Anna no respondió. Con las manos todavía temblorosas, le pasó la diadema a Vito, que la examinó a conciencia.

–La batería está a tope –le informó–. No debería haber ningún problema. Puedo activar otro canal desde el portátil de Ismael, con los mismos protocolos para evitar las alarmas. He visto cómo lo hacía, es sencillo. –Se dirigió a Anna, algo confuso–. ¿Seguro que quieres hacer esto? No tengo ni idea de cómo funcionará si entras en un espacio onírico que ya de por sí están compartiendo dos personas.

–Dadme diez minutos. Sacaré a Ismael de cualquier lío en el que se haya metido.

Aparentando una seguridad que no tenía, Anna recuperó la diadema de las manos de Vito y se la ajustó con precisión en la cabeza, con cuidado de no enganchársela en el cabello, que ya empezaba a recuperar las agitadas ondas naturales que aparecían en cuanto habían pasado un par de horas lejos de un cepillo. Cuando se hubo asegurado de que le resultaba cómoda, la conectó a la cabina de la joven durmiente. Vito se acomodó delante del portátil y consiguió, con sorprendente facilidad, activar un nuevo canal que, del mismo modo que había ocurrido con Ismael, se defendía de forma eficiente contra las alarmas que amenazaban con arrancar. Anna miró una vez más a los que ahora serían sus compañeros de sueño: a la chica de pelo oscuro espeso y enredado, ojerosa pero bella en su lecho enfermizo, y al chico, también moreno, tumbado en el suelo sobre el incómodo amasijo de ropa que habían conseguido recolectar. El propio abrigo de Anna se había convertido en su almohada, y esta tuvo otro de esos pensamientos fugaces, casi histéricos, que la arrastraban a reconocer lo ridículo de la situación: pensó en cómo explicaría a su madre el estado polvoriento y arrugado de su preciosa chaqueta de marca. Ahora solo había ropa genérica, ropa producida en masa para satisfacer necesidades básicas. Toda la ropa hermosa, atractiva, diferente, era la que se guardaba, la que se preservaba de años atrás, de tiempos en los que la moda había sido un factor de peso en una economía de ocio; o se compraba a un puñado de personas que dominaban el anticuado y casi olvidado arte de la confección, a precios desorbitados.

Tanto la joven durmiente como Ismael tenían expresiones agitadas, en movimiento, como si representaran una obra de teatro que solo se desarrollase en su cabeza.

–Allá voy –murmuró Anna, más para sí que para los demás. La ayudaron a formar otro revoltijo de prendas en el suelo, aunque ya quedaba poco que pudieran usar.

Vito tiritaba a ojos vista, pero aun así insistió en que Anna colocase su parka de estilo militar, repleta de bolsillos, entre su cuerpo y el suelo. Antes, se ocupó de sacar toda suerte de cachivaches y artificios de sus recovecos. Fue metiéndolos uno a uno, con delicadeza y afecto, en su fiel mochila. Anna podía leer la preocupación en sus ojos. Se dirigió a él:

–¿Cómo lo activo?

–Ismael apretó ese botón de allí, a la derecha. –Se agachó y se lo señaló en la diadema. Anna podía sentir su respiración agitada junto a ella. Vito estaba a un par de jadeos de necesitar otro chute de su inhalador. Le sorprendió, una vez más, lo observador que era; pese a su evidente nerviosismo, no había dejado de prestar atención a todo lo que había llevado a cabo Ismael mientras se conectaba a la chica durmiente. Y su memoria era excepcional. Había trabajado con los programas de Ismael con una facilidad desconcertante.

–Allá voy –lo dijo de nuevo, esta vez más alto pero con la voz ronca, tomada. Activó el modo de sueño compartido al apretar el botón que Vito le había indicado y cayó, de esa forma inmediata y perdida que es propia del sueño, completamente dormida.

Cuando abrió los ojos, el único recuerdo, los únicos restos de su conciencia anterior, fue la mano cuidadosa de Vito bajo su cabeza mientras la sujetaba y la visión de Aaron, que la contemplaba con aquella devoción canina tan suya. Casi le había parecido ver una cola gigante en movimiento detrás del chico. Parecían buenas personas, aunque una parte muy pequeña y muy cruel de sí misma, un eco perpetuo de su madre, se preguntó, durante una milésima de segundo, si parte de esa gentileza se debía a su condición de adolescente del sexo femenino. Estos y otros pensamientos atravesaron su cabeza a velocidades intermitentes mientras se incorporaba: la antipatía que sentía por Ismael; su vergüenza ante el comentario fuera de lugar de Sammy; su terror ante la idea opresiva de que estaba haciendo algo malo, algo fuera de la ley, algo que no hacían las señoritas que deberían estar en casa repasando sus ejercicios de álgebra. Negó con la cabeza, como si intentase librarla de toda aquella maraña de emociones confusas, y reconoció un pensamiento brillante, intenso, que fulguraba debajo de aquella bola de polvo y duda.

Crecía hasta hacerse más y más grande y tomar la forma muy reconocible de una chica joven y hermosa, pálida, con la cintura de muñeca y las manos pequeñas, con pelo negro como cerrar los ojos y un colgante plateado de mariposa. Anna tomó aire y examinó su entorno.

Estaba en un salón. No era suyo, y tampoco era de su época. Todo en la habitación respiraba antigüedad. Todo estaba limpio y ordenado, pero tenía un aire retrospectivo que no se podía ignorar. Estaba sentada en el suelo, sobre una alfombra de colores oscuros, con dibujos geométricos que se intercalaban con arabescos y volutas hasta crear un atractivo diseño que le era vagamente familiar. Se apoyaba contra el bajo de un sillón enorme y mullido, con pequeños botones dorados en el respaldo que fruncían la tela aterciopelada de su tapizado. Frente a ella, se levantaba una reluciente mesa baja y alargada de madera oscura. Anna nunca había visto una habitación como aquella, pero había encontrado alguna estancia parecida en las revistas de interiorismo que compraba su madre: paletas digitales repletas de imágenes de otros tiempos, de imitaciones de siglos pasados. De aquellas inspiraciones surgían horribles muebles de contrachapado, metal pintado y vidrio teñido que pretendían emular la gloria de los objetos de antaño.

Árboles. Anna tampoco veía muchos, solo algún que otro arbusto con manicura que decoraba las zonas públicas de las torres, o los enclenques supervivientes que se repartían por el exterior de la ciudad. Pero estos eran diferentes: ramas largas y frondosas que chocaban contra la ventana de la estancia cada vez que soplaba el viento. Analizó su entorno con la paciencia que solo dan los sueños: parecía que se hubiera trasladado a un mundo anterior, a un mundo preguerra. A su derecha se elevaban estanterías altas, repletas a rebosar de libros. ¡Libros, de papel de verdad! Su madre tenía un par que había conseguido salvaguardar de la biblioteca de sus abuelos y que ahora reposaban en cajas de seguridad que Anna casi nunca había visto abrirse.

–Aaaannaaa.

Salió de golpe de su ensimismamiento y se preguntó si había oído bien. Le había parecido que la llamaban, que una voz melódica, suave, pronunciaba su nombre. Enseguida, otro ruido llamó su atención. La pared crujía. Era un crujido angustioso, de algo que se parte y amenaza con crear destrozo. La pared a su derecha se movió un par de centímetros hacia ella. Le pareció ver, justo detrás de las estanterías, que se habían tambaleado ligeramente, una pequeña sombra, como un recuerdo de algo que había estado allí, algo que se había escapado por el contorno de su mirada.

Antes de que tuviera oportunidad de empezar a ponerse de verdad nerviosa, escuchó de nuevo aquella voz dulce, musical.

–Aaaaannaaa. Te estoy esperaaando.

Parecía cantarle. Y parecía una canción hecha solo para ella, una gran caja de regalo con lazo llena de promesas e ilusiones. La voz le resultaba conocida y le irritaba no dar con su fuente en el anárquico desván de su memoria. Escuchó de nuevo un pequeño crujido, ya no de la pared, sino de uno de los estantes, que parecía arrastrarse otra vez, tomar nuevo impulso. Pero apenas le dedicó atención. La voz la había hechizado.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta de aquel salón perdido en el tiempo. Al apoyar una mano en el pomo de esta, le pareció ver, una vez más, algo que se escabullía por los rincones de su vista, algo que se escurría casi de entre sus dedos para ocultarse en un abrir y cerrar de ojos detrás de una estatua de porcelana gigante con la forma de un perro dálmata. De nuevo, cuando estaba a punto de girarse, de empezar a buscar, de empezar a pensar, la voz la distrajo:

–Aaannaaa, ¿por qué tardas tanto, Anna?

Frente a ella se extendía un pasillo corto y estrecho que culminaba en una escalera empinada, de peldaños altos y angostos. Dos paredes apretadas rodeaban y daban forma a la subida, que desde abajo parecía finalizar en un punto oscuro, invisible. Anna miró a su alrededor y vio una pequeña mesita junto a ella, con un joyero azul forrado de imágenes de bailarinas. Lo tomó entre sus manos y lo abrió. De él asomó una pequeña figura luminosa.

–¡Buenos días, buenos días! –Aquella pequeña hada espectral canturreaba con voz de cascabel–. Soy el asistente de sueño 37Ga. Puedes llamarme Campanilla. –Campanilla dio una pequeña voltereta hacia atrás con suma agilidad. Al caer de nuevo sobre sus pies, hizo una pequeña reverencia y desplegó un par de alas translúcidas. Tu contraseña es… –Dudó durante unos instantes– tu contraseña es giron… no… tu contraseña es liláce… ¡no! Tu contraseña es mandrágora. –Se rió, contenta por haber dado al fin con la palabra adecuada.

Anna parpadeó, sorprendida. Había oído hablar de los asistentes de sueño, programas añejos que ayudaban al soñador cuando tenía que enfrentarse a diseños desconocidos, a sueños sin finalizar, o que se utilizaban como elementos de ayuda en sueños experimentales. Lo usaban sobre todo artesanos y programadores en los primeros tiempos de la revolución onírica; recordaba que su madre le había hablado de algunos

que había probado el Departamento de Descanso y Bienestar con sueños en fase beta. Hacía años que no se recurría a ellos. Tal vez pertenecía a la propia programación de ese lugar, un participante obsoleto dentro de un entorno obsoleto. ¿Cuántos años tendría esa casa?

Campanilla se elevó en el aire, resplandeciente, y voló zumbando a su alrededor, como un insecto molesto. Al fin pareció tranquilizarse y se aposentó sobre el hombro de Anna. Esta no terminaba de decidir si le molestaba la presencia del hada onírica o no, pero su luz era útil para moverse con mayor seguridad por aquella escalera tétrica. Comenzó a subir con cuidado. Iba descalza, y tenía que avanzar con los ojos bien abiertos; los peldaños estaban llenos de un polvo asqueroso que se pegaba a la planta de sus pies, además de pequeños restos oxidados: tornillos, clavos y alguna que otra ruedecilla que procuraba evitar. Le preocupaba cortarse; dudaba de que aquella casa prehistórica tuviera botiquines a mano, y su consola no aparecía por ningún lado; debía de estar en su abrigo, y no veía su abrigo por ninguna parte. Tenía el vago recuerdo de que se lo había prestado a alguien y todavía no se lo habían devuelto. ¿Se lo había dejado a alguien para dormir? Eso no tenía ningún sentido, pero fue lo único que pudo proporcionarle su mente aturdida. De nuevo escuchó aquella voz musical, apremiante:

–Anna, Anna, ¿dónde estás?

Comenzó a ascender a mayor velocidad, mientras el asistente de sueño daba saltos en su hombro. Al cabo de unos segundos se dio cuenta de que le hablaba al oído:

–Casa no es de ahora… ¿o es ahora? ¿Cuándo es ahora? Las paredes hablan y se encogen… este no es mi lugar… este es mi lugar, pero ahora…

Era evidente que el programa estaba corrompido. Si era un asistente de sueño como aseguraba, no entendía muy bien qué hacía allí. ¿No tendría ella que estar dormida para verlo? Una súbita idea se abrió camino en su mente, una idea que lo desvelaba y explicaba todo, pero desapareció con la misma rapidez con la que había llegado. Por lo menos aquel duendecillo insólito la ayudaba a ver por dónde pisaba. Anna se envalentonó y aceleró de nuevo la marcha. Aquella escalera parecía no acabar nunca, se perdía en un horizonte negro, esférico, de tinieblas. Pero allí, allí estaba la voz. Allí estaban las respuestas.

Alcanzó el final. Le habían parecido horas de ascenso, pero eso era imposible. Anna se volvió y miró hacia abajo. No era más que una escalera corriente, corta; desde donde

estaba podía ver su inicio sin problemas. Se detuvo, extrañada. Se sentó en el último escalón. El asistente seguía canturreando sinsentidos en su oreja.

«La escalera era más larga al subir. Estaba oscuro. Ya no está oscuro. Esta casa es vieja, hay un programa corrupto de asistencia…» La revelación le llegó de golpe. ¡Un sueño! ¡No era la realidad, era un sueño! Recordó qué hacía allí, todo lo que había ocurrido hasta el momento en que había activado la diadema y se había encontrado en aquel salón bizarro, rodeada de paredes que crujían. Le llegó el alivio del que encuentra, por fin, una palabra que había tenido todo el tiempo en la punta de la lengua. Tomó aire y procuró tranquilizarse. ¿Qué debía hacer? ¡Debía encontrar a la chica morena, debía encontrar a Ismael! Y entonces regresó la voz, aquella que la llamaba por su nombre, y supo que había encontrado a la primera:

–Aaaannaaaa.

Emocionada, se puso en pie con rapidez, casi de un salto, y corrió hacia ella. Solo había una puerta, un solo lugar donde podía estar esperándola. La puerta era alta, tan estrecha como el pasillo, tan estrecha como aquella escalera asfixiante, cubierta por un techo que apenas la superaba en altura. El hada luminiscente volaba a su lado y hacía piruetas sobre su hombro.

–Error 25HHJJ78Kb, error 25HHJJ78Kb, error 25HHJJ78Kb, error 25HHJJ78Kb…

–¡Cállate! –le gritó Anna, enfurecida. Estaba tan cerca, ya tan próxima. Su mano cayó sobre el picaporte de latón con fuerza. La puerta era azul, un azul oscuro, casi añil. No era de madera, sino de metacrilato trasluciente–. ¡Estoy aquí! –dijo, en cuanto abrió, con un solo y potente impulso, la puerta semitransparente. Bajó la voz, se dio cuenta de que había estado gritando. Casi en un susurro, repitió–: Estoy aquí.

Lo que vio frente a ella le cortó la respiración. La habitación era un cuarto de baño, decorado con tonos tan azules como la puerta. El suelo, de baldosas resbaladizas y brillantes, era de un azul marino perfecto y limpio; las paredes, algo más opacas, estaban cubiertas de azulejos de un celeste clarísimo, pastel, casi blanco. Era un cuarto de baño enorme, pero no había más muebles, objetos ni fontanería que una bañera ciclópea con forma de cisne de porcelana. En el centro de la bañera, sumergida casi por completo en un montón de burbujas rosáceas, ligeras como el aire, estaba ella. La chica morena.

Miraba hacia la puerta con expresión feliz. Del agua solo asomaban su esbelto cuello, su cabeza goteante y dos manos que sostenían un patito de goma amarillo.

–Por fin has venido. –En su rostro apareció una sonrisa enorme, blanca, casi infantil.

Anna no supo qué decir. Se dio cuenta de que tenía la boca completamente abierta, y la cerró de súbito, avergonzada. ¿A qué le tenía tanto miedo? ¿Por qué le ardían las mejillas como si les hubieran prendido fuego? Detrás de ella, el asistente continuaba con sus balbuceos sin lógica.

–Bienvenida a mi sueño, Anna –dijo la joven–. He estado esperándote.

Comenzó a incorporarse dentro de la imponente tina de color crema. La espuma rosada se movía con ella y se deslizaba por su cuerpo conforme se levantaba. Anna pudo comprobar, con una exuberante mezcla de horror, fascinación y aturdimiento, que estaba desnuda por completo. No había visto muchos cuerpos desnudos aparte del suyo, por lo menos no en la vida real; tanto los sueños como los programas de educación sexual se habían ocupado de ofrecerle unas cuantas imágenes interesantes, pero nada podía prepararla para aquello. Intentó mirar a la joven al rostro, pero no pudo evitar desviar los ojos durante una décima parte de segundo; actuaban solos, sin intervención de su voluntad. Cuando pudo, con apenas una sola ráfaga incompleta, ver el oscuro vello púbico de la chica, se sintió como en lo alto de aquel trampolín, el más alto de todos, aquel desde el que nunca se había atrevido a tirarse en la piscina. La sensación de vértigo era sobrecogedora. Tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para conseguir articular palabra.

–¿Quién eres? ¿Por qué estabas en mi sueño?

La joven tenía los brazos cruzados sobre su pecho, en una postura que Anna no sabía si era de modestia o de simple comodidad, pero que agradecía. Bastante tenía con que sus ojos no se perdieran por otros lugares. Su actitud para con otros cuerpos femeninos solía ser comparativa: ¿tenían más o menos vello, más o menos claro? ¿Tenían el pecho más grande, más redondo, más pequeño? ¿Tenían el ombligo hacia dentro o hacia fuera, piernas anchas o delgadas? Pero aquello no tenía nada de analítico; era un pánico inexplicable a mirar hacia abajo, a volver a descubrir de refilón aquel secreto ajeno. Seguía notando el calor incandescente de sus mejillas. Sabía que estaría roja, encendida, y eso no hacía más que empeorarlo.

La joven abrió de nuevo su boca pequeña, aquellos labios encarnados. Estaban pintados de un rojo intenso, y las ojeras habían desaparecido de su rostro. Era como una versión idealizada de la misma chica a la que había visto tendida en una cabina. «Todos nos vemos más guapos en sueños», se dijo Anna.

–Me llamo Lydia, o eso creo. Llevo aquí mucho, mucho tiempo. Pero creo que mi nombre era Lydia, sí. Y tú eres Anna. –Sonrió de nuevo con los ojos muy abiertos, con pupilas dilatadas donde uno podría ahogarse–. Preciosa, dulce Anna, con su madre malvada y su vida aburrida. –Aunque las palabras parecían casi burlonas, la sonrisa sincera y los ojos brillantes de la joven las contradecían. Había algo de lástima en su voz. Anna reunió coraje de nuevo y habló:

–¿Qué es este lugar? ¿Por qué estás aquí?

La sonrisa desapareció y se convirtió en una mueca de pena, de tristeza.

–Esto es una granja, Anna. Aquí cosechan nuestros sueños. Nos encierran en nuestras propias cabezas, nos atan a las camas durante años, solo para que vosotros podáis soñar las cosas más bonitas, las imágenes más maravillosas, los días más espléndidos.

No supo qué contestar. Las preguntas se agolpaban en su mente. ¿Granja? ¿Sueños para los demás? No tenía sentido. ¿Acaso los sueños no eran programas creados por personas como los empleados del Departamento de Descanso y Bienestar, o incluso los ilegales como el padre de Ismael?

La chica dejó caer la cabeza hacia un lado, con un mohín que podría haber sido de coquetería. Abrió los brazos y consiguió perturbarla más si cabía: su pecho generoso, curvo y dominante se movía con cada uno de sus gestos.

–Necesito tu ayuda.

Anna asintió. Al fin y al cabo, era para lo que había venido.

A LA SOMBRA DEL MONSTRUO

Ismael retrocedió, espantado por el alarido de la joven pálida. Soltó la espada por miedo a que se sintiera amenazada. Pero, antes de tocar el suelo del patio, el arma se convirtió en humo, se deshizo en jirones turbios, en zarcillos de aire pintado de negro. Un instante después, la muchacha se incorporó en el féretro de cristal a una velocidad de vértigo, sin parar de gritar. Era un grito en un único tono, sostenido, eterno. La chica atravesó a Ismael con la mirada, pero no parecía verlo. Su boca era un agujero negro, un abismo que derrumbaba a voces todo el entramado del sueño. Ismael se tambaleó; el suelo, hasta el momento sólido y real, temblaba de forma tan violenta que tuvo que hacer equilibrios para no caer. La armadura que vestía se deshizo también, y se encontró metido de lleno en una nube de humo negro y denso. Salió de aquella negrura con un paso al frente; a su espalda quedó la silueta de la armadura, todavía distinguible en el aire. Por suerte para su orgullo estaba vestido. No era solo la armadura y la espada lo que se había vuelto humo, todo el escenario que los rodeaba comenzaba a deshilacharse, como si estuvieran prendiéndole fuego a nivel molecular.

La chica morena dejó de gritar.

Lo hizo de pronto, de manera fulminante, como si alguien acabara de pulsar el interruptor que ponía fin a su alarido. La joven era una recreación perfecta de la que había irrumpido dos veces en su cabeza. El colgante era idéntico, la misma mariposa de plata, hasta la ropa que llevaba era la misma de aquellas dos visitas. La contempló sin aliento, pendiente de todos sus gestos, de cada una de sus reacciones. La miraba como si pudiera desaparecer de pronto, como si fuera algo efímero, temporal, una anomalía en el tejido onírico a punto de desvanecerse. Como refrendo a esa sensación, el mundo que los rodeaba continuaba con su lento deshacerse. Los caballitos azules habían desaparecido.

La fortaleza, hasta unos minutos antes maciza y real, pasaba del estado sólido al gaseoso, sus muros se destejían para ascender, en lentas espirales, hacia un cielo del que también se iban desprendiendo grandes fragmentos de humo. La soñadora volvió a mirarlo, aunque, por su gesto de sorpresa, Ismael dedujo que esa segunda mirada era en realidad la primera. Hasta ese momento no había reparado en realidad en su presencia allí. Inclinó la cabeza para inspeccionarlo de soslayo, con los ojos entornados, suspicaz, como si quisiera comprobar que él no fuera a desintegrarse también. Sus labios, perfectos, primorosos, se entreabrieron un momento, pero no llegó a hablar. Negó con la cabeza, resopló y, acto seguido, dijo, alto y claro:

–Mierda.

–¿Mierda? –Desde luego, aquella no era la primera palabra que esperaba oírle decir.

–Mierda –repitió–. Mierda y mil veces mierda. –Se llevó ambas manos a la frente e hizo una mueca de dolor al tiempo que se encogía dentro del féretro–. Arghs. Tengo a alguien dentro de la cabeza dando martillazos. Y debe de odiarme mucho por los golpes que da. –Hizo una mueca–. Mierda –insistió mientras maniobraba con cierta premura para salir del ataúd. Este empezaba también a volatilizarse, sus esquinas se iban desenredando en largas tiras de humo plateado. Ismael estaba demasiado aturdido como para hacer ademán de ayudarla. Se limitó a ver como salía, apabullado por su presencia, por su forma de moverse–. Mierda, mierda, mierda y más mierda. –La chica se frotó los brazos, como si quisiera reavivar la circulación y a continuación saltó sobre una pierna y después sobre la otra–. Eres real, ¿verdad? –le preguntó–. Eres de verdad.

–Sí, soy de verdad –alcanzó a decir, con la voz medio trabada–. Y he venido a rescatarte. –Se sintió ridículo tras semejante frase. Agradeció, de hecho, que la aparatosa armadura y la espada hubieran desaparecido. Aquel aspecto de héroe novelesco no casaba con él.

–¿A rescatarme? –Parecía sorprendida–. Pues lo siento, pero llegas tarde. Hace meses que el monstruo me atrapó. O semanas o años, no lo sé. Aquí el tiempo se vuelve un poco loco, ¿sabes?

Ismael a duras penas consiguió asentir. Lo sabía muy bien. El tiempo del sueño en raras ocasiones coincidía con el tiempo real, era habitual que hubiera mucha discrepancia entre uno y otro. Intentó decírselo, pero no lo consiguió; la lengua se le enredó en la boca y antes de ponerse a balbucear como un idiota prefirió guardar silencio. Aquella muchacha lo aturdía. Su presencia lo maravillaba, de igual modo que lo había hecho

cuando visitó sus sueños. Pero ahora era real, no un mero constructo, no un mensaje de auxilio en una botella. Todas las fantasías que había construido en torno a ella, todas las ensoñaciones, acababan de condensarse en la presencia que tenía delante.

–¿Qué está ocurriendo? –quiso saber.

–Dame un momento, por favor –le pidió ella–. Necesito pensar, necesito centrarme. Necesito que el tipo del martillo deje de dar golpes. –Comenzó a masajearse las sienes con auténtica furia. Estuvo un largo minuto así–. A rescatarme, dices que has venido a rescatarme. Pero ya es demasiado tarde. El monstruo me atrapó y me durmió dentro de mi propio sueño. ¿Por qué? ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué no me mató? ¿Por qué no destruyó mi mente y se hizo un nido en mi cabeza? No lo entiendo. Me tenía a su merced. –Lo miró con evidente suspicacia–. ¿Y a ti qué te ha hecho venir? ¿Por qué has venido por mí?

Ismael respiró hondo.

–Tú me lo pediste.

–¿Yo?

–Entraste en mis sueños –explicó–. Lo hiciste dos veces, la primera dentro de una nube, la segunda envuelta en mariposas. En los dos me pediste que te salvara. Me hablaste del monstruo. Dijiste que te perseguía y que acabaría contigo si te encontraba. Me pediste ayuda y por eso estoy aquí. He venido a salvarte, y no he venido solo. Tengo amigos fuera del sueño. Y una aerofurgo escondida cerca del edificio. Pero para sacarte de aquí necesitamos que despiertes, ¿comprendes? Necesitamos que salgas del sueño. Y necesitamos que lo hagas cuanto antes.

Ella le hizo un gesto para que se callara. Continuaba pensativa.

–Dices que yo te pedí que me salvaras…

–Sí, así es –le confirmó él con premura. ¿Acaso solo había escuchado su primera frase? No sabía cuánto tiempo había transcurrido al otro lado del sueño. Podía haber sido un segundo como bien podía haber pasado una hora–. No solo me lo pediste a mí. Los que están ahí fuera también han soñado contigo. Todos hemos venido a salvarte. Y pueden descubrirnos en cualquier momento.

Una ráfaga de comprensión destelló en el rostro de la joven. Y la comprensión, sin solución de continuidad, dio paso al miedo. Se llevó una mano al pecho, como si algo la asfixiara. Respiró hondo y se acercó a él.

–Escúchame bien. –Bajó la voz, como si temiera que alguien pudiera estar espiándolos. Intentaba conducirse con calma, pero era obvio que estaba al borde de un ataque de pánico–. Es cierto que pedí ayuda. Pero fue hace mucho tiempo. Y no fue a vosotros. Pedí auxilio a mis compañeros, a los que duermen junto a mí en este sitio. Apenas los conozco, pero sé que están ahí… Los siento. Los he sentido desde que me conectaron a esa máquina del demonio. Las fronteras de mi sueño se entremezclan con las suyas. Cuando sentí que el monstruo penetraba en mi cabeza me entró el pánico. Les supliqué que me ayudaran. Pero ni ellos vinieron ni yo pude escapar. Nuestros sueños son contiguos, pero no podemos pasar de unos a otros. No pudieron ayudarme. Ni siquiera sé si me oyeron gritar cuando el monstruo me atrapó. –Se estremeció al recordarlo.

El suelo tembló de nuevo. Ambos, la soñadora y el artesano, miraron a su alrededor, inquietos. Las cosas no estaban saliendo como había esperado. Había una sombra con ellos, una sombra enorme, que se extendía a cada segundo que pasaba. El muchacho cada vez tenía más miedo. Miedo por lo que podía pasar en aquel sueño, miedo por lo que podía estar a punto de ocurrir al otro lado.

«Si nos descubren, nos matarán», pensó. «No van a dejarnos salir vivos después de lo que hemos visto».

–Tenemos que despertar –insistió–. Tienes que acabar con esto. ¿Puedes hacerlo?

–No lo entiendes. Estamos dentro de mi cabeza, pero no estamos dentro de mi sueño. Mis sueños no me pertenecen. El monstruo me los robó. Se hizo con ellos, los envolvió en un trapito y se los metió en un carrillo. ¿Por qué crees que acaba de deshacerse este espejismo? ¿Por qué crees que el castillo y el patio y el ataúd y el mundo que nos rodea se están volviendo humo? Porque ya no los necesita. Ha cumplido su cometido. Atraerte hasta aquí. ¿No te das cuenta? ¡Os ha tendido una trampa!

Ismael la contempló, asombrado. ¿Una trampa? ¿Qué estaba diciendo? Un repentino zumbido lo hizo mirar hacia la derecha; entre los zarcillos de humo que unos minutos antes eran la mampostería del patio llegaba lo que en un principio tomó por dos insectos. Eran dos chispazos de luz amarillenta, dos engendros procedentes de la prehistoria de la revolución onírica. Asistentes de sueño, se llamaban. Su padre le había hablado de ellos, pero llevaban más de una década en desuso. ¿Qué hacían allí?

–Emer… –zumbaba uno de ellos. Su vuelo era errático, zigzagueante, le costaba mantenerse en el aire–. Sobre… gencia… lojen… encia… Hablemos usted y yo sobre

los beneficios de laaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa. ¡Trabajemos juntos! Hay un mundo de posibilidades dentro de su cabeza. Déjeme… Déjeme… Déjeme… Déjeme clic clic clic. –La voz cambió de pronto, dejó de parecer modulada por un sintetizador averiado para hacerse terriblemente humana–. Esto no es lo que parece, ¿de acuerdo? Nada de lo que sienta o perciba es real. Es una simulación onírica de alto gramaje. Bienvenido al futuro. Bien…

El asistente revoloteó alrededor de la muchacha. Volaba a bandazos, sin fuerzas, hasta el extremo de que, tras un rápido parpadeo, cayó en picado. La joven lo atrapó entre las palmas de las manos. Se lo mostró a Ismael: una diminuta luciérnaga metálica que agonizaba entre chispazos y delirios.

–Constantinopla. Clave de emergencia no válida. Clave de salida no válida. Parámetros no válidos. Error no váshjhjjjjjjjjjjjjjjjjjjjjjjjjjjj… –dijo mientras se apagaba.

La joven se quedó unos segundos mirando al asistente muerto, con expresión compungida. La muerte de aquella cosa parecía haberla afectado de un modo profundo.

–En sueños hasta lo que no puede morir muere –dijo–. Si tuviera fuerzas lo resucitaría, ¿sabes? Lo haría hermoso, le regalaría unas alas grandes como soles y le haría bailar la danza de las estrellas y las lunas. Pero el monstruo me arrebató mis sueños. Todo lo que soy. Todo lo que seré. Pero quiere más. Necesita más. Es tan ambicioso como cruel. Por eso tomó los mensajes de socorro que intenté mandar a los otros soñadores de la granja, los manipuló y los lanzó al mar de sueños.

–¿El mar de sueños? –Ismael dudó un instante, confundido por la terminología–. ¿Te refieres a la nube?

–Nube, mar. ¿Qué importa? Son solo palabras. Distintos nombres para una misma cosa. Sabes a lo que me refiero, al reino de lo que no es, a ese océano milagroso que la humanidad lleva navegando desde hace años. En granjas como esta damos forma a los sueños que lo nutren y que luego soñáis vosotros. Dormimos para siempre para que vosotros no tengáis que hacerlo.

–Te equivocas –dijo él, sin ningún atisbo de seguridad–. Los sueños de la nube los programan los técnicos del Departamento de Descanso y Bienestar. Ellos los escriben y codifican antes de integrarlos en la red onírica.

–¿Y te lo crees? Hasta aquí, hasta en este lugar horrible, llega el bramido de ese mar. Hasta aquí, en los márgenes del mundo, oímos cómo rompen sus olas contra los arrecifes de nuestro sueño. ¿Eres consciente del tamaño de eso que llamas nube? ¿De su

complejidad? ¿De verdad crees que se puede programar algo así? No. Es imposible. Los técnicos de los que hablas no programan nada, simplemente etiquetan y catalogan los sueños que extraen de nosotros antes de integrarlos en tu nube.

Ismael guardó silencio. Tenía sentido. Tenía demasiado sentido. Él mismo sabía lo trabajoso que era construir un sueño, y cómo la dificultad aumentaba de forma exponencial cuanto más complicado fuera este. Siempre había admirado la capacidad de los técnicos de Descanso y Bienestar para programar aquella nube salvaje e interactiva, con tantas posibilidades, nodos y variantes. Y ahora comprendía que no había nada que admirar. Los sueños no se programaban, los sueños de la red onírica se cultivaban en aquella granja.

–Santo cielo… –murmuró. Estaba sobrecogido. ¿Cuántas granjas como aquella operaban en todo el mundo? ¿A cuánta gente tenían conectada a esas espantosas máquinas?–. ¿Cómo has terminado aquí? –le preguntó.

–No hay tiempo para eso. Escucha. Escúchame. Cuando el monstruo me perseguía conseguí captar fragmentos de su pensamiento. Quiere escapar. Está loco y quiere escapar. Este mundo se le hace pequeño. Está encerrado aquí, con nosotros. Lo mantienen prisionero. Pero quiere liberarse. Quiere hacer daño. Quiere acceder a mi mar, quiere entrar en tu nube y arrasar con todo lo que encuentre allí. Es un tiburón que lleva años encerrado en una pecera mientras al otro lado del cristal contempla el océano. Retorció mi petición de socorro y la ocultó dentro de sueños inofensivos, sueños que pasarían desapercibidos para esos técnicos de los que hablas. –Una nube, una mariposa, fragmentos pequeños de escenario que llevaban un mensaje secreto escondido dentro–. Solo que no era una llamada de auxilio, era una trampa. Era un cebo, ¿lo entiendes?

–Pero ¿qué quiere de nosotros?

–¡Quiere que lo liberéis! ¡Eso quiere!

–¿Y cómo se supone que vamos a hacerlo? No lo comprendo. ¿Cuál es su plan?

Ella le hizo de nuevo un gesto para que guardara silencio. Alzó después a medias la cabeza, como quien intenta escuchar un sonido en el viento o captar un olor tenue.

–Tus amigos también están en este sueño –anunció–. Al menos uno de ellos.

–Es imposible. Los dejé fuera. Y no tienen conocimientos para conectarse a tu cabina. –Pero ¿era eso cierto? Sammy parecía bastante hábil en lo que a tecnología se refería. Y Vito también. Además, ese pequeñajo paranoico no le había quitado la vista de encima mientras se preparaba para entrar en sueño compartido. Y tenían las cabinas adyacentes a

la de la propia soñadora. Ambas estaban vacías y solo se necesitaban unos mínimos conocimientos para cablearlas unas con otras.

–Siento una presencia –dijo la chica morena. Escrutó el horizonte de hilachas de humo negro. El castillo apenas era reconocible ya, parecía una nube de tormenta embarrancada en tierra–. Una presencia ajena hunde sus pies en el sueño. Huele a agua de rosas y a deseo.

–Anna –masculló él. Se tragó un grito de pura frustración, de pura rabia. ¡Todo estaba saliendo mal!

El asistente onírico superviviente daba vueltas alrededor de la soñadora, como si fuera un satélite atrapado en su órbita. Tras un rato de silencio, comenzó a parlotear de nuevo, cada vez más rápido:

–La canción equivocada, la habitación repleta, la sonata silenciosa. El número de huevos en la cesta no es el correcto, hay demasiados zapatos en el zapatero. Les rogamos encarecidamente que abandonen el nido con la mayor premura posible. Hay gorritos salvavidas dentro de los canguros de emergencia, descórchenlos siguiendo las instrucciones del dodo con el paraguas, está aquí para ayudarlos.

–¡Mira! –La muchacha señaló hacia el norte de aquel erial de humo deslavazado.

Allí, a lo lejos, sobre una loma de neblina, se elevaba un enorme caserón, una construcción que antes no estaba ahí o que, tal vez, había permanecido oculta entre el humo negro. Era un edificio deformado por la geometría anómala del sueño, sus perspectivas eran mareantes, incorrectas. Sus ángulos no eran rectos, sino obtusos, las paredes se abombaban, y toda línea recta había sido desterrada de su estructura. Las ventanas eran grandiosas, lentes azuladas que parecían derretirse en las fachadas. Las escaleras de la entrada estaban torcidas, los peldaños eran desiguales, la chimenea que se agazapaba en el tejado cóncavo, de tejas desiguales, era más alta que las dos plantas juntas. Era una casa de película de terror, una casa de pesadilla. Y como si su aparición lo hubiera invocado, en lo alto del cielo despedazado se abrió paso un relámpago. Y luego otro.

–Tu amiga está allí, en la guarida del monstruo –señaló–. Va a su encuentro.

–No tiene sentido, ¿cómo espera esa cosa que la liberemos? –Repitió la pregunta mientras la miraba a los ojos–. ¿Cómo? –Una súbita inspiración le hizo bajar la mirada hacia el asistente de sueño muerto entre las manos de la soñadora–. El número de huevos

no es el correcto… Hay demasiados zapatos en el zapatero. ¡Es una alerta de sobrecarga! –comprendió Ismael–. ¡Tu monstruo está intentando sobrecargar el sueño!

Sobre sus cabezas los relámpagos se multiplicaron, aunque no se desvanecían, se quedaban clavados en el cielo como lo que eran: grietas en la estructura onírica. Los espejismos se desmoronaban.

–Hay cuatro mentes aquí ahora –dijo la soñadora mientras asentía con la cabeza. Se había acercado tanto a él que podía oler su perfume, su olor a frambuesa y nata–. La suya, la de tu amiga, la tuya y la mía. Son demasiadas conciencias con las que trabajar. Todas despiertas, todas lúcidas. –Lo miró con urgencia–. Tienes que despertar. Tienes que sacar a tu gente de aquí antes de que sea tarde. Si el monstruo accede a la nube… No quiero ni pensar lo que puede suceder si eso pasa. No quiero ni imaginar el daño que puede causar.

Ismael dudó. No quería irse sin ella. Pero el equilibrio del sueño era precario, como evidenciaba el humo negro, los temblores de tierra y las grietas de luz que iban tomando los cielos. El muchacho se preguntó cuánta gente estaría conectada a la nube en aquellos momentos. Cientos de miles, probablemente. Miró otra vez hacia la casona monstruosa sobre la colina. Las ventanas líquidas se habían movido hasta configurar una mirada malévola fija en ellos; la puerta de entrada se había convertido en una boca grotesca.

–Sacaré a Anna del sueño y regresaré por ti –anunció. La tensión de aquel sueño vuelto pesadilla se hacía cada vez más y más palpable, más y más evidente. Cerró los ojos e intentó visualizar la salida. Pero no había nada. No encontró puerta de escape por donde huir de aquella trampa. Notó una presencia extraña enredada en la diadema, unos tentáculos de humo que le impedían llegar a los relés de seguridad. ¿Era el monstruo? Se forzó a despertar, pero lo único que consiguió fue oír un chirrido penetrante, casi una risotada, que voló de un hemisferio de su cerebro a otro como un murciélago en una caverna.

–Sigues aquí –dijo la soñadora–. No te vas. Te veo. Puedo verte. Sigues aquí.

–No me deja salir –dijo él–. Está interfiriendo de alguna forma en mi diadema.

–Las garras del monstruo –le advirtió–. Va a ganar. No hay nada que podamos hacer para evitarlo. Se liberará y se dará un banquete con todos los que sueñan. Devorará sus mentes como intentó devorar la mía.

Ismael apretó los dientes, rabioso. ¿Cómo se había dejado engañar de tal manera? Tuvo un fugaz atisbo del anciano al que le había vendido el sueño de la playa, asfixiando

a su mujer con la almohada. Y un instante después se vio a sí mismo ahogando a su madre con ella.

–¡Anna! –gritó, furioso con aquella muchacha por haber caído en la misma trampa en la que había caído él–. ¡Tenemos que despertar! ¿Me oyes? ¡Tenemos que salir de aquí antes de que el sueño se derrumbe! –Echó a correr hacia la casona. Fuera lo que fuese lo que estaba por suceder iba a comenzar allí, si es que no había empezado ya. Quizá pudieran impedirlo si lograba llegar a tiempo. Era una esperanza vana, pero era lo único a lo que podía aferrarse en ese momento. La soñadora no tardó en unirse a su carrera.

El miedo que sentía se convirtió en verdadero pánico. Casi escuchaba el latido acelerado de su corazón. Las alarmas de la diadema onírica estaban sonando, tenía su pitido incesante metido en la cabeza, pero la secuencia de emergencia no lograba completarse y sacarlo del sueño. La garra invisible del monstruo se mantenía firme, implacable, alrededor de su cuello. Corrían por las montañas de humo, envueltos en niebla inquieta, pero aquella maldita casa estaba siempre a la misma distancia. Era tan absurdo correr hacia ella como intentar atrapar horizontes o alcanzar arcoíris.

De pronto, los dos muchachos oyeron voces distantes. Ismael las reconoció al momento.

–Claro que quiero ayudarte –decía Anna–. Para eso mismo he venido. Solo dime qué tengo que hacer.

–Tienes que ayudarme a despertar. –Esa era la voz de la soñadora, pero al mismo tiempo no lo era–. El monstruo está distraído ahora, pero puede regresar en cualquier momento. Tenemos que despertar antes de que lo haga o ambas estaremos perdidas. Y para conseguirlo necesito que sobrecargues el sueño, así se anularán los sistemas de emergencia que me mantienen dormida. Es muy sencillo. Te explicaré cómo hacerlo. No has venido sola, ¿verdad?

–¡No la escuches! –gritó Ismael, sabedor de que su voz no llegaría hasta Anna. El monstruo estaba riéndose de ellos, el monstruo sabía que no tenían ninguna oportunidad de detener lo que estaba a punto de ocurrir y se jactaba de ello al permitirles escuchar aquella conversación.

–Sí, Anna, chica insulsa, chica perdida, chica tonta, libérame –dijo entonces la criatura. Su voz había variado, había dejado de parecerse a la de la soñadora, ahora era una voz demente, cavernosa, una voz que encajaba a la perfección con la casa monstruosa y el escenario lúgubre que los rodeaba–. Y saldré de esta prisión de humo y

espanto y devoraré el mundo. –Ismael se preguntó qué estaría oyendo Anna; estaba claro que no eran las mismas palabras que ellos–. ¡Miradme! ¡Miradme! ¡Soy grandioso y temible! ¡Miradme! ¡Soy la respuesta a vuestras plegarias! ¡Soy el olvido! ¡Soy la extinción! ¡Soy el dios del sueño! ¡Corred todo lo que queráis! ¡No podréis detenerme!

Ismael se detuvo y gritó, frustrado.

–¡Es inútil! ¡No llegaremos nunca! –Apretó los puños con rabia. ¿Cómo se había dejado arrastrar a semejante locura?–. Tiene que haber algún modo de despertar, tiene que haber algún modo de salir de aquí. –Volvió la vista hacia ella. La soñadora lo miraba tan perdida como él. La respiración le falló al contemplarla. El monstruo no podía haber encontrado mejor cebo. Era preciosa. Era perfecta. Y de pronto se le ocurrió una idea tan disparatada que quizá funcionara. Respiró hondo–. No sé cómo te llamas –dijo–. Ni siquiera nos hemos presentado.

–Somos unos maleducados. –Le temblaba la voz, afectada también por lo que estaba ocurriendo. El desamparo y la fragilidad que transmitía lo dejó al borde de las lágrimas–. Bueno, sobre todo tú. ¿Qué es eso de meterte dentro de una chica mientras duerme? –Sonrió, y fue una sonrisa triste. Aquella broma cobraba una dimensión siniestra al recordar la conversación que había escuchado en los vestidores–. Me llamo Lydia. Si alguna vez tuve apellido lo olvidé.

–Yo soy Ismael. Y siento mucho todo lo que está pasando. Sospecho que mis amigos y yo hemos cometido un error tremendo al venir aquí. Pero puede que no sea tarde para arreglarlo. Creo que sé cómo despertar e intentar parar todo esto. Pero para conseguirlo tengo que pedirte algo que va a sonar muy raro. –Tomó aliento antes de continuar–: Necesito que me beses.

–Quieres que te bese. –No parecía demasiado sorprendida.

–Eso es. La primera vez que apareciste en mi sueño me besaste después de pedirme ayuda. Eso disparó las alarmas de mi diadema y me despertó.

–¿Tan nervioso te puse?

–Mucho. No sabía que estaba besando al monstruo.

–Me estabas besando a mí. El monstruo manipuló mi petición de auxilio, pero no creo que pudiera cambiar mi esencia. Era yo la que se metió en tu sueño. ¿Estás convencido de que un beso te despertará?

–No lo sé. Lo que quiera que esté haciendo esa cosa con mi diadema no impide que esta siga funcionando. Las alarmas están ahí, continúan suena que te suena. Las oigo.

Son como campanas en mi cabeza. Quiero que suenen más alto. Quiero que suenen tan alto que todos los protocolos de salida se activen a la vez.

Ella se acercó un paso a él, decidida. Era más baja que Ismael, pero su cercanía lo amilanaba. Le hacía sentirse pequeño. La miró a los ojos. Alcanzó a distinguirse reflejado en ellos, una presencia diminuta, un chico enamorado perdido en un mal sueño. El cielo comenzaba a abrirse, una gran grieta blanca mordía el escenario y trepaba por la cúpula de humo descompuesto. Sonó un trueno en la distancia, una carcajada. El mundo parecía a un instante de terminar. No podían esperar más. Sus labios se unieron. No fue un beso, fue un acto desesperado, las manos de los náufragos que se buscan en el agua mientras se acercan los tiburones, el abrazo último de dos cuerpos que ven llegar el final. Se besaron a los pies del apocalipsis, a la sombra del monstruo que ya gritaba su victoria a los cuatro vientos. Ismael cerró los ojos al mundo que lo rodeaba y se centró en los labios que lo besaban, cerró los ojos a la locura de aquel sueño pérfido.

Y los abrió en el mundo real, entre un revuelo de campanas. Se incorporó al momento, envuelto en ropas que caían al suelo. Todavía tenía el recuerdo de los labios que acababa de besar, sentía su toque eléctrico, su suavidad. Aquellos labios soñados eran más reales que todo lo que lo rodeaba.

–¡Qué susto me has dado, joder! –exclamó Sammy. Era el único presente allí. Estaba junto a la entrada, con la pistola en la mano. Por un segundo le apuntó con ella.

–¿Dónde están los demás? –preguntó Ismael mientras se incorporaba. No tardó en encontrarlos. Aaron y Vito, como había sospechado, estaban tumbados en las cabinas contiguas a la soñadora. Anna estaba en el suelo, sobre una cazadora, hecha un ovillo, con su diadema de emergencia en la cabeza. Los otros dos muchachos estaban conectados a las máquinas y estas, a su vez, conectadas por una maraña de cables al sueño de Lydia.

Había llegado tarde.

–¡Anna despertó hace unos minutos! –le explicó Sammy mientras se aproximaba hacia él. Un chaval pequeño y pelirrojo con un arma en la mano. ¿Había despertado o seguía soñando?–. ¡Se encontró en el sueño con vuestra tipeja adorada y esta le dijo cómo sacarla de ahí! Se han conectado todos a su sueño, van a sobrecargarlo para que salten todos los sistemas de emergencia y pueda despertar.

–No –dijo–. Nos han tendido una trampa, Sammy. No era la soñadora quien nos llamaba. Era el monstruo. Van a liberar al monstruo.

El pelirrojo parpadeó dos veces.

–Vale, si lo que intentas es acojonarme, vas por buen camino –dijo–. ¿Estamos ayudando al malo?

En ese preciso instante la luz de la sala se apagó. En la lejanía se oyó un sonido extraño, un chasquido de dedos, una fluctuación casi imperceptible que le puso los pelos de punta. Ismael no tuvo problemas en imaginarse que ese era el sonido de un tiburón al zambullirse en el océano.

INTERLUDIO:
EDGAR SALOMON

Aquel sándwich era, sin ningún género de duda, lo peor que había comido en siglos. Era como comer pura agonía esparcida en pan reseco. Edgar masticó todo lo rápido que pudo aquel bolo indigno y lo hizo bajar por su garganta con un trago de agua. Dejó caer el resto del bocadillo en el cajón que le hacía las veces de papelera y miró con atención a Isaac Calvero, experto en artesanía onírica y en el pasado, durante un breve espacio de tiempo, alguien a quien había llegado a considerar amigo. Cuando Isaac había dejado de colaborar con el Departamento de Seguridad, ninguno había hecho nada para mantener el contacto y su amistad había languidecido hasta morir por causas naturales.

Isaac había irrumpido en su despacho justo cuando almorzaba, aunque el verbo «irrumpir» no era el más correcto. Para irrumpir hacía falta una energía de la que Isaac carecía. La muerte de su mujer le había arrebatado toda la pasión, toda la fuerza, era un mero muñeco a la deriva; las bolsas bajo los ojos lo identificaban como un adicto al sueño. Pero ahora en la mirada de Isaac se intuía un brillo nuevo, un brillo del que había carecido en sus anteriores encuentros. ¿Era inquietud? ¿Nerviosismo? No podía precisarlo. Lo que resultaba evidente era que venía con el cartel de «malas noticias». Aquello iba a ser más difícil de tragar que aquel bocadillo infecto, sospechó. Y no podría deshacerse de él con la misma facilidad.

–No me va a gustar nada lo que vienes a contarme, ¿verdad?

–Verdad.

–¿Por qué no montáis los dos un club de poses trágicas? –gruñó Mejía, de pie ante la puerta del despacho de Edgar Salomon–. Sois una pareja de cenizos, ¿lo sabéis? Cada vez que estoy con vosotros mi esperanza de vida baja varios años.

–No jodas, Mejía. Ahora no. –Centró su atención en el experto onírico. En algún lugar de la ciudad sonó la sirena de una ambulancia en trayecto, un sonido lastimero, animal–. Asústame, ¿qué has descubierto?

–Es peste onírica, ya no me queda ninguna duda –anunció mientras tabaleaba sobre el marco del ordenador flexible que había dejado sobre el escritorio. La pantalla mostraba líneas y líneas de código, la trama informática que luego los nanonitos traducían y convertían en sueños–. Pero no solo eso. Es la misma peste onírica que tuvimos hace diez años. La misma.

–¿La misma? ¿Qué quieres decir? –Edgar se inclinó en su asiento. La pequeña estancia donde se encontraban era el vivo reflejo de su dueño, un espacio opresivo y deprimente, sin visos de posible mejora. Un cementerio de archivadores, polvo y periféricos anticuados.

Isaac respiró hondo antes de contestar:

–Una de dos: o Armind Zola ha regresado de entre los muertos para continuar su labor o le ha salido un imitador que tiene acceso a su biblioteca de sueños y a su instrumental, lo cual me resultaría tan sorprendente como la vuelta a la vida de Zola. –Salomon enarcó una ceja, suspicaz. El artesano dejó de tabalear en el borde del ordenador para hacerlo en la pantalla táctil; trasladó su atención a las largas listas de código que aparecían en el monitor–. Ayer descompilé la grabación onírica que rescatasteis de los nanonitos del funcionario muerto.

–El increíble bebé reptante sin cabeza –dijo Mejía desde la puerta.

–En efecto. Quería echar un vistazo de cerca al código que lo había generado. Como sospeché, contiene trazas no humanas. Están ahí, ocultas por toda la estructura. Aparecen de pronto en mitad de instrucciones inofensivas o al final de comandos de escenario. En total no suman ni un cinco por ciento de todo el código, pero es suficiente para ser letal. Eso es lo que mató a Jeremías. Y es lo que mató a treinta mil personas hace diez años. –Giró el ordenador para que Edgar pudiera leer los datos en pantalla, pero tanto daba; del derecho o del revés, aquello no era más que un galimatías sin sentido para él–. La cuestión es que muchas de esas líneas de código envenenado son exactamente las mismas de hace diez años. Exactamente las mismas. –Acompañó cada sílaba de su última frase con un golpe seco sobre el monitor, recalcando aquel dato–. Lo he cotejado con las lecturas obtenidas de las víctimas de Zola y en algunos casos son idénticas carácter a carácter.

–Eso no quiere decir nada, Isaac. Quizá alguien guardaba una muestra de material contaminado y lo ha puesto ahora en circulación. No resucites a los muertos todavía.

–Lo que quiera decir o no es cosa vuestra. Yo solo soy el amable civil al que no le queda más remedio que colaborar con vosotros. No sé de dónde ha salido. No sé de dónde procede. Pero, si me preguntas mi opinión, te diré que el artesano que ha fabricado ese sueño es el mismo que contaminó elementos de la nube hace diez años. Y no solo eso: el muy cabrón ha mejorado su veneno, ha usado los mismos ingredientes, pero ahora la fórmula es mucho más potente.

Justo entonces un sonido vibrante llegó desde la mesa. Procedía de la placa de Edgar Salomon, en aquellos momentos medio enterrada entre los folios reciclados que atestaban su escritorio. Edgar la contempló como si fuera un insecto repugnante que hubiera aparecido de pronto y por sorpresa. Del bolsillo del pantalón de Mejía llegaron los mismos compases insidiosos, la misma alarma perentoria. Ambos policías cruzaron una mirada de preocupación. Había distintos niveles de emergencia, todos con su correspondiente tono asignado. Y aquel correspondía al más alto. Hacía diez años que no oían ese sonido enervante. Tras la puerta se oyó el mismo chirriar insistente, la misma señal de alerta, repetida una y otra vez, con saña, con rabia. Edgar se levantó y en el mismo gesto cogió la placa. Mejía hizo ademán de sacársela del bolsillo, pero justo en ese instante alguien dio un grito más allá de la puerta y los tres miraron hacia allí, alarmados. Edgar Salomon fue consciente entonces de que las sirenas que se oían tras la diminuta ventana de su despacho se habían multiplicado también. Cada vez había más y más. Se superponían unas a otras en un pandemonio creciente. Una melodía insana interpretada por una flota de ambulancias, naves de emergencia y patrullas aéreas a la que ahora le hacían coros las alarmas del Departamento de Seguridad.

–¿Qué diablos está pasando? –lo preguntó en voz baja, como si tuviera miedo de averiguarlo.

Se oyó una rápida carrera al otro lado de la puerta. Mejía la abrió de golpe y en el umbral apareció Hernando Garrido, uno de los suboficiales de guardia. Era imposible saber si iba de camino a alguna parte o se dirigía a ese despacho en concreto.

–¡La nube onírica está bajo ataque! –exclamó. Su rostro reflejaba el mismo pasmo e incredulidad que sintieron ellos al escuchar la noticia–. ¡Los que estaban conectados a ella están cayendo como moscas! ¡Algo los está matando! ¡Los está matando a todos!

El estupor de los tres hombres fue mayúsculo. Las placas de los dos agentes continuaban con su alarma, incansables. La algarabía tanto en el exterior del edificio como dentro iba en aumento. ¿Muertos? ¿Todos los que estaban conectados a la red onírica, muertos? Era inconcebible, era imposible. Mejía salió del despacho, seguido de cerca por Isaac y Edgar. El hombre que les había dado la noticia había desaparecido ya, absorbido por el caos en el que se habían sumido los pasillos del departamento. Todo era agitación y gritos. A Edgar Salomon, el hombre que siempre estaba preparado para lo peor, le costaba creer lo que estaba ocurriendo. Su despacho quedaba cerca de una de las salas de reposo, una pequeña estancia con ocho divanes donde el personal del edificio se conectaba a la nube para tomar sus dosis de sueños y recuperar fuerzas. Ante su puerta se agolpaban varios agentes. Uno, un poco más alejado, estaba intentando en vano contactar con el Departamento de Emergencias. Alguien se aproximó a la carrera desde el otro lado del pasillo, con un equipo desfibrilador en las manos, otro lo seguía con un botiquín de primeros auxilios. La puerta doble de la estancia estaba abierta y desde donde se encontraban alcanzaron a ver dos cuerpos caídos. Salomon reconoció a uno de ellos, era la agente Pascal; había ingresado hacía unos meses en el departamento. Estaba tumbada de costado y se convulsionaba de manera frenética, como si estuvieran electrocutándola. Se acuclillaba junto a ella otro de los agentes, e intentaba contenerla lo suficiente como para introducirle el cinturón en la boca e impedir que se mordiera la lengua. Edgar tuvo que acercarse un poco para identificar el otro cuerpo. Se trataba del teniente Wong, un hombrecillo desagradable al que muy pocos tenían simpatía. Estaba muerto. Contemplaba el techo violáceo de la pequeña estancia con la mirada crispada, desorbitada, su cuerpo había quedado congelado en una pose desordenada, como si la muerte lo hubiera sorprendido entre los mismos calambres y convulsiones que sufría su compañera. Se había mordido con tal fuerza la lengua que no solo se había cercenado un buen pedazo de ella, también se había destrozado varios dientes. Había otros cuatro cuerpos junto a Wong y Pascal; estaban en el suelo, presos todos de los mismos temblores de la agente de la entrada.

Mientras Edgar miraba, uno de ellos quedó inmóvil tras un último estertor, con la espalda arqueada en un ángulo extraño. El agente del desfibrilador se arrodilló a la carrera ante él. Salomon miró alrededor, cada vez se veía a más y más personal del departamento con sus transmisores en las manos, supuso que intentarían hablar con sus

seres queridos. ¿Cuánta gente podía estar conectada en aquellos momentos a la nube? ¿Cuántos habían caído?

–¡Estamos en medio de una crisis! –gritó alguien en la distancia. Era el capitán Mallart, el jefe de sección. Llegaba por el pasillo, acompañado de sus dos adjuntos. El rostro de todos dejaba claro la gravedad de la situación–. ¡Dejen trabajar al Departamento de Emergencia y prepárense para recibir instrucciones! ¡A partir de estos momentos no somos un organismo independiente, señoras y señores! ¡El Departamento de Paz acaba de asimilarnos! ¡Hasta que la crisis termine, no somos policías, somos militares!

En medio de la vorágine, Isaac Calvero se acercó a él. Su rostro había ganado tanto en palidez como en sombras. Los sentimientos habían vuelto a él, lo habían hecho en tropel y ahora desfiguraban su rostro en una mueca de angustia que espantaba.

–Me voy a casa, Edgar –le dijo. La preocupación en su voz era evidente. También tenía un transmisor en la mano, y lo apretaba con tal fuerza que el pequeño aparato parecía a punto de reventar–. Quiero ver si mi hijo está bien. No consigo contactar con él.

–No puedes irte. –Lo tomó de los hombros, sin ejercer demasiada presión, la necesaria para hacerle entender que no iba a permitir que se marchara–. Te necesitamos aquí. Toda la puñetera ciudad se ha vuelto loca. Los sistemas móviles deben de estar colapsados. Es imposible contactar con nadie. Probablemente tu hijo estará bien, que es mucho más de lo que se puede decir de esta gente. –Lo miró a los ojos–. Te necesitamos, Isaac. No sabemos lo que está ocurriendo y vamos a necesitar toda la ayuda posible.

–¿Vas a retenerme a la fuerza? –preguntó–. ¿Vas a obligarme a colaborar a punta de pistola?

–No me hagas esto, Isaac. Hay gente muriendo. Algo está atacando el sueño. Y tenemos que averiguar qué es.

–Pero eso ya lo sabemos. ¿Te queda alguna duda? Es Armind Zola. Ha vuelto.

UNA EXPLOSIÓN O ALGO ASÍ

Cuando Anna regresó al sueño, no fue al mismo lugar que antes. Aquella casa antigua de paredes que se movían y bañeras en forma de cisne no estaba a la vista. A su alrededor no había nada.

Tampoco era que no hubiera nada en absoluto, como si estuviera perdida en el espacio. Sus pies se apoyaban con firmeza sobre un suelo casi desértico, roto en algunos puntos por pequeños restos de vegetación, tallos marrones que parecían empezar a marchitarse tan pronto como asomaban su cabeza de entre la tierra seca. No hacía calor, pero el efecto era de aridez, de falta de agua y de vida. Un viento desagradable arrastraba polvo sucio tras él. El cielo no era azul; no era de ningún color. Le recordó a los entornos de contaminación y neblina que abundaban en los niveles más bajos de Ciudad Resurrección, aquellos que Anna veía desde la altura cuando viajaba en tren. Más arriba, mucho más arriba, allí donde residían los privilegiados, los poderosos, los ricos, el cielo volvía a ser azul.

El horizonte era infinito, y a Anna la invadió una impresionante sensación de agorafobia, de miedo a los espacios abiertos, que se unía a la agobiante certeza de que algo no marchaba bien. Le costaba respirar. Alguna criatura alienígena se le había alojado en el pecho y ahora se apretaba contra sus pulmones.

Reconoció enseguida a las siluetas que se acercaban a ella en la lejanía. Eran, sin lugar a dudas, Vito y Aaron. Ese era el plan: entrar todos en el sueño para sobrecargarlo. Ya estaban todos dentro, ahora solo era cuestión de que la chica morena, la soñadora perpetua, despertara, y ellos con ella. La inquietud la embargaba, y no era solo por la extraña situación en la que andaban metidos. La sensación de que algo no encajaba, de que algo no había salido bien, era cada vez más poderosa. ¿Cuánto tiempo tardaría en sobrecargarse el sueño? ¿Cuánto tiempo tardaría en despertar la joven de las mariposas? Comenzó a andar hacia sus compañeros.

Un repentino pensamiento hizo que se detuviera en seco. Mariposas. Las mariposas habían estado presentes en todos los sueños con Lydia, en todas sus manifestaciones para con todos ellos. Menos en esta ocasión. No habían aparecido nubes en forma de mariposa, ni muebles mariposa, ni azulejos mariposa, ni siquiera el colgante que ella siempre llevaba al cuello. La voz chirriante de Campanilla, el asistente de sueño, a gritos en su oreja, era un recuerdo cada vez más claro, un recuerdo que le indicaba que allí había un error, que allí algo no funcionaba como debía. Cada vez más alarmada, echó a correr hacia los dos chicos.

Cuando los alcanzó, jadeaba por el esfuerzo. Para ser un sueño, todo se cumplía según lo esperado: la respiración parecía tan real como allí fuera. Se preguntó si su cuerpo, tumbado sobre el amasijo de ropas improvisadas, estaría también resoplando, intentando transportar oxígeno al cerebro con la misma ansia. Experimentó una vergüenza apagada, lejana; nunca había visto qué cara ponía mientras dormía. Era un acto tan íntimo, tan privado, tan sin control, que producía reparo compartirlo con otros. Le resultó curioso que se avergonzara de la posible expresión de su cara allí fuera, en aquella habitación repleta de cabinas y durmientes.

Aaron le dirigió una de sus miradas de perro feliz.

–¿Lo hemos conseguido?

–Todavía no –dijo Vito–. Seguimos en el sueño de Lydia, eso significa que continúa dormida. Si hubiera despertado, también lo habríamos hecho nosotros.

–¿Qué va a pasar? –preguntó Aaron–. ¿Una explosión o algo así?

Vito se encogió de hombros. Hizo un gesto torpe de búsqueda con la mano, como si explorara su indumentaria para encontrar el inhalador que lo tranquilizaría. No llevaba su parka. Anna recordó que se había quedado atrás, bajo su cuerpo, haciéndole de cama.

–No lo sé –contestó, dubitativo–. Yo creía que el simple hecho de entrar a la vez iba a colapsar el sistema para que se despertara la chica de las mariposas. No entiendo por qué no ha ocurrido todavía. –Miró en derredor–. Y tampoco entiendo por qué está todo tan… vacío.

–¿Podría haberse despertado sin desconectarnos a nosotros? –preguntó Aaron–. No, eso es imposible, ¿verdad?

–Debemos tener paciencia, esperar acontecimientos –dijo Vito–. Estamos en el mundo de los sueños, aquí el tiempo no funciona igual. Puede que en el mundo real no hayan transcurrido ni cinco segundos. Puede que la sobrecarga esté por llegar…

Anna miró hacia sus manos. Su anillo seguía allí; continuaba vestida exactamente de la misma forma que cuando se había dormido. Con el pulgar de una mano comenzó a frotarse la palma de la otra, mientras pensaba. Se fijó en Aaron, el más inquieto de los tres. No hacía más que recolocarse el flequillo. Sus hombros caían hacia delante. Su espalda ancha, poderosa, parecía haber perdido todo su ímpetu.

–Entonces, ¿qué hacemos? –preguntó Aaron–. No podemos quedarnos aquí.

Anna miró alrededor y no pudo evitar estar de acuerdo con él. Aquel lugar estaba desprovisto de vida. Ninguno de los tres tenía ganas de permanecer allí más de lo necesario.

–Andemos un poco –propuso Anna–. Tal vez encontremos a Lydia. O a Ismael.

La siguieron. Caminaron. Anna se preguntó si allí los segundos eran minutos, si los minutos eran horas. Tuvo la impresión de que habían pasado varias horas cuando el paisaje comenzó a cambiar, pero si le hubieran dicho que habían sido minutos tampoco le habría extrañado. La sensación de atemporalidad era parte de aquel paisaje barrido y abandonado.

El primer indicio de que el sueño estaba cambiando fue un elefante. Al principio fue solo un punto diminuto en la distancia que sobresalía en aquel entorno de polvo y tallos moribundos. A medida que se acercaron a él, se fueron completando los detalles. Era una gran construcción de madera: un paquidermo gigantesco, de varios metros de altura, en un color dorado intenso que iba acompañado de varias imágenes y arabescos que decoraban su lomo en diferentes tonos, como si fueran fruto de la inspiración de un artista borracho con un pincel muy delgado y una enfermiza atención al detalle que no conjugaba muy bien con su aparente ebriedad. El corazón de Anna se aceleró y no pudo evitar sonreír; por fin daban con algo más emocionante que aquel horizonte eterno de gris sobre gris.

Continuaron caminando.

Anna comenzó a contar los pasos que daban, con la esperanza de tener alguna medida de su avance. Ninguno hablaba. Era como si el ambiente opresivo de aquel erial se comiera sus palabras. Además, andar exigía cada vez más esfuerzo. Les pesaban las piernas y sus aspiraciones de aire eran cada vez más frecuentes y difíciles. El elefante había sido un atisbo de esperanza de que aquella monotonía gris se rompería, pero había quedado ya muy atrás, y aquel desierto no parecía dispuesto a ofrecerles más maravillas.

Se equivocaban, por supuesto. Sin previo aviso, comenzaron a nevar conejos.

Al principio pensaron que eran copos de nieve, blancos y algodonosos, ligeros, que caían del cielo. Pero enseguida se dieron cuenta de su error. Anna alargó su mano y varios copos cayeron sobre su palma. Al tocarlos, daban pequeños saltos y escapaban hacia el suelo, pero se paraban lo suficiente como para reconocer la forma de aquellos animales diminutos. Los tres se miraron, con grandes sonrisas. Una curiosa euforia los había invadido. Los conejos eran mullidos y extrañamente indestructibles; cada vez que los pisaban se deformaban como gomaespuma y recuperaban enseguida su forma original. Los conejos los rodeaban y jugueteaban entre sus piernas conforme avanzaban. Sus diminutos ojos oscuros los seguían, y Anna habría jurado que sus expresiones eran de diversión.

–¿Sabéis que los conejos no son roedores? –preguntó de pronto Aaron.

–¿De qué estás hablando? –Vito lo miró, extrañado por su comentario.

–No son roedores, pertenecen al género de los lagomorfos.

–¿Eso significa que tienen forma de lago? –preguntó el otro.

Anna soltó una carcajada.

Al cabo de un rato dejaron atrás a los minúsculos animalitos, pero el alivio y la alegría seguían presentes; no solo en sus cuerpos y caras, sino en su entorno. El cielo había dejado de lado su astenia y ahora lucía de un azul brillante, con un sol generoso en su cabeza. El suelo bajo sus pies era cada vez menos seco y cada vez más verde; comenzaron a oír el ruido de las olas del mar. Frente a ellos empezaron a elevarse edificios blancos, casitas encaladas que recordaban a las postales de pueblecitos idílicos que habían existido hace decenios, antes de la guerra. El terreno era ahora menos llano, subía y bajaba en deliciosas cuestas fáciles que superaban con ganas, inundados de una energía nueva. Sobre sus cabezas comenzaron a surgir palmeras cargadas de cocos gigantes; o de algo que parecían cocos, pero más peludos y en todo tipo de colores. A veces oían graznidos y, al mirar hacia arriba, descubrieron que aquellos frutos redondos no eran tales, sino llamativos pájaros encorvados que ahora abrían sus alas y mostraban sus espléndidas plumas rugosas en abrasivos rosados, verdes y púrpuras. Por fin, a Anna se le destrabó la lengua que hasta ahora se había quedado cautiva en su boca, y pudo reflexionar en voz alta.

–¿Esto es todo parte del sueño de Lydia? Es un tanto… no sé, discordante. Diferente.

La sonrisa de Aaron era feliz e inmensa.

–Es mío –les informó–. No es la primera vez que lo tengo. Ahora llegarán las bailarinas.

Acto seguido, y tal como les había dicho, se hizo presente a su alrededor un corro de mujeres jóvenes: algunas blancas como aquellos conejos algodonosos que habían caído sobre sus cabezas; algunas negras como túneles, como fosas; otras de cabello rojizo, cubiertas de pecas y lunares desde los dedos de sus pies descalzos hasta la frente. Algunas eran delgadas, otras tenían amplias curvas, y todas vestían de la misma manera: con estrafalarias faldas cortas de tul y gasa y pequeñas conchas marinas que tapaban lo esencial de sus pechos, algunos grandes y bamboleantes, otros pequeños y saltarines. Encandilada, Anna no pudo dejar de observar a sus compañeros: Aaron tenía una sonrisa gigantesca en el rostro, parecía que fuera a salirle la felicidad por las orejas. Vito, por otra parte, mostraba una inequívoca expresión de pánico. Lo tomó de la mano y consiguió, a duras penas, sacarlo de aquella manifestación de carne y movimiento. Una vez más acudió a su inhalador, pero recordó que su parka había quedado atrás. Eso sí, su mochila seguía apostada en su espalda. La colocó en el suelo delante de él y despegó el velcro. De inmediato comenzaron a aparecer globos blancos y negros, que salían volando en cuanto escapaban de la bolsa. Sorprendido por aquella visión, Vito pareció olvidar su respiración ahogada y esta, a su vez, regresó pronto a la normalidad. Miró a Anna.

–¿Qué hace el sueño de Aaron aquí? –le preguntó en voz baja, mientras evitaba mirar a las mujeres semidesnudas, quizá por miedo a sufrir otro ataque–. Estamos en el sueño de Lydia, Anna. ¿Cómo ha llegado el de Aaron aquí? –repitió.

–No lo sé –dijo ella.

Las bailarinas ahora manteaban a Aaron con lo que parecía una toalla colosal. Aaron bajaba y subía: lo veían aparecer sobre las cabezas de las mujeres para luego volver a caer y quedar fuera de su vista; en aquellos vuelos su flequillo danzaba de un lado de su rostro a otro, y Anna pudo ver que donde antes había faltado un ojo, donde solo había habido una superficie lisa de piel, ahora brillaba una especie de gema azul, insertada en una suerte de ojo robótico. No sintió asombro; aquel era su sueño, podía ser todo lo que quería y más.

Vito llamó su atención con un toque en el brazo.

–¡Mira! –señaló–. ¡Ese sueño es mío! ¿Qué está pasando?

A escasos metros de distancia había aparecido un objeto volador no identificado, en el sentido de que Anna no tenía ni idea de lo que era, aunque tenía todo el aspecto de ser un huevo gigante. Se acercó y pudo ver que lo que a primera vista había parecido una superficie blanca y lisa era en realidad un conglomerado de pequeñísimos detalles: miles y miles de diminutos cables, botones, chips e insólitas ranuras en forma de volutas y curvas elaboradas. Estaba tan absorta contemplando aquel ovoide que levitaba a escasos centímetros del suelo, que no vio venir al hombre de cabello verde. Este chocó directamente contra ella y el empujón hizo que la muchacha trastabillara y perdiera por un segundo el equilibrio. Consiguió mantenerse en pie, pero su agresor no tuvo tanta suerte. Durante unos segundos se quedó atrapado en un exasperante estado de media caída, los brazos le ondulaban como un muñeco de trapo, hasta que al fin abandonó la lucha y se dejó desplomar, como si ni siquiera tuviera huesos, en el suelo.

Anna se acercó a ayudarlo, pero se apartó con rapidez al ver el inhumano proceso que seguía para levantarse. Su cuerpo parecía desenrollarse, como si en vez de una persona fuera un trapo. Se desenroscaba poco a poco de una sola pieza, hasta que sus brazos terminaron de liberarse y se levantaron en cruz, dando vueltas con el resto de su masa. Parecía un helicóptero de carne y ropa, un batiburrillo con hélice que giraba cada vez con mayor velocidad en el mismo punto. Aaron había escapado de las atractivas manteadoras y había regresado junto a Vito, con la misma expresión atónita que mostraba este en el rostro.

Por fin, los brazos volvieron a ser brazos y regresaron, ya tranquilos y en reposo, junto a las caderas, ya formadas y sólidas, de aquel ser. Era un hombre de mediana edad, con un pelo esmeralda intenso que caía sobre sus hombros. Vestía una combinación de telas de colores, todo tipo de chales y tejidos que por alguna ciencia desconocida permanecían pegados y ajustados a su cuerpo desgarbado. Vito fue el primero en reconocerlo.

–Es uno de los dormidos –dijo en voz muy baja, casi susurrando–. Uno de los pacientes de aquella sala.

El hombre colorido, que tenía una gran nariz y pómulos muy altos, casi esculpidos en su piel, los miró durante unos instantes. Parecía pensativo. Se agachó frente a ellos con un saludo exagerado y torpe. Anna temió que se cayera de nuevo y que los arrastrara con él al suelo en otro torbellino de movimiento. Mas consiguió mantenerse erguido y les sonrió. Cada uno de sus dientes era una brillante gema: esmeraldas, rubíes, diamantes, topacios y zafiros facetados y relucientes rivalizaban en aquella boca.

–Sois nuevos, ¿no es cierto? No os había visto nunca por mis tierras.

–¿Tus tierras? –Aaron parecía confundido–. Creía que esto era el sueño de una sola persona, el sueño de una chica morena.

El hombre dudó, su sonrisa desapareció.

–Esta es mi tierra –replicó, con un tono levemente irritado–. Soy Casso el Grande, y estáis en mi mundo.

Vito habló esta vez.

–¿Quiere decir que también estamos compartiendo sueños con usted?

Casso no le contestó. Miraba a su alrededor, cada vez más nervioso.

–¡Qué le habéis hecho a mi tierra! ¡Qué son esas mujeres! –Entonces dio la vuelta y su boca se convirtió en una gigantesca «O» mayúscula–. Pero ¿qué hace aquí ese mar? –preguntó, feliz como un niño entrando en un parque de atracciones. Comenzó a correr hacia el agua, gritando desaforado. Tras él, su pelo parecía cada vez más largo, e iba dejando una estela de verde, donde nacían ocasionales florecillas rosadas.

Ninguno de los tres hizo ademán de detenerlo.

–¿Estás seguro de que es uno de los tipos de las cabinas? –preguntó Aaron.

–Estoy convencido. –Vito lo miró con severidad, irritado porque cuestionaran su buena memoria–. Nos lo encontramos en la primera habitación. Estamos compartiendo sueños con él.

–Pero eso no tiene sentido –dijo Anna. La sensación de calamidad, de que algo había salido mal, regresó–. Aquí solo estamos conectados nosotros, conectados a la chica que buscábamos. ¿Por qué aparecen también nuestros sueños? ¿Y los de otros durmientes?

Vito no tuvo oportunidad de contestarle. Aaron lo había agarrado del brazo y lo zarandeaba, entusiasmado.

–¡Mirad, mirad! ¡Por ahí llega alguien más!

De la misma dirección en la que habían visto alejarse al extraño personaje multicolor, venía una silueta conocida. Se abría paso a través del agua, que apenas le llegaba por las rodillas.

Aaron empezó a dar saltos, como un niño pequeño o, como Anna no podía dejar de imaginar, un perrito emocionado.

–¡Es Ismael, es Ismael! ¡Y parece que tiene prisa!

Efectivamente, Ismael llegaba corriendo. Conforme se acercaba, Anna se sintió cada vez más intranquila. La expresión de su cara, si bien nunca había sido muy risueña,

ahora era de profundo enojo y desesperación. Parecía que estuviera gritando. Cuando estuvo lo bastante cerca como para escucharlo, la sangre se le heló en las venas.

–¡Idiotas! Pero ¡cómo podéis ser tan idiotas!

La ansiedad que había estado experimentando se transformó de golpe en adrenalina pura. Anna sintió cómo la furia crecía y crecía dentro de su cabeza. ¿Cómo se atrevía a insultarlos?

Ya casi sin aliento, Ismael llegó a la altura de los tres y se detuvo a jadear, a intentar recuperar la respiración que le fallaba.

–¿Se puede saber qué te pasa? –le preguntó Aaron, e hizo ademán de acercarse a Ismael. Este lo paró con las manos, como si creara un muro de contención invisible entre ambos.

–¡No me puedo creer la que habéis montado! Y tú… –Se volvió y miró a Anna con tal rabia que ella no pudo evitar retroceder un paso, alejarse de su desprecio. Ismael cortó la frase y levantó los brazos en señal de perplejidad–. ¡No me puedo creer que le hicierais caso a esta cabeza hueca!

Vito arrugó el ceño y se quedó mirando a Ismael con una intensidad aún mayor a la usual. Cuando habló, fue en una voz muy baja, pero cargada de una seriedad que resultaba escalofriante.

–Ismael, más vale que te expliques.

Su tono pareció surtir efecto. Ismael no contestó de inmediato, sorprendido por la intervención de aquel chaval enjuto al que le sacaba más de una cabeza. Durante unos segundos nadie habló. Por fin, recuperado de su carrera por el mar, Ismael rompió el silencio.

–Os han engañado. La han engañado a ella –señaló a Anna, como si ni siquiera fuera capaz de decir su nombre–. Y ella os ha convencido de que cometierais una estupidez… ¡una estupidez que ni siquiera sé por dónde empezar a explicar!

–¿Podrías dejar de gritarnos y decirnos de qué estás hablando? –Anna quería darle una oportunidad a Ismael para que se explicara, una oportunidad antes de chillarle todo lo que pensaba sobre él y su prepotencia. Por otro lado, temía que sus miedos se estuvieran confirmando, que algo hubiera salido horrorosamente mal. Por desgracia, enseguida descubrió que no se equivocaba.

–La persona a la que viste en sueños no era Lydia, no era la chica morena. Era otra cosa. Era un monstruo que se hacía pasar por ella. El mismo del que os hablé, el que vi

en sueños. –De pronto pareció agotado–. Lo habéis liberado. Maldita sea, lo habéis liberado…

A Anna se le escapó un sonido leve entre los labios, algo inidentificable, a medio camino entre un gemido y una queja. Aunque habría querido no creerlo, sabía que era cierto. Lo había sabido desde el principio. Aquella gloriosa desnudez… había sido un truco, un espejismo. Y ella había picado como una tonta, como el típico héroe imbécil engañado por la mujer fatal, aquel al que ella le gritaba en las películas «¿cómo puedes ser tan idiota?». Ese mismo. Se tapó la boca con las manos. Podía sentir como el llanto le subía desde el estómago y amenazaba con hacerla estallar. La culpabilidad la sobrecogía; no solo la culpabilidad de haber sido responsable de la huida del monstruo, sino la vergüenza terrible de haber sucumbido a algo tan simple y a la vez tan ridículo.

–La engañó para que saliera del sueño y os engañara a vosotros. Para que entraseis todos juntos y sobrecargaseis el sistema. Para que él pudiera escapar cuando este se reiniciase. ¡Lo tenía todo planeado! Encontró un fallo de seguridad, una puerta por donde escapar. Y vosotros se la habéis abierto. ¡Y ahora está ahí fuera! ¡Está en la nube! ¡¿Tenéis alguna idea de lo que alguien como él puede hacer?! –La voz de Ismael se elevaba cada vez más, sumido otra vez en aquella espiral de rabia y frustración–. ¿Tenéis alguna idea de lo que habéis hecho? ¡Y tú! –Miró a Anna de nuevo, ya enfurecido por completo–. ¿No se te ocurrió que sobrecargar el sistema podía ser mala idea? ¿A ti qué te enseñan en el colegio? ¡A lo mejor si pasaras la mitad del tiempo que dedicas a pintarte las uñas a estudiar, no estaríamos metidos en este montón gigante de mierda!

–Yo… no sé… No tienes derecho a…

Anna intentó hablar, pero ya no pudo contener las lágrimas. Estaba llorando a moco tendido, y eso no hacía más que empeorar las cosas. Ismael siguió mirándola, aturdido, como afectado él mismo por la fuerza de sus palabras.

–Ya basta, Ismael.

Se dieron la vuelta, sorprendidos. De entre el corro de bailarinas surgieron dos personas. Uno era un hombre de mediana edad, apuesto y esbelto, con unos penetrantes ojos verdes que le recordaban a algo, como si los hubiese visto antes en algún lugar. La otra, la que había hablado, era Lydia, la chica de la mariposa. Aaron y Vito casi cayeron de rodillas al verla llegar.

–Ya te lo dije antes, no es culpa vuestra –aseguró–. Os han engañado. El monstruo es astuto y terrible. No entiendes de lo que es capaz. No entiendes lo persuasivo que puede

ser, cómo puede jugar con tu cabeza. Sabe a qué le tenemos miedo, sabe qué queremos, cuáles son nuestros deseos más secretos. –Anna tragó saliva, pero no fue capaz de detener el llanto, que seguía como una entidad ajena a ella misma, como un río interminable. Lydia llegó a su altura y la abrazó. Sintió una calidez inmensa y aquel olor a frambuesa que tan bien recordaba. ¿Cómo había podido confundirla?–. No te preocupes, Anna, todo no está perdido. –Le acarició el pelo con cuidado, como si fuera un objeto delicado y precioso. Mientras, se dirigió a los demás–. Tenemos que encontrar un modo de detenerlo.

La chica morena soltó a Anna y esta sintió como si le hubieran arrancado una extremidad. La poseyó una melancolía de mutilada, en memoria del miembro fantasma que insistía en su ausencia. Sabía ya que, a partir de ahora, todos los días serían días en los que le faltaría el cuerpo de Lydia abrazado al suyo. Aquella emoción potente de falta, de pérdida, no le impidió, no obstante, fijarse de nuevo en el hombre que acompañaba a la soñadora. Era imposible no hacerlo. A diferencia de la propia Anna y de los demás, parecía tener cierto control sobre su entorno. Tenía el pulgar y el índice colocados en forma de «o», y soplaba a través del hueco que había hecho con su mano derecha. Al hacerlo, montones de burbujas fulgentes escapaban a través de aquella ventanita mágica. Una de ellas, la más grande, flotó al lado de Anna, y pudo atisbar algo en su interior. A lo mejor allí dentro había mundos como ese, sueños dentro de un sueño.

Vito hizo la pregunta justo antes de que esta escapara de sus labios:

–¿Y a este, lo conoces?

Al aludido se le encendieron los ojos y sonrió con ganas. Parecía como si hubiera estado esperando ese momento con ansia. Se inclinó ante ellos y realizó el gesto de quitarse un sombrero imaginario.

–¡Perdonadme, soy un maleducado! Permitid que me presente, aunque es posible que ya hayáis oído hablar de mí. Mi nombre es Armind Zola.

EL PRECIO DEL SUEÑO

La supuesta identidad de aquel sujeto los dejó a todos sin habla.

Ismael intentó centrarse. Tuvo que hacer un gran esfuerzo y solo lo consiguió en parte. La discusión con Anna y la cercanía de Lydia lo habían alterado, pero lo que de verdad lo trastornaba era el sueño que se iba desenrollando a su alrededor. Cada vez era más y más extravagante. En el horizonte florecían ciudades multicolor y castillos hechos de cristal, norias de hierro forjado y faros de luz cegadora. El cielo estaba tomado por un sinfín de lunas que se derramaban por las alturas como cuentas arrancadas a un collar. Había una ciudad en el aire, una urbe de edificios de diamante que flotaba entre las nubes, sumida en una danza prodigiosa en la que las torres bailaban alrededor de catedrales y las casas se perseguían entre fuentes y estatuas. Por sus calles de aire circulaban dirigibles y ballenas de alas minúsculas que iban escoltadas de bancos de pececillos. Mientras miraba una de las lunas del cielo bostezó.

–Ahhhh –dijo el hombre que se había presentado como Armind Zola al tiempo que separaba los brazos y respiraba hondo, como un alpinista que ha coronado la cima de una alta cumbre y quiere disfrutar de la pureza de la atmósfera–. ¿Podéis olerlo? –les preguntó, alegre–. Eso que respiráis es el despertar del sueño, eso que escucháis es la melodía que pone fin a las pesadillas. Los durmientes se desperezan, se miran y sonríen y cada uno de ellos aporta su grano de arena al delirio que nos rodea. –En su mano derecha había aparecido un bastón; era verde y estaba recubierto de enredaderas. Con él señaló a una pareja cercana que se besaba de forma apasionada; ella estaba desnuda, él llevaba puesto uno de los monos de los que dormían en las cabinas, aunque se estaba desembarazando de él a gran velocidad–. ¡El monstruo ya no está y todos salen a celebrarlo! –exclamó–. ¡El monstruo se ha ido y todos pueden soñar en paz!

Un montón de cocodrilos llegó al trote, los rebasaron y continuaron su camino; uno de los reptiles abandonó sus filas un momento para olisquear con clara suspicacia los

zapatos de un asombrado Vito antes de retomar la marcha.

–Es comprensible que estén contentos –prosiguió el extraño–. Aunque saben que su felicidad es efímera, aunque saben que esto no es más que una tregua y que esta será breve. Pero el tiempo en el sueño es muy relativo, tú lo sabes muy bien, ¿no es así? –preguntó mientras le guiñaba un ojo a Ismael.

Aquella frase y lo que implicaba aturdieron al muchacho todavía más. ¿Qué estaba pasando? ¿Cómo era posible que ese tipo supiera quién era? Aaron fue el primero en reaccionar y salir del mutismo perplejo en el que estaban sumidos todos.

–Está bromeando, ¿verdad? –La pregunta era para el resto del grupo, no para el hombre que decía ser Armind Zola–. ¿Este tío, el artesano loco? No puede ser cierto.

–Claro que no es cierto –terció Anna. La muchacha parecía haberse recompuesto de su ataque de nervios, aunque aún le temblaba la voz. En torno a su cabeza orbitaban varias lágrimas, diamantes líquidos que circunvalaban su frente–. No es real –afirmó–. Forma parte del sueño. Es como los conejitos blancos. O como tu harén.

–Te equivocas, niña –replicó el hombre, adoptando una posición marcial ante ella y clavando el bastón en el suelo. Las enredaderas comenzaron a brotar de la tierra a sus pies al instante–. Soy tan real como tú, aunque ni de lejos tan guapo. –Inclinó la cabeza–. Y soy Armind Zola.

–Armind Zola está muerto. –Fue Vito quien habló. Tenía el ceño fruncido y lo miraba con suspicacia amenazadora. La mochila en su hombro pulsaba y se agitaba, como si dentro hubiera algo que compartiera su intranquilidad y su furia–. Se voló la cabeza antes de que lo atraparan. Lo sabe todo el mundo.

–Nunca te fíes de lo que sabe todo el mundo –le indicó el otro mientras le ofrecía una sonrisa radiante. Su dentadura era perfecta y centelleaba como si cada pieza estuviera recubierta de nácar–. A pesar de lo que todos parecéis creer, no morí –les confesó–. El Departamento de Seguridad necesitaba un chivo expiatorio para tapar el desaguisado que produjo el monstruo cuando intentó escapar por primera vez y decidieron que yo era la pieza más prescindible del entramado. No dejaron nada al azar. Colaron pruebas en mi consola y luego dejaron que alguien que no tenía absolutamente nada que ver con ellos las encontrara –dijo mientras dedicaba a Ismael una mirada significativa–. Al menos tuvieron a bien pedirme mi opinión al respecto –añadió–. No me quedó otra alternativa que estar conforme, de no haberlo estado es probable que me hubieran volado la cabeza de verdad. En vez de matarme me trajeron a la granja y me enchufaron a nuestras

queridas maquinitas. Llevo diez años enganchado a ellas, soñando bonitos sueños por el bien de la civilización y la especie humana. Mucho mejor que una bala en la sesera, todo hay que decirlo.

–No te pareces en nada a Armind Zola –dijo Anna.

Era verdad. El rostro del artesano loco era de dominio público, ¿cómo no iba a serlo después de lo que había hecho? Ismael era muy pequeño cuando se desencadenó la peste onírica, pero la imagen de aquel asesino formaba parte de sus recuerdos de infancia de una forma tan estrecha como el sonido de los relojes de la tienda o el nerviosismo ansioso con que aguardaba las visitas de Papá Noel en Navidad. Recordaba los noticiarios, los docudramas. No había lugar en el que no apareciera el rostro de Armind Zola, miraras donde miraras allá estaba él, omnipresente y siniestro. Todo el mundo estaba más que familiarizado con aquel hombre negro, medio calvo, de mirada cargada de sarcasmo y sonrisa falsa. Pero Anna no tenía razón, al menos no del todo: la complexión y buena parte de los rasgos de aquel hombre no se parecían a quien decía ser, pero sus ojos eran idénticos a los de aquel Zola, unos ojos dotados de una intensidad arrebatadora, unos ojos que parecían estar burlándose de la creación entera.

–¿Por qué debería parecerme a él? –preguntó el desconocido–. Estamos en terreno del sueño, niña. Aquí puedo adoptar la forma que me venga en gana, ¿por qué mantenerme fiel a un cuerpo que hace años que no habito? –Y, como si quisiera demostrarlo, mientras hablaba cambiaba de forma sin cesar, no había transición entre una metamorfosis y la siguiente. En apenas unos segundos fue una hermosa mujer, un niño pequeño, una montaña de gelatina que rebosaba ojos (todos verdes, todos idénticos) y un engendro de difícil descripción que los hizo chillar, antes de retomar de nuevo su aspecto inicial.

–Es Armind Zola –confirmó Ismael. La mirada que le había dedicado al hablar de las pruebas falsas colocadas en su consola lo había convencido. El muchacho sabía que su padre había estado implicado en la investigación de la peste onírica, que había trabajado, de hecho, codo con codo con aquel hombre. Pero ¿cómo lo había reconocido este como hijo de Isaac Calvero?

Zola hizo una marcada reverencia que casi lo llevó a rozar el suelo con el dorso de una mano. Se incorporó de un brinco. Parecía exultante.

–Bien, ya me he presentado y mi identidad, al parecer, ha quedado corroborada. Y aunque os parezca imposible, yo ya os conozco a vosotros cuatro –anunció–. Aaron, el

alegre y hermoso Aaron, ¿por qué le has añadido un ojo a tu imagen onírica? Sigue mi consejo: potencia lo que te hace especial, no lo ocultes ni lo disimules. –El joven se limitó a mirarlo anonadado–. Vito, cuidadoso y temeroso, siempre pensando en lo peor, sí, tu madre murió durante la peste onírica, lo sé, lo sé y lo lamento profundamente, pero yo no tuve nada que ver con su muerte, fue el monstruo que habita la granja quien lo mató, no yo. Ismael, el hijo de mi buen amigo Isaac Calvero. –Su tono se volvió solemne–: Lamento lo que le ocurrió a tu madre, muchacho, no llegué a conocerla. Y, en último lugar, la fastuosa y temible Anna, donde se demuestra que la hermosura y la inteligencia pueden ir de la mano. –Armind Zola hizo un gesto conciliador–. Os conozco, sí. Ahora mismo compartimos sueño y nuestras mentes, por decirlo de algún modo, se rozan unas con otras, eso permite que pueda sondearlas.

–Un momento… –Vito lo miró alarmado–. ¿Dices que puedes entrar en nuestras cabezas?

–No os preocupéis, por favor, no es tan terrible como suena. –Alzó los brazos, en un gesto que pretendía pedir tranquilidad, pero su movimiento, al enarbolar el bastón, tuvo el efecto contrario–. Os juro que vuestros pensamientos siguen siendo privados. Tienen lugar a un nivel demasiado profundo como para que pueda llegar hasta ellos. Como acabo de deciros, nuestras mentes están en contacto, se rozan al compartir sueños, por eso solo puedo acceder a la capa superior de recuerdos, los más recientes y los más marcados. Con la suficiente práctica, vosotros también podríais llegar a colaros en las mentes de vuestros compañeros, aunque os advierto que es algo que lleva su tiempo. A mí me costó años conseguirlo. Me aburrí de mis sueños e intenté explorar los de los demás. Es normal, mis sueños no son tan maravillosos como los tuyos, mi querida Lydia. Solo hay que contemplar lo que nos rodea.

La soñadora, el motivo por el que estaban allí, el cebo que había dispuesto el monstruo para ellos, había estado pendiente a medias de la conversación. Dividía su atención entre lo que se decía y el sinfín de portentos que tenían lugar a su alrededor. A Ismael no le extrañaba. Como artesano onírico, como aprendiz al menos, había tenido la oportunidad de programar infinidad de escenarios y había soñado verdaderas obras de arte, tanto de su padre como de sus camaradas. Pero todo eso palidecía en comparación a lo que ahora los rodeaba. El sueño allí no tenía riendas, era salvaje, puro, de una fuerza descomunal. Gigantescos astros bailaban en el cielo entre un mar de nubes y edificios invertidos. Una monumental anguila segmentada serpenteaba alrededor de un zigurat

hecho de golondrinas y cristales. La pareja que se había besado cerca de ellos había pasado ya a mayores y hacía el amor de forma lenta y calma en medio de una frondosa y cambiante vegetación, sin vergüenza ni pudor alguno. Todo era ilusión, todo era maravilla. Una escalera brotó en espiral del suelo y por sus peldaños en caracol descendió una niña montada sobre el lomo de una gallina blanca con la cabeza cubierta por una máscara antigás.

–Este no es mi sueño –dijo Lydia–. Es el de todos los durmientes. Los soñadores despiertan. –Contemplaba aquel escenario de portentos con un velo de lágrimas en los ojos–. Despiertan y sus fantasías se unen unas a otras y dan forma a lo que veis. Celebran que el monstruo ya no está. Celebran que el monstruo ya se ha ido. No podéis ni imaginaros lo que significaba dormir y sentir que él estaba al otro lado del sueño, a la búsqueda de nuevas víctimas de las que alimentarse. No sabéis lo que es temer por tu vida cada segundo, cada instante.

–No, el monstruo ya no está aquí –dijo Armind Zola. Había desaparecido toda traza de alegría de su voz–. Vosotros lo liberasteis.

Ismael miró de reojo a Anna antes de hablar.

–No fue nuestra intención. Nos engañó para que lo hiciéramos –dijo. E hizo especial hincapié en ese «nos». Se arrepentía de haber atacado de forma tan salvaje a Anna, él era tan culpable como ella–. Usó a Lydia para atraernos y luego nos convenció para que nos conectáramos a su sueño y lo sobrecargáramos.

–Y el sistema se reinició y él aprovechó el breve instante en que se cargaban los protocolos de seguridad para destruirlos y saltar a la nube –dijo Armind Zola. Soltó un suspiro antes de continuar hablando–: Hay algo de lo que debo advertiros. –Los miró con severidad y, al tiempo, con cierta lástima–. Vosotros no sois responsables de lo que pueda estar haciendo el monstruo ahora ahí fuera. Que no pese en vuestra conciencia la sangre que esté derramando. Sois inocentes, ¿me oís? Inocentes. Tarde o temprano habría escapado, era inevitable. La culpa de lo sucedido es de los hombres que lo aprisionaron, la culpa es de los hombres que le pusieron los grilletes y que no aprendieron la lección tras la peste onírica que tan alegremente me atribuyeron.

–Pero ¿qué es ese monstruo? –preguntó Aaron–. ¿De dónde ha salido?

Lydia suspiró, entristecida, pero fue Armind Zola quien contestó a su pregunta.

–¿Qué es el monstruo? –Se sentó con un movimiento elegante sobre el tocón de un árbol blanco que acababa de brotar del suelo–. ¿Qué es esa criatura hambrienta de sueños

y asesinatos? ¿Quién es el culpable de que yo me encuentre aquí y, con toda probabilidad, se esté produciendo una matanza ahí fuera? –Los recorrió con la mirada–. Ese monstruo es el precio del sueño, queridos amigos, queridas amigas. Ese monstruo es el origen de todo.

–Ya conocéis la historia –dijo–. Hace veinte años, en los últimos compases de la guerra, se comenzó a experimentar con la ingeniería del sueño, a la búsqueda de soldados siempre preparados, soldados que no necesitaran dormir jamás. –Mientras hablaba, a su alrededor se fue construyendo un nuevo escenario, un sótano atestado de camillas y artilugios científicos, con más aire de mazmorra que de laboratorio. Tanto el narrador, sentado en su árbol, como su público estaban dentro también de la escena, lo que la dotaba de una textura extraña–. A pesar de lo que hayáis podido oír, los primeros experimentos no se realizaron con soldados voluntarios. Eso, como mi muerte, tampoco es cierto. Se utilizaron prisioneros de guerra, contravinieron todas las convenciones y leyes internacionales habidas y por haber. –En las camillas aparecieron ahora varios hombres y mujeres, todos vestidos con el mismo mono azul, todos atados de forma brutal a sus camastros con cinchas y cinturones; sus rasgos estaban borrosos, meras sombras, pero a pesar de su escasa definición, o precisamente por ella, exudaban un aura de tristeza desoladora–. Los experimentos pronto dieron sus frutos. Con la primera inyección de nanonitos y el primer cóctel de drogas fue suficiente para que la necesidad de dormir desapareciera. Los sujetos permanecían alertas y lúcidos en todo momento y sus reflejos no disminuían con el paso del tiempo. Se los sometió a toda clase de pruebas y análisis y de entrada todo parecía ir bien. Hasta que dejó de hacerlo. Una semana después de que les inyectaran los nanonitos experimentales, los sujetos comenzaron a desarrollar las más diversas patologías: alucinaciones, delirios y comportamientos psicóticos cada vez más fuertes… Muchos murieron poco después.

Para ilustrar la historia de Zola, los prisioneros daban gritos en sus camillas, se convulsionaban de un modo salvaje; uno soltaba espumarajos por la boca mientras intentaba liberarse con tales tirones que un brazo se le descoyuntó y, aun así, continuó tirando. Los muchachos contemplaban la escena horrorizados.

–Así fue como el hombre confirmó que el cerebro humano siempre necesitará soñar –continuó Armind Zola–. La mente humana necesita sueños para mantenerse activa, para

mantenerse cuerda. Y hacia esa dirección se encaminaron entonces los experimentos. ¿Cómo lograr que el cerebro sueñe?, se preguntaron los científicos de aquel proyecto descabellado. ¿Cómo optimizar los sueños? ¿Cómo diseñarlos, modelarlos y ejecutarlos en la mente humana? Ese fue el verdadero comienzo de la revolución onírica. Los experimentos con seres humanos se multiplicaron, se usaron nuevos prisioneros, pero también a los que habían sobrevivido de la primera remesa. Entonces nació el monstruo.

Todos los ocupantes de las camillas habían ido desapareciendo, confundidos con el escenario del sueño. Todos menos uno. Un sujeto sin rostro que dormitaba tumbado de costado. Era inmenso, una masa deforme y grotesca que crecía a ojos vista.

–De los primeros prisioneros que se utilizaron solo sobrevivieron siete –dijo Zola–. El monstruo es uno de ellos. Eso es. Nuestro enemigo, el engendro que os ha atraído con argucias hasta aquí, es una de las primeras cobayas. Duerme. Está siempre dormido, siempre soñando. El sueño es su poder. Y su poder es inmenso.

Lydia lo interrumpió. Su voz melosa era un contrapunto perfecto para la voz quebrada de Armind Zola.

–Está hecho de odio y rabia –les anunció mientras jugueteaba con la mariposa de su colgante–. Hecho de escombros. Hecho de pesadillas. Me asomé a su mente mientras intentaba atraparme. Y lo que vi fue horrible. No hay moral en él. Solo ansia. Las drogas y los experimentos lo volvieron loco. Quiere el sueño. Lo quiere para él. Piensa que es suyo y que se lo hemos robado.

–No lo comprendo. –Anna frunció el ceño–. Si no lo he entendido mal, esa cosa fue quien contaminó el sueño hace diez años y provocó la peste onírica. ¿Por qué se lo permitieron? ¿Cómo pudo hacerlo? ¿Y por qué sigue vivo después de lo que hizo?

–El monstruo es más importante de lo que puede parecer –dijo Zola–. Mucho, mucho más. Sus compañeros y él no solo sirvieron para que la revolución onírica echara a andar. Mal que les pese a muchos, a día de hoy siguen siendo sus principales motores. Fue por azar, como ocurre de cuando en cuando en los grandes avances científicos: pura serendipia. Los experimentos transformaron a las cobayas, las modificaron a un nivel difícil de explicar, pero que se puede resumir en la siguiente frase: dejaron de ser humanos. Se convirtieron en otra cosa, algo diferente por completo.

Aparecieron siete camillas ahora, las siete ocupadas. Era complicado describir lo que había en ellas. Algunos tenían forma humana, pero estaban hinchados de una manera curiosa, sus brazos y piernas eran tan grandes como sus torsos; otros eran seres

escuálidos y les brotaban extremidades raquíticas por todo el cuerpo, una suerte de ramitas quebradizas terminadas en toscos dedos. En la camilla central, que empequeñecía con su tamaño a las otras seis, se levantaba una enorme mole de carne de la que brotaban, aquí y allá, ramilletes de tentáculos.

–¿Quién tomó la decisión de mantenerlos vivos? –se preguntó Zola–. No lo sé. Alguien de las altas esferas decidió seguir experimentando con ellos y así se hizo. Eran los mejores especímenes para probar nuevas drogas y mejoras de tecnología onírica, esos siete engendros eran los pacientes perfectos.

»La guerra había terminado ya, el mundo comenzaba a lamerse las heridas y la civilización estaba en plena reconstrucción. La revolución onírica no tardó en llegar a la calle. Era necesario que sucediera cuanto antes. Era un modo de dar esperanza al hombre tras la oscuridad terrible de la guerra, un modo de afirmar que somos capaces no solo de las mayores atrocidades, sino también de realizar portentos y prodigios. De que, a fin de cuentas, la humanidad merece la pena. Nació la nube, la red de sueños. Al principio se usaron programadores, pero pronto se dieron cuenta de que, si querían que el sistema fuera viable, deberían recurrir a otra manera de generar sueños. Así nació la primera granja, así se levantó el primer nodo de soñadores. Los durmientes en un principio fueron prisioneros de guerra y enfermos terminales, pero pronto los tentáculos del Departamento de Descanso y Bienestar se fueron extendiendo. En estos tiempos hay mucha gente desesperanzada, muchos que buscarán cualquier salida o que se dejarán engañar sin problemas. –Ismael miró a Lydia y se preguntó cuál sería su historia–. Los sueños de los durmientes se convertían en códigos, se catalogaban y se descargaban en la nube, convenientemente etiquetados, para que luego los nodos los adaptaran a los sueños de los soñadores. Las necesidades fueron haciéndose mayores al tiempo que más clientes se conectaban a las redes. La nube original no tardó en quedarse pequeña. Se construyó entonces un nuevo nodo, un refuerzo que duplicaría el tamaño de la nube y que serviría para contentar a la creciente demanda. Pero la cosa no funcionó. Los sueños de los durmientes trasladados a la segunda granja, al segundo nodo, no tenían la misma fuerza, estaban vacíos, podían convertirse en códigos, pero los sueños eran descoloridos, débiles, apenas perceptibles. ¿Por qué el nuevo nodo no funcionaba mientras que el primero sí lo hacía? Pronto se averiguó el motivo: los siete prisioneros supervivientes amplificaban la señal del sueño, su mera presencia cerca de los durmientes y el servidor bastaba para multiplicar su potencia de una manera tremenda. Sus sueños potenciaban

los de los durmientes que compartían granja con ellos. Se trasladó a uno de estos monstruos al nuevo nodo y, nada más hacerlo, este comenzó a funcionar a pleno rendimiento.

»Aquí no solo se sueña, aquí se forja la nube. Las granjas son los servidores, los nodos que generan el espacio onírico. Se construyeron siete de ellas, todas con la misma estructura: la nube en el primer nivel, los durmientes en el segundo y un monstruo en el tercer estrato. Sin ellos, la nube tal como la concebimos no sería posible. De esos siete engendros, seis están domados, son serviles, meros trozos de carne que sueña. Pero el séptimo, ah, el séptimo… El séptimo está loco, siempre lo ha estado. Hace diez años intentó escapar a la nube. No lo consiguió, pero logró contaminar muchos de sus archivos.

–¿Por qué siguen utilizándolo entonces? –insistió Vito. Zola todavía no había respondido a las preguntas de Anna–. ¿Por qué no lo han desconectado del circuito? ¿Por qué no lo han matado?

–Porque lo necesitan –contestó Armind Zola, y su voz sonó llena de pesar–. Si quieren que la revolución onírica siga en marcha necesitan que ese monstruo continúe con vida. No pueden matarlo. Da igual lo que haya hecho. Esa criatura es el pilar fundamental del sueño. Es tan sencillo como eso.

–No lo entiendo –admitió Ismael–. Has dicho que había siete monstruos. ¿Qué tiene este de especial?

–Este monstruo no es como los otros. –Agitó la cabeza de un lado a otro–. Dejad que retome mi historia y lo entenderéis. Recordad lo que os he contado sobre las granjas. Cada una de ellas necesita un supersoñador, un monstruo que amplifique la señal con su presencia. En un principio, como ya os he dicho, hubo siete de estas criaturas. Pero se necesitaban más para que la nube fuera viable. Poco a poco fueron naciendo otros. El problema, lo que explica en parte la crisis en la que nos encontramos ahora, es que esos nuevos supersoñadores solo nacían en una de las siete granjas: en esta en que nos encontramos. La proximidad de la criatura que habita aquí no solo amplifica los sueños de los demás. El monstruo de esta granja crea nuevos monstruos. Esa criatura es, en sí misma, la maldita revolución onírica.

»Han pasado veinte años desde que surgió ese ser, pero en todo ese tiempo no se han conseguido soñadores de igual calibre. Nadie sabe exactamente qué fue lo que lo hizo mutar. Se han repetido una y otra vez los mismos experimentos con otros sujetos, se les

han proporcionado las mismas drogas en el mismo orden en que se las dieron a él. Pero estos siguen siendo humanos, mientras que este engendro dejó de serlo hace mucho tiempo.

»Esta granja no solo es una fábrica de sueños, se intenta por todos los medios posibles conseguir nuevos monstruos generadores de monstruos. Ese era mi cometido aquí, por eso me contrató el Departamento de Descanso y Bienestar: para investigar a la criatura de esta granja y conseguir una nueva versión. Pero todos nuestros esfuerzos fueron en vano. Cuando estalló la crisis de la peste onírica, muchos argumentaron que el monstruo debía morir, pero había voces discordantes que se negaban a sacrificarlo. "Ha sido un lamentable accidente", afirmaban. "Un accidente que no volverá a repetirse." "Se extremarán las precauciones", decían, "se implementarán nuevos sistemas de emergencia para evitar que vuelva a suceder algo semejante", aseguraban. "El monstruo estará siempre bajo control." En cuanto me conectaron a las máquinas comprendí que no había medidas de seguridad posibles para contenerlo: tarde o temprano volvería a escapar. Era inevitable. Noté su presencia en el circuito de durmientes, se movía despacio entre ellos, un depredador al acecho, en pos de su próxima víctima, paciente y metódico. De cuando en cuando alguno de los durmientes muere, pero lo habíamos tomado como un efecto secundario de la conexión continua. Pero entonces comprendí que no es así, el monstruo no moraba solo en su propia cabeza, los tentáculos de sus sueños se introducen en las mentes de los durmientes, palpa sus cerebros, olfatea sus pensamientos y elige la víctima que le parece más jugosa para jugar con ella. Por suerte, la propia configuración del sistema que impide que los sueños de los durmientes se mezclen frena las capacidades del monstruo y solo le permite estar en un soñador a un tiempo. A veces solo los deja en coma, otras los mata de miedo. Pero con Lydia no hizo nada de eso, se sirvió de sus sueños para tenderos una trampa.

–Pero ¿por qué me usó a mí? ¿Qué tengo de especial? –preguntó ella.

–Eres algo nuevo –le contestó Zola–. ¿Una nueva mutación, quizá? No lo sé. Hay dos tipos de soñadores, por un lado están los comunes, con sus sueños coloridos y funcionales. La mayor parte de la humanidad pertenece a esta clase. Luego están los soñadores lúcidos, los que, en ocasiones, son capaces de controlar sus sueños y de dominar su subconsciente a niveles asombrosos. Tú eres una de ellos, Lydia, pero, al mismo tiempo, también eres algo más. ¿Quizá la experimentación ha funcionado contigo? ¿Serás el germen de una nueva raza de supersoñadores? No lo sé. Lo que sí sé

es que el monstruo vio en ti una oportunidad de escapar. Se sirvió de ti para convocar a estos muchachitos y engañarlos para que lo dejaran libre.

»Lo vi rondarte, muchacha. Vi como te atrapaba, sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo. Solo mirar, prisionero de mi propio sueño. Lo vi jugar con los tuyos, lo vi moldearlos. El monstruo tenía que preparar el cebo a conciencia. Y debía ser muy cuidadoso. ¿Os imagináis qué habría sucedido si el mensaje de Lydia hubiera llegado a todos los usuarios de la nube? El revuelo habría sido general y no habrían tardado mucho en descubrir sus tejemanejes. No, al monstruo no le quedaba más remedio que ser muy selectivo. Tenía un perfil claro de los sujetos a los que quería atraer: debían vivir en los núcleos urbanos más próximos a la granja, desde luego, y además los quería jóvenes, más receptivos por su edad a la naturaleza de su cebo. Buscaba también un patrón mental muy semejante: muchachos inconformistas, con ciertos conocimientos técnicos, los suficientes como para que cumplieran su propósito una vez que cayeran en la trampa. Por eso el mensaje de auxilio de Lydia solo se activa ante soñadores que cumplen unos requisitos específicos. ¿Cuáles? Algunos ni siquiera yo mismo los comprendo, pero ¿quién puede alcanzar a comprender los designios de un loco?

»Ah. ¿Cuánta gente fue convocada por el monstruo? ¿Cuántos habrán soñado con Lydia, nuestra hermosa Lydia? ¿Decenas? ¿Centenares? Pero de entre todos ellos sois vosotros los que habéis venido hasta aquí en este día aciago. Sois vosotros a los que las circunstancias y los hados de los sueños han escogido para la batalla que se aproxima.

»Sí, el monstruo tendió sus redes en la nube con la esperanza de atraer a sus libertadores. Apeló a vuestra humanidad, a vuestros sentimientos más profundos, os enseñó a una muchacha desvalida y acudisteis al rescate sin pensarlo dos veces. Ahora soy yo el que apela a vuestra humanidad, al lado rabioso de la misma, al lado oscuro, al que no crea, sino destruye… Necesito que me ayudéis a detener al monstruo.

»Necesito que me ayudéis a matarlo.

INTERLUDIO:
ISAAC CALVERO

Isaac se guardó el comunicador en el bolsillo. Había llamado por enésima vez a Ismael y por enésima vez no había recibido señal alguna. El receptor de su hijo se empeñaba en continuar muerto, en un silencio ominoso que le removía el estómago. Era un silencio preñado de fatalidad, de destinos a punto de truncarse, el mismo silencio que lo había acompañado de camino a identificar el cadáver de Susan en el hospital meses atrás. Intentar convencerse de que sus temores eran infundados no servía de nada. Sabía que la posibilidad de que Ismael estuviera conectado a la red onírica en el momento del ataque era mínima, más si tenía en cuenta que el propio Isaac le había pedido que evitara la nube, pero aun así no podía dejar de pensar que era una posibilidad real. El miedo era libre, más aún en aquellos momentos. Respiró hondo y soltó el aire en un largo resoplido que era mitad impaciencia y mitad frustración. A pesar de haberlo guardado solo unos instantes antes, volvió a sacar el móvil, un diminuto ingenio ovalado y plano, sin teclado aparente, y llamó de nuevo al último número marcado. El aparato continuó sumido en el silencio terco de las líneas muertas. Pero eso no quería decir nada. Las comunicaciones continuaban colapsadas e iban a seguir así durante bastante tiempo.

Se dio cuenta de que le costaba evocar el rostro de su hijo. No lo había olvidado, por supuesto, no llegaba a ese extremo, pero al intentar visualizarlo se le difuminaban sus rasgos, como si estuvieran dibujados en niebla. Los de Susan, en cambio, estaban claros en su recuerdo, como si acabara de verla solo un segundo antes. ¿Y acaso le extrañaba? En las últimas semanas había visto más a su mujer muerta que a Ismael. Buscarla en sueños había sido el motor de su existencia; la única forma que había encontrado de mantenerse cuerdo era fingir que ella no había muerto, fingir que el sueño era la realidad

y esta una pesadilla trastocada. No se le escapaba la profunda paradoja que representaba que los muertos fueran más reales para él que los vivos.

No había tiempo para eso. No había tiempo para recriminaciones.

El caos seguía imperando en la torre del Departamento de Seguridad, pero se estaban asentando ya las bases de la calma. La presencia del Departamento de Paz en el edificio contribuía en gran medida a ello. Los hombres serios y uniformados, la mayoría veteranos con muchos años de guerra a cuestas, traían consigo la marcialidad y un saber estar contagioso. Dentro de la extrema gravedad de lo que estaba sucediendo, había algo que agradecer: el oficial histérico que se había asomado a la puerta de Salomon apenas una hora antes se había equivocado, no todas las víctimas del ataque morían. De los treinta y cinco funcionarios y agentes del departamento conectados a la nube en el momento del ataque, habían fallecido siete. El resto había sufrido convulsiones durante cinco largos minutos y había terminado en coma profundo. En la primera planta de la torre se había improvisado un hospital de campaña donde se les estaba atendiendo hasta que pudieran trasladarlos a todos a la torre hospital del Departamento de Emergencias.

Todavía era demasiado pronto para tener un parte oficial de bajas, aunque los más agoreros presagiaban que aquel ataque demoledor se había cobrado en solo unos minutos más vidas que toda la peste onírica en conjunto. Isaac era uno de ellos y uno de los más pesimistas, además (a derrotismo solo lo ganaba Edgar Salomon, pero es que aquel hombre parecía haber nacido con una permanente nube de tormenta encima). Se estimaba que había siempre, de media, dos millones de personas conectadas de forma simultánea a la red onírica. Si el porcentaje de fallecimientos en la torre del departamento era extrapolable a la situación general, eso arrojaría el desolador saldo de cuatrocientos mil muertos. Una cifra de víctimas tan alta como las que habían provocado las bombas sucias del último tramo de la guerra. Lo que estaba sucediendo era demencial, inconcebible. Y más si se tenía en cuenta que, tras la peste onírica, se habían adoptado férreos protocolos de seguridad en la nube para que una tragedia semejante no volviera a suceder. Esos sistemas de emergencia habían funcionado, pero al parecer solo a medias. Se habían activado a la primera señal de mal funcionamiento en la nube. Tan solo unas décimas de segundo después de que las primeras alarmas saltaran, la red se había cerrado a cal y canto, se había hecho estanca, impidiendo cualquier tipo de nueva conexión a ella. En el proceso, la propia red debería haber expulsado y puesto a salvo a todos los soñadores que en aquel momento se encontraran en línea. Pero eso no había

sucedido, la mente de aquellos hombres y mujeres formaba ahora a efectos prácticos parte de la nube. Las mentes más débiles habían sucumbido a ese ataque, a esa asimilación, y habían muerto, mientras que el resto había caído en coma. La nube estaba ahora mismo en cuarentena, y seguiría estándolo hasta que se averiguara cuál era la naturaleza exacta de la amenaza y el modo de erradicarla. Aun así, Isaac no se llevaba a engaño, lo sucedido había supuesto el punto final de la revolución onírica. Ya nadie volvería a confiar en la nube, ya nadie volvería a conectarse jamás a ella. Aquello representaba el final del sueño.

–¡Señor! –escuchó voces procedentes del pasillo. Un suboficial se acercaba casi a la carrera–. ¡El teniente Salomon me ha mandado venir a buscarlo! ¡Ya está todo dispuesto, van a empezar de inmediato!

El artesano onírico avivó el paso tras el joven, un muchacho moreno y barbilampiño, con toda probabilidad un novato en el departamento. Su mente derivó de nuevo hacia Ismael, pero consiguió detenerla a tiempo. «Estará bien», se dijo. «Tiene que estarlo. La vida no puede ser tan injusta como para arrebatarme a Susan y a Ismael casi al mismo tiempo.»

El suboficial lo guió hasta la misma estancia a la que lo había conducido Edgar Salomon dos días atrás. El cuerpo del funcionario muerto había desaparecido, en su lugar estaban allí tres de los siete desdichados que habían caído en la torre. Los habían tumbado en camillas blancas, colocadas en paralelo; tenían sus cerebros al descubierto y un sinfín de sensores exploratorios hundidos en ambos lóbulos. No había tiempo para escrúpulos ni medias tintas, pero aun así Isaac no pudo evitar estremecerse. Hacía apenas una hora que aquellos hombres habían estado vivos, compartiendo espacio y aire con las mismas personas que les habían desenroscado los cráneos para echar un vistazo dentro. Edgar Salomon estaba allí también, junto a varios altos cargos del Departamento de Seguridad y dos militares uniformados de rostro granítico y sombrío. Salomon se acercó a grandes pasos hacia él; tenía, curiosamente, aspecto satisfecho, como si su pesimismo innato se hubiera visto recompensado con una situación acorde a él.

–Todo está preparado –le dijo en voz baja–, y por lo que dicen hay bastante información en los nanonitos de las víctimas como para conseguir buenas imágenes. Se han perdido muchos datos, claro, pero hay más que suficiente con las grabaciones que hemos sacado de estos tres. –Bajó aún más la voz–. ¿Has podido contactar con tu hijo?

Isaac negó con la cabeza. El otro lo tomó del antebrazo y apretó con firmeza, en un torpe intento de darle ánimos.

–¡Señores! –Uno de los dos militares, el de menor graduación, dio un paso al frente mientras alzaba las manos pidiendo atención. El director del Departamento de Seguridad fue tras él, como si fuera su sombra–. Guarden silencio, por favor. E intentemos dejar de lado nuestras emociones durante unos minutos. Necesitamos ser fríos, necesitamos ser lógicos. Y sobre todo necesitamos saber a qué nos enfrentamos. –Se volvió hacia la mujer de blanco sentada a los controles del aparato conectado al cerebro de las víctimas. Era la misma que ya conocía Isaac y su pose era idéntica a cuando la había visto por vez primera: una apatía indolente, como si lo que estuviera ocurriendo no la afectara demasiado–. ¿Está todo dispuesto? –le preguntó el militar. Ella asintió con desgana–. Conecte entonces –ordenó.

–Entraremos en modo proyección dentro de unos segundos –anunció la mujer, con una voz tan calmada que Isaac estuvo a punto de gritar–. La imagen debería ser nítida. –Ahogó un bostezo contra el dorso de la mano–. O no.

Las hileras de monitores situadas a media altura en los muros mostraban en sus pantallas un blanco luminoso. Todo el mundo observaba, a la espera, impaciente. Isaac casi podía oír el retumbar inquieto de los corazones de los presentes. Las lecturas que habían conseguido mostraban una actividad cerebral desproporcionada, con picos que cuadriplicaban la actividad normal en momentos de sueño. Un primer monitor, situado en el extremo izquierdo de la pared frente a él, se encendió. Pasó del blanco al negro. El adyacente se encendió después. Y otro un poco más allá. Uno a uno fueron regresando a la vida y se fusionaron entre sí, como diferentes piezas de un puzle. Todas las pantallas mostraban la misma oscuridad cerrada. ¿Ese era el sueño que soñaban los muertos? ¿Esa era la pesadilla que había hecho tantos estragos en la nube? ¿Oscuridad y tinieblas?

Isaac tragó saliva. Alguien preguntó en voz baja «¿qué diablos es eso?». En la oscuridad flotaban estructuras densas, todavía más negras que las tinieblas. Era complicado discernir de qué se trataba. Había un sinfín de diferentes oscuridades en esas imágenes, trallazos sombríos que se agitaban como insectos, como olas, pero imposibles de definir o identificar. La negrura de las pantallas era una negrura líquida, inquieta.

–La textura del sueño indica que el tiempo onírico y el tiempo real están muy descompasados –dijo Isaac. Su voz sonó extraña en el silencio profundo que había seguido a la proyección de las imágenes. Sintió que todas las miradas se posaban en él.

No le importó–. Nunca había visto nada semejante –prosiguió mientras se acercaba al monitor más próximo. Aquello era sorprendente–. Un minuto de tiempo real debe de equivaler a meses en tiempo del sueño, años quizá. –Aquella velocidad acelerada explicaría el porqué de la prodigiosa actividad mental de las víctimas en coma–. Por eso no se distinguen imágenes, van tan deprisa que se superponen unas a otras, se mezclan, se confunden. Imaginen qué ocurriría si todo lo que han visto durante su vida entera pasara ante su vista en solo unos segundos…

El militar de mayor graduación lo miraba con los ojos entrecerrados. Parecía prestar más atención a la tarjeta de visitante que le colgaba del cuello que a sus explicaciones.

–¿Quién es usted? –le preguntó. Sus ojos lo taladraron con el enfoque de miras telescópicas. La autoridad de su voz era tal que, solo con oírla, Isaac sintió como su cuerpo comenzaba a cuadrarse, sin que él hubiera dado orden alguna a sus músculos.

–Es Isaac Calvero, señor, nuestro experto externo en ingeniería onírica –contestó Salomon por él–. Colaboró con nosotros durante la crisis de Armind Zola. Su ayuda fue inestima…

–¿Externo? –lo interrumpió el otro de malas maneras–. ¿Un civil? ¿Han tenido las narices de meter un civil aquí dentro? –Miraba a Isaac con repugnancia, como si fuera un inoportuno insecto encontrado en un plato a medio comer–. ¿Acaso hemos perdido todos el norte? –Negó con la cabeza con fuerza–. Por favor, salga de aquí ahora mismo, señor Calvero –le ordenó con rudeza–. Le agradecemos cualquier ayuda que haya podido proporcionarnos en el pasado, pero su presencia ya no es necesaria. Contamos con nuestros propios expertos, con toda probabilidad tan preparados como usted en estas lides.

Salomon le dedicó una mirada de pesar y un gesto de disculpa, no en vano había sido él quien había insistido en que se quedara. Isaac se encogió de hombros. Tanto le daba. En definitiva, no quería estar ahí y además poco podía hacer para ayudar. Aquel asunto lo sobrepasaba. A él y sospechaba que a todos los que estaban reunidos en aquella sala. Asintió con la cabeza y se encaminó hacia la puerta tras echar un último vistazo a las pantallas negras; las distintas oscuridades que se agitaban allí se le antojaron perversas, un augurio fatal que pesaba sobre las cabezas de todos. Salomon lo acompañó hasta la puerta, en el rostro se le notaba claramente lo contrariado que se sentía.

–Espero que consigáis detenerlo antes de que cause más daño –le dijo Isaac mientras le tendía la mano. El otro se la estrechó con fuerza–. Y estoy convencido de que está

capacitado para hacerlo. Os deseo toda la suerte del mundo, porque vais a necesitarla.

–Ya no queda suerte en el mundo –le dijo Salomon en voz baja–. La agotamos durante la guerra. –Los ojos le brillaban con un fuego nuevo. E Isaac comprendió que el hombre que tenía delante era un hombre acabado; no era una pose, era un hombre que lo había perdido todo, hasta el valor para suicidarse. Era un hombre que sonreiría si se terminaba el mundo–. Vete a casa, Isaac, ve con tu hijo. Siento haberte retrasado.

Que lo expulsaran de aquella reunión no le provocó el menor malestar. Al contrario, se sintió liberado, casi ingrávido. Tuvo que contenerse para no echar a correr en pos de los ascensores. No veía el momento de llegar a casa y comprobar que Ismael se encontraba bien. ¿Funcionarían los trenes aéreos? Lo dudaba. Tenía la sospecha de que lo esperaba una caminata de más de dos horas, pero al menos ya estaría en camino, ya estaría en marcha. Hizo otro nuevo intento vano de contactar con Ismael. El revuelo en la planta en la que se encontraba se había sosegado sobremanera en los últimos minutos. Había reuniones tras cada puerta de cada despacho. Se veía a hombres y mujeres de los distintos departamentos que trabajaban codo con codo. Distinguió los emblemas de los departamentos de Descanso y Bienestar, de Emergencia, de Paz, de Seguridad y, aunque no logró entenderlo, del Departamento de Recuperación del Espacio. Los rostros mostraban una indudable tensión. «Bien –se dijo Isaac–, que trabajen ellos, que lo arreglen ellos. Yo me voy a casa.»

Oyó unos gritos procedentes de un pasillo cercano. Una voz airada discutía con otras que intentaban guardar la compostura. Alguien, por lo visto, no quería marcharse, alguien, por lo que parecía, estaba convencido de que podía contribuir a la causa. Una segunda voz argumentó que en el estado en que se encontraba no podía ayudar a nadie y le ordenaba, de manera tajante, irse a casa. Unos segundos después, se oyó un fuerte portazo. Isaac continuó su camino, aunque con la vista fija en el pasillo del que habían procedido los gritos. De allí, caminando deprisa pero con andar inseguro, casi tambaleante, llegó un hombre demacrado, con aspecto de estar bebido. Tendría cerca de sesenta años, aunque tanto la bebida como su paso lo hacían parecer mucho mayor. El emblema de su cuello indicaba que pertenecía al cuerpo de Seguridad. Ambos confluyeron casi al mismo tiempo en la zona de ascensores. Isaac intentó no establecer contacto visual con aquel sujeto mientras llamaba otra vez a Ismael. El hombre no le prestó tampoco la menor atención. Se retorcía las manos, sin dejar de mascullar para sí.

El ascensor no tardó en llegar. Isaac entró el primero y se pegó contra la pared de la cabina al tiempo que guardaba el móvil en el bolsillo trasero de su pantalón. El otro hombre entró después. Tenía un aspecto de derrota absoluta que a Isaac le resultó familiar, no en vano lo veía en sus propios rasgos cada vez que se miraba al espejo. Pero había algo más que le resultaba familiar en aquel extraño. Eran sus ojos, de un azul clarísimo. Había visto antes a aquel tipo, aunque no podía precisar dónde ni cuándo. El otro hombre le devolvió el escrutinio con idéntica intensidad y, por lo visto, él sí consiguió ubicarlo.

–Te conozco –le anunció con voz arrastrada mientras el ascensor comenzaba el descenso. Tenía los párpados caídos y los ojos rojos–. Te conozco, sí –insistió–. De cuando lo de la peste onírica. Eras uno de esos artesanos piratas, ¿verdad? Uno de los tipos que trajeron para… ayudar. –Isaac asintió. Ahora lo recordaba. Aquel hombre había sido uno de los oficiales destinados a la investigación, un tipo sombrío que apenas les había dirigido la palabra–. Sí. Tuvimos un buen jaleo aquí aquellos días. Aunque nada comparado a esto. No hay nada comparable a esto. Qué ingenuos fuimos. Qué estúpidos. –Eructó contra el dorso de la mano–. ¡Y después de lo que pasó todavía creímos que podríamos controlarlo! ¡Lo dejamos vivir, maldita sea! ¡Lo dejamos vivir! ¡¿Y todavía se atreven a decir que tienen dudas de que él esté detrás de esto?! ¡¿Qué más pruebas necesitan para matarlo de una vez por todas?! ¡Lo que está pasando es culpa nuestra! ¡Teníamos que haber acabado con él hace diez años!

–¿A Zola? –preguntó él, sorprendido–. ¿Se refiere a Armind Zola?

–¿Zola? ¿Qué tiene que ver ese idiota con todo esto? –Parecía confundido. El hombre lo miró de nuevo y parpadeó varias veces. Su mirada se aclaró de pronto, como si acabara de comprender algo obvio, y soltó una carcajada amarga–. No, claro, usted no lo sabe. No puede saberlo –dijo–. Y si sigo hablando me matarán. Y lo matarán también a usted. ¿A quién van a importarle dos cadáveres más en mitad de la masacre?

En ese preciso instante la luz se fue y la cabina del ascensor comenzó a caer a plomo. Fue una sacudida brutal, un estremecimiento que amenazó con desencajarle, uno a uno, todos los huesos del esqueleto. Por suerte la caída duró apenas dos segundos. El receptáculo dio otra brusca sacudida, se oyó el chillido exagerado de los frenos de emergencia y a continuación el ascensor quedó inmóvil, encajado entre dos plantas. La oscuridad era total. Isaac no pudo evitar recordar los sueños de los muertos, unas plantas más arriba. Las tinieblas móviles, perversas. La oscuridad insondable.

–No se preocupe –le pidió el otro hombre. No podía verlo, pero la peste de su aliento delataba su ubicación. Isaac se lo imaginó como una botella de aguaviva con forma humana–. Los generadores de emergencia no tardarán en encenderse. No estaremos aquí mucho tiempo.

Tenía razón. Poco después la luz regresó, aunque mucho menos intensa que antes. Era una luz mortecina que dotaba a las formas de un aspecto quebradizo, como si los objetos no fueran del todo reales. Aquella iluminación no sirvió para tranquilizarlo. Todavía sentía el corazón en la garganta. El ascensor, tras una tos bronca, retomó el descenso, más despacio también, como un escalador que no las tiene todas consigo a la hora de bajar una pared. Le llevó cinco minutos eternos llegar a la primera planta. Las puertas se deslizaron a la izquierda, renqueantes. En los pasillos imperaba la misma luz enfermiza, una luz desabrida que a Isaac le recordó el tiempo de la guerra, con sus cortes constantes de energía y las continuas visitas a los refugios antiaéreos cuando sonaban las alarmas. Fue el primero en salir y no tardó en percibir que algo marchaba mal. En el aire había un sabor a ozono quemado, a sangre derramada. Miró a su acompañante. Era evidente que también notaba algo. Parecía más centrado que solo unos instantes antes, y su gesto de derrota y abatimiento había dejado paso a uno de total concentración. Entrecerró los ojos, desenfundó una pistola negra, de cachas blancas, y le hizo un gesto para que permaneciera a su espalda.

A la izquierda de la zona de ascensores, tras un amplio pasillo en curva, se veía la gran cristalera que conducía a la recepción de la torre. Más allá se adivinaban las sombras de una noche recién estrenada y las luces temblorosas de la ciudad malherida. Salieron del abrigo de los ascensores y se dirigieron hacia allí. El silencio era absoluto. Ya no se oían sirenas fuera y era tal la quietud del mundo que Isaac no tuvo problemas en pensar que un cataclismo mayúsculo había asolado a la humanidad y que solo habían sobrevivido ellos dos. Al otro lado de la curva del pasillo, más allá de la recepción, se encontraba la gran sala de conferencias que se había habilitado como hospital de campaña. La puerta de aquel lugar tenía dos batientes y ambos no terminaban de encajar. Había un cuerpo tirado entre ambas hojas, tumbado de costado sobre un charco de sangre.

Isaac intentó controlar la respiración. Las luces de emergencia hacían todo lo posible por aclarar las tinieblas, pero apenas lograban mancharlas de un tono a medio camino entre el blanco y el amarillo. Miró hacia la puerta que, más allá de la recepción, unía la

torre con la plataforma de atraque del tren aéreo y los ascensores y escaleras que bajaban a ras de tierra. Tenía la salida a apenas veinte metros de distancia, pero aun así permaneció clavado en su sitio. No había lugar a donde huir, no había lugar a donde escapar. Lo que estaba sucediendo allí esa noche era demasiado grande como para esquivarlo. El otro hombre se arrodilló junto al cadáver de la puerta, convertidos ambos en meras sombras deslucidas. Isaac salió de su inmovilidad y se acercó a ellos. El otro se volvió hacia él y le hizo un claro gesto para que guardara silencio. Sacó un intercomunicador de su bolsillo y se lo llevó a los labios.

–¿Pueden oírme? ¿Hay alguien en línea? –preguntó en voz baja. Isaac se acuclilló a su lado. El cadáver a sus pies tenía dos heridas de bala, una en la garganta y otra en el estómago. La sangre, bajo la escasa iluminación que llegaba de las luces del techo, se veía negra, casi sólida–. El enemigo ha cruzado las líneas. Están dentro –informó. Hablaba con absoluta calma–. Soy el primer teniente Daniel Lange, código 67767D, situación: planta baja de la torre. Estamos bajo ataque, repito: estamos bajo ataque. ¿Puede oírme alguien? –Desistió con un gruñido–. Puta mierda. Las líneas siguen colapsadas.

Isaac frunció el ceño, extrañado.

–¿Hasta las internas?

Los dos hombres echaron un vistazo a la sala a través de la puerta entreabierta. La estancia era espaciosa, con varias hileras de asientos y un gran escenario con forma de media luna en el frontal. Había cerca de una veintena de cadáveres a la vista, la mayoría sanitarios, aunque también se veían los uniformes grises de las fuerzas del Departamento de Seguridad, entremezclados con las propias víctimas del ataque a la nube, todos tumbados sobre su correspondiente charco de sangre, todos poseídos por esa inmovilidad terminal de lo que una vez estuvo vivo y nunca más volverá a estarlo. El lugar parecía desierto ahora. Allí dentro solo había cuerpos y sangre, quietud y silencio. Muchas de las camillas donde habían tendido a los afectados por el ataque estaban volcadas en el escenario y fuera de él. ¿Qué habría sucedido allí?

–No están todos –susurró Isaac. Daniel Lange lo miró sin comprender–. Los heridos por la nube –le aclaró–. Habían trasladado a cerca de treinta aquí abajo, pero no están todos. O se han ido o se los han llevado.

El hombre resopló y se pasó una mano por la frente. Parecía tan inseguro de cómo proceder como el propio Isaac. Un sonido repentino les hizo mirar a la derecha del

escenario. Era apenas audible, un gemido lento que de no ser por la acústica de la sala no habría llegado hasta ellos. Prestó atención. Algo reptaba allí, oculto a medias tras las filas de asientos. Isaac pensó en el niño descabezado que había atacado en sueños al funcionario muerto y se estremeció.

–Hay alguien con vida –dijo Daniel mientras se incorporaba.

Isaac se levantó también y puso cuidado en interponer el cuerpo del hombre del Departamento de Seguridad entre cualquier posible tirador y él. No era un valiente, no era un héroe, solo era alguien que quería estar en cualquier otro lugar que no fuera aquel. Daniel tenía razón. Uno de los heridos, una mujer de pelo negro y tez oscura, se arrastraba por la sala; a su paso dejaba una estela de sangre. Se dirigía a una puerta situada en un lateral de la gran estancia con una tenacidad implacable. Cada cierto tiempo soltaba un gemido, pero no cejaba en su empeño. Se encaminaron hacia ella, despacio; Daniel Lange, código 67767D, empuñaba el arma a dos manos, apuntando a cada sombra, a cada pliegue de oscuridad. La mujer, ajena a su aproximación, continuaba con su avance hacia la puerta. Arrastraba tras ella la fina sonda adherida a la vía que le habían clavado en un antebrazo. Era una de las víctimas del ataque a la nube. «Al menos ha salido del coma», se dijo Isaac, en un rapto de humor negro impropio de él. Daniel pareció reconocerla. Salvó los escasos pasos que los distanciaban a la carrera, sin preocuparse de posibles atacantes.

–¡Marga! –la llamó mientras se acercaba–. Detente, mujer, detente. ¿Adónde te crees que vas? –Se acuclilló a su lado, pero la mujer continuó ignorándolo y reptando por el suelo. Tenía aspecto de profesora de matemáticas a punto de jubilarse–. Marga, quieta, ¡que te estés quieta, te digo!

Intentó sujetarla y al verse frenada la mujer comenzó a debatirse con una rabia formidable, entre resoplidos de saliva y sangre. Lo golpeó con saña, intentó morderlo. Estaba desesperada por escapar. Solo con ver su rostro, a Isaac le quedó claro que aquella mujer se estaba muriendo; solo con ver sus ojos, le quedó claro que se había vuelto loca. Su mirada era la mirada de la obsesión, la de la demencia fuera de toda duda, de toda proporción.

–¡Cálmate! –le espetó Daniel. A pesar de que la doblaba en tamaño, le costó trabajo inmovilizarla. La atrajo hacia él, como si pretendiera abrazarla.

–¡Suéltame! ¡Suéltame! –gritaba ella. Su voz sonaba extraña, destrozada por emociones a las que difícilmente se le podían poner nombre–. ¡Me necesita! ¡El amo me

necesita! ¡Tengo una misión que cumplir! ¡Tengo que ayudarlo! ¡Tengo que ir! –Comenzó a golpearlo en el pecho con los puños, aunque sus embestidas habían perdido energía. Tanto ella como el hombre estaban ya embadurnados de sangre–. ¡Tengo que ayudarlo! –insistió–. ¡Si fallo me castigará! ¡Me encerrará en la oscuridad de nuevo, gritará en mi oído con su voz blasfema y me hará cosas perversas!

Isaac estaba temblando. Comenzaba a comprender. Y la posibilidad de estar en lo cierto lo aterraba.

–¿Qué te ha pedido que hagas? –formuló la pregunta con una calma que estaba lejos de sentir.

La llamada Marga volvió su rostro demacrado hacia él. Estaba pálida como un fantasma.

–La nube –dijo–. La nube. Quiere la nube. Quiere el sueño. –Sus ojos, enloquecidos, parecían a punto de salirse de sus órbitas. Estaban inyectados en sangre, en lágrimas. Isaac se preguntó qué habrían visto aquellos ojos–. Pero la nube es demasiado pequeña. Quiere más. Quiere que su reino no tenga ni fin ni parangón. Quiere que lo adoremos, que le rindamos sacrificio. Quiere a nuestros hijos. Quiere que rompamos sus cadenas y que expandamos la nube. Esa es la misión que nos ha encomendado. El dios de las pesadillas nos necesita para romper las barreras del sueño. ¡Nos necesita! ¡nos necesita!

Daniel Lange desistió de seguir sujetándola. Todo el aplomo del que había hecho gala al salir del ascensor se había desvanecido. Volvía a ser un borracho atosigado por una culpa más allá del entendimiento. Se había llevado una mano al pecho, como si quisiera comprobar que todavía le latía el corazón.

–¿Qué está pasando? –le preguntó a Isaac con un hilo de voz. La mujer, al verse libre, había comenzado de nuevo a arrastrarse. Pero lo hacía ahora con tan escaso brío que resultaba evidente que iba a morir antes de llegar a la puerta–. ¿Qué le han hecho? Joder, hace una hora y media me estaba tomando un café con ella. Hace hora y media me estaba enseñando imágenes de su nieto. ¿Qué diablos está ocurriendo?

–Para usted puede que haya pasado hora y media, pero para ella ha transcurrido mucho más tiempo. Muchísimo más. –Notaba en sus entrañas el mismo frío que había sentido al contemplar el cadáver de Susan–. Ha pasado meses soñando –dijo–. Años, tal vez… –Se preguntó qué le habrían hecho durante ese tiempo, qué horrores habría padecido, qué torturas, qué vejaciones…–. Le han lavado el cerebro en sueños –le explicó–. La han convertido en un títere, en un muñeco. –Quienquiera que estuviera

detrás del ataque a la nube onírica había dado otro sentido a las palabras «célula durmiente». Isaac señaló a la puerta hacia la que con tanto empeño se dirigía la moribunda–. ¿Qué hay allí? –preguntó.

–Pasillos y el acceso a los sótanos, a las entrañas de la torre –contestó. La voz le temblaba–. Allí están los almacenes, los cuartos de mantenimiento, las salas de máquinas… –Hizo una pausa. Lo miró a los ojos antes de continuar hablando–: Y el sistema informático –dijo.

–¿Se refiere a los ordenadores que controlan la torre? –preguntó Isaac.

–Me refiero a los ordenadores que lo controlan todo –contestó Daniel–. Cada sede de los departamentos principales tiene una sala de control en el sótano. Esa red controla todo lo que se pueda imaginar. Desde las idas y venidas de los trenes hasta los calefactores subterráneos. –Jadeó–. Y también controla los sistemas de seguridad de la nube, vigila las conexiones y desconexiones… No lo entiendo, ¿qué pretenden estos locos?

«Quiere expandir la nube», pensó Isaac. Para conseguirlo necesitaba más soñadores conectados a ella, era tan sencillo como eso. Pero las medidas de seguridad impedían nuevas conexiones a la red. Todo aquel que lo intentara recibiría una denegación de servicio. ¿Iban a retirar esa secuencia de seguridad? ¿Pretendían abrir de nuevo la nube a los posibles soñadores? Aunque lo consiguieran, dudaba que fueran muchos los que se conectaran a la red; la mayor parte de la población debía de estar ya al corriente de lo sucedido. Nadie en su sano juicio se conectaría a la red onírica por voluntad propia.

–Un sabotaje –contestó–. Pretenden sabotear la nube.

–¿Más todavía? ¿Cómo?

–No lo sé, pero tenemos que averiguarlo. –Echó a andar hacia la puerta. Daniel se le adelantó y lo empujó con suavidad hacia atrás. No hubo necesidad de palabras: él abriría camino.

La puerta conducía a un pasillo tan mal iluminado como el resto de la torre. Avanzaron con precaución, temerosos de estar entrando en una trampa. Había manchas de sangre tanto en las paredes como en el suelo, salpicaduras en su mayoría. Cuando el pasillo comenzó a bifurcarse y tomar aspecto de laberinto solo tuvieron que seguir el rastro de sangre para orientarse.

Este los llevó hasta las escaleras a los sótanos. Los peldaños eran estrechos y había una cantidad considerable de ellos. Todo tenía un sabor de pesadilla antigua, de cuando

los sueños eran algo individual, intransferible, cuando el hombre era el único dueño de lo que ocurría entre las paredes de su cráneo. Había una garita de vigilancia en la parte baja. La cristalera había recibido dos impactos de bala, pero el blindaje debía de ser lo bastante fuerte como para que solo se vieran dos mellas en su superficie, apenas dos lágrimas. Por desgracia para los dos cadáveres en el suelo, el blindaje de sus uniformes no había resultado tan efectivo. Uno de ellos todavía empuñaba la pistola con la que había intentado defenderse. Isaac, con manos temblorosas, se la quitó.

Un poco más adelante había una puerta doble. Al otro lado se oía un teclear incesante. Los dos hombres avanzaron el uno junto al otro. Fue el propio Isaac el que empujó, cuidadoso, uno de los batientes de la puerta. La estancia a la que llevaba era rectangular, bastante amplia, con mesas y escritorios dispuestos en paralelo. Había más cadáveres allí, los cuerpos de los técnicos que debían de haber estado trabajando en el momento de la emboscada. Las víctimas del ataque a la nube estaban sentadas en sus puestos, ante los monitores planos de las mesas y los que estaban incrustados en las paredes; todos tecleaban a la par en las terminales. A uno le faltaba media mano, pero eso no lo detenía, su velocidad apenas se veía frenada por su mutilación. Había casi una veintena de personas allí, todas sumidas en el mismo trance, todas volcando códigos en los monitores. Nadie vigilaba. Dos de ellos tenían armas junto a los teclados, pero por lo visto el resto se había limitado a dejarlas caer al suelo tras acabar con los desdichados de la sala de ordenadores.

–¡Apartaos de los teclados! –gritó Daniel Lange, código 67767D. Desde la puerta apuntaba a izquierda y derecha, dispuesto, comprendió Isaac, a disparar a cualquiera que hiciera ademán de coger un arma–. ¿¡No me oís, maldita sea!? ¡He dicho que apartéis las manos de los teclados!

Lo ignoraron. Todos, ajenos a su presencia, continuaban con su infatigable teclear. Los caracteres aparecían en los monitores a una velocidad pasmosa.

Isaac dio un paso dentro. Empuñaba la pistola que le había quitado al soldado muerto, pero se limitaba a apuntar al suelo. Casi había olvidado que la tenía en la mano. El sonido de los dedos al teclear sonaba como el tableteo de un arma, el sonido de una ametralladora lejana. Miró a la pantalla que tenía más cerca.

–¡He dicho que os apartéis! –aulló Daniel.

Códigos y más códigos. Avanzaban veloces en la pantalla, ristras de caracteres alfanuméricos. Allí se estaba configurando un programa informático, no un sueño. Era

un programa agresivo, un programa cuya importancia comenzó a hacérsele evidente cuando reconoció ciertos patrones. Ante sus ojos se vertían las subrutinas y parámetros gracias a los cuales los nanonitos pedían acceso a la nube. Tardó solo unos segundos en comprender qué estaba mal en ellos. Había una inversión de polos, un cambio de sentido en aquel programa. Y fue entonces cuando supo qué estaban haciendo. No, la red onírica no era lo bastante grande para quienquiera que estuviera moviendo los hilos de aquella locura. Hasta el momento los soñadores habían buscado siempre la nube por su propia voluntad, pero ahora era la nube la que estaba buscándolos a ellos. Era la nube la que iba a conectarse a los soñadores.

–¡Apartaos de los teclados! –gritó él también mientras alzaba su pistola, dispuesto a disparar contra aquellos pobres desdichados, contra aquellos títeres en manos de un poder desmedido.

Para su sorpresa lo hicieron. Todos al unísono dejaron de teclear y, con movimientos idénticos, se giraron en sus sillas. Todos tenían el mismo aspecto satisfecho. Habían dejado de teclear, pero el código seguía en pantalla. Se estaba ejecutando, comprendió Isaac Calvero, el programa se estaba ejecutando.

–Maldita… –No llegó a terminar la frase. Lo último que notó fue un puño descomunal que se cerraba alrededor de su cuerpo, una prisión de aire y ceniza que lo empotraba con una violencia inusitada contra el desmayo, contra la nube envenenada que iba al encuentro de todos y cada uno de los seres humanos que habían cometido la imprudencia de dejarse inyectar el futuro en el cerebro.

Isaac cayó, sumido en el sueño más profundo.

Se levantó al momento. No hubo solución de continuidad. Su cuerpo ni siquiera tenía recuerdo de haber tocado el suelo. Miró alrededor. Ya no estaba en la sala de los ordenadores y tanto los esclavos durmientes como los cadáveres habían desaparecido. Ahora estaba en mitad de una calle en tinieblas. Era de noche y llovía. Era una lluvia aceitosa, una lluvia que quemaba la piel al tocarla y hacía humear la ropa. Cada gota era un diminuto alfiler que le mordía la carne. Volvió en busca de refugio y se topó con que a su espalda había un vagón de tren destrozado, encajado entre dos torres, boca abajo, como un insecto muerto. Lo reconoció en el acto: era el vagón de tren que al descarrilar había matado a Susan. Estaba soñando. Y el gramaje de ese sueño era excepcional. Su

peso, su consistencia, su textura, todo, en suma, era abrumador. Aquel sueño era más real que la propia realidad.

–Isaac –dijo alguien tras él.

Reconoció la voz. ¿Cómo no hacerlo? Era ella. Susan. Su mujer muerta. Se volvió despacio, y en su pecho soñado el corazón latía como jamás habría podido latir el real.

Susan estaba a su espalda. Radiante y viva, más radiante y viva de lo que estaba en sus propios sueños. Isaac resopló, aturdido, enloquecido.

–Me han dicho que me estabas buscando –dijo ella.

Su sonrisa era perfecta, hermosa, su sonrisa era tan increíble que Isaac se encontró llorando de pronto en el sueño. Pero la sonrisa se hizo mayor, creció, las comisuras de los labios tiraron hacia arriba, rasgaron la piel, desgarraron la carne como si fuera papel atacado por cuchillas invisibles. La sonrisa destrozaba el rostro de su mujer. Isaac retrocedió un paso. Susan abrió las fauces, le mostró el caos de cristales y cuchillas que se amontonaban en sus encías y, después, se abalanzó sobre él.

UNA WAKIZASHI PARA LA SEÑORITA

Anna apartó con la mano un pez payaso que se había cruzado delante de su cara. Era payaso en el sentido más literal del término, con un curioso bombín negro, la cara pintada de blanco y una nariz falsa redonda y roja. La muchacha negó con la cabeza. Tanta información era difícil de procesar. Y además, ¿por qué todos tomaban como cierta la historia que les había contado ese hombre?

–¿Matarlo? –preguntó, y en su voz había un deje de histeria que no se le pasó por alto–. Lo dice como si fuera algo sencillo, fácil. ¡Estamos hablando de homicidio! Además, ¿por qué deberíamos creer a este tipo? ¿Qué pruebas tenemos de que nos está contando la verdad? ¿Y si nos está manejando de la misma manera que el monstruo?

El extraño que se había identificado como Armind Zola soltó un largo suspiro y, al hacerlo, varias flores brotaron de su espalda, espléndidas y coloridas. Una llovizna morada se descargaba sobre ellos, un suave caer de gotas diminutas que dejaban pequeñísimas manchas sobre la piel, manchas que no tardaban en secarse y desaparecer. Antes de que aquel hombre cubierto de flores pudiera contestar, Vito tomó la palabra:

–¿Habéis oído hablar de Maastrich Elegant?

–¿Quién? –preguntó Anna. Lo miró extrañada.

Vito se rascó la cabeza, incómodo. Era obvio que odiaba ser el centro de atención.

–Maastrich Elegant fue un conspiranoico que hace unos años se dedicó a promover ciertas ideas por la red acerca de que la peste onírica había sido muy diferente a como nos la había vendido el Gobierno. Fue arrestado en varias ocasiones: además de teórico de la conspiración era hacker profesional y un ladrón experimentado. Durante los últimos meses de su vida se dedicó a inundar las redes piratas con sus ideas. La mayoría eran fantasías de chalado, pero dio una descripción muy detallada de una entidad que él

definía, simplemente, como la Entelequia. Decía que este era el auténtico responsable de la peste onírica, y que había matado a muchas personas más desde entonces, a través de pesadillas prefabricadas por el Gobierno. Según él, había conseguido la información de un funcionario de las altas esferas. Nadie le hizo caso; era absurdo. Y entonces, de pronto, desapareció. A mí siempre me había parecido un personaje fascinante, y me puse a investigar…

–Espera, espera. –Aaron lo interrumpió–. ¿Andabas por las redes piratas investigando hace años? Pero si solo tienes… ¿cuánto? ¿Quince años? ¿Con qué edad fue todo esto?

Vito bajó la cabeza, algo avergonzado.

–Nueve.

Aaron abrió la boca, pero la cerró deprisa, en cuanto otro pececillo, que volaba por ahí como si nadara en el aire, intentó colarse dentro. El pez se dio de bruces contra sus labios, dio un par de graciosas volteretas y siguió su camino.

–¿Qué le pasó? –le preguntó Anna–. ¿Averiguaste algo?

–Conseguí contactar con uno de sus familiares. Su viuda, de hecho. Nadie sabía que estaba casado. Me dijo que había muerto de un ataque al corazón mientras soñaba. Era muy paranoico con el tema de la nube, nunca se conectaba a ella y solo consumía sueños que le pasaban artesanos de la más estricta confianza. Curiosamente, uno de esos artesanos desapareció sin dejar rastro poco después de que Maastrich muriera. ¿Casualidad?

–Oooh. –Aaron interrumpió de nuevo su discurso–. Eso no suena nada bien.

Anna se impacientaba. No estaban llegando a ninguna parte.

–¿Y qué? ¿Qué tiene que ver? Todo eso no demuestra nada.

–Claro, claro, no lo demuestra. –Vito procuró apaciguarla–. Pero Maastrich decía que el día en que la Entelequia escapara del control del Gobierno la Humanidad entera caería bajo sus garras. Que sería el fin del mundo.

Lydia, que había permanecido callada durante el relato de Vito, comenzó a hablar:

–No sé nada de ese Elegant del que hablas, pero yo diría que sabía de la existencia del monstruo, que conocía su amenaza. De verdad, tenemos que detenerlo. Si no lo hacemos, si no le paramos los pies, morirán cientos de personas, tal vez miles…

Zola asintió con determinación. Había dejado de brotar y ahora echaba raíces, lentas y delgadas, que emergían del suelo frente a ellos.

–Y yo sé cómo hacerlo –dijo. Se sentó de nuevo. Un león diminuto asomó de la cintura de su pantalón. Zola lo ayudó a salir y lo dejó con delicadeza en el suelo. El felino sonrió agradecido y le enseñó unos dientes afilados y muy blancos, con tres pares de colmillos gigantescos en la hilera superior. Armind Zola perdió durante unos segundos el hilo de su discurso, pero pronto lo recuperó–: Llevo años trabajando en un sueño dentro del sueño, un programa intra-onírico.

–¿Un programa intra-onírico? –Ismael parecía confuso–. ¿Qué quieres decir?

–Permite que me explique –le pidió–. Tenéis que entender que la diferencia fundamental entre los demás soñadores de esta granja y mi humilde persona es que yo sé qué está pasando. Lo sabía antes de que me durmieran. Muchos de los presentes fueron secuestrados y anestesiados casi en el acto, sin que tuvieran oportunidad de entender lo que ocurría. Algunos de ellos ni siquiera recuerdan que existe un mundo real. Pero yo sabía lo que nos estaban haciendo, y entendí qué era el monstruo y cómo actuaba. Entendí que estaba en mis manos acabar con él. Así que me dediqué a esperar y a observar. No podía intervenir todavía. Si el monstruo hubiese tenido la más mínima sospecha de mis intenciones, me habría destruido sin dudarlo.

»El monstruo es muy poderoso, con toda seguridad el soñador lúcido más efectivo que existe. Y está loco, eso es indiscutible. No obstante, en algún momento fue una persona, un humano normal. Y por tanto, todavía conserva recuerdos, miedos, esperanzas de su vida anterior. Lo único que yo tenía que hacer era encontrarlos. Fui capturándolos, uno a uno. Comencé a reconocer ciertos símbolos, ciertas escenas en los sueños de los que eran afectados por su poder. Y a veces me arriesgué a rozar mi mente con la suya, a la caza de información que usar en su contra. Almacené lo que fui consiguiendo en un archivo que creé dentro del mismo sueño, con la idea de programar una rutina con la que atacar al monstruo. Un programa intra-onírico. Quería obligarlo a enfrentarse a sus propios recuerdos y fobias, todo de golpe. Quería conseguir, en resumidas cuentas, lo mismo que él consigue con sus víctimas: una sobrecarga emocional.

–¿Quieres matar al monstruo de miedo? –preguntó Ismael.

–Y de tristeza, y de vergüenza. De todo lo que pueda. Quiero pagarle con su misma moneda.

–¿Y dónde entramos nosotros aquí? –quiso saber Vito.

–Vosotros seréis mis procesadores. –Zola le propinó una palmada en la espalda y Vito dio un pequeño brinco, asustado. El contacto físico parecía gustarle tan poco como ser el

centro de atención.

–Quieres que amplifiquemos la potencia de tu programa –intervino Ismael. Zola asintió.

–Eso es. Quiero que lo ejecutéis conmigo, todos al mismo tiempo, para que el programa sea más poderoso, rápido y efectivo.

Ismael hizo un gesto de negación.

–Pero eso es imposible –dijo–, los nanonitos de nuestro cerebro solo son receptores, no podemos ejecutar programas con ellos…

Aaron negó con la cabeza y de sus largos mechones rubios salieron pequeñas tuercas azuladas.

–No entiendo nada. ¿Tú entiendes algo? –le preguntó a Anna.

Esta no contestó. Era difícil concentrarse. No solo por la proximidad arrebatadora de Lydia, también por la vorágine de elementos surrealistas que la rodeaban, a cada cual más cautivador (¿aquello que había pasado volando era un unicornio-pegaso morado con una faldita tutú?). Por extraño que pareciese, aquel ambiente de locura la tranquilizaba. Por fin se había acallado la voz de su madre en su mente. Era como si estar rodeada de milagros y portentos hiciera que todo fuera tan raro, tan extraordinario, que tuviese a la vez algún tipo de orden y sentido. Como si toda la lógica de su mente no pudiese competir con aquella galería onírica, y esta se hubiese rendido.

–Estás olvidando algo –le dijo Zola a Ismael–. Somos soñadores lúcidos. Tú, yo. Todos los que estamos aquí. Somos un nuevo tipo de soñador. Hasta ahora todos los usuarios de la tecnología del sueño han sido receptores, sí, consumidores pasivos de creaciones ajenas, a través de los nanonitos. Pero ahora… oh, ahora es diferente. El subconsciente ya no se contenta con mirar. Algunos nos hemos convertido en emisores, hemos aprendido a invertir la dirección del mensaje. No solo procesamos datos, ¡los aportamos! Y eso es exactamente lo que ha estado haciendo el monstruo, lo que ha hecho Lydia. ¡Podemos controlar los sueños! ¿No lo entiendes? Podemos luchar contra el monstruo en su propio terreno.

–No sé si eso funcionaría –dijo Ismael, cada vez más inquieto–. No tenemos su potencial. Ya has visto lo que es capaz de hacer.

–Pero ¡mira lo que somos capaces de hacer nosotros! –Realizó un gesto expansivo que los instaba a observar el mundo que los rodeaba–. Él es poderoso, pero nosotros también lo somos. Y tenemos a Lydia.

Esta lo miró con expresión dudosa, pero no dijo nada. La soñadora se había acomodado sobre una *chaise longue* construida de gominolas. Anna la recordó en la bañera gigante con forma de cisne y una parte muy escondida y avergonzada de su mente se preguntó si la Lydia de verdad tendría el mismo cuerpo desnudo que la Lydia-monstruo. Por enésima vez se forzó a centrarse en la conversación.

–¿Cómo lo haremos? –preguntó–. ¿Buscamos al monstruo y lo atacamos con un montón de código? –Miró a Zola con desconfianza. El plan no terminaba de gustarle.

–¡Códigos! ¡Qué ocurrencias! Esto no es un ordenador, querida niña. Esto es el mundo del sueño. –Le guiñó un ojo–. Aquí todo tiene imagen, símbolo, representación, hasta los programas más lógicos y aburridos. Toda esa compilación de datos, todos esos conocimientos, los vertí aquí. –Como si se tratara de un mago prestidigitador, de repente sacó de detrás de sí un cofre metálico–. Aquí está toda la información. Solo hay que darle forma.

Sin dejar de sonreír, abrió el cofre y les enseñó el interior.

–Ahí no hay nada –objetó Anna, algo irritada. ¿Les estaba tomando el pelo? Miró a Lydia. Esta parecía tranquila, confiada.

–¡Qué impaciencia! Todavía no, pero muy pronto lo habrá. Empecemos por ti, Anna. Veamos, qué podríamos usar… ¡Ah, ya sé! –Introdujo una mano en el cofre y, para asombro de todos, extrajo un sable. No era muy largo, de unos cincuenta centímetros, y la hoja era curva–. Una wakizashi para la señorita. –Se la entregó casi con reverencia.

–¿Una qué? –Anna la aceptó con manos temblorosas. ¿Qué se suponía que iba a hacer con eso? La única hoja que había usado en su vida había sido un cuchillo de untar.

–Es un arma tradicional japonesa que… bueno, da igual. La idea es que se la claves al monstruo. –Antes de que pudiera replicar, ya estaba rebuscando de nuevo en el cofre–. Para Vito tenemos algo muy especial, sí, aquí está. –Extrajo una extraña pistola con cañón en espiral y montones de botones y diales a lo largo de la empuñadura–. Esto es una… no lo sé, acabo de inventármela. Vamos a llamarla *destruyemonstruos*.

Vito no parecía muy convencido.

–Ese es un nombre ridículo.

–Puedes llamarla como quieras. Y hacer lo que se te antoje con los botoncitos, pero a efectos prácticos lo importante es que quites el seguro aquí. –Le mostró un pequeño interruptor rojo situado sobre el tambor, o lo que fuera aquella burbuja transparente a

través de la que se distinguía la maquinaria del arma–. Y que te acuerdes de apretar el gatillo.

Vito la cogió y comenzó a inspeccionarla. Zola siguió repartiendo su arsenal.

–Veamos qué hay para Aaron, para nuestro chico fuerte y atlético… ah, esto estará bien. –Del cofre salió ahora un subfusil negro, bastante más grande que su propio contenedor–. Te digo lo mismo que a Vito, limítate a disparar. –Su sonrisa se hizo más grande, casi lunática–. Es una metralleta muy especial, ¡es una metralleta mágica! Sin retroceso, munición inagotable… ¡Será como disparar en una película de Hollywood!

Aaron arrugó el entrecejo.

–¿De qué?

–Aaah, sois tan jóvenes. –Zola rió de nuevo–. Algunos todavía nos interesamos por los tiempos antiguos. Y es por eso por lo que Ismael se va a llevar otra reliquia. ¡Aquí la tienes! –Extrajo de la caja una espada inmensa, un gigantesco filo de batalla–. Un espadón precioso para ti.

Y era bonito, de eso no había duda. Su elegancia y tamaño atrajeron a Ismael de inmediato. Reflejaba la luz con fiereza y estaba afilada con precisión y maldad. La empuñadura era larga y elegante, envuelta en cuero suave y decorada con formas variadas. Estas cambiaban cada vez que la miraba: a veces eran arabescos, volutas y plantas que formaban elegantes tallos curvos, a veces animales que se entrelazaban y bailaban, a veces figuras humanas entrecruzadas en posturas imposibles y un tanto obscenas. No se le escapaba lo que representaba: era una espada de caballero, un montante de héroe. Estaba claro que aquel mundo de sueños había otorgado a Ismael un papel muy específico. Anna se preguntó si el muchacho estaría de acuerdo con este, si estaba conforme con el rol que le había tocado asumir.

–¿Y Lydia? –preguntó Aaron, que parecía estar disfrutando a lo grande con aquel reparto de regalos, mientras miraba a la soñadora con una devoción casi mística–. ¿Qué arma le darás a ella?

–Lydia no necesita armas. Déjame tu colgante, querida. –Esta, obediente, abrió el cierre de la cadena, lo retiró del cuello y se lo pasó. Zola lo introdujo en el cofre y volvió a sacarlo–. Ya está. Ya contiene todos los datos que necesitas. –Le devolvió la mariposa y se quedó mirándola unos instantes–. Cuando llegue el momento, sabrás qué hacer con él.

–Y ahora… ¿qué hacemos? ¿Cómo encontramos al monstruo? –Aaron, emocionado con su juguete nuevo, no hacía más que darle vueltas y sobarlo de arriba abajo.

–Primero, tendremos que entrar en la nube –dijo Zola.

–¿Cómo? –preguntó Vito.

–Vamos a seguir la estela del monstruo. –Zola agitó una mano y toda la parafernalia vegetal que lo había rodeado hasta entonces desapareció de golpe–. Este aprovechó el reinicio del sistema de seguridad tras la sobrecarga para buscar el único punto de contacto de la granja con la nube: un estrecho pasaje que lleva los sueños decodificados de los soñadores hasta el repetidor del valle.

–¿Y cómo le seguimos el rastro? –le preguntó Aaron. Estaba mirando alrededor, como si en algún punto de aquel escenario demencial pudiera descubrir algo semejante a un boquete.

–Será suficiente con desearlo –le explicó Zola–. Cada uno de vosotros tiene la habilidad de subir datos a la red. Todos sois soñadores lúcidos, podéis hacer casi cualquier cosa con vuestros sueños. En los espacios compartidos es más complicado porque os encontráis con los datos de otros soñadores y de la propia red, claro. Y un enfrentamiento entre todos nosotros y ese monstruo… –Parecía emocionado, ansioso–. No sé si ganaremos, pero desde luego será espectacular.

–No sabes si ganare…

–¡Hagámoslo! –Vito interrumpió a Aaron con un ímpetu impropio de él–. Dinos qué tenemos que hacer.

–Crear puertas. –Zola los miró a todos uno a uno–. Tenemos que hacer entender al sistema que deseamos acceder a la zona onírica compartida más enorme de todas, ¡a la gran nube! Imaginad una puerta, cualquier puerta. Imaginad que se hace presente, desead con todas vuestras fuerzas que aparezca frente a vosotros.

Todos obedecieron. En apenas unos segundos, frente a Lydia y a Zola habían aparecido dos puertas muy diferentes. La primera estaba hecha de un sinfín de mariposas que conformaban un marco singular sin dejar de agitar sus alas. La segunda estaba configurada por montones de ramas entrelazadas y cubiertas de hojas de un brillante verde esmeralda, de entre las que asomaba de cuando en cuando algún bulbo de colorido explosivo. Los demás seguían con la vista fija en el vacío, algo exasperados.

–Esto no funciona –dijo Anna–, visualizo una puerta pero no…

–No la visualices –le explicó Lydia–. Siéntela, piensa en cómo sería su tacto, su grosor. Créete que de verdad está ahí. Como en un sueño lúcido. Al fin y al cabo, es lo que es.

Anna recordó aquella ocasión en la que había conseguido volar. En el sueño se había tirado de lo alto de una torre interminable de cristal y, mucho antes de llegar al suelo, había levantado los brazos y había deseado (no, creído, sentido) volar. Y lo había conseguido. Si había podido volar entonces, no podía ser tan difícil hacer que apareciera una puerta.

Y allí estaba, alta y majestuosa frente a ella, metálica con un pomo enorme de latón labrado y una ventana redonda en el centro de cristal esmerilado. Emitió un suave suspiro de alivio y felicidad. Eso sí que era divertido.

Poco a poco, comenzaron a aparecer las demás puertas. La de Vito estaba, como cabía esperar, elaborada a base de complejos paneles y circuitos iluminados. La de Aaron era grande y sólida, de madera, con joyas azules incrustadas y figuras talladas en relieve de leones y lobos en lucha, rampantes sobre el marco. La de Ismael, sin embargo, seguía sin aparecer.

Durante unos segundos Anna sintió cierta lástima por él.

–Vas a explotar si sigues así –le dijo–. Para ser un artesano del sueño, esto no se te da nada bien.

Zola dejó escapar una leve carcajada.

–Lo siento, Ismael, no he podido evitarlo. Es que pones cara de estreñido.

Ismael se puso rojo de pura frustración. Zola acudió en su ayuda.

–Creo que sé dónde está el problema –le dijo.

Sorprendido, Ismael bajó la guardia y dejó que aquel hombre apuesto de sonrisa radiante siguiera hablando.

–Anna, sin quererlo, ha dado en el clavo. Es precisamente porque eres un artesano del sueño por lo que no consigues crear tu puerta.

–No te entiendo –dijo Ismael, frustrado.

–Verás… Has pasado tanto tiempo creando sueños para otras personas, evaluándolos, analizándolos y diseñándolos, que no consigues hacerlo para ti mismo.

–Eso no tiene mucho sentido –replicó el chico, todavía con la cara arrugada en un gesto de disgusto.

–¡Ah, pero lo tiene! Por primera vez nadie te ha dado indicaciones, referentes… ¡instrucciones! Por primera vez eres libre de crear lo que tú quieras, y eso te descoloca.

–Podría crear una puerta con instrucciones de alguno de nosotros –intervino Aaron.

–Imposible, no podría atravesarla. La puerta de cada uno es intransferible. Necesitamos crearla de cero nosotros mismos o no funcionaría. Cada uno tiene que encontrar el camino a la nube por sí mismo.

Lydia se acercó a Ismael con aquella sonrisa suya en los labios. Para gran descontento de Anna, lo agarró de la mano. La cogió con aquellos dedos que hacía tan poco habían estado alrededor de la espalda de Anna, aquellos dedos pequeños, ágiles y suaves. Acercó su rostro al del joven.

–Tienes que limpiar tu mente –le dijo–. Olvídate de todos los sueños que has construido para los demás. Hoy tienes que crear uno solo para ti. Imagínate que estás diseñando un sueño solo para tu disfrute personal.

Ismael no contestó, pero cerró los ojos. Parecía estar realizando un gran esfuerzo por concentrarse. Al cabo de unos instantes, tanto Anna como los demás emitieron un murmullo de asombro casi simultáneo. Ismael abrió los ojos. A Anna le resultó algo cómica su cara de incredulidad, como si lo que se levantaba frente a ellos no hubiera tenido nada que ver con él.

Una puerta titánica se mostraba ante ellos. Mas no era una puerta, sino un arco colosal en herradura, fabricado en un material negro y sólido. Pero lo extraordinario no era el arco en sí, sino todo lo que lo rodeaba. A su alrededor, todo desaparecía. Los peces bailarines, los cocos voladores, las burbujas llenas de universos, todo se difuminaba hasta convertirse en el mismo gran agujero oscuro que aparecía tras el arco.

–Es una puerta vacía –susurró Zola, visiblemente impresionado.

–La última vez que vi algo así… –comenzó a decir Lydia.

–Nunca has visto nada así –le cortó Zola, tajante. Miró con ternura a Ismael–. Has hecho un buen trabajo. Pero la próxima vez piensa en algo alegre. No sé, en pajaritos o ardillas.

–¿Y ahora qué hacemos? –preguntó Aaron, subfusil en ristre.

–Entraremos ahí y daremos su merecido al monstruo –dijo Vito, que sujetaba su arma con una sonrisa maniática.

–Pero la red es enorme, no será fácil encontrarlo –comentó Ismael.

Anna, distraída por la lluvia de palomitas de colores que los bombardeaba en aquellos instantes, intentó concentrarse. Tenía que haber una manera…

–¿Y si le tendemos una trampa? –preguntó–. ¿Podríamos atraerlo hacia nosotros de alguna forma? –«¿Y luego qué?», se preguntó. «¿Clavarle sus espadas y dispararle sus balas de juguete?» Se le escapó un suspiro frustrado, que salió de su boca en una pequeña vaharada irisada. Miró a Zola–. Has dicho que estuviste recopilando todos los recuerdos negativos y fobias del monstruo. ¿Tienes algo de lo contrario? ¿Algún recuerdo feliz? Tal vez podamos atraerlo con eso.

Zola negó con la cabeza.

–Me gustaría decir que en otro tiempo fue un ser inocente y encantador, y que todavía tiene cariño o sentimientos hacia algo o alguien, pero si es así yo no lo he visto.

Anna se quedó callada, algo decepcionada. Nadie dijo nada, pero entonces ella contraatacó:

–Utilicemos entonces sus defectos –dijo, decidida–. He estado dándole vueltas a una cosa…

–Dispara –dijo Aaron, y apuntó travieso con su subfusil.

Anna se rió. Su risa sonaba extraña en el ambiente onírico. De su boca surgieron pequeñas notas musicales voladoras que parecían compuestas de regaliz. Aaron atrapó una y comenzó a masticarla.

–Puaj. Había olvidado que odio el regaliz. –Escupió una semicorchea con expresión de asco.

–Toma. –Vito le alcanzó una fresa grande y muy roja que acababa de nacer de entre sus dedos. Aaron la tomó, agradecido, y la devoró sin miramientos.

–Creo que el rabito verde no se come –aventuró Vito.

–Está delicioso –afirmó Aaron–. Con rabito o sin rabito. –Se volvió en dirección a Anna, algo avergonzado por haberla interrumpido–. Perdona, Anna. Por favor, sigue hablando.

–Estaba pensando en cómo nos ha manipulado el monstruo a todos, sobre todo a mí… –Bajó la vista, todavía avergonzada. Al hacerlo vio que sus zapatos, en ese momento, eran de un azul cielo, con diminutas nubes algodonosas flotando alrededor–. Y en toda esa manipulación parece que hay cierto placer, que el monstruo disfruta haciendo sufrir a otros, jugando con ellos.

Lydia asintió.

–Sé a lo que te refieres. Es como… como si se emborrachara de poder.

–¡Exacto! –Anna tuvo la sensación de que la chica morena le había leído el pensamiento. La conexión que sentía con ella era inexplicable, y tan potente que le daba miedo. Una vez más, notó que le faltaba el aliento–. Es orgulloso, y le gusta jugar. Creo que si alguien le plantara cara, si lo desafiara en su propio juego, no podría resistirse.

–No podría soportar pensar que no es el mejor, el más poderoso –admitió Ismael. Anna lo miró, casi sorprendida de que estuviera de acuerdo con ella–. Sí. Sé lo que quieres decir.

Lydia los interrumpió:

–Yo sé cómo atraerlo.

–¿Cómo? –quiso saber Aaron, mientras escupía otro rabito verde.

–Confiad en mí. Lo atraeré. Sé lo que tengo que hacer. Retarlo en su terreno. Jugar a su juego e intentar hacerlo mejor que él.

–Creo que ya queda poco por hablar –terció Zola–. Niños, niñas, ha llegado la hora de ir a cazar monstruos. ¿Estáis preparados?

EL CORAZÓN DE LAS PESADILLAS

La puerta era negra, inmensa. Estaba hecha de vacío, de ausencia. E Ismael estaba ante ella, aterido de frío y miedo. ¿Él había creado eso? Una puerta tan siniestra a la fuerza debía de conducir a un lugar siniestro. Tenía la impresión de que el resto de sus compañeros no eran conscientes de la gravedad de la empresa que pretendían acometer; ni siquiera Vito, el paranoico del grupo, parecía preocupado al respecto. Todo tenía un aire de juego, de divertida improvisación, pero no era ni una cosa ni otra. Iban a entrar en una pesadilla para matar a un monstruo con armas proporcionadas por un loco que llevaba diez años soñando.

–Yo seré vuestro guía –les anunció Armind Zola–. Sería fatal que apareciéramos separados. El monstruo lo tendría muy fácil para acabar con nosotros.

–¿Y cómo se supone que vas a guiarnos? –preguntó Vito.

–No te preocupes, compañero, lo tengo todo bien medido y bien pensado –contestó Zola mientras se daba dos significativos golpes con un índice en la sien–. Mi mente roza las vuestras lo suficiente como para pastorearos sin dificultades. Seguid mi voz, aferraos a ella con uñas y dientes, porque será la cuerda que nos mantendrá unidos y nos llevará a todos al mismo punto.

Zola miró al grupo, parecía estar pasando revista a sus tropas. Tenía una media sonrisa en los labios.

–No sé qué nos esperará al otro lado –les advirtió–. Tenemos que estar preparados para cualquier cosa. Pero intentad controlar el miedo, eso es primordial. El miedo es su aliado, recordadlo. Vuestros temores os hacen débiles y al mismo tiempo lo fortalecen. No le deis poder sobre vosotros.

Todos echaron a andar, cada uno hacia su respectiva puerta. Estas estaban alineadas y alineados quedaron también ellos, seis soñadores de pie ante seis umbrales excavados en el sueño profundo. Ismael tenía a Anna a su izquierda y a Lydia a su derecha; la

muchacha parecía tan frágil y etérea como las mariposas que configuraban su puerta. De nuevo al contemplarla sintió aquella vorágine de sentimientos que le bullían dentro, ese removerse de emociones y calor sofocante. Estaba convencido de que aquel torbellino emocional era semejante a lo que debían de sentir Aaron o Vito cuando la miraban. O la propia Anna. ¿Cómo era posible que una misma persona calara tanto y tan de pronto en personas tan diferentes?

Sospechó que aquel enamoramiento repentino no era casual. Sospechó que aquellos sentimientos también los había provocado el monstruo de alguna forma, en un intento de conseguir que el cebo que había preparado para ellos resultara todavía más atractivo. ¿Era eso posible? ¿Podía un sueño alterado ser capaz de enamorar de tal manera? Sí, claro que sí. El mensaje de auxilio de Lydia bien podía ser una pócima amorosa, un elixir mágico preparado para seducir, para enloquecer, para enamorar. Se imaginó al engendro que moraba en las pesadillas como un Cupido deforme y aberrante, una monstruosa masa de carne de la que emergían dos alas diminutas, con un arco en las manos y un carcaj de flechas al hombro.

Aunque aquello fuera cierto, poco le importaba. Era amor, un amor desmedido, un amor de una intensidad cegadora, de eso no le cabía la menor duda. ¿Importaba acaso cómo se había producido? Lo importante era el sentimiento en sí, no cómo se había generado. Aunque su amor fuera una mentira, era una mentira tan perfecta y maravillosa que Ismael estaba dispuesto a creer en ella durante el resto de su vida.

De pronto, una voz ajena habló dentro de su cabeza. Las palabras parecían forjarse en la separación de su cerebro y su cráneo, justo bajo el hueso.

«No os asustéis», dijo Zola en su mente. La voz sonaba lejana y amortiguada, una voz recubierta de capas y capas de algodón. «Ha llegado el momento», anunció. «Contaré hasta tres y atravesaremos todos al mismo tiempo la puerta. Sin titubeos, por favor, sin miedo. Si alguien se queda atrás, que no intente seguirnos. Sería una idea nefasta. Lo mejor será que se quede a este lado del sueño, porque difícilmente podríamos encontrarnos al otro lado.» Les estaba dando una oportunidad de echarse atrás, comprendió Ismael, les estaba abriendo la puerta a una salida digna. «Escuchad mi voz, ataos a ella. Vamos, muchachos, bellos y maravillosos soñadores, ha llegado la hora.»

«Uno, dos y…»

Ismael no llegó a escuchar el tres, dio un paso adelante antes incluso de que Armind Zola pronunciara el último número. La oscuridad lo devoró. El mundo a su alrededor

desapareció. Avanzaba en el vacío, en la misma oscuridad sólida en la que estaba forjada la puerta que había convocado sin saber todavía muy bien cómo. No había nada allí. Ni siquiera estaba él. Se sentía vacío, ajeno. No fue capaz de precisar cuánto tiempo duró esa sensación. Quizá unos segundos, quizá unos meses, tal vez varias vidas. Cuando ya pensaba que iba a pasarse la eternidad en aquel agujero oscuro, escuchó otra vez al artesano loco.

«Avanzad ahora. Seguid mi voz.» Las palabras cosquilleaban en su cabeza como hormigas frenéticas, como chispazos eléctricos. «Dejad que sea vuestro faro, dejad que os guíe y venid conmigo al otro lado. Más allá del sueño, más allá de todo lo que podáis haber imaginado.»

Ismael siguió el sonido de aquella voz, solo que ya no era sonido. Las palabras se habían convertido en burbujas de colores vivos e imposibles, en estrellas incandescentes que brillaban entretejidas en el vacío. Y de pronto tuvo piernas otra vez con las que caminar. Sintió de nuevo el peso de la espada de Zola en la mano. La boca se le llenó del sabor agridulce de las canciones pasadas, del sabor amargo de la mañana en la que despiertas y recuerdas que has perdido a un ser querido.

El pasaje acabó sin previo aviso, la negrura desapareció en un estallido incongruente, en un rápido y violento oleaje que atronó a su alrededor como las alas de un millar de murciélagos. Se llevó las manos a los oídos. Un viento feroz, enloquecido, lo zarandeaba, y un pandemonio de voces y estruendos diversos colapsaba el mundo. Miró alrededor, no había rastro del resto del grupo. Todo era oscuridad. Estaba inmerso en un torbellino de cenizas, hojas podridas e insectos. Aquella ola de porquería lo hizo caer de rodillas al suelo. Armind Zola regresó a su cabeza, pero fue incapaz de escuchar una sola palabra de lo que decía. El sonido y el viento eran insoportables.

Trató de levantarse, pero una nueva ventolera terminó de doblegarlo y lo dejó postrado. Gritó, pidió auxilio y la boca se le llenó de insectos. En el viento había una multitud de filos, de bocas diminutas que mordían y arañaban. A la cacofonía exterior se le añadió la alarma de la diadema del sueño. El dispositivo intentaba despertarlo, pero no podía conseguirlo. Aquel mecanismo no tenía capacidad para extraerlo del lugar a donde había ido a parar su conciencia. Estaba en la nube, más allá del alcance de cualquier sistema de seguridad. Los residuos y los insectos comenzaban a enterrarlo, caían sobre él en oleadas cada vez más rápidas, cada vez más pesadas. A cada segundo que pasaba le costaba más trabajo moverse. Cuando comenzaba a desesperar de verdad, alguien le tocó

el hombro. Se giró, aterrado. Anna estaba arrodillada junto a él, envuelta en aquel viento inmundo. Lo zarandeaba, le hablaba a gritos, pero era imposible entenderla en mitad de aquel caos. La muchacha, harta, le tendió una mano y, antes de darse cuenta siquiera de lo que estaba haciendo, Ismael se la estrechó con todas las fuerzas que le quedaban.

Anna lo ayudó a incorporarse en medio del temporal. Lo levantó a tirones, desenterrándolo de aquel pútrido montón de basura y bullir de insectos. Ismael se dejó guiar. Sobre ellos caía una lluvia constante de moscas y escarabajos, de gusanos y cucarachas. Avanzaba con la boca cerrada, pero los insectos encontraban modos de colársele dentro: se le metían por los oídos, por la nariz, hasta intentaban meterse bajo sus pestañas.

De pronto, los gritos y la lluvia de insectos cesaron. Ismael cayó de rodillas de nuevo y comenzó a sacudirse los bichos a manotazos, frenético. Algunos lo mordían con saña, otros le picaban. Todo su cuerpo era un hervir de vida diminuta que parecía empeñada en hincarle sus fauces o clavarle el aguijón.

–¡Quitádmelos de encima! –aulló–. ¡Quitádmelos de encima!

Los insectos fueron desapareciendo, sin que sus golpes parecieran tener nada que ver con ello. Los veía desvanecerse, transformarse en humo y luego en nada. Tras unos instantes de pura angustia, se incorporó, medio tambaleándose. Estaba mareado, pero indemne. Ya no quedaba ni rastro de insectos, aunque en su imaginación todavía sentía múltiples patas que correteaban sobre su piel. Miró alrededor. El viento negro con su carga horripilante seguía bramando fuera. Se encontraba en una burbuja vacía, un espacio en blanco de paredes jabonosas tan grande como la relojería. Los demás estaban allí y lo contemplaban preocupados.

–Macho, creía que te habíamos perdido –le dijo Aaron–. ¡Qué locura de sitio! ¡Me va a picar todo el cuerpo durante el resto de mi vida! ¡Qué asco! ¡Qué asco!

–De no ser por Anna, todavía seguirías ahí fuera –le dijo Vito–. La chica te ha salvado. Lo mínimo que podrías hacer es agradecérselo.

Se volvió hacia ella mientras asentía, todavía aturdido.

–Gracias –le dijo–, gracias por sacarme de allí. No habría resistido mucho tiempo fuera. –Ella asintió, complacida al parecer por esa muestra de agradecimiento. Y era sincera. Sin la intervención de aquella muchacha era probable que ya estuviera muerto–. ¿Qué ha ocurrido? –preguntó él–. ¿Y dónde estamos? –quiso saber mientras hacía un gesto con las manos que abarcaba la gran esfera que los protegía del exterior.

Fue Armind Zola quien contestó:

–Primera pregunta: no entraste al mismo tiempo que el resto. Te adelantaste, muchachito impaciente, y casi te perdemos por eso. Por suerte para ti, Anna creyó verte y salió a buscarte antes de que pudiéramos detenerla. Segunda pregunta: Lydia nos ha protegido del caos de fuera. Ha soñado un refugio para nosotros. Y lo ha hecho sorprendentemente rápido. Una muestra clara de sus capacidades, cosa que tampoco debería extrañarme; por eso se sirvió de ella el monstruo para atraeros.

–Odio los bichos –aseguró ella mientras cruzaba los brazos bajo el pecho–. Me dan repelús.

–Las mariposas también son bichos, lo sabes, ¿verdad, cariño?

Lydia fulminó a Armind Zola con la mirada, como si acabara de soltar una blasfemia imperdonable.

Fuera de la burbuja proseguía la tormenta de insectos. No se alcanzaba a ver nada más allá, todo eran sombras y distintas oscuridades que cimbreaban de forma violenta, cortinajes oscuros que se agitaban desesperados en una dirección y en otra.

–¿No podemos salir de aquí? –preguntó Aaron mientras torcía el gesto–. Se me está revolviendo el estómago, en serio. A este paso vais a tener que soñar una fregona porque voy a soñar que vomito mucho y muy deprisa.

Lydia miró a Armind Zola, interrogativa.

–Podemos hacer lo que se nos antoje –le dijo este–. Solo tenemos que creer en ello. –Después se dirigió al resto–: Al crear la esfera, Lydia ha manipulado la nube. Eso es lo que la distingue como una soñadora lúcida, una soñadora activa: puede manipular el sueño, atrapar su urdimbre y cambiarla a su antojo. Vosotros también tenéis esa capacidad. Vuestros deseos en la nube son órdenes. A algunos os costará más manipularla que a otros, es natural, y no todos podréis hacerlo en el mismo grado.

–Así es como te hemos quitado los bichos de encima –le explicó Vito a Ismael. Por su tono de voz parecía bastante orgulloso de sí mismo–. Los hemos *descreado*, si es que semejante palabra existe. Aquí la mente es nuestra mejor arma –dijo, mientras enarbolaba de forma paradójica el complicado armatoste que le había proporcionado Armind Zola.

–¿Cuál es el límite a lo que podemos hacer? –preguntó Anna–. ¿Podemos desear que el monstruo desaparezca y conseguirlo?

Zola negó con la cabeza.

–Ojalá fuera tan sencillo. El monstruo es otro soñador –contestó–. Tus deseos no le afectarán de forma directa. Lo único que podemos manejar los soñadores lúcidos es el escenario. Y ya es bastante, creedme. Si quieres sacarnos de aquí, solo tienes que desearlo –le dijo a Lydia–. Tú has creado la esfera. Solo tienes que moverla. Conviértela en nuestro vehículo.

La soñadora asintió, aunque no parecía muy convencida. Ismael se sentó de nuevo en el suelo y apoyó la espalda contra la pared de la esfera. Estaba húmeda, pero era una humedad agradable, mucho más tras haber estado cubierto de insectos. Intentó tranquilizarse, pero sentía una opresión asfixiante en mitad del pecho, como si le hubieran incrustado a presión una piedra en las costillas. «No cedas al miedo, no cedas al miedo», se repetía una y otra vez; una frase sencilla, fácil de verbalizar, pero difícil de cumplir.

Lydia, indecisa, se llevó las manos a su colgante y comenzó a acariciarlo con cuidado, con mimo. Un instante después la burbuja que rodeaba al grupo comenzó a moverse, despacio al principio, como si estuviera sopesando sus capacidades; más deprisa al final. Se alzó entre el ciclón de desechos y remontó el vuelo. Ismael miró alrededor. Comenzaba a clarear tras las paredes de la burbuja, estaban emergiendo de aquel torbellino repugnante y dejaban una estela de suciedad a su paso. La oscuridad viviente se hizo pedazos para dejar su sitio a la oscuridad muerta de la nube. Se oyó un suspiro conjunto, interjecciones de sorpresa cuando la representación onírica de la red virtual se mostró ante sus ojos.

Había allí capas y capas de sueños, de realidades superpuestas. Así como el sueño común de los durmientes de la granja estaba construido a base de delirios inofensivos, aquella locura estaba fabricada con piezas de las más diversas pesadillas. Ruinas flotantes, islotes de tierra en llamas, bosques renegridos que crecían en el lomo de nubes de tormenta. Y por doquier se oía la misma algarabía incesante: los gritos de los torturados, los gritos de las víctimas de aquella pesadilla desmedida.

–Esto es el infierno –dijo Anna, impactada por el espectáculo.

–Es demasiado grande –murmuró Zola. Era evidente que él también estaba sobrepasado por la situación–. No debería ser tan grande –insistió. Ismael lo vio cerrar los ojos, su rostro adoptó durante unos instantes una expresión de concentración absoluta. El muchacho sospechó que había lanzado a su conciencia a sondear las mentes de los que estaban atrapados allí. El ceño del soñador se frunció, después hizo una

mueca entre la sorpresa y el horror–. Maldito sea. Ha absorbido a todos los soñadores. –Los miró, alarmado–. A todos los que portaban nanonitos al alcance de los repetidores. Los ha obligado a unirse a la nube. Por todos los infiernos, tiene a millones de personas atrapadas aquí. A millones. –Se llevó una mano a la frente para secarse un sudor que no estaba allí–. No contaba con esto, no contaba con esto…

–Es imposible –dijo Ismael mientras se levantaba del suelo–. La nube no tiene tanta capacidad, no puede gestionar tantas conexiones. Se colapsaría.

–No si cada mente obligada a soñar se convierte en parte de la red –le contestó Zola–. No si cada soñador aporta su propia mente a la nube. Los esclaviza y al mismo tiempo los convierte en parte de su dominio.

Ismael intentó hacerse una idea de lo que implicaban las palabras del artesano loco. Costaba concebirlo. ¿Todos aquellos con nanonitos en la cabeza atrapados en la nube? Era una idea turbadora. Contempló la oscuridad de fuera con el corazón acelerado. «Mi padre está aquí», se dijo. «Todos los que conozco están aquí.»

–¿Sammy habrá caído también? –preguntó Vito–. ¿Nos hemos quedado sin nadie que vigile?

–De ser así, los guardias de seguridad de la granja también se habrán quedado tiesos, ¿verdad? –dijo Aaron–. No sé vosotros, pero yo me sentiría más tranquilo si supiera que ahora mismo nadie puede descubrirnos. ¿De verdad creéis que Sammy puede protegernos? No tiene aspecto ni de saber cuidarse a sí mismo.

Zola negó con la cabeza.

–Vuestro amigo sigue despierto. Y los guardias también. No hay conexión remota hacia la nube desde la granja. La orografía del terreno y los restos de radiación lo impiden. Nosotros hemos entrado a través de una conexión directa, una conexión por cable que llega desde la granja hasta la torre repetidora que seguramente visteis cuando os acercabais. Todo aquel que esté dentro de la granja está fuera del alcance del monstruo y estará a salvo mientras no salga de ella.

La esfera de Lydia avanzaba a través de aquel escenario dantesco. Había islas flotantes por doquier. Cada una de ellas era un infierno en sí mismo, una estampa de horror y desolación. Había casas oscuras y lóbregas, similares a la que había construido el monstruo en el subconsciente de la soñadora. De los edificios llegaban tremendos gritos de dolor. Había islotes con lagos en su interior, todos repletos de gente ahogada, volcanes rebosantes de lava en cuyas laderas habían encadenado a un sinfín de

desdichados. Anna dio un grito y señaló hacia la derecha. Se aproximaban hacia una impresionante cascada blanca, tan enorme que ni se divisaba su punto más alto ni el lugar donde caía.

–Son dientes –dijo Vito, con la voz estrangulada–. Están cayendo dientes del cielo.

Todos observaron asombrados la riada de dientes y molares que cayeron sobre la burbuja cuando esta pasó a través de esa horripilante cascada. Entre las piezas caían, de cuando en cuando, quijadas completas. De algún lugar del sueño llegó un espantoso rugido. Un sonido tan estruendoso que, aun a pesar de estar resguardados en la burbuja, la mayor parte del grupo se sobresaltó. A continuación se oyó el sonido de alas, enormes como mundos, que batían el aire. En la distancia alcanzaron a distinguir una masa inmensa, difícil de describir, que avanzaba hacia lo profundo de los malos sueños.

–¿Ese es el monstruo? –preguntó Aaron con un hilo de voz.

–No –contestó Armind Zola–. Es una pesadilla. Otra más.

Poco después de dejar atrás la cascada de dientes, apareció ante ellos un islote de grandes dimensiones, ocupado en su totalidad por un bosque de árboles retorcidos. Un ejército de madera maltrecha que alzaba sus grotescas ramas hacia la oscuridad del cielo inhóspito. Hasta donde se extendía la vista todo era bosque. Los árboles que lo formaban estaban desnudos, sin el menor rastro de hojas en sus ramas siniestras; de cada una de ellas colgaba un ahorcado. Había hombres y mujeres en las más altas, niños y niñas en las más bajas. Ismael ahogó un gemido al comprobar que también había cuerpos de bebés colgando de aquellas marañas. Lo más horrible era que todavía estaban vivos, pataleaban en sus cadalsos, daban tirones y gemían, pero eran incapaces de liberarse. Había cientos de personas colgadas en aquel bosque.

–Esto es a lo que nos enfrentamos –dijo Armind Zola en voz baja–. ¿Comprendéis ahora de lo que es capaz ese engendro?

–¿Por qué? –preguntó Anna. Tenía lágrimas en los ojos–. ¿Por qué hace esto?

–Por el poder. Por el miedo. De eso se nutre. Y este es su reino. ¿Os queda ya alguna duda de que tenemos que destruirlo?

Nadie contestó. No hacía falta.

Lydia guió la burbuja hasta el bosque de los ahorcados. Su rostro era una máscara de férrea determinación. La esfera aterrizó en medio de aquel lugar desolado y terrible, entre los árboles y las víctimas del monstruo. Los cuerpos penduleaban de las ramas, como grotescos adornos de Navidad. Intentaban desatarse, pero sus manos, convertidas

en garras, no podían deshacer los nudos que los condenaban a esa agonía interminable. Antes de que nadie pudiera reaccionar, Lydia salió de la esfera. Simplemente atravesó su pared acuosa, sin que su superficie resultara dañada en el proceso; la pared se limitó a tensarse, a vibrar y volvió a cerrarse tras ella una vez que salió fuera. El suelo de aquel bosque demencial estaba formado por un mantillo de vegetación y restos de animales muertos. En cuanto Lydia pisó fuera, el terreno revivió. Dejó una huella perfecta de un verdor inconmensurable, del tamaño exacto de la planta de su pie, con una flor de un espectacular color rojo en el centro. A cada paso que daba el escenario se transformaba. Los árboles se iban llenando de hojas, estas brotaban de las ramas a gran velocidad. Los árboles retorcidos se enderezaban, su corteza muerta y gris cobraba un saludable tono marrón. Pero el cambio más evidente era que las sogas de los ahorcados desaparecían y estos, con suavidad, caían a tierra. Allí permanecían: de rodillas unos, tumbados otros, trastornados todos por su repentina liberación. Varios de los que lograron reaccionar se arrastraron hacia Lydia y tendieron las manos hacia ella como si fuera una divinidad bajada de los cielos.

La siguiente en salir de la esfera fue Anna, y a su paso el escenario también cambió, no de una forma tan rotunda, pero patente. Dejaba una estela de hierba salpicada de flores a su paso, de árboles vivos y ahorcados liberados. Uno a uno todos salieron de la esfera, y todos aportaron su parte de liberación a aquel horror. El cielo sobre sus cabezas dejó de ser de granítica oscuridad y comenzó a virar hacia el azul. «¿Estamos nosotros haciendo esto?», se preguntó Ismael. «¿Con nuestra mera presencia cambiamos el sueño?» Era impresionante. Pronto estuvieron rodeados de una multitud agradecida.

–Años colgando –les dijo un hombre pálido, tan consumido que parecía que le habían apuñalado las mejillas–. Años colgando de un maldito árbol. Gracias, muchísimas gracias.

Las manos de los que habían salvado buscaban tocarlos, acariciarlos. Ismael se sintió incómodo. Retrocedió varios pasos.

–Ya viene –murmuró Armind Zola–. Viene el monstruo.

Las hojas nuevas de los árboles comenzaron a marchitarse, a ennegrecerse. Algunas se resquebrajaron, otras se desprendieron de las ramas de donde brotaban y cayeron muertas al suelo. El viento soplaba quejumbroso entre los árboles, que, poco a poco, comenzaban a encorvarse otra vez. Lydia luchaba contra aquel marchitar sucio: nacían nuevas hojas en los árboles que no tardaban en sucumbir a la influencia del demonio que

se había hecho con la nube. El monstruo llegaba, oían un rumor de pasos al trote, un sonido de pistones que machacaban la tierra. Era como si un gigante se aproximara a la carrera. Pero sobre todo era una agobiante sensación de opresión en la garganta, de tensión en el cerebro. Algo llegaba. Y era terrible.

–Marchaos, buenas gentes –les pidió Armind Zola a los recién liberados–. Se acerca vuestro torturador y no será benévolo. Vamos a intentar vencerlo y no podremos hacerlo si al mismo tiempo tenemos que defenderos a vosotros.

Varios retrocedieron, se apartaron, unos a paso ligero, otros despacio, los más a la carrera. Pero hubo algunos que dieron un paso al frente, como si quisieran compartir la lucha.

–¿No me habéis oído? –les gritó Zola–. ¡Huid, maldita sea! ¡Salid de aquí! ¡Vosotros no tenéis la menor oportunidad contra eso que llega! ¡Para él no sois más que reses en el matadero!

«¿Y nosotros no?», se preguntó Ismael mientras contemplaba como los valientes decidían seguir las recomendaciones de Armind Zola y desaparecían entre los árboles moribundos.

El sonido atronador del monstruo cesó de pronto. Un silencio oscuro se cernió sobre el bosque. El grupo de soñadores miró alrededor, enarbolando sus armas. Vito apuntaba frenético a cada sombra, a cada árbol agitado por el viento. Aaron se abrazaba a su subfusil, con el cañón contra su mejilla. Nada se movía.

–Allí –dijo Lydia, mientras señalaba entre dos árboles retorcidos de los que ya se había desprendido toda la corteza viva.

Era una niña quien se acercaba. Una niña rubia, de ojos azules y vestido blanco, con un gato negro, apenas un cachorro, abrazado contra el pecho. El animal miraba el mundo con unos extraordinarios ojos azules. La niña caminaba descalza y con cada paso la hierba se consumía y marchitaba. Ismael nunca había visto a nadie con un aspecto tan desvalido y triste. Se pusieron a la defensiva de inmediato. La niña llegó hasta ellos y suspiró.

–Iba a ser compasivo con vosotros. –Su voz no casaba con el aspecto que vestía, su voz era la misma que había escuchado en el sueño de Lydia: una voz cruel, cuajada de amargura–. Era mi intención, os lo prometo. Me habéis liberado y solo podía tener palabras de agradecimiento para vosotros. –Soltó al gatito y este echó a correr al momento, con el rabo en alto, maullando contento–. Iba a dejaros vivir en la granja, sin

meterme con vosotros. Iba a honraros como héroes. Pero ahora… –La niña/monstruo negó con la cabeza. Sus bucles ondularon de forma encantadora–. ¿Por qué me habéis seguido hasta aquí? –preguntó–. ¿Por qué os habéis hecho esto a vosotros mismos?

–¡No lo escuchéis! –exclamó Armind Zola–. ¡Atacad!

Ismael, horrorizado, vio como Zola saltaba hacia delante y ensartaba a la muchacha con la punta de su bastón. La niña dio un grito y retrocedió a trompicones. Vito abrió fuego sobre ella solo unos instantes después. Los demás retrocedieron, horrorizados. No solo era la violencia de la escena lo que los repugnaba: cada disparo, cada estocada, venía acompañada de un fogonazo, de una imagen que flotaba alrededor de la niña durante décimas de segundo, un lapso de tiempo demasiado breve como para que la mente registrara lo que estaban viendo. Las balas y el arma con que la atacaban estaban cargadas con recuerdos del monstruo. Estallaban a su alrededor con cada bala, con cada estocada.

–¡No es una niña! –les gritó Zola inmerso en ese baile demencial cuyos pasos terminaban siempre con una violenta cuchillada–. ¡No os quedéis mirando! ¡No es una niña! ¡Es el monstruo! ¡Es el maldito monstruo!

Pero ninguno de los cuatro salió de su inmovilidad. No pareció necesario. Una ráfaga de Vito redujo a la niña a pingajos sanguinolentos. La proyectó hacia atrás y quedó inmóvil, de costado, muerta en el sueño.

Todo quedó en silencio. El traqueteo eléctrico del arma de Vito se acalló. En el suelo, sobre la hierba gris, yacía la niña, su traje blanco lleno de rojo, su cara vuelta del revés…

–¿Ya está? –preguntó Vito. Respiraba con dificultad, como si fuera presa de un ataque de asma–. ¿Tan fácil? ¿Bastaba con solo dos de nosotros para acabar con esa cosa?

–El gato –dijo Aaron, con voz temblorosa–. ¡Mirad al gato!

El pequeño animal había comenzado a crecer y a hincharse a sus espaldas. Su cabeza se deformaba más y más, los ojos azules se hundieron en la carne y dieron paso a dos fosos negros, relucientes como charcos de tinta china. El grupo retrocedió. La criatura había alcanzado ya los tres metros de altura y de su lomo comenzaron a brotar tentáculos oscuros, recubiertos de aguijones que nacían de las pupilas del sinfín de ojos que se abrían en su carne.

–¿Acaso creéis tener la menor oportunidad contra mí? –bramó aquella cosa–. ¿Quién os creéis que sois? Ingenuos y estúpidos, inocentes corderitos que se meten en la boca

del lobo y balan tonterías. El sueño es mi dominio, mi terreno, ¡no hay nadie aquí que pueda vencerme!

–¡Atacad ahora! –gritó Zola–. ¡Dadle con todo!

No hubo la menor vacilación esta vez. Todos abrieron fuego al mismo tiempo sobre la monstruosa cosa que se les venía encima. Sus tentáculos comenzaron a revolverse, latigazos en el aire. Uno de ellos impactó de lleno contra Vito y lo lanzó a varios metros de distancia. No perdió el arma en su acometida, se aferró a ella con una tenacidad encomiable. Uno de los tentáculos fue en busca de Ismael. El muchacho lo vio venir. Entre los ojos y sus aguijones se abrían bocas ahora, una colección de fauces ansiosas por morderlo. Rodó por el suelo y esquivó el ataque. Cuando el tentáculo regresó por él, se afianzó en la tierra y dio un mandoble hacia arriba que cortó en vertical una de las bocas. Al entrar en contacto el arma con la carne del monstruo, una nueva imagen restalló en el aire. Esta vez perduró lo bastante como para poder discernir qué era: una cama revuelta, con una mujer pálida medio caída de la misma, que tenía una jeringuilla mal clavada en el brazo, todo visto desde la perspectiva de un niño pequeño. ¿Parte de los recuerdos de aquel engendro?

Las balas caían sobre él. Anna saltó hacia delante, rodeada de tentáculos y furia; agitaba su wakizashi haciendo molinetes de manera vertiginosa. De la nada apareció otra llamarada de recuerdo, otra fotografía: un campo de batalla sembrado de bombas, un brazo levantado en primer plano donde había desaparecido la mano, sustituida por una explosión de sangre.

–¿Os atrevéis a atacarme con mi propio pasado? –gruñó el monstruo–. ¿De verdad pensáis que así podéis derrotarme?

Aquello seguía creciendo, su enormidad arrancaba las ramas y quebraba los troncos de los árboles. Ismael atacó con saña la base de uno de los tentáculos. A pesar de los gritos de su adversario, algo en su tono dejaba claro que no estaba tan convencido de su triunfo como quería dar a entender. Durante unos instantes Ismael albergó esperanza en la victoria, durante un momento creyó de verdad que podían vencer a aquel engendro con las armas soñadas de Zola. Hasta que, en medio de una estocada, la espada que empuñaba desapareció, se convirtió en cristales y después en nada.

–¿Qué? –alcanzó a preguntar antes de tener que retroceder de un salto cuando un tentáculo volvió por él. Pronto comprobó que no era el único que había perdido el arma. Todos estaban en la misma situación, desarmados ante aquel monstruo cada vez mayor.

Armind Zola estaba unos pasos más retrasado. Lo miró asombrado.

–Me… –El hombre se llevó una mano a la garganta, pálido como el papel. El rostro que vestía se vino abajo y fue sustituido por la cara que tan bien conocían al otro lado del sueño–. Me están matando –anunció, sorprendido.

Y dicho esto se desvaneció.

INTERLUDIO:
DOMINIC Y SAMMY

Aturdido, Dominic aflojó las manos. No entendía muy bien qué hacían allí, alrededor del cuello de su hermano. Tenía la sensación de haber estado durmiendo y haberse despertado de repente; poco a poco comenzó a tomar conciencia de la escena, o más bien del fin de la escena, que se había desarrollado en aquella habitación.

Armind Zola estaba tumbado en la cabina, con aquel extraño casco puesto. Ni siquiera se había despertado. Su piel tenía ahora un tono extraño. Se había resistido en cierto modo, con convulsiones crecientes; y en su rostro se había visto la desesperación de la ausencia de oxígeno, pero sus ojos habían permanecido cerrados en todo momento, ajeno a que estaban asesinándolo. Dominic se preguntó si, de haberlos tenido abiertos, se habría detenido. Probablemente no. Había actuado arrastrado por un impulso dominante, imparable, que nacía de sus entrañas, de lo más profundo de sí mismo. Todos los años de desgracia anegaron su razón, todo el rencor acumulado se mezcló con el miedo. El mundo había visto suficiente de esa criatura letal. Que compartieran la misma sangre no era excusa para mostrar piedad, ni para planteárselo siquiera. Que compartieran genética era, ahora que se paraba a reflexionar, la razón de peso para hacerlo. Había sido sencillo, mucho más de lo que se habría imaginado.

Había matado a su hermano.

Recordó aquella historia antigua que había leído una vez, en una red perdida. Era la narración de un joven que había asesinado a su hermano por envidia. Había una divinidad, un ser omnipotente al que adoraban, que había preferido al hermano asesinado porque le hacía mejores ofrecimientos y sacrificios. Al final, arrastrado por la soledad, la incomprensión y los celos, el menos favorecido por la divinidad había cometido aquel crimen terrible. Se preguntó si su asesinato era por envidia, por rencor. Del rencor no

había duda, el odio por todo lo que su familia había sufrido por culpa de Armind se había ido acumulando a lo largo de los años. Pero también era por la chica morena de su sueño, y por la certeza de que si alguien no acababa de una vez por todas con aquel monstruo, volvería a matar, volvería a llevarse por delante víctimas inocentes.

Perdido en su propio ensimismamiento, no se había dado cuenta de un insistente parpadeo en uno de los monitores de la cabina de su hermano. Era algún tipo de alarma, comprendió. ¿Cuánto tiempo le había costado estrangular a Armind? Se contempló las manos desnudas, parecían frágiles, blandas, pero acababan de matar a un ser humano. Negó con la cabeza. No podía permanecer allí más tiempo si no quería que lo descubrieran.

Se alejó del cadáver de su hermano. Se asomó con cuidado a la puerta y, tras asegurarse de que no había nadie a la vista, salió fuera. Y ahora ¿adónde? No había planeado nada más allá de la búsqueda de Armind, ni siquiera había planeado qué hacer cuando lo encontrara. Todo había ocurrido de manera rápida, casi involuntaria. Las cosas eran como debían ser.

Tenía que reunirse con los demás. No podía regresar a la ciudad él solo. Nunca llegaría a pie, la radiación lo mataría antes. Había dejado al resto del grupo en la aerofurgo de Sammy, y aunque siempre existía la posibilidad de que se hubieran amedrentado y se hubieran marchado sin él, consideraba que era una posibilidad muy remota. Ellos estaban tan obsesionados como él por desvelar la realidad de aquellas instalaciones. Las razones que podrían llevarlos a entrar en aquella construcción eran distintas a las suyas, pero igual de poderosas. No, tenían que haber entrado, estaba convencido. Su mejor apuesta era encontrarlos, explicarles por qué había decidido ir por su cuenta y persuadirlos para que regresaran cuanto antes al vehículo de Sammy.

¿Dónde podrían estar? Aquel edificio era grande y laberíntico. Tal vez la mejor manera de encontrarlos era regresar al punto de partida y buscar en las habitaciones más cercanas. Él había encontrado a su hermano casi por casualidad; se preguntó si ahora disfrutaría de la misma suerte. Oyó voces en una habitación cercana; voces adultas y desconocidas, que hablaban con cierto nerviosismo. Aceleró el paso con todo el cuidado que pudo, tomando todas las precauciones posibles para no hacer ruido.

El pasillo parecía interminable. La luz era suave, más bien perezosa, como si los fluorescentes estuvieran cubiertos de una capa de polvo tan espesa que no dejara pasar la claridad de su interior. Suelo y paredes eran de un color indeterminado, que tal vez en

algún momento había sido gris, o azul, era imposible adivinarlo. Cada seis o siete pasos aparecía una puerta a un lado, otros seis o siete pasos y aparecía otra en el lado contrario. Habitáculos tan tristes como aquel corredor se escondían tras las puertas, habitáculos repletos de cabinas y más cabinas como aquella que había contenido a su hermano. Tras una de ellas le había parecido ver a una niña, o tal vez era una anciana: una figura pequeña y encogida hecha un ovillo. Su hermano era un monstruo, pero no tenía dudas acerca de los demás prisioneros: eran víctimas. Una vez más se preguntó qué estaban haciendo allí.

Dominic no tenía idea de qué era aquel lugar, aunque era obvio que tenía que estar relacionado con el mundo del sueño. Se preguntó de dónde habrían salido todas las personas que había visto en aquellas terribles cápsulas, o cabinas, o lo que fueran, enchufadas, cableadas y atadas a máquinas. Dio rienda suelta a sus pensamientos más morbosos. En los niveles más bajos de la ciudad era fácil encontrar niños abandonados, vagabundos sin trabajo ni familia; sujetos con los que nutrir aquella maquinaria extraña. De vez en cuando surgía alguna epidemia en los barrios más necesitados, y el Gobierno se apresuraba a meter en cuarentena a los afectados (lo cual, por otra parte, era lógico, ya que la superpoblación a ras de tierra haría que cualquier enfermedad se extendiera a velocidades de vértigo). Muchos volvían sanos a sus chabolas, otros morían y el Gobierno se ocupaba de incinerar los cadáveres. Pero ¿quién aseguraba que realmente hubiesen muerto? Varias de las redes conspiranoicas que visitaba Dominic con frecuencia habían apuntado en aquella dirección, habían hablado de lo fácil que era hacer que alguien desapareciera en Ciudad Resurrección. Y todo esto, todo este edificio, parecía una versión extrema de los delirios de los teóricos de las conspiraciones. Dominic solía reírse de las ideas insensatas de esos tipos, había hasta quien aseguraba que su hermano no había sido el culpable de la peste onírica.

Giró a la derecha, al final de aquel pasillo largo de suelo resbaladizo. Ni un cartel, ni una imagen amenizaban la seriedad de aquellos muros. Tras las esquinas se encontró con la escalera por la que había subido. Antes de bajar, se detuvo a escuchar. No oyó nada. Con suavidad, con tiento, comenzó a descender. Había subido dos pisos, había girado una esquina, había probado varias puertas y, a la sexta, había encontrado a Armind. Aquello ahora parecía muy lejano, como si hubiera ocurrido en otra vida, en una vida en la que todavía era joven, en la que todavía no había matado a la sangre de su sangre.

Siguió descendiendo. En el segundo piso escuchó voces de nuevo, adultas, extrañas. Aceleró el paso y no paró hasta llegar al bajo. Ya estaba más cerca de la puerta que había usado para colarse en aquel recinto. Un fluorescente parpadeaba justo a su lado y proporcionaba tinieblas intermitentes al rellano de la escalera. Aquello cada vez se parecía más a un videojuego de pegar tiros. O de estrangular a gente, que a efectos prácticos venía a ser lo mismo. Se miró las manos en la luz discontinua del fluorescente: estaban limpias. Por un instante se las había imaginado cubiertas de coágulos, viscosas.

Miró alrededor. Aquel lugar parecía un compendio de largas distancias angostas, de paredes a punto de derrumbarse que se cernían sobre el visitante como si quisieran devorarlo. Tuvo una sensación de *déjà-vu* al entrar en otro pasillo. Comprobó cada puerta, una a una, con sigilo; escuchó primero por si algún ruido delataba alguna presencia dentro. Tras una puerta entreabierta vio a un hombre de mediana edad, con un uniforme de vigilante, que con tranquilidad comprobaba unos datos en el monitor de la cabina de uno de los prisioneros. Esta era una chica, joven y castaña, que dormía de forma plácida. El guardia de seguridad estaba analizando algo en el monitor; tenía una mano colocada sobre el hombro de la joven, de una manera posesiva e íntima que a Dominic le resultó inquietante. El hombre estaba de espaldas. Dominic siguió adelante, despacio y silencioso, realizando un esfuerzo por no acelerar el paso.

Le sorprendía lo tranquilo que estaba. «A lo mejor me encuentro en estado de shock», pensó. No todos los días mataba uno a un miembro de su familia. Solo notaba una intensa sensación de alivio, como si lo peor ya hubiera pasado, lo cual era ridículo si consideraba que estaba en una base secreta donde se experimentaba con seres humanos o algo por el estilo.

Abrió un par de puertas más antes de encontrar a Sammy. Este lo vio aparecer; sujetaba una pistola con las dos manos. Su rostro estaba blanco y temblaba.

–¡Dominic! –dijo, y procuró no elevar demasiado la voz–. ¡Casi te disparo!

–Vengo en son de paz –dijo este, con las manos en alto y tono jocoso. ¿Cómo podía bromear después de lo que acababa de hacer? ¿Cómo podría volver a bromear durante el resto de su vida? Realizó el equivalente mental de encogerse de hombros. Tenía que convencer a aquel chico pequeño y pelirrojo de que era hora de escapar.

–¿Dónde has estado, idiota? ¡Te hemos estado buscando!

¿Qué podía contarle? ¿Qué podía decirle para justificar su desaparición, que hubiera salido corriendo y que los hubiera dejado en la estacada? Tal vez lo único que podía

contarle: la verdad. Pero había otro asunto que requería de su inmediata atención. En el suelo, tendidos junto a la cabina de una chica morena, Anna e Ismael dormían sobre un lecho de ropa arrugada; Vito y Aaron yacían en cabinas cercanas. Abrió la boca, sorprendido. La muchacha de la cabina situada entre ambos, ¿acaso no era aquella con la que había soñado?

–¿Esa es…?

Sammy asintió. Dominic se dio cuenta de que todavía no había bajado el arma. Lo miraba con desconfianza, las manos todavía trémulas.

–¿Qué…? –Se fijó en las diademas que llevaban puestas los durmientes del suelo. Los de las cabinas tenían sobre sus cabezas dos cascos siniestros–. ¿Están…? ¿Están todos conectados a ella?

–Sí. Han pasado muchas cosas desde que te perdimos de vista. Y ninguna divertida, porque resulta que todo esto no era más que una maldita trampa del maldito monstruo…

–No tienes que preocuparte más por él –lo interrumpió Dominic–. El monstruo está muerto Esa es la razón por la que salí corriendo, Sammy. Tenía que matarlo.

–¿Cómo? –Sammy bajó por fin las manos, con una expresión a medio camino entre la perplejidad y el agotamiento extremo–. ¿De qué estás hablando?

–Me has oído. He matado al monstruo. He hecho lo que vine a hacer. Tenía que hacerlo, ¿comprendes? Lo vi en mis sueños, lo reconocí. Y supe que tenía que acabar con él. Sabía que era un peligro para todos, por la sencilla razón de que ya había matado antes. Y no solo a una persona, o a dos: a miles.

–Dominic, estoy sopesando muy seriamente la opción de dispararte si no te explicas de una vez.

–Sammy, el monstruo era Armind Zola. Y estaba aquí, conectado en una de esas cabinas.

–¿Armind Zola? ¿El de la peste onírica? ¿Has perdido la cabeza?

Dominic no contestó. En lugar de eso, miró a los durmientes.

–¿Podemos despertarlos?

Sammy se volvió hacia ellos y los observó aturdido, como si fuera la primera vez que los contemplaba.

–Ismael dijo que era mejor no desconectarlos desde aquí, que podría ser peligroso. Entró a por ellos… –Dominic lo miró sin comprender. Sammy suspiró y le hizo un resumen breve de lo sucedido en aquel cuarto–. Pensé que a estas alturas ya habrían

despertado, pero siguen fritos –gruñó–. Y yo no entiendo nada de estos monitores. –Agitó el arma en dirección a las pantallas de la cabina de la soñadora y al ordenador que Ismael había adherido a esta. Dominic se acercó a ella y la estudió con interés. Aquellos números y símbolos significaban poco para él. Aun así, era obvio que algo no iba bien: varias ventanas parpadeaban exigiendo una respuesta.

–¿Tienes alguna idea de lo que significa «iniciar protocolo 348.44.6»?

Sammy negó con la cabeza. Dominic suspiró.

–Entonces poco podemos hacer. Escucha, tenemos que marcharnos. Tenemos que buscar ayuda. Además, pueden pillarnos en cualquier momento. Hay un tipo de seguridad a unas puertas de aquí.

Sammy no dijo nada. Parecía meditabundo. Estaba revisando en su memoria la primera parte de su conversación con Dominic.

–¿Has dicho antes que has matado al monstruo?

Dominic movió la cabeza de forma afirmativa.

–Has matado a Armind Zola.

De nuevo, Dominic asintió.

–Físicamente, no dentro de un sueño.

Dominic no respondió. Sammy se llevó las manos a la cabeza.

–Estás como una regadera. Si nos encuentran aquí, van a encerrarnos hasta que nos salgan gusanos por las orejas.

El silencio volvió a instalarse entre ellos. Dominic miraba al suelo y Sammy se concentró, una vez más, en las pantallas. Intentaba no perder el control, pero aquella situación lo superaba. No solo habían entrado sin permiso en un lugar que con toda seguridad sería alto secreto, sino que, por lo visto, uno de ellos había matado a alguien. Daba igual que fuera el mismísimo origen del mal hecho carne, había cometido un asesinato y ellos eran, a ojos de cualquiera, cómplices de aquel crimen.

¿Qué podían hacer? ¿Arriesgarse a despertarlos? ¿Marcharse y abandonarlos a su suerte? Sammy se pasó las manos por la cara, desesperado.

–Tenemos que salir de aquí –insistió Dominic. Y por un terrible segundo pensó que aquel chico era capaz de leerle el pensamiento–. Tenemos que llegar a la ciudad y contar lo que hemos visto. Sea lo que sea lo que están haciendo aquí, no es bueno.

–No podemos abandonarlos. No podemos dejar…

Dominic le hizo un gesto para que guardara silencio. Se oían pasos por el corredor, pasos firmes, casi marciales.

Con el estómago hecho un nudo y el corazón a punto de saltar por la boca, Sammy tuvo ganas de vomitar. Dominic señaló hacia los armarios situados al fondo de la sala. Se acercaron a ellos y los abrieron a la carrera: uno estaba repleto de baldas donde se mezclaban en desorden toallas y material médico, el otro tenía un perchero del que colgaban dos batas. No había demasiado espacio, pero podían entrar allí los dos si se apretaban.

–¿A qué esperas? ¡Entra! –le indicó Dominic.

Sammy se preguntó si era sensato entrar en un espacio tan reducido con una persona que acababa de confesar un asesinato, pero no tenía mucho tiempo para reflexionar sobre ello. Los pasos se acercaban. Una vez dentro del armario, con la puerta ya cerrada, examinó las alternativas que tenían si los encontraban: intentar razonar con quien fuera que diera con ellos, explicar con alguna excusa barata su presencia en aquel lugar, incluso contarles la verdad de cómo habían llegado hasta allí. Pero el miedo era demasiado grande, la seguridad de que nadie querría testigos de una operación como aquella era aplastante. Se sintió cobarde, imaginó que estaba abandonando a sus compañeros, dejándolos en manos de un destino terrible. Para colmo de males, le entraron ganas de mear.

Pasaron unos minutos interminables en los que Dominic y Sammy, pegados el uno al otro, pensaron que los latidos de sus corazones debían de oírse en varios kilómetros a la redonda. Los pasos se detuvieron. Al cabo de un tiempo que se les antojó eterno, retomaron su camino y siguieron avanzando, hasta perderse en la lejanía. Ambos respiraron aliviados. Sammy miró a Dominic con fingida seriedad.

–¿Eso que hay en mi culo es tu mano? –preguntó, y soltó una risita nerviosa.

Dominic no se dignó a contestar.

Abrieron con delicadeza las puertas del pequeño armario y salieron.

–Tenemos que marcharnos –insistió Dominic por tercera vez–. Es solo cuestión de tiempo que se nos acabe la suerte. ¿La aerofurgo sigue donde la aparcaste?

–Eso espero. –Sammy estaba indeciso–. Déjame que vuelva a mirar los monitores. Si se me ocurriera cómo despertarlos sin correr riesgos…

Sammy se acercó a las pantallas de la cabina de la soñadora. Intentaba no pensar en lo que Dominic había dicho sobre el monstruo. Era mejor no darle demasiadas vueltas, no

en aquel momento. Estaba en una habitación de una clínica espeluznante donde metían a la gente en cabinas y la obligaban a soñar, hablando con un homicida confeso acerca de cómo despertar a personas a las que había conocido hacía apenas unas horas.

Se acercó de nuevo a las pantallas y las examinó unos instantes, antes de darse por vencido por enésima ocasión. Dominic rodeó la cabina y miró por detrás, como si allí pudiera encontrar una solución, un enchufe general que arrancar de la corriente. Sammy resopló, frustrado.

–Tendríamos que hacerlo a lo bruto –dijo–. Quitarles las diademas, apagarlas… o desconectarlas del sistema. Pero no me atrevo a hacerlo. ¿Y si entran en coma? ¿Y si los mato? –Miró al otro chico, suplicante. De pronto tuvo una idea–. ¿Sabes conducir? Puedes intentar llegar tú a la ciudad mientras yo me quedo aquí y trato de mantenerlos a salvo.

Dominic estaba frente a él, pero no contestaba. Sammy no tardó en reconocer la expresión que desfiguraba su rostro: estaba paralizado por el pánico.

Justo detrás de él, Sammy oyó una voz:

–¿Os habéis perdido, muchachos?

El hombre de la entrada parecía tranquilo, seguro de sí mismo. No se esperaba bajo ningún concepto que, al girarse, Sammy le apuntara con un arma. El muchacho la empuñó con ambas manos, con fuerza. Hizo todo lo posible por disimularlo, pero temblaba de manera evidente.

El hombre vestía con algún tipo de uniforme gris, seguramente de vigilancia, y era alto y ancho de espaldas, si bien una barriga prominente anunciaba a gritos que sus días de academia y formación habían quedado atrás hacía tiempo. Su arma, una pistola negra reluciente, estaba bien enfundada en su cinturón, pero eso no le restaba protagonismo. Él estaba donde debía estar, conocía aquel lugar y conocía su oficio, y no iba a dejarlos marcharse con facilidad. Tenía una media sonrisa perturbadora, como si no le sorprendiera el hecho de encontrarlos allí, como si llevara agazapado esperándolos, pendiente del momento más apropiado para intervenir, desde que habían llegado.

–Ya podéis empezar a hablar. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí? ¿Y qué diablos estáis haciendo? Venga, os está faltando tiempo para soltarlo todo.

El primer impulso de Sammy fue echarse a llorar y contarle a aquel individuo todo lo que había pasado desde su primera conversación con Anna sobre el sueño de la chica morena. Podía decir que él no había tenido nada que ver, que no era más que una víctima

inocente de un grupo de chicos que lo habían persuadido con mentiras y engaños para llevarlo hasta allí. Pero, antes de poder abrir la boca, oyó la voz de Dominic.

–¿Vais a matarnos?

«Qué obsesión tiene este chico con el asesinato», pensó Sammy. Se aclaró la garganta y su propia voz salió ronca, temblorosa. Le sorprendieron sus palabras:

–Nadie va a matar a nadie, no seas tonto. Este amable guardia va a ayudarnos a despertar a nuestros amigos y vamos a marcharnos de aquí. Y todos tan contentos.

Aquel corpachón vestido de gris dejó escapar una risa algo exagerada.

–Estás tonto, niñato. Mira, esto es así de fácil: primero vosotros me contáis cómo demonios habéis conseguido entrar y a través de quién. –Miró entonces a los que estaban conectados, los dos en las cabinas y los dos tumbados en el suelo–. Luego, bueno, luego ya veremos qué pasa. –Mientras hablaba echó un vistazo apreciativo a la figura acostada, muy blanca y rubia, de Anna. A Sammy le volvieron las náuseas.

–¿Te has dado cuenta de que soy yo el que tiene la pistola? –preguntó, rabioso.

–¿Sí?

De pronto tuvo al guardia encima. Ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar. Sammy notó un dolor lacerante en la muñeca cuando el hombre se la retorció con saña. La pistola cayó al suelo y rodó entre dos cabinas. Dominic se acercó al hombretón, dispuesto a atacarlo, pero el guardia se lo quitó de encima de un manotazo, como quien espanta una mosca. El golpe fue suficiente para derribarlo; tropezó con una banqueta y cayó de bruces sobre la cabina de Vito, quien ni se inmutó por el impacto del chico sobre su cápsula.

–Creo que a partir de ahora vamos a jugar según mis reglas –le escupió el guardia a Sammy, sin rastro del matiz burlón de antes en su voz–. Vas a sentarte aquí –se agachó y le acercó la misma banqueta con la que había tropezado Dominic– y me lo vas a contar todo, desde el principio. Y por cada mentira que me sueltes, te cortaré un dedo. ¿Te gusta mi plan?

Y entonces la vieron. De pie, en la entrada. Alta, hermosa, vestida de azul brillante.

–Tócale un pelo a ese niño y los dedos te los cortaré yo. Y luego haré que te los comas y que me des las gracias por alimentarte.

–No puede ser… –comenzó a decir Sammy.

–¿Quién diablos es usted, señora? –rugió el guarda, enfurecido, mientras se volvía hacia ella. Sammy no pudo evitar fijarse, no obstante, en el uso del «usted». La presencia

de aquella mujer era imponente.

–Mi nombre es Cordelia Travaglini, código alfa del Departamento de Recuperación del Espacio. Lo que me convierte, si no me equivoco, en tu puta superiora. Y si vuelves a mirar a mi hija, te juro que además de los dedos te obligaré a tragarte tus propios testículos.

TODO EL MUNDO TIENE MIEDO DE ALGO

Anna miró sus manos, horrorizada. Estaban vacías. La espada había desaparecido, se había convertido en un elemento quebradizo, compuesto de cristales que luego se habían desintegrado en polvo. Cuando levantó los ojos, todo el escenario había cambiado. Se había marchado la pradera que había nacido bajo los pies de Lydia, las flores que habían crecido a su paso. Había huido el cielo que poco a poco se había vuelto de un azul relajado, rayado de nubes estrechas. Ahora era negro, como antes. Negro sin estrellas ni luna. El infortunio de Zola, significara lo que significase (¿realmente había muerto? ¿Cómo era posible?), había dado pie a una realidad muy diferente, a un entorno transformado que no reconocía y que le resultaba amenazante, hostil.

Frente a ella solo podía divisar una gran mole, que cada vez era más grande. No, no era más grande, simplemente se movía, de manera muy lenta. Cuando se acercó lo suficiente, entendió qué era: uno de los tentáculos de aquella criatura grotesca, del mismo monstruo que hacía apenas unos minutos había sido un adorable gatito. Tras él dejaba un surco profundo en la misma arena polvorienta y negra que ella pisaba, ahora descalza.

Con el arma entre sus manos, se había sentido poderosa. Se había visto con ropa ceñida, de colores vivos, del tipo que su madre nunca le habría permitido llevar. Había llevado tacones de escándalo, de esos que uno solo puede ponerse en los sueños, porque en la vida real ocasionarían accidentes graves. Ahora los tacones ya no estaban, y el suelo bajo sus plantas sin calzar era frío y seco. El tentáculo estaba cada vez más cerca y ella lo único que tenía para defenderse eran las manos vacías y un pánico atroz que la inmovilizaba.

Conforme aquella extremidad monstruosa recortaba distancia entre ellos, descubrió que era lisa y brillante, como el metal pulido o como un espejo. En él se sucedían imágenes, una tras otra; algunas se detenían y se recreaban en sí mismas, otras eran fugaces y apenas daba tiempo a reconocer lo que representaban. Todas, eso sí, eran escenas que Anna preferiría no haber visto, aunque no terminaba de diferenciar entre las que se correspondían con recuerdos reales y las que no eran más que miedos y pesadillas. Aquella mano puesta en sus rodillas, aquella que nunca debió estar allí. De nuevo el monstruo bicéfalo, de nuevo su madre, gigantesca y con los ojos como dos profundos agujeros. El fondo de la piscina cuando estaba aprendiendo a nadar, los oídos a punto de estallar y los pulmones llenos de agua. Ismael, abrazado a Lydia, inmersos en un beso exagerado y lascivo, un beso asqueroso impregnado de saliva, ambos tan pegados que parecían a punto de fundirse; las caderas de él se movían de forma rítmica contra las de ella. Desde la primera imagen Anna oyó una voz contundente que afirmaba, categórica: «Esto es un sueño, no es real». Pero con cada nueva escena de aquel teatro diabólico la voz quedaba más lejos, hasta que Anna dejó de oírla por completo. En su cabeza ya solo había espacio para un único ruido: el del grito agudo que surgía de sus propios labios.

Vito la oyó; el chillido lo sacó de la inmovilidad en la que lo había sumido la desaparición de Zola. Se llevó las manos a los ojos y se los frotó con fuerza. Debía detener ese grito como fuera; su respiración era cada vez más entrecortada, sus miembros más densos. Notaba una pesadez y un aletargamiento de los que no conseguía escapar. Intentó dar un paso, pero le costaba moverse, como si la gravedad se hubiera multiplicado por diez. Al clavar el pie en el firme, este dejó una huella pegajosa detrás, como si lo hubieran adherido al suelo con un pegamento agresivo que poco a poco se iba solidificando. Tuvo el presentimiento de que, si se detenía, el adhesivo se secaría y quedaría, ya sin remedio, pegado al suelo para siempre. Levantó el otro pie, que se resistió, testarudo, tanto como el anterior: una especie de alquitrán oscuro y correoso obstaculizaba el movimiento. Vito llevaba zapatillas, pero aquella brea asquerosa le arrancó de cuajo una de las suelas. El cielo había vuelto a ser negro, y la oscuridad de aquella sustancia repulsiva bajo sus pies se extendía en la lejanía, de forma que tierra y aire se confundían y se unían en un solo horizonte de pesadilla. Solo una forma

destacaba en aquella mugre negra: uno de los tentáculos del monstruo, que, colosal, se acercaba a él. Buscó por enésima vez su arma, aquella pistola compleja de módulos que tanta seguridad le había proporcionado hacía apenas unos minutos (¿o apenas unos años?), pero esta había desaparecido con Armind. No entendía qué había ocurrido, pero no tenía tiempo de pararse a pensarlo: aquella deformidad formidable estaba cada vez más cerca. Ya alcanzaba a ver con precisión aquella extremidad absurda; se había convertido en una gran pantalla donde se ofrecían imágenes especialmente hechas para Vito. Su respiración se aceleró de nuevo, tomaba el aire en espacios cada vez más cortos y ansiosos; sabía que si no encontraba el inhalador llegaría el momento en que su garganta se cerraría por completo.

Entre el pánico, consiguió detenerse un segundo y reflexionar. Zola les había dicho que eran soñadores lúcidos, que podían crear, insertar nuevos datos en la red. ¿Podría crear él mismo un inhalador? Trató de cerrar los ojos para eliminar toda la información visual con la que el monstruo lo bombardeaba, para concentrarse y visualizar aquel inhalador, creer en su existencia, de la misma forma en la que había creído en aquella puerta que le había permitido entrar en la nube. Durante un instante fugaz lo consiguió. La oscuridad lo protegió y en su mente comenzó a dibujarse la forma de su medicamento. Pero entonces una voz lo desconcertó.

Lo llamaba por su nombre. «Vittorio –decía–, Vittorio, ¿por qué me has abandonado?» El aire volvió a faltarle. Sus ojos se abrieron. Frente a él, el tentáculo-pantalla mostraba una única escena: la de aquella horrible cama de hospital, en aquella horrible clínica pública. Mara miraba desde aquel lecho andrajoso, tumbada y pálida. Su piel canela mostraba ahora tintes oliváceos, maltrecha. El color había desaparecido de sus labios y de sus mejillas. En los bordes de sus ojos asomaban legañas amarillentas. En sus brazos hinchados crecían agujas y cables. Estaba tal como la recordaba, en aquel momento en que se dio media vuelta y salió de la habitación, en el momento en que no pudo soportar seguir contemplando su sufrimiento, cuando le sobrevino un ataque de asma como nunca había tenido. Huyó por no ver aquel cuerpo hinchado que palpitaba de dolor. Mara había sido una víctima más del GF-5, una enfermedad tratable pero costosa. Habían metido a Mara, a su Mara, en aquella habitación con nueve pacientes más, donde todos se quejaban y suplicaban, todos pedían drogas que aliviasen su sufrimiento, en una clínica donde los fondos apenas cubrían la ropa de cama. Vito recordaba bien como había acudido a su padre con el contenido de su pequeña cuenta de ahorros, con algunos

ebos valiosos rapiñados de ventas de juegos en red y arreglos de consolas para amigos pudientes. Su padre había sonreído de una manera infinitamente triste y le había explicado, la voz cargada de lástima, que con aquello no tenían ni para empezar. A Vito nunca le había dolido tanto una expresión, un gesto de su padre. Se sintió como si lo hubiera abofeteado con su condescendencia. Vito había empezado a ganar dinero cuando ya era tarde, había empezado con sus trapicheos por las conexiones piratas cuando Mara ya había fallecido. Y no había ido a verla mientras gemía, mientras pedía a gritos un consuelo que no llegó hasta que cerró los ojos de forma definitiva.

Vito gruñó, asqueado. Era obvio que el monstruo utilizaba su culpabilidad, sus recuerdos más terribles, para atacarlo. Se obligó a tomar una bocanada lenta de un aire turbio y estancado que no llegaba a sus pulmones. El oxígeno, si comparecía, era tibio y no producía alivio a la angustia que le obstruía la tráquea. Oyó de nuevo el grito de Anna, aquel alarido interminable, y durante un instante la envidió, envidió la capacidad pulmonar que permitiría dar salida en forma de grito a aquel torrente de dolor y pánico.

Lydia también había oído el grito de Anna, acompañado ahora por el desagradable rasgado de la respiración de Vito. Apretó los puños, enfurecida. No sabía qué le había ocurrido a Zola, pero tenía sus sospechas. No se trataba de una traición o de un fallo en el sistema. Algo había ocurrido fuera del sueño, en la vigilia, en aquel lugar al que llevaba ya años sin acceder. Era una suposición inquietante: bastante difícil era lidiar con aquella criatura en la nube como para tener que tratar además con sus efectos al otro lado.

Apenas había conocido a Zola de manera directa, aunque había sentido su presencia en numerosas ocasiones en sus sueños. Siempre había sido una presencia benigna: la aparición de flores violetas entre la nieve cuando en el sueño escarchaba, un cuadro de un hombre anciano y barbudo con pajarita verde en el dormitorio de todas las casas, dos caballos azules que se perseguían, del tamaño de insectos grandes, sobre la mesa de todos sus salones… Aquella repetición de elementos, al igual que otros símbolos, tanto positivos como negativos, que pertenecían a otros soñadores de la granja le proporcionaban cierta paz, cierto sosiego en el delirio. Los entornos oníricos que ella creaba por cuenta propia podían ser hermosos, sí, pero necesitaba, de cuando en cuando, algo que no perteneciera a su propio subconsciente, algo ajeno que le recordara que

había vida más allá de su propia cabeza. Vivir en un sueño constante distorsionaba por completo los sentidos, hasta el punto de que Lydia no terminaba de recordar si en el mundo real, en el mundo de fuera, la gente podía volar a grandes brazadas, o si uno podía escupir fuego. A veces ni siquiera estaba segura de que ese mundo existiera.

Lo único que de cuando en cuando le recordaba que de verdad había una realidad más allá de su cráneo eran las pequeñas corrientes eléctricas que la cabina le administraba para evitar que los músculos se le atrofiasen. Aquellos leves shocks, más molestos que dolorosos, eran su único contacto con el mundo externo desde que la habían enganchado, gritando y pataleando, a aquella cama eterna. Los notaba, en ocasiones, dentro del sueño, y de alguna forma era consciente de que no formaban parte de este, sino que provenían de un lugar al que tal vez ella ya nunca volvería. Cuando esto ocurría, la invadía una tristeza extraña, profunda, por todas las experiencias limitadas, aburridas y monótonas, pero reales, que nunca llegaría a vivir. Y no era que sus experiencias hasta sus diez años de edad, que fue cuando la habían metido en aquella granja cosechadora de soñadores, fueran bonitas. Cuando procuraba recordarlas, le resultaban tan complicadas de entender que prefería añadirlas a la lista de las pesadillas, aquellas que de repente se disolvían y se convertían en otra cosa. Los malos sueños tarde o temprano acababan, en algún momento regresaba la relativa normalidad de un sueño plácido, con pequeños caballos sobre la mesa o flores sobre un manto de nieve.

Lydia no había acabado por casualidad en aquel lugar de sueños en cabina. Con diez años se realizaban pruebas de aptitud en todos los centros de enseñanza de las grandes ciudades. A veces, entre sueño y sueño, Lydia reflexionaba sobre aquello y tenía la sospecha, cada vez más clara, de que aquellas pruebas tenían un segundo objetivo: identificar a los soñadores con mayor potencial desde una edad temprana. Una vez identificados, era fácil analizar las condiciones sociales y familiares del sujeto para ver si sería posible hacerlo desaparecer. En el caso de Lydia lo tuvieron fácil: una cantidad suficiente de ebos sería lo único que necesitaría su padre para declararla desaparecida. Su padre no tenía familiares vivos, la madre de Lydia había fallecido en el parto y pocos vecinos se interesaban por el bienestar de la niña. Durante un brote de alguna de las numerosas enfermedades que habían asolado los bajos fondos de la ciudad, su padre podría firmar con facilidad un documento donde atestiguara la muerte de su hija. Lo demás sería, por lo menos para los que se encargasen del asunto, coser y cantar. A Lydia le gustaba pensar que habían convencido a su progenitor con mentiras y promesas de un

futuro mejor para ella, pero con solo diez años ya conocía lo bastante a su padre como para saber que no era así.

Precisamente porque conocía bien la mecánica de los sueños, a Lydia no dejaba de sorprenderle la capacidad de control que tenía el monstruo sobre estos. Cuando el gigantesco tentáculo se acercó a ella y comenzó a enseñarle aquellas imágenes, representaciones de su pasado y de sus pesadillas más atroces, una parte de ella admiraba aquel poder, aquella manera de leer a los demás, de entender qué los hacía débiles. La simple presencia de aquella bestia hacía que le flaquearan las piernas, que no tuviera ánimo ni de sostener su propio cuerpo, mucho menos de controlar sus pensamientos, emociones y temores. Entendía la técnica, sabía lo que estaba haciendo aquel maestro de lo onírico, pero eso no hacía que fuera menos efectivo. Escuchar el jadeo de Vito tampoco ayudaba. Hizo acopio de fuerzas, miró aquella pantalla-tentáculo con determinación y abrió una mano. De esta comenzaron a nacer pequeñas mariposas blancas, que con cada batir de alas desprendían un polvo fosforescente, la única luz que destacaba en aquel fondo negro de cielo tenebroso y suelo oscuro. Durante unos instantes, consiguió recuperar algo de cordura, la suficiente como para que las mariposas crecieran y se multiplicaran, para que formaran una estela cada vez mayor de voladoras intrépidas. Hasta que se hizo el silencio.

Había cesado el grito de Anna. Se había detenido el jadeo de Vito. No era un silencio prometedor, augurio de posibilidades y esperanza. Era ausencia. ¿Dónde estaban, dónde estaban las señales que, aunque agónicas, indicaban vida? Todo a su alrededor había dejado de ser. El monstruo le enseñó una sola imagen en su tentáculo proyector y las mariposas se desvanecieron. Lydia cayó de rodillas sobre el suelo polvoriento. En el tentáculo no había nada, solo vacío. El mismo vacío terrible de dormir sin sueños, la misma falta de vida, de oniria. La peor de las pesadillas era mejor que aquella nada, aquel recuerdo de que en cualquier momento podían olvidarse de ella, condenarla al espacio neutro, a esa zona negativa donde sentía y pensaba rodeada por una eterna caída, el vértigo absoluto de no tener puntos de referencia, ni arriba ni abajo ni derecha ni izquierda: ese lapso de tiempo interminable en que sentía que el infinito había llegado para devorarla. Sintió que su cuerpo ya no era suyo, sino que pertenecía al inefable dominio de la gravedad. Aquel terrible mareo permanecía, y ella caía y caía y caía sin terminar de dar con sus huesos contra un suelo que, por supuesto, no podía existir. Cayó durante un tiempo que se le antojó infinitamente largo, interminable. Supo que estaba

acabada, que caería para siempre, que su conciencia quedaría allí enterrada por los siglos de los siglos.

Y entonces el sonido regresó, de golpe, como si le hubieran arrancado unos auriculares. El grito de Anna y la respiración torturada de Vito. Y, sobre ellos, la risa de Aaron. Una risa que estaba descolocada, como si perteneciera a otra persona.

A su lado, pero a la vez a una distancia inimaginable de Lydia, Ismael había caído también, pero a un agujero muy distinto. A diferencia de sus compañeros, él no había oído el grito de Anna o la asfixia de Vito. Un zumbido constante le taponaba los oídos. Era el mismo zumbido que lo acompañaba a veces al iniciarse un sueño programado, una especie de ruido blanco, casi imperceptible, que se volvía molesto después de unos segundos. También tenía oscuridad frente a sí, y aquel tentáculo estrambótico que mostraba imágenes. Y pese a entender a la perfección cuál era el juego de aquella criatura, y de saber con exactitud con qué lo atacaría, nada podía prepararlo para el impacto de ver a su madre junto a él, de ver como esta se pudría poco a poco, como se le caían retazos de carne y hueso, tiras de piel que se abrían, resecas y muertas. Su madre, o el cuerpo de lo que pudo ser su madre, parecía una fruta pelada, una repulsiva masa sangrante de la que se desprendían capas de materia: dermis, músculo, hueso… Ismael sabía que debía apartar la vista, que debía recuperar el control de su mente. Pero era imposible, estaba atrapado por aquella representación pútrida del cadáver de la mujer que lo había dado a luz. Junto a ella, un hombre desnutrido, con los ojos hundidos y las mejillas cuarteadas, devoraba insaciable los pedazos que caían del cadáver. Era su padre.

Abrió la boca pero no consiguió articular palabra. Era demasiado obvio, demasiado claro. Era la imagen perfecta para destrozarlo, para volverlo del revés. Al pavor se unía la indignación: sería vencido, derrotado, por una treta que había visto venir muy de lejos. Se volvió, pero sabía que sería inútil; mirara a donde mirara, el tentáculo continuaba frente a él, los restos burbujeantes de su madre y las manos avariciosas de su padre seguían allí. Cerrar los ojos tampoco servía de nada: ¿cómo intentar alejar al sueño, cómo evitarlo? De manera lenta, se puso de rodillas. Estaba llorando, lo cual no era sorprendente. Y entonces se dio cuenta de qué era exactamente aquel zumbido. ¡Eran voces! No, no voces… ¡risas! ¡Se reían de él! Por fin pudo verlos, chicos y chicas de su edad, bien peinados y engalanados, que disfrutaban del espectáculo de sus padres y su

amor caníbal, y de algo más. Miró hacia abajo. Cómo no, estaba desnudo. No solo eso, su miembro se había encogido de un modo extraño y se había reducido hasta convertirse en una protuberancia casi inexistente.

–¡Mirad, no tiene pito! –Oyó una voz inconfundible y entre aquella multitud de rostros desconocidos y de gestos burlones reconoció a Lydia. Se carcajeaba con tanta fuerza que apenas había podido vocalizar las palabras, doblada sobre sí, roja de risa. Su mano estaba enlazada a la de Anna, pero esta no reía como su compañera. Solo tenía una pequeña sonrisa, algo triste, compasiva. Por motivos que no alcanzaba a entender, aquella sonrisa de lástima le resultaba aún más terrible que la chanza de la chica del colgante de mariposa. Alrededor de ellas, la algarabía del público aumentó. Las risas eran ensordecedoras, y cuando lanzaron la primera piedra ni siquiera la sintió, tan dolorido estaba ya por el impacto emocional de aquella escena casi de película, tan perfecta, tan predecible. Varias piedras más cayeron sobre él y una impactó sobre su frente. Un hilillo de sangre cayó sobre uno de sus ojos. Para ser un sueño, el dolor físico estaba de lo más conseguido.

Y de pronto oyó una risa diferente. Era una risa importante, aunque no sabía muy bien por qué. Conocía esa risa, la conocía, y era fundamental que recordara de quién era. Esa risa era, ahora mismo, lo único que lo mantenía a salvo, lo único que lo mantenía cuerdo. La respuesta lo golpeó de una forma repentina, casi agresiva. Era la risa de Aaron.

Cuando el tentáculo apareció ante Aaron, no mostró ninguna imagen. Ambos quedaron largo rato inmóviles, en silencio absoluto. Aaron oyó los gritos de Anna y el ataque de asma de Vito y los buscó a su alrededor. Debía ayudarlos, pero no los veía, no los encontraba. Cada vez que avanzaba un paso, el tentáculo colosal se acercaba otro más, empecinado en impedirle que saliera de aquel abismo. La pantalla-tentáculo se iluminó, al fin, pero las proyecciones que mostraba eran borrosas, confusas. Aaron lo observaba, con el rostro inmóvil, sin expresar emoción alguna. Las ventosas que se alineaban de par en par sobre aquella extremidad deforme se abrieron y cerraron de manera intermitente, expresando el desconcierto de su dueño. ¿Acaso no había miedos, inseguridades, recuerdos nefastos, en el cerebro de aquel chico?

Aaron pestañeó con fuerza. Su ojo de zafiro resplandeció en la oscuridad.

–Sé lo que estás buscando. –Lo dijo en voz alta, aunque el sonido se perdía en la inmensidad de aquel espacio vacío y negro–. Pero no vas a encontrar nada.

–Todo el mundo tiene miedo de algo –susurró la voz metálica del monstruo, escupida por miles de gargantas insertadas en sus ventosas.

–Eso dicen –respondió Aaron–. Llevan diciéndomelo desde que nací. Que si la gente se reirá de ti, que te agredirán, que si eres diferente… A todo el mundo parece preocuparle más que a mí.

El monstruo soltó un graznido animal, como de pájaro enfurecido.

–No me creo que no te importe tener solo un ojo, mutante.

–Puedes creer lo que quieras. Pero no tienes poder sobre mí. No tengo un pasado traumático. Mis padres me quieren. Tenemos una vida cómoda, tenemos medios. No he visto morir a nadie.

–¿No has visto morir a nadie? –El tentáculo rió, y la reverberación de sus gargantas-ventosa hizo temblar el suelo que Aaron pisaba–. Eso podemos solucionarlo.

Aaron recorrió con la vista aquella estructura de masa negra.

–Puedes amenazar todo lo que quieras, pero con eso no conseguirás matarme.

–Ah, tal vez eso sea cierto. Pero no me refería a ti, sino a tus amigos.

Ambos quedaron en silencio. Durante unos instantes, este fue absoluto, pero poco a poco comenzó a cambiar. Aaron pudo oír un sonido creciente, una especie de respiración agitada.

–¿Ese es…?

–El pequeño Vittorio, sí. Creo que se está asfixiando. Qué pena que no tenga su inhalador a mano. –De nuevo aquella risa trémula, aquel temblor de tierra.

El sonido se hizo cada vez mayor, cada vez más presente. Al cabo de unos segundos, se le unió otro ruido: el lejano pero inconfundible grito de una adolescente aterrada.

–Anna.

–Sí. –El monstruo se agitó de nuevo. Aaron pensó que parecía emocionado. Tenía todo el aspecto de estar disfrutando sobremanera.

Suspiró. Eso iba a terminar mal para él. Lo había sabido desde que se había subido a la aerofurgo, entre los chistes de Sammy, la suave curva de un hombro desnudo de Anna, la frente arrugada de Vito, la impaciencia de Ismael. Lo había sabido también aquella tarde en la que había soñado por primera vez con Lydia y con el monstruo. Solo que algo debía de haberse mezclado, ya que a veces en sus recuerdos Lydia tomaba la cara

preocupada y distante de Anna, o el cuerpo de Anna aparecía con la sonrisa tranquila de Lydia. «Qué mal se me dan las chicas», pensó. No podía decir que estuviera enamorado de ninguna de las dos, pero ambas habían entrado de forma directa en su archivo mental de «mujeres a las que me gustaría conocer mejor, mucho mejor». Ahora habían pasado a su archivo de «amigos y amigas a los que quiero proteger» y eso iba a terminar muy mal. Desafiante, clavó de nuevo su ojo azul en aquel tentáculo que cada vez le resultaba más digno de mofa.

–Solo puedes hacernos el daño que nosotros permitamos.

–Cierto es –admitió el monstruo–. Pero tus amigos eso no lo saben, y van a morir. Y una muerte en la nube es una muerte en la vida real, ya lo sabes. Claro está que tienes que creértelo de verdad. Tienes que sentir el miedo, el pánico. Tienes que dejar que te envuelva, que envíe todas las señales adecuadas a tu cerebro. Y tú no puedes enseñarles a dejar de lado lo que los entristece o lo que los paraliza. Si lo hicieran ya no serían ellos mismos.

–Serían monstruos, como tú.

Y, de pronto, su sonrisa se volvió carcajada. Y esta, luz.

En el tentáculo apareció un ojo, enorme y de color miel, enterrado bajo pliegues de carnosa piel de cefalópodo. Las ventosas volvieron a emitir sonido, pero los ruidos externos cesaron. Lydia, Ismael, Anna y Vito cerraron los ojos, afectados por la inesperada luminosidad. El negro se había vuelto gris, un color lúgubre pero impactante tras el aislamiento de la oscuridad. La luz, todavía tenue pero muy viva en aquel vacío, provenía de Aaron. Sobre su piel comenzaban a brillar atrevidas punciones de blanco, agujeros que se abrían paso en la carne del chico y que emergían de él, como si una gran fuente de energía pura intentara escapar de su cuerpo.

–Deja de hacer el idiota, niñato. No te llevará a ninguna parte. –El tono de la criatura era ahora agresivo. Estaba haciendo lo correcto, aunque sabía cómo acabaría al final. Los demás necesitaban una oportunidad, o morirían en breve. Y él pensaba dársela.

El ojo del monstruo se abría cada vez más, y varias de las ventosas reventaron de súbito; dejaron entrever pequeñas hileras de dientes cortados en punta que nacían bajo el tejido crudo y agrietado. Y entonces Aaron rió, y todas las miradas se volvieron hacia él. La luminosidad era cada vez más intensa, e inundaba las tinieblas que habían aprisionado a los adolescentes. Ya casi todo él era luz, apenas quedaba nada del ser de

carne y hueso que conocían. Su risa permaneció y se columpió entre ellos, libre de las ataduras de una garganta física.

Anna dejó de gritar. Sintió como un viento suave, reconfortante, entraba en sus pulmones y creaba una capa de tranquilidad y armonía bajo su piel, como si la impermeabilizara del terror. El mismo aire travieso entró por la boca y la nariz de Vito y lo liberó por completo del tremendo nudo que le impedía respirar. Lydia e Ismael se observaron maravillados, libres de las visiones que habían estado a punto de hacerlos abandonar, de entregarse a la locura del monstruo.

Oyeron la voz inconfundible de Aaron, pero no provenía de un lugar preciso. Más bien procedía de todas partes a un tiempo, estaba entre ellos y bajo ellos, en el aire y en sus dedos, enredada en su columna vertebral y en cada latido de sus corazones. Sabían que le pertenecía sin dudarlo, pero en realidad no se parecía en absoluto a la voz del chico. Era más como un mensaje que entraba de modo directo en su cerebro, sin pasar por intermediarios tan cansinos como un aparato fonador o un pabellón auditivo.

–Prestadme atención. –Les resultó un comunicado un tanto redundante: era imposible ignorar aquella corriente de confianza y alegría que los había liberado de sus cadenas de espanto–. No tenemos mucho tiempo. Solo puedo protegeros hasta donde mi propia resistencia me permita. Puedo defenderme del monstruo, pero no sé hasta qué punto podré defenderme de vosotros.

–¿De nosotros? –Vito expulsó las palabras con un alivio incontenible. Volver a respirar era un lujo que había creído perdido para siempre–. ¡Nosotros no vamos a atacarte! ¿Dónde estás? ¿Qué estás haciendo?

–Os protejo de él. Soy vuestro escudo. Me he imaginado envolviéndoos, haciendo de barrera entre vosotros y el monstruo. Debéis olvidaros del plan de Zola y utilizar vuestras propias habilidades para enfrentaros a él. Mientras aguante, podré defenderos de sus embestidas, de las visiones con las que os atacaba.

–Pero para ello tendrás que enfrentarte tú a ellas –Anna advirtió con tristeza–. No puedo permitir eso.

–Yo puedo con todo, guapa. –De haber estado presente de forma más tangible, Anna estaba segura de que Aaron le habría guiñado su único ojo tras esa frase–. Pero os agradecería que lo derrotaseis lo antes posible, que no me apetece nada conocer vuestros más oscuros secretos. Bueno, los de las chicas igual sí. –Hubo una pequeña pausa

incómoda–. Lo siento –se lamentó Aaron–. Sentía que alguien tenía que hacer el papel de Sam…

Lo interrumpió un rugido tormentoso y de nuevo el suelo tembló. Las ventosas explosionadas de lo que ahora era un solo y espectacular tentáculo se habían convertido en bocas de pleno derecho, y exhalaban un vaho apestoso. Se arrojó hacia ellos con determinación, lanzando dentelladas a diestro y siniestro. Dotados de una nueva y extraordinaria ligereza, lo esquivaban con facilidad. Era como si la bestia fuera a cámara lenta. Muy a lo lejos, a Vito le pareció oír algo diferente, algo que no pertenecía a aquel lugar. Un sonido corto y seco que se repetía. Algo como un pequeño tic seguido de un pequeño tac. Se concentró de pleno en la extremidad que los atacaba. Ahora que tenían la armadura, el escudo o lo que fuera que les había proporcionado Aaron, era el momento de ir por él.

–¡Ahora no puede hacernos daño! –gritó a los demás–. ¡Tenemos que acabar con él!

–Pero ¿con qué? –dijo Anna–. ¡No tenemos las armas de Zola!

–No harán falta. –Se volvieron hacia Lydia y vieron sus manos abiertas. En ellas renacían las mariposas de luz que el monstruo había destruido durante su pesadilla, durante aquel pasaje de tiempo en que Lydia había creído que desaparecería y que quedaría atrapada para siempre en la nada. Ahora crecían a gran velocidad y agitaban alas irisadas que brillaban con fuerza–. Es verdad que no tenemos el programa de Zola. Pero somos soñadores lúcidos, como él, y podemos combatirlo con su mismo método. Podemos crear nuestras propias armas, aquí y ahora.

–¿¡Como hicimos al crear las puertas!? –Anna miró con angustia a Lydia, cuyas mariposas ya habían doblado su tamaño. La soñadora asintió con determinación.

–Me pregunto cuánto resistiréis –gruñó el tentáculo gigante antes de cargar una vez más contra Lydia. Entre el monstruo y ella surgió una fina capa, como una burbuja sólida contra la que el tentáculo rebotó con fuerza. Anna contuvo el aliento, impresionada. Eso era Aaron.

La criatura la emprendió a golpes contra la barrera. De su tronco habían surgido pequeños tentáculos menores, recubiertos de espinas. Comenzaron a oír un leve quejido, como el sonido de un niño pequeño gimiendo a escondidas.

Aaron estaba llorando.

–¡Está matándolo! –chilló Lydia–. ¡Vamos! ¡Tenemos que combatirlo!

Anna asintió y dio un paso adelante en el vacío. La barrera se amoldó a su movimiento como una membrana viva. Y de pronto dejó de ser Anna. Vito la miró, asombrado. Esta Anna tenía bastantes más años, vestía con ropa elegante y adulta y calzaba, una vez más, tacones altísimos. Llevaba el cabello recogido en un moño despeinado y en una mano portaba una wakizashi muy similar a la de Zola, solo que esta vez era roja, a juego con el vestido que le marcaba unas formas bastante más desarrolladas. Vito clavó los ojos en ella, sorprendido. Anna hizo una mueca.

–Me he convertido en la persona más dura y letal que conozco. Me he convertido en mi madre. –Giró la cabeza sobresaltada, interrumpida por un ruido del que no se había percatado hasta entonces–. ¿Qué es eso? ¿Ese sonido? Ese tic, ese tac… ¿De dónde vienen?

–¿Alguien ha visto a Ismael? –preguntó Lydia, envuelta en sus mariposas.

Un terrible crujido cortó en seco sus palabras. El escudo formado por Aaron comenzaba a mostrar señales de deterioro. Una inquietante grieta en zigzag corría acelerada por aquella capa translúcida que los separaba de los envites del monstruo.

–¡Aaron! –gritó Lydia.

Oyeron de nuevo la voz de su compañero, pero ahora estaba rota, deshecha. No se parecía en nada a la voz que conocían:

–Todavía… no… no estáis preparados –dijo.

–¡Aaron! –chilló Anna a su vez–. Regresa con nosotros, toma tu forma original, ¡no puedes seguir así!

–No puedo dejarle llegar a vosotros… todavía no –respondió la voz, con un esfuerzo evidente–. Solo un poco más –anunció–. Cuando llegue el tic… Cuando llegue el tac… tic… tac… tic… tac… tic… tac…

Una nueva grieta se abrió paso en la barrera que los separaba de los ataques bestiales del monstruo. El escudo se abrió en dos partes, como si fuera una cáscara de huevo resquebrajada. La luz que era Aaron dejó escapar un lamento quejumbroso que los atravesó de pies a cabeza.

–¡Aaron! –gritó Lydia, con el aleteo violento de las mariposas tras cada gesto. Sus alas irisadas estaban volviéndose negras y cortantes–. ¡Vuelve a nosotros!

Justo entonces vieron como caía aquella capa translúcida, como aquel escudo casi imperceptible se agrupaba y tomaba la forma de un chico de quince años indefenso, vulnerable. Se desplomó a sus pies, como si acabara de recibir un disparo. Apenas

tuvieron tiempo de asimilar su caída; el tentáculo armado con extremidades afiladas aporreó con brutalidad a Anna y esta salió disparada, y sin muro ni pared que la detuvieran acabó lejos de los demás, tumbada sobre el arenoso suelo negruzco. El tentáculo se replegó y atacó otra vez. De un solo golpe lanzó a Vito, Lydia y a Aaron en la misma dirección en la que había lanzado a Anna, como un niño pequeño que se cansa de sus juguetes. Aaron quedó tumbado bocarriba, inerte, la cabeza inclinada hacia atrás, los ojos abiertos, sin brillo, sin vida. Anna se levantó y corrió hacia él.

–¡Aaaaron! –chilló con todas sus fuerzas mientras se arrodillaba a su lado–. ¡No, Aaron, no! –Lo tomó de los hombros. Lo agitó con fuerza–. ¡Respóndeme, maldito imbécil! ¡Hazme caso!

–¡Suéltalo, Anna! –bramó Lydia, con tanta fuerza que sus siguientes palabras fueron roncas, desgañitadas–. ¡Suéltalo o el monstruo nos matará también al resto!

–¡No está muerto, Lydia! –contestó esta–. ¡Solo inconsciente! ¡Tenemos que ponerlo a salvo! ¡Tenemos que…

En un solo y violento movimiento, Lydia la apartó del cuerpo de un empujón.

–¡Está muerto, Anna! ¡Está muerto! ¿No lo entiendes? Él sabía lo que hacía, se convirtió en un escudo para protegernos… ¡se ha tragado toda nuestra porquería! ¡Se la ha tragado toda! –Las lágrimas le daban una apariencia feroz que no terminaba de encajar con la dulzura de su rostro–. ¡Tenemos que contraatacar, tenemos que acabar con el monstruo o esta muerte estúpida será más estúpida todavía!

Una extremidad larga y enrollada del tentáculo agarró a Lydia por el tobillo y la arrastró hacia sí con fuerza. Anna pudo agarrarla a tiempo para detener el impulso. Las mariposas de Lydia luchaban con su captor, atacaban con sus alas y producían cortes profundos que, para desaliento de su creadora, se cerraban con rapidez.

–¡Ayúdame, Vito! –voceó Anna–. ¡Ayúdame o matará a Lydia también!

Tras ellos, aquel ruido omnipresente comenzó a subir de volumen.

Cada vez era más rápido, una sucesión de tictac que llenaba sus oídos.

–¿Qué cojones es ese maldito ruido? –chilló Vito mientras se abalanzaba hacia las dos chicas.

–Soy yo –dijo una voz sobre aquel sonido brutal de relojería.

Ismael apareció de la nada, envuelto en tinieblas negras. Y no venía solo.

BATALLA A LAS PUERTAS DEL INFIERNO

No, Ismael no venía solo.

Traía un ejército consigo.

Había aprovechado al máximo el tiempo que les había conseguido Aaron. Se había abrazado a la desesperación, a la furia ciega, ardiente, que lo había embargado cuando aquel engendro se había atrevido a jugar con la imagen de su madre muerta. Había mancillado su recuerdo, había profanado lo más sagrado que le quedaba de ella. Porque, aunque sucediera lo imposible y vencieran allí aquel día, estaba convencido de que, durante el resto de su vida, la imagen que vería cuando intentara evocar a su madre sería la que le había mostrado aquel ser inhumano: la de un cuerpo que se desintegraba, mera carroña de la que su padre se alimentaba. El monstruo sabía dónde debía atacar para hacer el máximo daño posible. Pero Ismael se negaba a consentir que aquella cosa envenenara el recuerdo de su madre y por eso, cuando Aaron interpuso su escudo (él mismo, en definitiva, transmutado en barrera) entre su atacante y ellos, Ismael se había vuelto hacia su pasado, junto a ella, en busca de las armas que necesitaba para intentar doblegar a su adversario.

–¿Oyes eso? –le había preguntado su madre en tantas y tantas ocasiones en la relojería cuando él era pequeño y el mundo enorme–. ¿Oyes ese tictac? –En ocasiones acompañaba sus preguntas con un señalar de dedo hacia un lugar incierto porque aquel sonido procedía de todas partes a un tiempo–. ¿Lo oyes, mi vida? –Y él, niño entusiasmado, asentía. Por supuesto que lo oía. Era la melodía de su infancia, el sonido siempre presente y cómodo que para Ismael era sinónimo de hogar, de amor, de calma–. Pues escúchalo bien. Porque es el latido de los corazones del ejército que vela por ti –decía ella–. Los relojes nunca permitirán que te pase nada malo –aseguraba–. No lo olvides jamás.

No lo había olvidado. ¿Cómo hacerlo? Aquella mentira había sido una de las piezas angulares de su infancia, de su existencia. Aquel tic y aquel tac habían sido su oración, su juego, su manera de vencer todos los tontos miedos de la niñez. Mientras escuchara a los relojes estaría a salvo.

Y ahí estaban ahora. Cientos de ellos. Venían con él, se agolpaban a su espalda. Su ejército. En su mayoría estaba formado por autómatas, criaturas humanoides construidas a base de engranajes y ruedecillas, seres metálicos cuyos rostros eran esferas de reloj antiguo, con las horas que bordeaban sus circunferencias y las manecillas en el centro, dibujando con sus brazos las expresiones de sus rostros insólitos. Iban armados con espadas y fusiles, fabricados también con piezas de relojería, las empuñaduras y guardas eran relojes de arena; las hojas, manecillas gigantes. El tictac surgía de sus pechos y aquel sonido, minúsculo, mínimo, si se tomaba de forma individual, se hacía prodigioso en conjunto. Pero el ejército de relojes no estaba formado solo por remedos de seres humanos, ¿por qué detenerse en eso? Ismael era un soñador lúcido, alguien capaz de modelar a voluntad sus sueños y darles la forma que se le antojara. Había convocado allí caballos y dragones, elefantes de guerra y feroces mastines, monstruos quiméricos sin semejanza alguna con nada creado por la naturaleza o concebido por el hombre, engendros colosales que se abrían paso entre la materia del sueño, furiosos, incontenibles.

–¡¿Oyes eso?! –preguntó a voces, encarado a la masa tentacular que se elevaba ante ellos como una montaña ávida de derrumbes, como un volcán ansioso de entrar en erupción–. ¡¿Oyes eso, montón de mierda?! ¡Vienen a por ti! ¡¿Los oyes?! ¡Vienen a por ti!

La criatura emitió un sonido grotesco, una mezcla entre ventosidad y trueno. Anna y Lydia retrocedieron hasta situarse una a cada lado de Ismael. Vito permaneció más adelantado; había abierto su mochila ante él y de ella sacaba un arma impresionante, una especie de cañón recubierto de filigranas de un tamaño ridículamente enorme.

El monstruo se reía a carcajadas perversas.

–¿Muñecos? –Su voz retumbaba en el mundo, su voz hacía vibrar el suelo bajo sus pies y el aire de sus pulmones–. ¿Te atreves a enfrentarte a mí con juguetes? ¿Quién te crees que eres? –La montaña de carne crecía por momentos, sus tentáculos se alzaban altos en el cielo, sus extremos, cuajados de ojos, colmillos y escamas, rasgaban la cúpula del sueño y la quebraban–. ¿Quién crees que soy? –bramó aquel engendro inconcebible–.

¡Soy la pesadilla! –anunciaron las múltiples bocas que se abrían como furiosos tajos en la superficie de su cuerpo amorfo–. ¡Soy todos vuestros malos sueños! ¡Soy el miedo hecho carne! ¡Y he nacido para destruiros!

–¡Atacad! –aulló Ismael mientras hacía un enérgico ademán hacia el monstruo. Aquel ser había pervertido el recuerdo de su madre. Y había asesinado a Aaron. El muchacho había dado la vida por ellos. Apenas los conocía, pero se había sacrificado para darles una oportunidad–. ¡Acabad con él! –La furia lo consumía. Notaba la llamarada del odio en cada una de las células soñadas que configuraban el cuerpo que vestía en la nube. Su rabia era el corazón de una nova y contenía infiernos.

De pronto sintió que perdía pie en sí mismo, que la realidad se le escapaba. El sueño a su alrededor lo constreñía y asfixiaba, como si reaccionara a su rabia y pretendiera deshacerse de ella destruyéndolo a él. Lydia lo tomó del antebrazo y su mero contacto sirvió para tranquilizarlo. La ira se aplacó, continuaba allí, pero ahora no era ella la que controlaba sus actos, ahora era dueño de sus sentimientos y no al revés. La repentina sensación de asfixia se suavizó y fue capaz de respirar de nuevo. Tomó una rápida bocanada de aire.

–¡Atacad! –repitió mientras señalaba otra vez hacia su enemigo–. ¡Acabad con él!

El ejército de relojes cargó contra el monstruo. Su marcha atronó sobre la piel de la pesadilla. Metrónomos perfectos avanzaban con un sonido de pistones desatados que por unos instantes eclipsó las carcajadas malévolas de su adversario. Los fusileros abrieron fuego con una precisión y puntería perfectas. Él los había creado. Había mezclado la materia del sueño con sus recuerdos y su inconsciente y había ido modelándolos a una velocidad de vértigo.

Unos metros más adelante, rodilla en tierra y semioculto por las hordas de criaturas-reloj que cargaban contra el monstruo, estaba Vito. Había apoyado el gigantesco armatoste contra su hombro y apuntaba hacia la mole que colapsaba la tierra del sueño. Era imposible fallar y, por supuesto, no lo hizo. El retroceso del disparo lo lanzó hacia atrás con violencia. Ismael cayó en la cuenta de qué era esa arma. Era un inhalador gigante, solo que su disparo no tenía nada que ver con el vaporizado normal de los inhaladores; aquel aparato escupía negrura y ponzoña, escupía asfixia y enfermedad. Vito estaba atacando al monstruo con sus propios miedos, comprendió Ismael. Había tomado algo que temía y lo había convertido en un arma contra su enemigo. ¿Era ese el modo adecuado de enfrentarse a él? Uno de ellos al menos, comprendió Ismael. Él había

recurrido a su pasado junto a su madre para hacerse con aquel rocambolesco ejército. Para atacar al ser que había invadido la nube se necesitaban armas que estuvieran cargadas de sentimiento, fuera este cual fuese, se necesitaban armas que bebieran de lo más profundo de uno mismo.

Los relojes alcanzaron las laderas de carne al mismo tiempo que el disparo del inhalador gigante de Vito impactaba de lleno contra su superficie. La carne pétrea rompió a humear y grandes ampollas blancuzcas brotaron en la piel. El danzar monstruoso de la red de tentáculos vaciló unos instantes, solo unos instantes. Luego uno de aquellos seudópodos barrió el aire y golpeó con saña a la primera fila de soldados. Salieron despedidos, hechos añicos, convertidos en un caos de ruedecillas y tuercas disparadas en todas direcciones. La segunda fila no corrió mejor suerte, sus miembros fueron deslavazados a latigazos. La fuerza aérea de Ismael se sumó al ataque. Un tropel de dragones y quimeras se abalanzó sobre su adversario. El aire pronto hirvió alrededor de la montaña y sus tentáculos. Los tentáculos iban y venían, tanto en las alturas como a ras de pesadilla, y con cada una de sus embestidas llovían piezas de reloj. Un elefante embistió contra una de aquellas extremidades violentas y por un segundo dio la impresión de vencerla, pero, de pronto, el animal se derrumbó sobre sí mismo y sembró el suelo de engranajes.

Ismael apretó los dientes. Podía ser un soñador lúcido, pero era nuevo en esas lides y el esfuerzo de generar elementos a partir del sueño estaba pasándole factura. Oyó un fuerte crujido en su mente. Tuvo la sensación de que sus lóbulos cerebrales se estaban separando el uno del otro, casi podía percibir la grieta que estaba rompiéndole el cerebro en dos.

Anna y Lydia asistían perplejas a aquel espectáculo. Lydia, la soñadora que, sin saberlo, los había convocado allí, apretó los puños y se enderezó. Con un gesto de su mano hizo avanzar a sus mariposas, las mariposas negras, de alas afiladas y grandes como halcones. Del colgante en su cuello comenzaron a brotar más y más mariposas. Ella también contaba con su propio ejército. Eran de una negrura impactante, sobrenatural. Echaron a volar hacia el monstruo al tiempo que Vito, de nuevo en pie, disparaba otra vez. La nube que exhaló el inhalador violó todas las leyes de la física al zigzaguear entre las tropas reloj para esquivarlas y acertar otra vez contra la criatura que asolaba la nube. De nuevo sus tentáculos flaquearon, de nuevo su piel se cuarteó y se

llenó de ampollas. Se oyó una profunda respiración asmática, un jadeo que terminó en un regüeldo viscoso que a Ismael le hizo pensar en unos pulmones colapsados de légamo.

Las mariposas se unieron a la lucha. Sus alas sajaban y cortaban con saña la carne del monstruo. Anna dio un paso al frente y sus tacones se hundieron en la tierra revuelta. Se preguntó qué podía hacer ella, cómo podía contribuir en aquella lucha surrealista. No podía convocar mariposas ni sacarse de la manga un ejército de robots. Vaciló un momento. Entrevió el cadáver de Aaron; el cuerpo de aquel muchacho que tantas veces había comparado con un inmenso cachorro ansioso de agradar yacía ahora de costado; su único ojo estaba abierto, mirando al vacío, pero en el mundo real, en el universo de la vigilia, probablemente estaría cerrado, cerrado para siempre. Aquel ojo nunca volvería a mirar, nunca volvería a asombrarse, nunca vería nada más que oscuridad. Anna aferró con fuerza la empuñadura de su espada y, tras soltar un grito, cargó contra su adversario. Lydia la llamó a voces, en un intento de hacerle recobrar la razón y convencerla para que retrocediera. No la escuchó. Corrió entre seres imposibles, saltó sobre engranajes retorcidos y caballos que sangraban arandelas y tuercas. Atravesó la pesadilla, veloz a pesar de los tacones, ágil a pesar de la falda ceñida, y asestó un furioso mandoble a uno de los tentáculos cuando este intentó interceptarla.

«Mírame, mamá», pensó en el momento de dar el golpe. «Soy tú. ¿No era eso lo que querías? Pues lo has conseguido.»

El filo del arma sajó en vertical el pseudópodo del monstruo y le cercenó el extremo. La punta cortada cayó al suelo y comenzó a convulsionarse como un pez fuera del agua. Al momento se oyó un penetrante silbido, el sonido sibilante de una pérdida masiva de aire. Venía del tentáculo mutilado. La masa gigantesca a la que se enfrentaban temblaba y se sacudía, como la carpa de un circo a punto de venirse abajo. Su enemigo estaba desinflándose, como si no fuera más que un globo que alguien acabara de pinchar. Su superficie perdió elasticidad, se llenó de pliegues y dobleces a medida que el aire de su interior escapaba fuera. Los disparos y acometidas del ejército de Ismael ya no se encontraban con carne, sino con tela fácil de desgarrar, las alas de las mariposas causaban tales estragos ahora que apenas se las podía ver de tan rodeadas como estaban de jirones y pedazos del monstruo.

Pero este continuaba riéndose y eso dejó claro que la victoria todavía era una quimera. Anna retrocedió. La mole inmensa se venía abajo y amenazaba con sepultar a todos los que combatían en sus laderas. Miró alarmada a su alrededor, estaba demasiado lejos de

Lydia, Vito e Ismael, pero ni siquiera ellos estaban a salvo de aquel derrumbe. Se preguntó si podría generar a su alrededor una esfera protectora del mismo modo que lo había hecho Lydia. No tuvo tiempo de probar fortuna: una de las mariposas de la soñadora voló hasta su espalda, se afianzó a ella y, con un violento agitar de alas, la alzó en el aire, lejos del monstruo vacío que caía sobre el islote flotante. La muchacha miró hacia atrás. Otras tres mariposas se habían aferrado a las espaldas de Lydia, Ismael y Vito y se elevaban arrastrándolos consigo, alejándose todos ellos de la oleada de piel que amenazaba con cubrirlo todo.

Y el monstruo reía y reía. Sus carcajadas eran truenos en el sueño, relámpagos casi visibles. De las espaldas de la infantería mecánica invocada por Ismael se desplegaron alas y toberas de propulsión. Todos levantaron el vuelo en un intento de ponerse a salvo. La mayoría lo consiguió, pero algunos quedaron cubiertos por las capas y capas de piel que caían sobre ellos. Se los veía agitarse allí debajo, pero por mucho que luchaban eran incapaces de liberarse. Ni siquiera abriendo fuego lo lograban. Sus convulsiones fueron remitiendo hasta que quedaron inmóviles, enterrados bajo toneladas de pellejo soñado.

–¡Pobres idiotas! ¡Benditos ilusos! –se oyó en las alturas. Y era una voz tan abrumadora que Anna ni siquiera alcanzó a oírse pensar. No había más sonido en la nube que aquella voz chirriante–. ¿Pretendéis hacerme daño en el sueño? ¡Aquí nada puede herirme! ¡Aquí lo soy todo!

El islote estaba ya cubierto por entero por la piel del monstruo, que formaba cuencas y valles, depresiones y colinas… De pronto, las arrugas tremendas de su superficie configuraron una parodia de rostro gigantesco. Dos ojos inmensos, de un enfermizo color verde, se abrieron en aquel caos de pellejo lacio. Una boca descomunal apareció debajo, en lugar de dientes emergían lápidas de las encías, tumbas ansiosas de llenarse.

–¡¿Me oís?! –exclamó aquella cosa–. ¡Lo soy todo! ¡Y vosotros no sois más que cadáveres!

La boca, inmensa como un lago, se abrió de par en par y de sus profundidades brotó una miríada de formas negras, lanzazos de oscuridad que volaron veloces hacia ellos. Eran insectos, un cruce entre avispas y arañas, con ojos multifacéticos, quelíceros babosos y un aguijón pendular que dejaba a su paso una estela de veneno verde. Había cientos, y todos volaban en su dirección. Mientras miraban fueron testigos de cómo a ambos márgenes del islote donde se enseñoreaba el rostro deforme del monstruo emergían dos poderosos brazos hechos de tiniebla, fuego y fango, rematados por unas

garras que parecían talladas en glaciares. Las zarpas de hielo se afianzaron en el vacío y se dieron impulso hacia arriba, arrastrando consigo un enorme corpachón que parecía forjado a base de jirones de sombra. La nueva encarnación del monstruo empequeñecía a la primera. La pesadilla se estremecía ante el nuevo ataque de aquel engendro. Sus fauces continuaban abiertas y de su interior brotaban más y más insectos.

El ejército de Ismael y las mariposas de Lydia interceptaron a las huestes del monstruo antes de que los alcanzaran. Fue un choque brutal. Los insectos hundían sus garras en los humanoides metálicos y los destrozaban a zarpazos y golpes de aguijón. Saltaban en enjambre sobre los dragones y mordían con saña a los grifos y las mantícoras. Balas forjadas en sueños hacían pedazos a los espantajos negros; los soldados de Ismael clavaban sus espadas, manecillas enormes de reloj, en los vientres de sus adversarios o cercenaban miembros y cabezas. El combate era encarnizado. Ismael jadeaba, colgado casi inerte de la mariposa que lo sostenía en las alturas. Estaba agotado, pero no le quedaba más remedio que seguir generando soldados para sustituir a los caídos. Los nuevos reclutas eran toscos, burdas imitaciones de los originales, puesto que las fuerzas comenzaban a faltarle, pero seguían siendo lo bastante efectivos como para contener el avance de las fuerzas enemigas. Del colgante de Lydia brotaban más y más mariposas, algunas tan enormes como los mismísimos dragones que había traído Ismael al sueño. Anna hizo amago de saltar al combate, pero Vito adivinó sus intenciones y maniobró veloz en su mariposa para obstaculizarle el paso.

–No es buena idea –le dijo. Hablaba muy rápido, con los ojos muy abiertos. Parecía tener miedo de contrariarla–. Tenemos que mantener las distancias entre esas cosas y nosotros o estaremos perdidos. No tenemos la menor oportunidad si nos enzarzamos en un cuerpo a cuerpo contra ellas. ¿Tú las has visto?

Aun así, a la muchacha le costó un gran esfuerzo resistirse. Todo su ser la animaba a participar en la lucha, a arrojarse sobre aquellas hordas de insectos. Pero Vito tenía razón, aquella batalla la superaba, si participaba en ella esos bichos repugnantes no tardarían en despedazarla; había demasiados como para pensar en una posible victoria. Y si la mataban en el sueño estaría tan muerta en la vida real como lo estaba Aaron. Ya había tentado a la suerte una vez, no tenía sentido hacerlo de nuevo.

Un dragón hecho de arandelas, ruedecillas y pistones se precipitó al vacío, dejando tras de sí una estela de arena de reloj y agua de clepsidra. Caía cubierto por decenas de insectos que arrancaban pedazos de su cuerpo a mordiscos para luego escupirlos entre

saliva y veneno. Del caos de la lucha se escabulleron varios insectos que enfilaron al instante hacia ellos; sus mandíbulas se abrían y cerraban como si ya estuvieran saboreando la carne soñada que rodeaba sus huesos soñados. Vito se adelantó en su mariposa, les apuntó con el inhalador y apretó el gatillo. Su disparo de nuevo fue certero y varias de las criaturas se desintegraron en el acto, pero el retroceso del arma tomó por sorpresa a la mariposa que cargaba con el muchacho y ambos salieron proyectados dando giros hacia atrás.

Anna comprobó que su propia mariposa se ajustaba con precisión a sus deseos y voló hasta el primer enemigo que llegaba. Con dos movimientos fluidos lo partió en cuatro pedazos idénticos al tiempo que esquivaba el aguijón que iba en su búsqueda.

Varios insectos más volaban hacia ellos, con su vibrante agitar de alas. Anna colocó la wakizashi en vertical ante su rostro y se preparó para recibirlas. Un segundo después estaba inmersa en un baile enloquecido entre aguijones venenosos y mandíbulas batientes. «Puedes hacerlo», se animaba mientras se revolvía entre ellos. «Puedes hacerlo, Anna. Esto es un sueño, suéñalo bien, suéñalo bonito, suéñate rápida y mortal y sobrevivirás.» Dos de las mariposas de Lydia acudieron en su auxilio y entre las tres dieron buena cuenta de los insectos que habían sobrevivido al disparo de Vito.

Ismael sacudió la cabeza en un intento de aclarar sus ideas. La batalla continuaba a unos doscientos metros de distancia. Allí un caos de formas y sombras se embestían unas a otras. Al otro lado, el monstruo onírico continuaba vomitando sus hordas de insectos, sus ojos fulguraban como bocas del infierno. Más y más engendros negros se unían a la lucha y contrarrestaban con facilidad las fuerzas conjuntas de Ismael y Lydia. Tarde o temprano se verían desbordados, tarde o temprano los insectos caerían sobre ellos y los harían pedazos. O de nuevo intentaría enloquecerlos con sus miedos más profundos. Ismael no dudaba de que aquel espanto tenía todavía muchas armas de las que servirse.

Vito llegó hasta ellos tras hacerse de nuevo con el control de su mariposa; colgaba abrazado al gigantesco cañón inhalador. Le brillaban los ojos de una manera febril. Anna se acercó también hasta el pequeño grupo.

–¡Necesitamos ayuda! –les gritó Ismael.

–¿Ayuda? –Vito lo miró perplejo, como si no entendiera ni por asomo el significado de esa palabra–. ¿Te has vuelto loco? ¡Aquí no hay nadie que pueda ayudarnos! ¡Nadie! ¡Armind Zola está muerto! ¡Aaron está muerto! ¡Y esa cosa va a matarnos a todos si no espabilamos!

–¡Te equivocas! ¡No estamos solos! –dijo el otro muchacho–. ¡Hay muchísimos más soñadores con nosotros! ¡Mirad a vuestro alrededor! ¿No los veis? ¡Están por todas partes! ¡Por todas partes!

Ismael tenía razón, comprendió Anna. Había una multitud de islas flotantes desperdigadas por doquier. Desde donde estaban, en lo alto del cielo de la nube onírica, se alcanzaba a ver un gran número de ellas, tantas que era imposible contabilizarlas. Algunas eran diminutas; otras, del tamaño de ciudades. Todas las víctimas del monstruo estaban allí, repartidas por esas tierras flotantes, presas de los malos sueños, esclavizadas por el poder terrible del engendro que se había hecho dueño y señor de la nube onírica.

–¿¡Cuántos soñadores lúcidos habrá entre ellos!? –se preguntó Lydia–. ¿Cuánta gente capaz de dar forma a sus sueños y controlarlos? ¿Decenas? ¿Cientos? ¡¿Miles?! ¡Necesitamos liberarlos! ¡Tenemos que conseguir que se unan a la lucha!

–¿Y cómo vamos a liberarlos? –preguntó Anna.

–Hay que hacerles comprender que no son esclavos del monstruo, sino del terror que este les hace sentir –dijo Lydia–. Si vencen a sus miedos podrán liberarse. El monstruo tiene poder sobre ellos solo porque lo temen. Y una vez que estén libres tenemos que enseñarles de lo que son capaces.

–Se alimenta de sus temores, de sus pesadillas –continuó Ismael. Le costaba trabajo seguir la conversación y al mismo tiempo armar más soldados–. Eso es lo que lo hace fuerte. Si conseguimos que dejen de temerlo, al menos lo debilitaremos. –Contempló al monstruo, que seguía con su interminable vomitar de insectos. Se preguntó si podía oír lo que estaban diciendo y si concedería alguna importancia a sus planes. Estaba tan cegado por su poder que se creía invencible, y quizá ese fuera su talón de Aquiles. Ismael respiró hondo y tomó una decisión–: Yo lo entretendré mientras vosotros intentáis liberar a los soñadores.

–¿Entretenerlo, dices? –Lydia lo estudió con el ceño fruncido. De su colgante seguían brotando mariposas negras, diminutas al principio, cada vez mayores a medida que se alejaban de ella y se encaminaban a la lucha–. ¿Como lo entretuvo Aaron? –quiso saber–. ¿Pretendes sacrificarte como lo hizo él?

Ismael vaciló. No, no quería hacerlo. No quería morir. Eso era algo que tenía muy claro.

–Quiero que salgamos de aquí –dijo–. Es lo único que quiero. Y para conseguirlo necesitamos liberar a los soñadores de la nube.

–Vale, dividámonos entonces –intervino Vito–. Pero tú no vas a quedarte aquí solo para partirte la cara con esa cosa. Yo me quedo contigo –anunció–. Que las chicas se encarguen de liberarlos.

–¿Quieres alejarnos del peligro? –le preguntó Anna, escandalizada–. ¿Qué pretendes? ¿Proteger a las desvalidas damas?

Vito la contempló con una seriedad terrible. Parecía ofendido por sus palabras.

–¿Crees que estarás a salvo mientras sigamos en la nube? –Negó con la cabeza–. Da igual dónde estés, mientras permanezcamos aquí todos estamos en peligro, todos estamos perdidos. Lydia es la que lleva más tiempo como soñadora lúcida y he supuesto que es la que mejor se las puede apañar en la nube. Ismael y yo tenemos más oportunidades de resistir: él tiene a sus muñecos…

–Relojes. Son relojes.

–Y yo tengo mi mochila.

–Lo que no tenemos es tiempo para discutir quién hace qué –dijo Lydia–. Tenemos que actuar y tenemos que hacerlo ahora.

Anna se mordió la lengua y asintió. Los muchachos desviaron la vista hacia el coloso oscuro que reía al otro lado del campo de batalla. Acababa de desplegar dos enormes alas, dos enormes extensiones membranosas que parecían a medio camino entre la tela y el cuero. Del revés de sus alas comenzaron a emerger nuevos insectos. Una nueva avalancha de seres horripilantes se les echaba encima, mucho mayor que la primera. Por lo visto, el demonio del sueño se había cansado de jugar.

–¡Ahora! –exclamó Ismael–. ¡Marchaos ahora o no podréis hacerlo nunca!

Lydia tomó de la mano a Anna y ambas iniciaron el descenso, con las mariposas firmemente encajadas a la espalda. Ismael las vio alejarse rumbo a una de las islas cercanas. A continuación, volvió la vista hacia el caos de formas que se aproximaba.

–¿De verdad crees que tenemos una oportunidad? –le preguntó Vito mientras se echaba el inhalador al hombro y se preparaba para disparar.

Ismael negó con la cabeza. El zumbido del enemigo casi tapaba el estruendo del agitar de las alas del monstruo.

–Ninguna –contestó–. Necesitamos un milagro. Y yo ya no creo en los milagros.

Vito se echó a reír.

–¿Cómo puedes decir eso? –le preguntó–. ¿No has visto dónde estamos? Si en algún sitio son posibles los milagros, es aquí.

INTERLUDIO:
CORDELIA TRAVAGLINI

Cordelia avanzó decidida, con las manos como garras sobre los brazos de los dos chicos. Era una mujer alta, y sus zapatos le otorgaban unos buenos cinco centímetros extra, por lo que podría haberlos arrastrado del cuello de habérselo propuesto. Y no le faltaban ganas. ¿Qué hacía Sammy allí? Era inevitable que cualquier situación peligrosa para Anna tuviera a aquel renacuajo por medio. Su hija se quejaba de que fuera tan crítica con él, convencida de que su animadversión se debía al origen humilde de su amigo. Pero no tenía nada que ver con la familia ni la procedencia del chico, era tan solo que, para Cordelia, apestaba a travesura, a riesgo, a desobediencia. Y aquí estaba, colado en una institución secreta, metiendo las narices en un tinglado de lo más desagradable, cumpliendo de golpe y porrazo todas las expectativas que Cordelia tenía para él. Era, en pocas palabras, un camorrista.

–No os preocupéis, nadie va a matar a nadie. Vamos a arreglar esto, eso es lo que vamos a hacer –lo dijo con toda la firmeza de la que fue capaz, pero no estaba muy segura de que sus palabras fueran ciertas. Lo primordial era sacar a su hija de allí, pero dudaba mucho de que permitieran escapar a los demás. Era probable que todos aquellos críos acabaran conectados para siempre a una cabina–. Vamos a arreglar esto –repitió, decidida.

No podía dejar de pensar en Anna, tendida en el suelo junto a ese chaval desconocido. Sí sabía quién era, en cambio, la ocupante de la cabina a la que estaban conectados. Lydia M., uno de los experimentos más prometedores de la granja. Con solo un par de años más, si todo iba bien y su mente resistía, tendrían en sus manos a un supersoñador, una criatura con un poder onírico comparable, quizá, al del sujeto 5X003. Un monstruo.

Cordelia trabajaba, de manera nominal, para el Departamento de Recuperación del Espacio, en una sección que poco tenía que ver con la descontaminación y mucho con determinadas zonas supuestamente radiactivas que eran utilizadas en realidad para granjas como esa. Y estaba muy al tanto de los tejemanejes que tenían lugar allí. No estaba pensando solo en los depravados que pagaban sus buenas sumas de dinero a Mike y a otros como Mike para cumplir sus más oscuras fantasías con los comatosos enganchados a las máquinas, no, estaba pensando en todo el dinero que movían los sueños que surgían de lugares como aquel. Sueños que no tenían nada que ver con los que el usuario común conseguía en la nube ni con los que los artesanos oníricos podían ensamblar. No, eran sueños de alta gama: las pesadillas más aterradoras, las mejores fantasías eróticas, las ensoñaciones más violentas… todo lo que no pasaba el filtro para el uso de la población común se aderezaba y revendía por debajo de la mesa a los soñaderos que usaban los privilegiados de las altas esferas. El Gobierno lo sabía, claro que lo sabía, muchos de sus miembros eran clientes de esos locales. Y otros los regentaban.

Y, por lo que Cordelia sabía, aquella joven morena era uno de los mejores proveedores de esa granja y de cualquier otra. Era famosa en el circuito de los soñaderos de alta gama, y hasta contaba con un pequeño club de fans. Solo trascendían los nombres de los mejores soñadores, nombres que ya se habían convertido en sinónimo de perfección, de calidad: Lydia M., Virginia la Loca, Zorba Barzo, Garibaldi… Cordelia pensó que tal vez, solo tal vez, podría usar lo que sabía sobre la conspiración de las granjas y los soñadores forzosos para salvar a su hija. ¿O acaso eso la pondría también a ella en peligro? Hacía solo tres días que habían encontrado el cadáver de un funcionario del Departamento de Descanso y Bienestar; por lo que Cordelia había oído, su muerte se debía al consumo de un sueño en mal estado, pero había quien aseguraba que, simplemente, había metido la nariz donde no lo llamaban y alguien lo había quitado de en medio. Cordelia respiró hondo. No tenía sentido pensar todavía en posibles salidas del embrollo en el que estaban metidas. Primero tenía que averiguar qué diablos estaba sucediendo allí, conocer la situación al detalle antes de enfrentarse a ella.

Aunque cada célula de su ser le imploraba que volviese, que se arrodillara al lado de su hija y le arrancara aquella diadema de conexión, sabía que esa no era la acción idónea. Primero porque necesitaba a un experto, a un técnico que supiera desconectar a Anna sin riesgo para ella. Y segundo, porque no conseguía comunicarse con el exterior, y eso era

casi tan extraño como encontrarse a su hija conectada a la famosa Lydia M. Necesitaba llegar a la sala de control y reunirse con quien estuviera al cargo.

El personal de la granja estaba más desorganizado de lo que esperaba. No entendía por qué se encontraba el edificio en aquel estado de desidia, parecía que el simple hecho de trabajar allí te convertía en un completo inútil. Como si la presencia maléfica de 5X003, de la Bestia, influyera de algún modo en el lugar, como si su energía nefasta contaminara a todos los que anduvieran cerca.

Tiró de la palanca de emergencia que sobresalía junto a la entrada de una de las habitaciones. No ocurrió nada. El guardia la seguía a corta distancia y la miraba con clara animadversión, pero ella ya estaba tan acostumbrada a ese tipo de mirada que le importó más bien poco.

–¿Es que nada funciona aquí? –preguntó, exasperada.

Avanzó por el pasillo, a paso rápido de taladradora, con aquellos tacones de punta metálica que resonaban con descaro sobre el ruidoso suelo del corredor. Llevaba bien sujetos a sus prisioneros. Por ahora, le bastaba con que no le llenaran la cabeza de insulsa palabrería, que no intentaran huir (¿y adónde huirían? Cordelia ya se había ocupado de avisar al guardia de la entrada de la presencia de un vehículo extraño oculto en las cercanías).

Otros asuntos nublaban su mente conforme se acercaba a la sala de control. Seguía intentando contactar con el exterior, sin éxito. En la granja no había cobertura para teléfonos al uso, pero tampoco parecían funcionar los comunicadores especiales, diseñados para la peculiar red de estas instalaciones. Ni el suyo, el que traía consigo, ni ninguno de los que se hallaban diseminados por el edificio parecían servir de nada. Nada parecía funcionar como debía. Algo, un miedo instintivo, le decía que aquello era un mal augurio. Prefirió no utilizar el ascensor y tomó las escaleras. Aquello no era un incendio, pero era una emergencia.

Cuando estaba ya a escasos pasos de la sala de control, salió a su encuentro una mujer vestida con una bata blanca, seguramente una de las jefas médicas. Era bajita y muy rubia, con la piel clara y el cabello casi platino.

–Ralph, el técnico… –empezó, con la respiración entrecortada. Su voz bailaba, subía y bajaba de tono como si se tratara de un adolescente en pleno cambio hormonal–. No consigue reponer la comunicación. –Se detuvo y examinó a Cordelia con algo parecido

al alivio en sus facciones–. ¿Viene usted de la ciudad? ¿La han enviado del departamento?

–Soy Cordelia Travaglini, jefa de sección del Departamento de Recuperación del Espacio y agregada intermedia del Departamento de Descanso y Bienestar. –Soltó el hombro de Dominic para extraer una fina tarjeta metálica de su chaqueta y enseñársela a aquella mujer alarmada. Esta hizo un gesto de afirmación con la cabeza, sin mirarla siquiera. Cordelia la devolvió a su lugar. «Mucho mejor», pensó. «Mejor que ni la mire, que no pida explicaciones. Mejor que piensen que tengo la autoridad necesaria para hacer lo que haga falta por aquí»–. Primero: estos chicos, y los que encontraréis en la sala de experimentación, están todos bajo mi custodia. Nadie deberá interrogarlos antes de que yo lo haga. No les quitéis los ojos de encima, no quiero que se «pierdan». –Cordelia puso especial énfasis en el verbo «perder»–. Segundo: ¿por qué están cortadas las comunicaciones? ¿Qué le ocurre a la red?

–Nnnooo… nnnooo lo sabemos –tartamudeó la doctora, asustada–. El técnico… Ralph… está trabajando en ello.

Cordelia gruñó. Aquello cada vez iba a peor. ¿Podían los chavales haber saboteado de algún modo el sistema de comunicación? Le dirigió una mirada glacial a Sammy. Este levantó las manos en señal de inocencia.

–Nosotros no hemos tenido nada que ver, se lo prometo. Solo nos conectamos a uno de los… a uno de los… eerrrm… pacientes.

Entraron en la sala. Allí, el técnico, un hombre de cabello cano, miraba ofuscado una de las pantallas que cubrían la pared del fondo de la estancia. No se inmutó ante la llegada de aquellos tres extraños, siguió a lo suyo como si siempre hubieran estado ahí. Había otros dos miembros del personal de la granja en la sala, una enfermera despeinada y un operario de mantenimiento con aire de lagarto.

–¿Dónde está el resto de los empleados? –preguntó ella.

–Estamos intentando reunirlos –contestó la doctora–. Las comunicaciones internas tampoco funcionan. Parece que ha habido algún tipo de sobrecarga. Muchos sistemas se han caído y están todavía reiniciándose.

–Esto no es casual, no… –anunció Ralph, el técnico. No parecía dirigirse a nadie en particular–. Aquí está pasando algo extraño, algo muy extraño. No consigo que nada funcione como debería. ¡Nada! –Miró a Cordelia con detenimiento, como calibrando si podía confiarle más información. Luego miró a los chavales que esta mantenía

cautivos–. Varios sistemas de seguridad están fallando. Y uno de ellos en concreto me preocupa bastante. –Hizo una pausa, como si le costara continuar, como si se resistiera a dar noticias terribles–. Creo que hay un fallo directo que afecta al nivel menos uno.

Se produjo un silencio incómodo en la habitación. Todos sabían lo que había en el nivel menos uno. Pero Sammy no, y su curiosidad pudo más que su miedo.

–¿Qué hay en el nivel menos uno? –preguntó. Los ojos le brillaron un momento, como si él mismo hubiera dado con la respuesta–. Es el monstruo, ¿verdad? ¡Lo tenéis encerrado allí!

Cordelia se volvió hacia él, sorprendida por sus palabras. ¿Aquel muchacho conocía la existencia de la Bestia? Y su sorpresa fue en aumento cuando el otro chico dijo:

–No puede ser. El monstruo estaba en la segunda planta. Yo lo he matado. He matado a mi hermano. –Su tono de voz bajó de forma progresiva, como si estuviera dándose cuenta en ese momento de la gravedad de lo que estaba confesando.

Cordelia no respondió de inmediato. Se había quedado sin palabras.

–¿A quién dices que has matado? –preguntó la doctora.

–A mi hermano –contestó el muchacho–. A Armind Zola.

La doctora se volvió hacia el técnico.

–Ralph, ¿puedes conectar con la habitación de Zola, en la segunda planta? Sujeto 1197…

–Sé muy bien de quién hablas –la cortó el técnico, con cara de pocos amigos. Enseguida abrió una pantalla nueva, que mostraba una vista tipo ojo de pez de una habitación repleta de cabinas–. No tengo lecturas de constantes vitales, solo visual. Pero es que no tengo lecturas de ninguno de los soñadores de la estancia.

–Enfermera –la doctora se dirigió a la mujer despeinada que lo observaba todo con los ojos abiertos como platos–, ¿puede dirigirse a la cabina del sujeto 1197 y comprobar su estado? –Tragó saliva antes de continuar–. Y el de todos los demás, por favor.

La enfermera asintió y salió veloz de allí.

Cordelia soltó a Sammy y cogió de los brazos al joven negro.

–¿Dices que has matado a Armind Zola? –le preguntó.

El muchacho asintió.

–Lo he estrangulado –contestó. Y le mostró las manos como si sus palmas desnudas fueran prueba suficiente de su fechoría.

Ninguno de los presentes supo qué decir. Cordelia se llevó las manos a la cabeza, intentando poner un poco de orden en la marea que amenazaba con arrastrarla muy lejos, allí donde cosas como aquella no podrían afectarla, donde nada podría llegar y ella no sería más que un pequeño barco a la deriva. Pero hoy no, hoy no era un día para navegar. Se volvió una vez más hacia el chico que los observaba, sin comprender.

–Armind Zola no era la Bestia –le dijo–. La Bestia está a buen recaudo en el nivel menos uno de esta granja. Lo siento, chico, has matado a quien no debías…

Dominic no respondió, pero todos pudieron ver como le temblaban los labios. Abrió la boca, como si quisiera rebatir, pero la cerró enseguida. Cordelia se preguntó si aquel muchacho podía ser peligroso, si debería encerrarlo o esposarlo a una silla o algo por el estilo. La mirada del chico se vidrió. «Creo que acaba de entrar en shock», pensó.

–Pero él… Armind… –Sammy negó con la cabeza–. ¿Qué es esa Bestia? ¿Es el monstruo del que la chica morena habló a los otros? ¿El que dijo Ismael que nos había engañado?

–¿La chica morena? –le preguntó Cordelia, confundida. De repente, un rayo de luz empezó a asomar entre las brumas de su cerebro–. ¿Te refieres… te refieres a Lydia Morzac?

–La chica de las mariposas –aportó Sammy–. Todos soñaron con ella. –Dejó atrás las precauciones. Tenía la horrible sensación de que estaban todos en el mismo bando, que estaban unidos en su condición de víctimas de un gran enemigo común.

–Las mariposas… –Cordelia calló y tomó aire. Relegó a otro espacio de su mente todo lo que había pasado en los últimos segundos e intentó concentrarse–. Es imposible. Es imposible que ella… A no ser que… –Clavó una mirada desesperada en Sammy y este sintió que le faltaba el aliento–. La Bestia. Tiene que ser ella… El monstruo.

–En los sueños también había un monstruo –afirmó Sammy con un hilo de voz–. Ismael y Dominic lo vieron. Ismael dijo que nos había engañado, que quería utilizarlos para sobrecargar el sistema.

–¿Cómo? –le preguntó el técnico. Abandonó los monitores y se aproximó hacia él a paso vivo. Sammy retrocedió al verlo llegar, como si temiera que fuera a golpearlo–. ¿Cómo lo hizo? –preguntó–. ¿Cómo pretendía provocar la sobrecarga?

–Conectándose todos a un mismo sueño –contestó el muchacho, intimidado por la cercanía del técnico–. Al sueño de la chica morena.

Ralph se llevó una mano a la boca y negó con la cabeza, incrédulo. A continuación regresó a la carrera a la zona de monitores.

–¡No puede ser! –gritó–. Aunque la Bestia hubiera podido aprovechar alguna brecha de seguridad durante el reinicio para escapar, eso no habría afectado al resto de los sistemas. Esos fallos los han provocado desde fuera… ¿Puede haber alguien ayudando al monstruo desde el exterior?

–¿Qué está pasando aquí? –Cordelia estaba próxima al grito.

–No perdamos la calma… –dijo la doctora. Le temblaba la voz. En aquel momento era la viva estampa de la histeria–. No perdamos la calma, por favor.

Cordelia estuvo tentada de abofetearla.

–Escúchenme todos –anunció el técnico mientras hacía un gesto imperioso a los presentes–. Voy a intentar arreglarlo por las bravas, ¿me oyen? Voy a desconectarme de la red de energía principal y voy a conectarnos a la de emergencia. En teoría eso debería purgar alguno de los sistemas que fallan. En teoría. Por unos instantes no habrá ni siquiera corriente eléctrica. No se alarmen, por favor. Si todo va bien, la luz debería regresar pronto…

–Haga lo que tenga que hacer, pero hágalo ya –le ordenó Cordelia, impaciente.

Ralph tecleó unos instantes en el monitor, con expresión absorta. Se apartó de la pantalla y, unos segundos después, la luz de la sala se apagó. Todo quedó sumido en un silencio absoluto. Cordelia miró alrededor. Era consciente de la proximidad de los demás, alcanzaba a distinguir sus siluetas en la oscuridad, pero tuvo la impresión de estar sola, perdida en un laberinto de sombras del que no había salida posible. Respiró hondo. Aquello no podía ser más que una pesadilla, se dijo, quizá estaba en el soñadero de la torre Amapola, enganchada a algún sueño de moda, quizá uno de los que habían salido de la misma granja en la que se encontraba. El corazón le latía, desatado en el pecho. Estuvo tentada de recurrir a alguna palabra de fuga para despertar.

Las luces comenzaron a volver, de manera tenue, suave, una creciente luminiscencia trajo de vuelta a los objetos y al reducido grupo que se encontraba en la sala. Cordelia vio que el guardia de seguridad y el operario que tenía aire de lagarto cuchicheaban el uno con el otro en una esquina. No les prestó atención. Los monitores regresaron a la vida. Y un instante después, un caos de diferentes alarmas comenzó a sonar a un mismo tiempo.

Cordelia se tapó los oídos, saturada por aquel escándalo, por aquella algarabía.

–¡Múltiples fallos! –gritó el técnico, encorvado delante de la pantalla. El monitor mostraba un sinfín de lecturas en rojo y el resplandor de los caracteres convertía el rostro de Ralph en una especie de demonio estupefacto–. ¡Los sistemas se han venido abajo desde dentro! –dijo–. ¡La sobrecarga tuvo lugar en la sala de experimentación! ¡Las barreras entre soñadores han caído! ¡Mierda! ¡Hay múltiples señales de actividad anómala en el nivel menos uno! –Los miró, aterrado–. ¡Es lo que temíamos! ¡Es la Bestia! ¡Está libre!

–¡Apague eso! –gritó Cordelia–. ¡Voy a volverme loca!

El técnico fue silenciando las alarmas, lo hacía casi a golpes, como si estuviera matando insectos. Hasta que solo quedó una en marcha. Solo que no era una alarma, sino el sonido de un comunicador de plástico negro situado en una mesa atestada de cachivaches de uso incierto. La propia Cordelia se acercó hasta allí, el operario y el guardia de seguridad tuvieron que hacerse a un lado para permitirle el paso y la mirada que le dedicaron fue de clara antipatía. El teléfono tenía un piloto rojo situado en un lateral que no dejaba de parpadear, ansioso, frenético. Cordelia pensó que aquello era un ojo maléfico que estaba atento a todos sus movimientos. Se sintió atravesada por aquella mirada; atravesada, juzgada y condenada. Tuvo muy claro que una vez que contestara a esa llamada su mundo entero se derrumbaría.

La mano no le tembló cuando descolgó el aparato.

Una voz de mujer, desconocida, distorsionada por interferencias constantes, saltó de entre la niebla acústica. Todos dieron un pequeño salto en el sitio.

–GVM3, GVM3. ¿Me reciben? Soy Tango-Charlie-Delta-Delta-Bravo-Primero.

Cordelia tardó unos segundos en hacer memoria y recordar los viejos parámetros de comunicación. Aquel era un canal de emergencia cifrado. Al cabo de unos instantes, respondió, con voz dura, serena:

–Te recibimos. Soy Travaglini, Cordelia. Código ámbar, número 78978. Estoy en Golf-Víctor-Roca-Tercero. No se oye muy bien. ¿Qué está ocurriendo ahí? –preguntó, aunque no quería saberlo.

–Han caído todos, todos… Todos los que tenían nanonitos activos se han visto obligados a unirse a la nube. La propia nube los ha forzado a ello. –El crepitar de estática ocultó sus palabras durante unos instantes. Lloraba, comprendió Cordelia, aquella mujer estaba llorando–. Miles de muertos en la primera oleada. Miles. Ha sido la Bestia. Se ha hecho con la nube y está matando a todo el mundo… A todo el mundo…

Una pausa incómoda se estableció en la comunicación. La estática crujía de nuevo. ¿O era llanto? Cordelia inspiró y espiró en profundidad. Se había entrenado para eso. Calma en la tempestad. Nervios de acero. ¿Miles de muertos? ¿De verdad había dicho miles de muertos?

–¿Cuáles son las órdenes? –preguntó.

–Eliminar al Sujeto 5X003. Repito: eliminar al Sujeto Quinto-X-Ray-Nada-Nada-Tercero. Terminar con la Bestia.

–Designe protocolo.

–Protocolo 650.1. Protocolo Sexto-Quinto-Nada-Punto-Primero.

Cordelia no dijo nada.

–¿Travaglini? –En la voz de la otra mujer se adivinaba el pánico, la tensión terrible del momento–. ¿Sigue ahí, Travaglini? Llevo un buen rato intentando comunicar con la granja, no te nos vayas ahora. Creemos que cuando muera la Bestia los que se han conectado a la nube podrán liberarse. ¿Me oye?

–¿No pueden activar el protocolo a distancia? –preguntó ella–. ¿No pueden matarlo desde ahí?

–No. Todas las terminales seguras desde las que se podía llevar a cabo el protocolo han sido saboteadas. Hay que hacerlo a mano. Hay que hacerlo a mano desde la granja. Hemos enviado una nave, pero tardará todavía media hora en llegar. Para entonces puede que ya sea demasiado tarde.

–Recibido protocolo –dijo–. Regresaré una vez que lo haya finalizado.

Y cortó la comunicación. Si seguía escuchando aquella voz se volvería loca.

Sammy no se atrevió a hablar de inmediato. Cuando lo hizo, su voz era baja y miedosa. Sus preguntas fueron un eco de los propios pensamientos de Cordelia.

–¿Miles de muertos? –balbuceó–. ¿Ha dicho miles de muertos?

–Mantén la calma –le pidió ella. Consultó su ordenador de muñeca, una joya repleta de circuitos integrados, y accedió a los archivos clasificados. Allí dentro estaba toda la información que necesitaba sobre el protocolo 650.1. La operación al detalle apareció en la pantalla líquida de su pulsera. La estudió con expresión concentrada.

El operario con cara de lagarto se aclaró la garganta y participó por primera vez en la conversación.

–Si todos los que tenían nanonitos en su cerebro están en la nube, ¿cómo es que ella pudo…?

Fue Ralph quien contestó a su pregunta. Estaba pálido como un fantasma.

–Aunque parezca imposible, todavía queda gente que no se ha sumado a la revolución onírica. –Y por lo que Cordelia sabía algunos departamentos contaban con grupos especiales formados en exclusiva por ese tipo de sujetos. ¿Quizá preparándose para días como aquel?–. Gente que sigue durmiendo de forma natural –añadió el técnico–. Gente que duerme varias horas al día y que sueña sus propios sueños…

A pesar de la tormenta que se desarrollaba en su cabeza y en su estómago, Cordelia no pudo evitar sonreír. Levantó la vista de la minúscula pantalla de su pulsera.

–Durante mucho tiempo todos lo hicimos así –dijo–. Y yo diría que nos fue mejor que ahora. Hay muchas cosas que debimos hacer de una forma diferente. Y nuestro mayor error fue la Bestia.

–Pero ¿qué fue lo que hicisteis? –preguntó Sammy.

Cordelia lo miró un momento. Se le pasó por la cabeza no contestar, pero terminó haciéndolo. Aquel muchacho se merecía una respuesta.

–¿Recordáis la peste onírica?

Dominic pareció volver en sí al oír aquellas palabras.

–Fue mi hermano –dijo, con voz insegura–. Mató a treinta mil personas. Mi hermano lo hizo.

–Y por eso lo has matado. Por todo lo que le hizo a la Humanidad. Por todos los muertos. –Cordelia pensó que se le partiría el corazón. Pero encontró fuerzas para seguir hablando–. Y por lo que eso le hizo a tu familia.

Dominic no respondió. Su silencio le dijo a Cordelia todo lo que necesitaba saber.

–Lo siento, Dominic –continuó–. No puedes imaginarte cuánto lo siento. Pero eso no lo hizo Zola. Lo hizo la Bestia. Utilizamos a Zola como cabeza de turco para evitar el pánico generalizado en la población. No podíamos permitir que la gente perdiera confianza en el Gobierno. No podían saber que en realidad era culpa nuestra.

–Vosotros habéis creado a ese monstruo –dijo Sammy, mirándola con repugnancia–. Lo estáis utilizando, no sé para qué, pero habéis estado utilizándolo durante todos estos años.

–Hemos estado utilizándolo desde el principio. Me gustaría decir que elegimos el menor de los males, que fue una solución con el bien de la población como prioridad. –Cordelia suspiró–. Pero… he visto tantas cosas, chicos. Y he sido parte de ellas. Tenéis

todo el derecho del mundo a odiarme. Soy tan monstruo como esa cosa que tenemos aquí encerrada.

–El camino al infierno está construido de buenas intenciones –murmuró Sammy. Su ataque de rabia se estaba disipando. Cuando llega el fin del mundo, poco importa quién es el culpable de la destrucción.

–De buenas, de no tan buenas y de omisiones terribles –dijo Cordelia–. Pero no tenemos tiempo de detenernos a reflexionar sobre ello, no tenemos tiempo de que Dominic me odie por ser parte de aquello que arruinó su vida, ni de que tú, Sammy, me eches en cara todo lo que he hecho para este Gobierno. –«Ni de que yo me maldiga a mí misma por ser la única culpable de que ahora mismo mi hija esté en peligro», añadió para sí–. Dejemos eso para luego, debéis entender que en estos momentos tenemos una sola prioridad. Enfrentémonos luego al desastre, ahora tenemos que intentar contenerlo.

–El protocolo 650.1, Sexto-Quinto-Nada-Punto-Primero, es matar al monstruo, ¿verdad? –preguntó Sammy.

–Eres un chico espabilado –contestó ella–. Eso es: vamos a matar al monstruo.

Un nuevo cortejo liderado por Cordelia se puso en marcha. Esta vez los dos chicos andaban tras ella, intrigados y nerviosos. Estuvo tentada de ordenarles que se quedaran en la sala de control, pero ¿qué más daba? Mejor tenerlos cerca, donde pudiera vigilarlos. Detrás marchaba la jefa médica, el guarda de seguridad y el operario-lagarto. Formaban un grupo curioso. Aceleró el paso y los demás se esforzaron por alcanzarla. Sus tacones seguían aporreando el suelo con determinación. De cuando en cuando consultaba su reloj. Quería tenerlo todo muy claro cuando llegara el momento.

Por fin llegó a las puertas correderas que daban acceso a las escaleras que llevaban al sótano. Junto a estas había un ascensor amplio y cómodo, pero Cordelia no se fiaba; en aquel edificio nada funcionaba como debía. Descendió con rapidez los peldaños que la separaban del nivel subterráneo.

Una puerta de cristal impedía el acceso al corredor principal. Cordelia acercó su decodificador de pulsera al lector y la puerta se abrió en un solo movimiento preciso y fluido. Atravesaron el pasillo y encontraron otra cancela similar. Cordelia repitió el proceso.

–Allí –les indicó, y señaló a la derecha. Una sala circular se abría ante ellos, con puertas dispuestas de manera continua a lo largo de la pared curva. Dos de ellas sobresalían por su tamaño y color: eran de un azul brillante y claro. Ambas incluían grandes letreros con las palabras «Acceso Restringido».

Cordelia repitió el truco del decodificador con la puerta de la izquierda. Esta emitió un ruido peculiar, un pitido agudo, y después se abrió.

–Vamos –les realizó un gesto para que la siguieran.

Frente a ellos, una puerta azul los separaba de aquella estancia y la Bestia. En esta ocasión su decodificador no serviría. No tenía los privilegios necesarios y no había tiempo para conseguirlos. Pero por eso había traído a la doctora con ella.

–Abre la puerta –le pidió–. Es la hora de acabar con esto.

La jefa médica se acercó al lector, pero se detuvo en seco cuando le faltaba el último paso. Con aspecto abatido, derrotado, se volvió hacia Cordelia y el resto del grupo.

–No puedo hacerlo –anunció–. No puedo consentir que lo mate. Sigue siendo mi paciente. Sigue siendo responsabilidad mía.

–¿De qué está hablando, señora? –le espetó Cordelia–. ¡Ha escuchado la conversación! ¡Han muerto miles de personas! ¡Y morirán más si no abre esa maldita puerta y me deja matar a esa cosa!

–Si lo mata, estará matando al sueño. –A la doctora le temblaba la voz.

–No. Estaré terminando con esta maldita pesadilla. ¡Abra la puerta!

La otra negó con la cabeza, terca.

–Es mi paciente –insistió con la voz tomada.

Cordelia juntó las manos y las apretó con fuerza. Sammy lo reconoció como un gesto típico de Anna. Aunque en lo físico se parecían poco, y sus personalidades eran radicalmente diferentes, de vez en cuando surgían pequeños detalles que delataban su parentesco.

–Y las chicas que acaban preñadas aquí sin enterarse siquiera, ¿no son también sus pacientes? –preguntó, rabiosa–. ¿Acaso no lo son los pobres desdichados cuyos sueños exprimen una y otra vez para venderlos a los soñaderos? –La miró con una severidad terrible–. Abra esa puerta. Ábrala ahora mismo. –Y era tal la autoridad de esa orden que a Sammy no le habría sorprendido ver que la puerta se abría por sí sola.

La doctora, sobrecogida, agachó la cabeza. Se acercó al lector y pasó su decodificador por él. Cuando la puerta se abrió al fin, renqueante, como si se negara a facilitarles

acceso, ella no entró. Se quedó fuera, sin moverse.

La habitación estaba dividida en dos partes por una cristalera que nacía del suelo y se perdía en el techo. Cordelia conocía muy bien aquella estancia, aunque nunca había estado en persona. Muchos de los aparatos que contenía habían llegado allí por petición expresa suya. Observó las placas que cubrían una de las paredes; sabía con exactitud lo que se escondía tras ellas: allí dentro danzaban pequeños hologramas, imágenes perdidas de sueños, pesadillas y recuerdos del monstruo. Ante la gran cristalera se levantaba un amplio tablero de control repleto de botones, consolas y paneles. Al otro lado del cristal estaba la cabina de la Bestia, un sarcófago transparente de un tamaño impresionante atravesado por incontables cables, tubos y cilindros de todos los tamaños y longitudes, conectados a varias máquinas que a Sammy y a Dominic les resultaron tan alienígenas como la cosa tumbada en la cabina. Toda su piel estaba encallecida, como si se hubiera herido y cicatrizado una y otra vez, o como si hubiera sobrevivido a quemaduras de tercer grado. En su cara nacían decenas de ojos, todos cerrados, algunos temblorosos o pulsantes, que parecían sufrir extraños tics o calambres. Los ojos no eran las únicas partes de su cuerpo que superaban la numeración habitual: varios muñones, como de brazos a medio hacer, asomaban de forma aleatoria de su tórax, y pequeñas rodillas y pies brotaban de sus tres piernas.

Sin volverse siquiera para mirar a los demás, Cordelia se sentó frente a una de las consolas y deslizó una mano sobre ella. Apareció un teclado proyectado y comenzó a pulsar los códigos y secuencias que había memorizado. No tuvo que consultar su ordenador personal ni una sola vez. Los comandos que ejecutaba aparecían en uno de los monitores; circulaban veloces sobre una autopista de información cada vez más compleja. Nadie supo qué hacer ni qué decir, nadie se atrevió a interrumpirla. Tras unos minutos de trabajo, Cordelia se detuvo. Ya casi estaba hecho. Se oyó un siseo y en el tablero contiguo se deslizó un panel hacia la derecha. Asomó un nuevo teclado. El teclado definitivo. Ahí, Cordelia marcó la secuencia de números que mataría a la Bestia.

650.1.

Seis. Cinco. Nada. Punto. Uno.

Se levantó de la silla y se acercó a la cristalera, a la espera. La Bestia resollaba en su cabina inmensa. Aquel montón de carne se estremecía, daba unas sacudidas tremendas, como si bajo su piel se estuvieran produciendo terremotos, como si estuviera hecho a base de placas tectónicas que ahora se lanzaban, feroces, unas sobre otras. Varios ojos se

abrieron de pronto, al unísono; estaban recubiertos de una película de tela blanca. Lágrimas de légamo corrieron por su carne llagada. Cordelia se cubrió la boca con una mano.

«Así es como mueren los dioses», pensó mientras veía agonizar a aquel espanto.

Y tras ese pensamiento se percató de algo que no debería estar allí. Junto a la cabina del monstruo había un extractor de sueños, un aparato con el que estaba muy familiarizada. ¿Cómo no iba a estarlo si era ella la que se encargaba de proveer a las granjas de ellos? Aquel artilugio estaba fuera de lugar. Aquel artilugio se colocaba en las cabinas de los soñadores activos, de los hombres y mujeres que dormían en las plantas superiores de la granja, aquel artilugio convertía los sueños en código que luego iba a parar a la nube. ¿Qué hacía ahí un extractor?

La revelación llegó como un relámpago. Soñaderos. Soñaderos tan fuera de toda moral y ética que no se contentaban solo con ofertar a sus clientes los mejores sueños, las fantasías más eróticas, las pesadillas más terribles, los delirios más violentos… Soñaderos que querían vender los sueños primordiales, los sueños del monstruo, los sueños de la Bestia. Sueños asesinos, sueños atroces… La experiencia onírica definitiva. Se volvió hacia los dos hombres que la acompañaban en aquella estancia: el guarda y el operario con aire de lagartija.

–¿Qué han hecho? –preguntó, espantada–. ¡Han estado extrayendo sueños del monstruo! ¡Malditos cabrones! ¿Qué es lo que han hecho?

–¡Se ha dado cuenta! –exclamó el operario. Su tono se volvió aún más verdoso–. ¡Te dije que iba a darse cuenta! ¡Nos van a echar la culpa a nosotros de lo que ha pasado, Ezequiel, nos la van a echar a nosotros!

–¡Y una mierda! –se rebeló el guarda–. ¡Yo no soy responsable de nada! Yo he cumplido órdenes, he hecho mi trabajo, y lo he hecho bien. ¡No voy a permitir que me echen la culpa de algo que no ha sido cosa mía! ¡Los únicos responsables sois tú y los tuyos, maldita niñata del departamento!

Cordelia pestañeó, perpleja. La habían llamado muchas cosas en su vida, pero lo de niñata era nuevo. Casi se sintió halagada. Dominic y Sammy se miraron preocupados.

–¡No te hagas la inocente! –prosiguió–. Aquí los culpables sois los mandamases, los de arriba. ¡Sois vosotros los que queríais esto! ¡Son los tuyos los que querían disfrutar de sueños de verdad! ¡Nosotros no somos más que empleados que intentan hacer su trabajo!

–¿Hacer su trabajo? –Cordelia parecía genuinamente asombrada, como si aquella reacción estuviera fuera de todo lugar–. ¿Llamas violar a niñas de once años y vender sueños letales hacer tu trabajo?

El monstruo emitió en ese momento un sonido patético, un ruido agónico. Cordelia volvió la cabeza hacia él.

–Zorra –escupió el guardia de seguridad.

Y entonces sonó un disparo, y Cordelia miró hacia la mancha roja que se extendía junto a su pecho izquierdo, preguntándose de dónde salía tantísima sangre. En los escasos segundos que duró de pie, que a ella le parecieron minutos, horas, vidas enteras, intentó comprender por qué. ¿Por miedo a que los delatase? Era tan absurdo, tan ridículo… Pero era por eso, comprendió, exactamente por eso. Aunque ellos no fueran los responsables de lo que había ocurrido, aunque lo que habían hecho no tenía nada que ver con la huida de la Bestia, verse descubiertos era lo más importante en su pequeño mundo mezquino, miserable. Eso era lo que tanto los asustaba: que expusiera su culpabilidad, su terrible culpabilidad. Como si eso importara ahora, con el mundo en las garras de la Bestia, con la Bestia aferrada a la nube.

Cayó al suelo, no sin antes recordar aquellas palabras de su antiguo jefe, un tal Bruno Seday, que siempre le repetía que le faltaba empatía, que tenía que aprender a reconocer las emociones de los demás, que algún día su indiferencia le traería un problema gordo. Lo que más le dolió, más que el tiro, más que la bala que se alojaba ahora en su cuerpo, fue tener que darle la razón, en su mente, a aquel pedazo de idiota.

MAGA ANNA

Todo aquel aparato de insectos se detuvo, paralizado en el aire. Dejaron de zumbar y fue entonces cuando repararon, en su ausencia, en el ruido tan atronador que habían estado soportando.

Lydia y Anna, que ya se habían alejado bastante de la lucha encarnizada que tenía lugar a sus espaldas, redujeron velocidad para mirar atrás.

–¿Qué ha ocurrido? –preguntó Lydia.

La criatura inmensa y oscura, el monstruo de increíbles proporciones, ya no era tal. En apenas unos instantes había cambiado a algo muy diferente. Era un hombre viejo y enfermo, vestido de uniforme militar, que flotaba en el vacío, muy por encima de la isla donde se habían desarrollado los primeros compases de la lucha. A pesar de la distancia, alcanzaron a distinguir sus ojos, muy abiertos, casi desorbitados. A Anna le recordó a la expresión que había tenido Armind Zola justo antes de desaparecer.

–¿Es posible que…? –comenzó a decir. La piel del soldado empezaba a coger un color nada saludable.

–Está muriéndose –dijo Lydia con la voz tomada–. Como Zola. Alguien lo ha matado ahí fuera. En el mundo de la vigilia.

–Entonces… ¿hemos ganado?

Antes de que Lydia tuviera la oportunidad de contestar, aquel hombre agonizante levantó una mano en un gesto que no supieron identificar: tal vez de mandato, tal vez de súplica. Hubo un cambio extraño en el ambiente, el aire pareció endurecerse y la atmósfera se hizo más densa. Durante un momento, Anna tuvo la impresión de estar respirando cristales de hielo.

Oyeron una carcajada corta y seca. Procedía del militar. De sus brazos nacieron nuevos tentáculos, nuevas extremidades negras y viscosas.

–¡Miradme! ¡Soy un hombre muerto! –Rompió de nuevo a reír, esta vez de manera más suelta y libre, a mayor volumen–. ¡Ahí fuera han intentado matarme! ¡Y lo han conseguido!

Anna miró a Lydia con exasperación. ¿Qué ocurría? Si lo habían matado, ¿por qué no caía redondo?

–¡Puede manejar el tiempo dentro de los sueños! –chilló Lydia–. ¡Está ralentizando el tiempo para no morir!

–Muy lista, Lydia. –No había burla en la voz del monstruo, que cada vez recordaba menos al hombre al que habían visto de pasada, de forma fugaz, y más a la bestia que había estado atacándolos. Crecía a ojos vista, regresaban las zarpas de escarcha, las alas, la oscuridad tremenda que le daba forma–. Puedo controlar el tiempo onírico. Tengo la eternidad entera para jugar aquí con vosotros. –Su voz retumbaba por toda la nube, se abría camino no solo por sus oídos, también por sus ojos, sus bocas, sus pulmones, por todas y cada una de las células de sus cuerpos–. Puedo alargar los segundos que me quedan de vida toooodo el tiempo que quiera. –Les dedicó una sonrisa gigante, perturbadora, de colmillos afilados. Y acto seguido la ola de insectos se puso de nuevo en marcha, de nuevo regresó su zumbido bestial. De nuevo comenzó la batalla.

Anna se volvió hacia Lydia. La mariposa enorme que la sostenía respondía con sutil acierto a cada uno de sus movimientos.

–¡No ha cambiado nada! –le gritó a la soñadora–. ¡Necesitamos refuerzos!

Por toda respuesta, Lydia dio media vuelta y aceleró el vuelo. Anna la siguió, y pronto se perdieron en un cielo que ahora había tomado una tonalidad violácea, con tintes azules, índigo y lavanda, como una puesta de sol teñida de morado.

Vito las observó marchar. El monstruo no parecía preocuparse por ellas, tenía diversión suficiente allí, con ellos, con la mochila sin fondo y el ejército robótico.

–Tuvimos nuestro milagro y no sirvió de nada –le susurró a Ismael.

–No sé qué decirte –respondió este, indeciso–. Por mucho que frene el tiempo, su propia mortalidad tiene que haberlo pillado por sorpresa. Da igual lo rápido que haya reaccionado, estar muriéndose ahí fuera tiene que afectarle de algún modo.

–Pronto lo sabremos –refunfuñó Vito–. Mientras, espero que las chicas se den prisa.

Ismael le sonrió.

–¿Qué te parece tan gracioso?

–El monstruo es un soñador lúcido. Todo lo que haga él podemos hacerlo nosotros, ¿correcto?

–En teoría imagino que sí. Pero él tiene más práctica que nosotros.

–Puede ser. –Ismael seguía con aquella inquietante sonrisa en el rostro–. Pero, si él puede tontear con el tiempo onírico, nosotros también. Podemos desfigurar el tiempo a nuestro alrededor, enlentecerlo solo en esta parte de la nube para que las chicas tengan la oportunidad de traer a todos los soñadores. ¡Podemos crear una burbuja a cámara lenta solo para nosotros!

Vito negó con la cabeza, incrédulo.

–Has perdido la cabeza. Es imposible que eso funcione.

Ismael engrandeció aún más su peculiar sonrisa.

–Tú mismo lo dijiste, Vito. Aquí nada es imposible. –En la isla ya no quedaba nada del militar. El monstruo había recuperado su tamaño, aunque algo en su movimiento, un levísimo titubeo, hizo pensar a Vito que Ismael tenía razón y que aquel engendro ya no era tan fuerte como quería hacerles creer.

Ismael se concentró y comenzó a vislumbrar una burbuja gigante alrededor de ellos, alrededor de él mismo, de Vito, del monstruo y de los ejércitos que ambos mandos convocaban. Dentro de la burbuja, tuvieron otra vez la impresión de que el aire se congelaba, que la realidad entera se llenaba de cristales pesados y densos. Algo parecido a una carcajada se escapó de una cruenta raja con forma de boca que atravesaba la faz de aquel engendro.

–Esto se pone cada vez más interesante, pequeños –anunció. Con cada una de sus palabras brotaban llamas de las cicatrices que eran sus fauces–. Juguemos.

A medio vuelo, Anna no pudo evitar la tentación de volver a mirar atrás. Lo que vio la desconcertó. Una curiosa pompa iridiscente, una cúpula translúcida, cubría todo aquel sector de la nube y rodeaba al monstruo, a los dos jóvenes, a ambos ejércitos y un espacio considerable alrededor de ellos. Era como si en aquella parte de la red onírica acabara de aparecer una luna inmensa. Lydia se colocó a su lado con una maniobra brusca y el aleteo de su mariposa sacudió ligeramente a la de Anna. Esta apenas la sintió, estaba demasiado absorta en aquella esfera desmedida.

–¿Qué es eso? –La señaló con un dedo y obligó a Lydia a mirar en aquella dirección.

–Es… vaya… –Entrecerró los ojos. Los combatientes de la burbuja apenas se movían, su velocidad era tan lenta que casi costaba percibirla–. Una esfera, ¡es una esfera de tiempo lento! –«¿Quién la habrá creado?», se preguntó Lydia. ¿Habría sido Ismael o el pequeño Vito? Anna la miró sin comprender–. Han conseguido separar esa burbuja del tiempo de la nube. Dentro de ella el tiempo va mucho más despacio que fuera. Sea quien sea el que ha hecho eso tiene un talento inmenso –dijo, admirada–. Todos lo tenéis –añadió–. En cierto modo, me pregunto si el monstruo no se habrá buscado su propia ruina al convocaros.

Anna arrugó el entrecejo.

–¿Quieres decir que lo hizo a posta? ¿Que nos trajo aquí para derrotarlo? ¿Porque quería morir?

–No lo creo. Si fuera así no habría jugado con el tiempo para postergar su propio fin. Pero sospecho que andaba buscando unos adversarios dignos de él. Quería divertirse. Quería jugar. ¡Vamos! ¡Aprovechemos el tiempo que nos han conseguido los muchachos!

Lydia la tomó de la mano y una corriente eléctrica le subió por el brazo y le impactó de pleno en el pecho. Le resultó difícil mantener la compostura y no gritar de pura alegría, de pura emoción. Se preguntó, por enésima vez, si Lydia era consciente del efecto que tenía sobre ella. La arrastró consigo, las dos mariposas negras y sobredimensionadas las llevaron en volandas, obedientes. Anna miró hacia abajo, hacia el extraordinario escenario que se desplegaba bajo sus pies. Nunca había tenido vértigo, pero estaba segura de que en el mundo de la vigilia no habría soportado aquel vuelo salvaje. Volaban sobre el abismo, sobre la negrura en la que se puntuaban, a cientos de metros de distancia, las islas de las pesadillas. Aquí, sin embargo, la acompañaba una euforia difícil de describir, una sensación de embriaguez que hacía que olvidara el drama que se desarrollaba a su alrededor. Se obligó a concentrarse, a recordar, a relegar al fondo de su mente el sentimiento de júbilo que le producía colgar de aquella mariposa gigante con la mano pequeña y deliciosa de Lydia en la suya.

–¿Cómo distinguiremos a los soñadores lúcidos de los que no lo son? –preguntó, intrigada.

–Tenemos que despertarlos a todos, a los que son lúcidos y a los que no –le contestó–. Tanto unos como otros están presos de las pesadillas del monstruo, no creo que podamos distinguirlos hasta que los liberemos. –Anna volvió a mirar abajo. En la oscuridad se

sucedían las islas de tierra, escenarios dantescos donde cientos de personas se retorcían y sufrían, prisioneros de las pesadillas del monstruo.

–¿Qué será de ellos? Los que no son lúcidos y están en la nube.

–No lo sé. Se han conectado contra su voluntad, de forma inesperada. La nube no tiene sueños que ofrecerles, solo las pesadillas del monstruo. ¿Comenzarán a soñar por ellos mismos una vez se terminen estas? –Negó con la cabeza–. No lo sé, no lo sé. –Resopló–. No tardaremos en averiguarlo. De todas formas, los que nos interesan ahora son los lúcidos. Los necesitamos para vencer al monstruo. Hay que sacarlos de sus pesadillas.

–¿Y cómo lo hacemos?

–Tenemos que comunicarnos con ellos.

–¿Cómo? ¿Los llamamos por teléfono? ¿Los sacudimos del hombro para despertarlos? ¿Les gritamos al oído: «Uníos a nosotros, tenemos galletas»? ¿Y cómo los convencemos de que luchen contra el monstruo? Ni siquiera saben que existe.

–Bueno, no saben que existe este monstruo en concreto. Pero todos tenemos pesadillas, todos hemos conocido a una bestia de un modo u otro. Todos tenemos miedos. Tal vez podamos usar eso.

Anna caviló. Pequeñas tuercas y arandelas le salían por las orejas, como si el mundo del sueño proyectase imágenes de la maquinaria que daba vueltas en su cabeza. Se rió. Era increíble; un sitio como aquel podía ser un lugar de pánico y horror o de belleza y felicidad. Con frecuencia en la misma escena, a apenas unos segundos un sentimiento de otro. Era una representación exacerbada del potencial del subconsciente humano.

–Tengo una idea –dijo, y al hacerlo sus manos brillaron, se iluminaron como pequeños faros rosados. De ellas nació algo que Lydia reconoció de inmediato.

–¿Un globo? –preguntó–. ¿Para qué necesitamos un globo desinflado?

–Ya lo verás –dijo Anna, y, para su propia sorpresa, le guiñó un ojo. Volvió a concentrarse y el globo comenzó a moverse, a cambiar.

–Lo has llenado de agua –observó Lydia, divertida.

Anna hizo aparecer una flor violeta, con forma de trompeta, en su mano libre. Con cuidado, sacudida por los leves movimientos del vuelo de su mariposa, se la colocó a Lydia en el cabello. Justo entonces se dio cuenta de su acción y se sintió avergonzada de inmediato. ¿A qué estaba jugando? Los sueños con Lydia habían sido una maniobra del monstruo, no había ninguna indicación de que la chica morena tuviera el mínimo interés

en ella. Pero sus preocupaciones se vieron relegadas a un segundo plano cuando vio el intenso rubor que había cubierto las mejillas de la joven. La sonrisa de esta era grande y mostraba dientes pequeños pero bien alineados, con una diminuta separación entre las dos paletas superiores.

–¿Cuál es tu plan, Maga Anna?

Anna no contestó. Volvió a concentrarse en el globo, que ahora sujetaba por la boquilla para que no se le escapara el líquido de dentro. Lydia vio como la goma se cubría de minúsculas inscripciones doradas que contrastaban con su color rojo vivo. Anna le hizo un nudo con dedos hábiles y expertos; lo tomó por la base y lo hizo botar con suavidad en su palma. Lo estrujó con cuidado, como si comprobara su resistencia. Elevó los ojos de nuevo a Lydia. Se fijó en el rostro de ella, en aquella nariz imperfecta y graciosa, en los labios desiguales y expresivos, en sus ojos de gato abiertos, que bajo aquel cielo violáceo adoptaban tonalidades casi náuticas. Se preguntó si en aquel lugar de plastilina, donde uno podía crear con su mente y cuerpo cualquier objeto de la nada, podría llegar a crear algo tan exuberante. Creía que no, pero era embriagador intentarlo. Bajó la mirada.

Allí abajo se desplegaba un mundo fragmentado. Islotes de tierra, flotantes como asteroides subdesarrollados, vagaban entre la nada violeta, a diferentes alturas, siempre a una misma velocidad. Eran islas de soñadores. Algunas rebosaban de ellos, en otras solo había uno. Anna pronto entendió lo que significaba cada ínsula: cada fragmento de tierra representaba un tipo de pesadilla. El poder del monstruo era allí evidente, y poco a poco Anna fue reconociendo imágenes que recordaba de pesadillas propias, lugares comunes que sufrían muchos soñadores. Otros islotes representaban escenas bizarras y alienígenas para ella.

Tenían que despertarlos, y tenían que hacerlo rápido. No tardó en encontrar un islote especialmente grande, donde cientos de soñadores gritaban desconsolados, ahogados en una gigantesca y repugnante piscina llena de una masa que parecía excremento. Al gritar, la sustancia se introducía en las bocas de los soñadores y en su nariz, en sus ojos y oídos, como si tuviera vida propia. Y ellos no podían dejar de chillar, fagocitados por aquella pasta grumosa cuyo hedor llegaba tan lejos que Lydia y Anna tuvieron que taparse la boca y la nariz, asqueadas. Tenían que salvarlos de aquel sueño terrible. Aquel era un buen lugar donde empezar.

El islote se movía bajo sus pies a una velocidad ralentizada, aburrida y triste. Tenía que ser ahora. Dejó caer el globo. La gravedad hizo el resto. Cayó, durante intranquilos segundos en los que Anna temió no conseguir nada, que no reventase, o que lo hiciese como un globo cualquiera, más propio del mundo de la vigilia que de ese mundo fantástico. Tuvo miedo de quedar como inútil, como presuntuosa, frente a Lydia. Pero el globo tocó aquella tierra fangosa y explotó de manera espectacular.

Se abrió como una fruta madura, expulsó su interior con alegría y desenfreno. El agua saltó y se expandió como el fuego de una granada, y salpicó los alrededores. Allí donde alcanzaba el líquido, se cubría todo de color, como si por el contacto con aquellos restos fecales el agua crease un abono acelerado; crecían tallos de un verde esmeralda imposible, con matices de color para los que los conos del ojo humano ni siquiera estaban preparados; de las hojas surgían flores de rosados y rojos intensos, órganos casi obscenos que asomaban de entre el follaje. Anna se sonrojó: algunos de ellos le recordaron con demasiada intensidad el color y la textura de la carne, el color y la textura de aquello que recordaba de la bañera de cisne, de cuando el monstruo le había hecho creer que Lydia se exhibía frente a ella. Lo que antes había sido excremento se volvió tierra marrón, naranja, verde también; adoptó los colores de lo orgánico, de lo reproductivo. De lo natural.

Los soñadores nadaban entre las flores, en principio esquivándolas, pero era complicado ignorar a brotes altísimos en fucsia, en resplandeciente plateado, en osado amarillo. Surgían por doquier, y los pétalos llamaban con descaro a los insectos, se mostraban sensuales, abiertos, desvergonzados con su mensaje de aclamación. «Hacednos caso –gritaban–, leed en nuestros colores.» Y eso hicieron. Podía leerse, formada de ramas, pistilos y raíces, la llamada de auxilio de los soñadores lúcidos, la llamada de alistamiento a un ejército de supervivencia, un ejército que tal vez, solo tal vez (pero ¡qué posibilidad tan gloriosa!), podría acabar con la fuente de su sufrimiento, con el monstruo de las pesadillas. Pero ante todo el mensaje era único y poderoso: esto es un sueño. No es real. Solo es un sueño.

Anna y Lydia vieron como poco a poco los ojos de los soñadores se abrían con una nueva luz, con el brillo del conocimiento. Varios desaparecieron casi al instante; sus cuerpos se desvanecieron en el aire, sus siluetas clavadas en el vacío. Anna sintió que el corazón le daba un vuelco.

–¿Estamos matando a los que no son lúcidos? –preguntó, espantada.

–¡No! –exclamó Lydia–. ¡Están despertando! ¡Al darse cuenta de que están soñando despiertan! –Se echó a reír. La miró con los ojos brillantes–. ¡Los estamos salvando! ¡Y cuantos más salvemos más debilitaremos al monstruo! ¡Es el miedo lo que le da fuerza! ¿Lo recuerdas?

Algunos soñadores despertaban enseguida, ansiosos de escapar de la pesadilla, otros tardaban más en asimilar el significado de aquel mensaje. Poco a poco, comenzaron también a desvanecerse. Al cabo de unos minutos, solo quedaban dos soñadores: una mujer anciana y un chico de unos veinte años. Ambos miraban hacia arriba, en dirección a las dos jóvenes.

–Solo es un sueño –dijo la anciana, con una sonrisa enorme, repleta de dientes tan perfectos y blancos que solo podían ser falsos–. Vamos a jugar un poco.

–No hay tiempo para jugar, me temo –le contestó Lydia. No tuvo que gritar para hacerse oír, parecía que se entendiesen de otra manera, leyendo sus labios, comunicándose de una forma casi telepática. La distancia tomaba aquí otras dimensiones, comprendió Anna–. Tenéis que ayudarnos, debemos liberar a los demás. A todos los que están atrapados en pesadillas. Tenéis que ayudarnos a extender nuestro mensaje. Que comprendan que esto no es real, que es solo un sueño.

El joven asintió, serio y pensativo. La mujer vieja, sin embargo, negó y se echó a reír.

–¡Nada de eso! –exclamó–. No hay nada tan divertido como saber utilizar un sueño. –Mientras hablaba vieron como nacían de su espalda dos alas gigantes de pájaro–. Salvad el universo vosotros, adelante con vuestras tonterías, ¡yo me voy a ver mundo! –Desplegó sus inmensas extremidades nuevas y se elevó en el aire sin dificultad. Se alejó volando de ellos, levantó nubes de esporas y de color con el batir de sus alas. Anna la miró marchar con tristeza. Volvió a dirigir su atención hacia el joven meditabundo.

–¿Nos ayudarás?

–Decidme qué tengo que hacer. –Miró en derredor, vio los demás islotes, los demás prisioneros, torturados como habían estado él y todos los de su islote–. ¿Vamos a rescatarlos?

–No solo eso –le indicó Lydia–. Todo esto lo está produciendo una sola criatura, una sola bestia. Tenemos que acabar con ella.

Y Lydia le explicó que los sueños de los hombres estaban esclavizados por un monstruo, que debían liberar a los soñadores para terminar con su imperio, para salvar a los durmientes y también a los despiertos. Se lo contó todo.

Cuando terminó, el chico les dio la espalda. De un gran brinco se transportó al islote más cercano, donde una docena de personas se arrancaban trozos de carne a mordiscos, poseídas por un frenesí entre la lujuria y la violencia más extrema. Antes de que pudieran atacarlo, agarró a una de las víctimas de aquella pesadilla por un codo y la miró a los ojos.

–Estás soñando –le dijo, sin apenas emoción en su voz ni en sus gestos.

Los ojos de aquella mujer se abrieron de la misma forma que había ocurrido con los bañistas de estiércol. Empezó a gritar de forma desenfrenada. El joven ni se inmutó, permaneció clavado en aquel suelo mugriento, cubierto de una sangre gris, apagada. Alrededor de la mujer, la tierra manchada comenzó a tomar un color vivo, y de la sangre empezaron a nacer pequeños paraguas naranjas abiertos. Ascendían conforme crecían, hasta despegar de los charcos sangrientos, limpios ya de coágulos y de carne desgarrada. Tímidos, se acercaban a los otros soñadores y, a cada uno que tocaban, le producían una reacción similar al de la mujer inicial. Pronto, todos los orgiásticos gritaban en sintonía. Anna y Lydia se taparon los oídos, horrorizadas, pero el joven permaneció tranquilo, con los brazos sueltos al lado del cuerpo y el rostro inmóvil, inexpresivo. Al cabo de unos segundos, se dieron cuenta de que el gran grito colectivo se había convertido en una canción, una canción armónica y repetitiva. Con cada repetición de la misma estrofa, desaparecía un soñador.

Al final, sobre aquel islote quedaron cuatro personas en pie, entre ellos el joven inicial. Dos niñas de seis años y un hombre canoso decidieron acompañarlo para ayudar a despertar a los demás. Lydia y Anna se miraron esperanzadas. Era una labor ardua y lenta, pero si el mensaje se expandía, si se compartía, tal vez lo consiguieran.

Un crujido infernal las interrumpió. Miraron abajo y vieron enseguida al causante del ruido: en la base del islote que acababa de quedarse vacío, lleno de nuevos colores, había crecido una grieta que se abría paso con lentitud hacia el centro de la ínsula. Era solo cuestión de tiempo que esta acabara por deshacerse en varios pedazos y desintegrarse.

–Pierde su poder –observó Lydia–. Allí donde los soñadores se marchan o descubren que pueden controlar el sueño, el monstruo ya no obtiene miedo, ya no puede controlarlos. Y poco a poco su mundo se resquebraja.

–Esa podría ser una victoria a largo plazo –respondió Anna–. Pero ¿tendremos suficiente tiempo? ¿Cuánto podrán resistir Ismael y Vito? Si acaba con ellos le costará

poco venir a buscarnos y restaurar su dominio.

–Tenemos que intentarlo, por lo menos. Tenemos que salvar a todos los que podamos.

Un estallido de color a lo lejos desvió su atención. A Anna le pareció distinguir al joven serio del primer islote lanzando granadas rojas y llameantes hacia una isla vecina. El chico colgaba de un globo gigante, una suerte de zepelín escamoso y verde con cabeza de lagarto.

–Vamos. –Lydia tiró de nuevo de la mano de Anna–. Tenemos trabajo que hacer.

De nuevo se pusieron en marcha. Guiaron con soltura a sus mariposas, y enseguida encontraron otra isla habitada. Entre islote grande e islote grande flotaban islitas pequeñitas, unipersonales. Aquellas eran las que contenían las pesadillas más extrañas. Los islotes grandes eran lugares comunes, sueños que compartían muchas personas: pérdida de dientes, enormes felinos de colmillos afilados, agujeros negros que conducían al vacío. Los individuales eran creaciones únicas, sueños de un solo ser.

–Mejor que vayamos por los grandes –dijo Anna–. Más posibilidades de dar con soñadores lúcidos que puedan, a su vez, correr la voz.

Volaron con rapidez, durante una sucesión de momentos que a Anna le parecieron extraños, dobles. Por un lado era consciente del paso del tiempo, de que comenzaba a encontrarse cansada por el esfuerzo; pero por otro la simple presencia de Lydia la distraía, hacía que las horas (si allí realmente existían las horas) fluyesen con una velocidad difusa, acelerada. Cada vez que encontraban un islote concurrido lanzaban mariposas, globos de agua, pompas de jabón gigantes, pequeños colibríes parlanchines o incluso, en una ocasión, un saco de pirañas hambrientas que, al caer en un río compuesto solo de los dientes que se les caían a los pobres soñadores que se ahogaban en él, se abrió y dejó salir a los peces voraces, que se alimentaron de los dientes y escupieron pequeñas letras danzarinas. Las letras formaban palabras que colgaban en el aire, y el mensaje era siempre el mismo: «Esto es un sueño». En un edificio singular, de planta perfectamente cuadrada, construido con muros de cristal, rescataron a centenares de prisioneros, cada uno atrapado en un cubículo transparente. Cada par de segundos las paredes de todo el edificio se estrechaban y estaban más cerca de aplastar y destrozar a sus habitantes. Lydia creó más mariposas, de un color metálico indefinido que, una vez que se alejaban de ella, se endurecían y brillaban como el acero. Descendieron sobre el

islote en masa; las alas chocaban con el cristal y hacían saltar chispas, producían pequeños cortes que se convertían enseguida en largas grietas. En poco tiempo las partes empezaron a partirse y a caer, a destrozarse contra el suelo; saltaban en miles de añicos que se convertían en polvo en cuanto entraban en contacto con cualquier otro objeto físico. Las mariposas dejaban una estela plateada detrás de sí, una estela que formaba, una y otra vez, el mismo mensaje: «Esto es un sueño».

Anna sentía que estaba próxima al límite de sus fuerzas; le escocían los ojos y le picaban las manos, y sus articulaciones estaban doloridas. Habían perdido la cuenta de los islotes liberados y de los soñadores lúcidos sueltos por la nube, que hacían exactamente lo mismo que estaban haciendo ellas. Los signos de deterioro del universo del monstruo eran cada vez más evidentes: ya había islotes que caían por sí mismos y que dejaban a sus soñadores flotando en el vacío, poco antes de desaparecer, ya despiertos. El cielo violáceo que les servía de fondo comenzaba a mostrar otros astros: estrellas, lunas lejanas, hasta un sol azulado que giraba sobre sí mismo. Parecía que la nube volvería a ser de los soñadores, no de aquel señor terrorífico.

Se sentaron, agotadas, sobre la tierra superviviente de uno de los escasos islotes que quedaban a la vista. Anna no tenía energía ni para crear algún tipo de manta o asiento, y el terreno de roca y arena no era cómodo en absoluto. Pero era liberador poder abandonar la concentración extrema, el esfuerzo mental. Lydia se tumbó a su lado. Se preguntó si volvería a verla así o si desaparecerían para siempre, devoradas por las pesadillas del monstruo o, peor, por la cruda realidad que las esperaba si conseguían escapar: sin duda se separarían; a Anna la encerraría su madre para siempre y Lydia… quién sabía qué sería de ella. ¿Cómo podría sobrevivir en un mundo que apenas conocía ya? ¿Cómo podrían ocuparse de ella? No quería pensar en el después, solo en aquel momento detenido en el tiempo, aquellos minutos que les quedaban antes de enfrentarse a una posible muerte, a la derrota tal vez o, quién sabía, a un final glorioso y triste. Se estremeció. Sí, llegaba el final. Y sabía qué tenía que hacer para que, pasara lo que pasase, mereciera la pena.

Se agachó y acercó su rostro al de Lydia. Los ojos de la chica morena, enormes y abiertos, la seguían, pero no dijo nada. Anna sintió que el corazón le saltaría, que saldría de su boca y huiría, que la dejaría muerta e inerte, cadáver sobre aquel cuerpo cálido y curvo. Lydia habló:

–¿Sabes que no era yo, verdad? La chica con la que soñaste. No del todo.

–Lo sé –dijo Anna–. Tú eres mucho mejor.

La besó primero con dulzura, con suavidad, y luego con fuerza, como si necesitara el aire de su boca para respirar. No hubo choque de dientes, ni mordiscos involuntarios, ni nada ridículo como siempre había temido de los besos. La misma energía eléctrica que la había invadido cuando el monstruo, cuando la bañera, poseyó todos sus movimientos. Introdujo un brazo debajo de la espalda de Lydia, que se arqueó, que se acercó más al cuerpo de Anna. Durante unos instantes no supo si era ella misma la que tiraba de Lydia o si era esta la que buscaba, intranquila, fundirse con ella. No quiso parar. La aterrorizaba que cuando saliera a coger aire, cuando saliera a buscar un punto físico al que anclarse y salir de ese vórtice de sensaciones, no tuviera oportunidad para seguir, que algo las detuviera y que nunca pudiera volver a besar a Lydia, que nunca pudiera tocarla más. Pero aquel ruido, aquel sonido insistente, como el batir de unas alas gigantes, se introdujo en el agujero negro en el que había caído y la sacó, poco a poco. Lydia separó sus labios de los de ella, y Anna quiso llorar. Supo, sin lugar a dudas, que esa separación le produciría un vacío que ya nunca podría volver a llenar. La chica morena agarró su cara con las manos y sonrió.

–Nuestro primer beso de verdad –dijo, con una expresión algo cómica. Y Anna no pudo evitar reír. La horrorizaba que Lydia tuviera ese poder sobre ella, que saltara del llanto a la risa con semejante rapidez–. Tenemos que irnos, Anna.

El sonido de aleteo ya era ensordecedor. Anna levantó la vista y vio a un colosal dragón plateado que volaba sobre ellas. Agitaba sus tremendas alas de murciélago para mantenerse parado en el aire. Anna abrió la boca con admiración. A pesar del tamaño del animal (una sola de sus filosas garras podría arrancarle la cabeza con facilidad), no le inspiraba temor. Había ciertos detalles que le restaban fiereza: las alas estaban desgastadas, rotas en algunos puntos; las garras estaban sucias y descuidadas y, sobre todo, de la boca de una de las dos cabezas de la criatura asomaba un gigantesco puro. El aire de tabaco que exhalaba tenía un marcado tono naranja y su boca tenía un perpetuo gesto de desagrado. La otra cabeza, sin embargo, mostraba una expresión resignada, que se convertía en enfurruñamiento cada vez que el humo de su compañera se acercaba a ella y la obligaba a toser. La cabeza tosedora tenía dos ojos diminutos, demasiado pequeños para su rostro de reptil, lo que le otorgaba un aire de continua suspicacia.

–¿Necesitáis transporte, chicas? –La cabeza fumadora expulsó las palabras en forma de gruñido–. Sospecho que vamos en la misma dirección. Si es que hay direcciones en

este maldito lugar… –Expulsó humo una vez más y la otra cabeza dejó escapar un suspiro.

–Tiene narices, Edgar. Que ni en el mundo del sueño me pueda librar de ti y de tus topicazos de detective cascarrabias… ¿Se puede saber por qué tenemos que compartir un cuerpo? Desde luego que es la pesadilla perfecta…

–Cállate, Mejía. Gruñiré y fumaré lo que me dé la gana y no podrás hacer nada para impedirlo. –De nuevo se dirigió hacia Anna y Lydia–. Dicen por ahí que tenemos que matar a un monstruo. A mí todo esto me huele a chamusquina.

De nuevo, la cabeza a la que habían llamado Mejía suspiró, exasperada. Sin mediar más palabras, el dragón doble se giró e hizo descender su larguísima y escamosa cola hacia las dos chicas. No tuvieron problemas para subir: las escamas, duras y relucientes, formaban peldaños seguros por los que era sencillo ascender. Se acomodaron en el lomo, la una contra la otra, muy juntas. Una vez sentadas, el dragón abrió las alas, las batió con fuerza y salieron despedidas hacia las alturas. Enseguida dejaron atrás el escenario de su beso. Anna suspiró, un suspiro breve y triste: acababa de ocurrir y ya la invadía la nostalgia de la pérdida, una *saudade* del hogar perdido en la boca de Lydia.

No tardaron en regresar al punto de partida. El proceso de destrucción del reino del monstruo parecía haber reducido también el espacio. Hasta los mismos cimientos de la realidad empezaban a distorsionarse. Habían sobrevolado los restos del mundo de la bestia, un universo a medio camino entre la destrucción y el caos (los islotes derruidos, agotados, de los que solo quedaban pedazos) y una construcción y nacimiento nuevos: allí donde habían caído las islas asomaban grandes árboles que surgían de la nada, enormes pájaros que se colaban entre las patas del dragón y nuevos astros que giraban, en forma de platillo, entre los restos de aquel mundo de pesadillas. El cielo cada vez era más brillante. Anna supo que, para bien o para mal, todo debía terminar allí.

Detrás de ellos se había organizado, de manera progresiva, un ejército dispar. Reconoció a algunos de los soñadores a los que habían salvado, aunque ahora tenían una apariencia bien distinta: el joven serio al que habían sacado del primer islote ahora tenía dos cuernos gigantes en la cabeza, retorcidos sobre sí mismos como los de un carnero; una de las niñas a las que Anna había socorrido ahora tenía medio cuerpo de caballo, se había convertido en un centauro grande y poderoso cuyo cuerpo animal contrastaba con la suavidad de los rasgos del rostro de su parte humana. Pero a la mayoría no la conocía: muchos eran víctimas rescatadas, a su vez, por los soñadores a los que Anna y Lydia

habían liberado. Cada uno volaba a su manera; unos montaban en pegasos, águilas, aviones, coches voladores o muebles motorizados; otros habían desarrollado alas de todo tipo para desplazarse por el aire, desde extremidades de pájaro o insecto a ingenios mecánicos o extrañas protuberancias orgánicas que funcionaban de manera compleja.

Detrás quedaba una legión de soñadores, de víctimas ahora libres. Delante quedaba la cúpula de tiempo, ya resquebrajada, muy débil, donde batallaban Ismael y Vito con el señor de las pesadillas.

–Llegó la hora –dijo Anna en voz muy baja–. El final se acerca.

EL DUELO

La burbuja de tiempo lento que Ismael había convocado se hizo pedazos en una explosión silenciosa, exenta de toda violencia. Había cumplido su cometido a la perfección; en su interior apenas habían pasado diez minutos, nada que ver con el tiempo transcurrido fuera. Para Ismael y Vito habían sido diez minutos eternos, terribles, en los que el monstruo moribundo había lanzado sus huestes no solo contra ellos: también contra las paredes de la esfera que lo separaba del resto de la nube y de los planes de Lydia y Anna. Los dos muchachos a duras penas habían contenido sus embestidas. Pero lo habían logrado. Y eso había hecho que, por primera vez desde que había comenzado todo, Ismael se hubiera atrevido a albergar la esperanza de sobrevivir a toda esa locura.

Un instante después de que la esfera se hiciera trizas, irrumpió un tropel de soñadores, guiados por Lydia y Anna, cabalgando ambas un impresionante dragón plateado de dos cabezas. Los vio lanzarse a la carga, feroces, un ejército rabioso y sediento de venganza. Lo primero que desarbolaron fueron las huestes del monstruo, la armada de insectos que tantos problemas les había dado sucumbió bajo la tremenda embestida de los soñadores lúcidos. Simple y llanamente los hicieron añicos. Muchos de los refuerzos conseguidos por las dos jóvenes ni siquiera parecían humanos. Eran seres envueltos en sus propios sueños, transformados en entes milagrosos por obra de sus propios delirios. Era difícil distinguir quiénes eran soñadores y cuáles sus creaciones. Había dirigibles y barcos de guerra sustentados mediante globos de colores, edificios enormes por cuyas ventanas asomaban cañones y fusiles, naves futuristas hechas de madera, ejércitos de muñecos de trapo, de conejos con armadura y mirada enfurecida… Y todo aquel compendio de milagros voló raudo en pos del monstruo, sin dudar, sin titubeo alguno. Vito y él se unieron a la carga, uno con su ejército de relojes y el otro armado con su inhalador gigante. Ambos muchachos estaban agotados, pero no había vuelta atrás. Era el momento de acabar con el monstruo. Nunca tendrían una oportunidad mejor.

El engendro enemigo se recortaba contra la oscuridad macilenta del cielo de la nube. Era inmenso, grande como un mundo a punto de explotar. Costaba abarcarlo con la vista y mucho más describirlo. Cambiaba de forma a cada instante, a cada segundo; a veces mostraba tentáculos similares a los de la primera encarnación a la que se habían enfrentado, otras estaba rodeado de aguijones, de prolongaciones óseas rematadas por cuchillas. Había alas aquí y allá, y garras y colmillos curvos y espolones. Aquel ser era todo el horror, todo el miedo, todo lo repugnante… Las huestes de soñadores y sus diferentes ejércitos fueron en su búsqueda, algunos abrían fuego, le disparaban toda clase de proyectiles, otros volaban sin más, dispuestos al combate cuerpo a cuerpo. Su enemigo no parecía tener prisa por convocar nuevas fuerzas que intentaran rechazarlos. Parecía, simplemente, aguardar su carga. Cuando la primera oleada de atacantes llegaba hasta él, el monstruoso ser destelló un momento y un instante después emergió de su cuerpo planetario un estallido de luz, un tsunami blanco que se expandió veloz a través de la nube. Aquella llamarada luminosa eclipsó durante unos instantes toda la realidad del sueño. Ismael, cegado, se encontró dando bandazos en el aire. La mariposa abandonó su espalda de pronto y él cayó a plomo, reclamado por la falsa gravedad del sueño. La realidad, por llamarla de algún modo, se abrió paso de nuevo entre la luz a medida que esta fue menguando. Aquel ataque salvaje se había llevado por delante a todas las creaciones de los soñadores lúcidos, solo quedaron ellos, casi dos centenares, cayendo al vacío, todos de regreso a sus formas humanas. Mientras miraba comprobó cómo la mayoría se adaptaba con rapidez a la situación. A unos les surgieron alas de la espalda, otros, sin más, comenzaron a planear o se limitaron a flotar. Volar en sueños no era complicado. Ismael contuvo su caída solo con desearlo. Una tremenda sensación de ingravidez tiró de su cuerpo hacia arriba, como si todas sus extremidades colgaran de cuerdas de las que alguien estuviera tirando con fuerza. Resultaba tan fácil maniobrar como cuando tenía la mariposa afianzada a su espalda. Ahora aquella parte de la nube estaba casi vacía. En la distancia se alcanzaban a divisar islotes que se hacían trizas. Los soñadores atrapados estaban despertando y eso dañaba a la nube cada vez más. La isla de tierra sobre la que se había desplomado el monstruo al desinflarse quedaba justo debajo de la lluvia lenta de soñadores, todavía a una distancia considerable. Todos maniobraban hacia aquella extensión de tierra flotante. E Ismael no tardó en comprender el motivo: su enemigo aguardaba allí. La explosión con la que se había llevado por delante a los ejércitos de creaciones de los soñadores debía de haberlo debilitado en gran medida,

puesto que había revertido de nuevo a su forma humana. Los primeros soñadores en alcanzar la isla estaban acosándolo ya. Costaba discernir qué estaban haciéndole, pero, fuera lo que fuese, surtía efecto. Caminaban despacio hacia él, encorvados hacia delante, de sus cabezas surgían llamaradas negras, relámpagos venenosos que impactaban en el monstruo. Ismael descendió hacia ellos.

Cuando apenas le faltaban unos metros para llegar, comprendió la naturaleza del ataque de los soñadores lúcidos. En las llamaradas negras que proyectaban se vislumbraban imágenes, algunas eran meros rescoldos, otras eran claras y diáfanas. En ellas se veía a su adversario. En uno de los relámpagos lo vio aseteado por un gran número de flechas, en otro colgaba de un árbol, estrangulado por una cuerda fabricada con escorpiones, en una tercera alguien estaba acribillándolo contra el muro de un cementerio. Y todos esos deseos de muerte afectaban a la criatura de un modo físico. Ismael tomó tierra junto a los soñadores y se unió a la carga.

El monstruo no tardó en retroceder, cedía terreno al fin; se replegaba bombardeado por el ataque conjunto de los soñadores lúcidos. Pero ya no había a donde huir. Fuera del sueño no quedaba nada para él, fuera del sueño solo era un cadáver, carne muerta en la granja. Alguien lo había matado al otro lado de la realidad. Y el despertar masivo de soñadores lo había debilitado también, era indudable. Ismael no se engañaba: de no ser por eso no habrían tenido la menor oportunidad de plantarle cara. Su enemigo disminuía a ojos vista, menguaba mientras daba sacudidas a un lado y a otro, tan rápidas y convulsas que a veces parecía una secuencia mal grabada. Ismael se movió hacia delante, al tiempo que la criatura se llevaba las manos a la cara y gritaba, rabiosa, como si sus propios rasgos le hicieran daño en el rostro.

Los soñadores redoblaron su ataque. El monstruo aullaba. Ismael se imaginó que sus huesos se volvían cristal quebradizo, incapaz de sustentarlo, que sus pulmones se llenaban de hormigas carnívoras y que era veneno lo que circulaba por sus venas. Sus deseos no se cumplieron, por supuesto; no había soñador lúcido tan poderoso como para conseguir afectar de ese modo a otro soñador de su misma naturaleza, pero su anhelo, su simple anhelo, se proyectó como un dardo hacia su enemigo, de idéntico modo a los deseos asesinos del resto.

El monstruo gritaba, cercado por decenas de soñadores lúcidos, todos los que lo imaginaban malherido o muerto, todos los que lo colocaban en situaciones tan terribles como él los había puesto a ellos. Lo torturaban con el pensamiento, lo asesinaban y

deseaban su muerte. ¿Cuánto tiempo había transcurrido para esos soñadores dentro de la nube? ¿Qué les había hecho aquella cosa? Se había alimentado de sus pesadillas, de sus miedos, se había hecho fuerte a base de aterrarlos. Y ahora le pagaban con su propia moneda. Pero no había allí victoria posible, pretenderlo era ingenuo, aquella contienda no tenía una resolución favorable. ¿Cómo podía tenerla? ¿Cuántos cadáveres aguardaban fuera del sueño? ¿Cuántos inocentes habían sido asesinados por la rabia demente de aquel soñador nocivo? ¿Millares? ¿Cientos de miles?

Ismael se dejó arrastrar otra vez por la rabia. Habían sido ellos los que habían liberado aquel horror, habían sido ellos los que habían roto las cadenas del monstruo. Eran cómplices, aliados necesarios en la masacre. Poco le importó que Zola les hubiera asegurado que era cuestión de tiempo que el monstruo se liberase. Habían sido ellos. Ellos. Sus manos estaban manchadas de sangre. Jamás volverían a estar limpias. Y no era justo.

La furia lo consumió como un incendio invisible, fue como una oleada de intenso calor que buscara abrasarlo. De nuevo perdió pie en el sueño. La realidad onírica se convulsionó, se fragmentó, y acabó atrapado en otra burbuja de tiempo lento, generado esta vez por su propia rabia. La realidad del sueño se desdibujó. Hasta que solo quedó él, lo único real, lo único tangible en aquel escenario demencial. Él y su rabia. Y la rabia ya no era un incendio, era un ser vivo que intentaba doblegarlo, hacerlo suyo; sintió como sus extremidades filosas y calientes lo abrazaban y estrujaban con saña. La rabia era cálida, intensa, placentera, y tuvo la imperiosa necesidad de abrazarse a ella. Lo hizo y sintió que hasta aquel momento nunca había estado completo. La rabia le daba poder y esencia, la rabia lo proyectaba a dimensiones que ni siquiera el delirio del sueño podía concebir. «Aquí puedes ser lo que quieras», le decía aquella furia ardiente. «Puedes conseguir lo que se antoje. ¿Quieres acabar con el monstruo? Hazlo, no lo dudes, despedázalo hasta que no quede nada. Y después… Después toma su lugar.»

–Ismael –lo llamaron de pronto.

Se volvió hacia la voz. Sonaba extraña, clara y, al mismo tiempo, retardada, como si fuera a una revolución menor de lo normal. Era su padre. Estaba a unos metros de distancia, dentro también de aquella burbuja que había trenzado con su propia furia. Su expresión no tenía nada que ver con la que recordaba; toda la tensión y la tristeza habían desaparecido al fin; en la expresión de su rostro se veía aceptación, sosiego y calma. Ismael contuvo el aliento. ¿Por qué no había despertado junto al resto? ¿Por qué no se

había ido con los demás? La rabia comenzó a desaparecer, a menguar, del mismo modo en que antes el contacto de Lydia lo había sosegado. La rabia, comprendió, era peligrosa en aquel lugar. Un sentimiento tan salvaje reaccionaba de un modo violento en el entorno del sueño, era la semilla adecuada en el terreno propicio. Y comprendió que aquel sentimiento era uno de los principales motivos que habían creado al monstruo contra el que se enfrentaban. Miró a su padre.

–Me imaginaba que estarías aquí, en el centro de todo –le dijo con una sonrisa plácida en los labios. Ismael la recordaba muy bien, a pesar de que había pasado muchísimo tiempo desde la última vez que la había visto–. Me lo imaginé desde que vi todas esas mariposas volando por el sueño. –Su sonrisa se acentuó–. Encontraste a la muchacha, ¿verdad?

–La encontré –dijo mientras lo contemplaba–. ¿Papá? ¿Por qué no has despertado?

–Muchos todavía no lo han hecho –contestó–. El mensaje de tus amigas tardará en llegar a todos, pero llegará. Estoy orgulloso de ti, hijo. Tenía que habértelo dicho antes. No tenía que haberte dejado de lado, no tenía que haberte abandonado. Pero a veces el dolor te trastorna y te vuelve loco. Puedes ceder a él, no hay nada malo en ello. Pero no puedes dejar que gobierne tu existencia. Y yo lo olvidé. Ha tenido que ocurrir esta tragedia para que me diera cuenta.

–Yo he sido el culpable de todo esto –confesó él, con un nudo en la garganta–. Al menos uno de ellos. Ayudé a liberar al monstruo.

–No. Los culpables fueron quienes crearon ese engendro, no tú.

Ismael miró a su padre con atención. El color ceniciento de sus rasgos era cada vez más marcado. Parecía labrado en ceniza. Entonces lo comprendió. Y la revelación fue una sacudida eléctrica que le hizo olvidar de inmediato todo lo que había sucedido.

–No vas a despertar, ¿verdad? –dijo. Y cada palabra le hizo daño al salir de sus labios, cada sílaba venía envuelta en alambre de espino y veneno–. Esa cosa te ha matado.

Por un segundo el hombre vaciló, como si no tuviera claro si era correcto seguir con la pantomima o no.

–El miedo me ha matado –aceptó al fin–. La angustia y el vacío. Pero el tiempo se ha detenido en este lugar maldito y al menos tengo la oportunidad de despedirme. Tengo la oportunidad de disculparme, de decirte que te quiero, de decirte que eres el mejor hijo que habría podido desear. Lo siento, Ismael, lo siento tanto… Siento haber sido tan mal

padre, siento no haber sido lo que necesitabas. Siento estar muerto… Siento no poder verte crecer y ver el gran hombre en que vas a convertirte.

Y ya no hubo rabia. Ni espacio para nada que no fuera aquel sordo dolor que emanaba del centro de su ser y colapsaba todas las terminaciones de su cuerpo. Su padre volvió a sonreír, muerto al otro lado del sueño, vivo en la nube mientras, paradójicamente, el monstruo contra el que combatían continuara con vida. Aquella locura hacía mucho tiempo que había dejado de tener sentido. «Esta historia comenzó conmigo hablando con mi madre muerta en una playa y va a terminar conmigo hablando con el cadáver de mi padre en una isla», pensó.

Con la rabia abandonada, el tiempo se reanudó otra vez, la burbuja estalló e Ismael acabó inmerso de nuevo en el tiempo de fuera, en el tiempo gobernado por aquel monstruo, también muerto al otro lado. Su padre continuaba allí, a menos de un metro de distancia. Se abrazaron, un abrazo silencioso, último. Los ojos de su padre brillaban, lágrimas soñadas, un espectro triste que se despedía del mundo en un lugar a medio camino entre la vida y la muerte.

Justo en ese instante, un grito estentóreo desgarró la realidad. El monstruo aullaba más adelante, asediado por los soñadores. Ya no quedaba nada de su aspecto horroroso. Ahora no era más que un chiquillo vestido con ropa militar que le venía demasiado grande. Alguien patético y perdido, una víctima más de aquel espectáculo demencial. Dio un nuevo grito y cayó de rodillas. El ataque sobre él se redobló. Se distinguía una corriente negra que emergía de la cabeza de todos los soñadores reunidos allí. Ismael no se unió esta vez a la carga. La existencia del monstruo era lo único que impedía que su padre terminara de morir. Una vez que sucumbiera, el tiempo de la nube se aceleraría y la conciencia de su padre se desvanecería en el olvido. Con cada ataque el chiquillo menguaba, se hacía más pequeño, tanto de tamaño como de edad. De pronto aparentó no más de ocho años, después menos de cinco. La ropa militar prácticamente lo ahogaba entre sus pliegues.

–¡No! –exclamó aquel niño, medio doblado en el suelo–. ¡No! –Su voz era chillona, un alarido diminuto que movía más a la repugnancia que a la lástima–. ¡No podéis vencerme! ¡No lo consentiré!

Apretó los puños con tal fuerza que se desgarró la carne con las uñas. Miró alrededor, enloquecido, desesperado. El cerco se estrechaba cada vez más a su alrededor. El aire temblaba, agujeros de irrealidad se abrían en el tejido del sueño, tumores sanguinolentos

que reclamaban la muerte de aquella herejía que se mantenía viva contra toda lógica. Entre la bruma que rodeaba al monstruo, Ismael alcanzó a distinguir un brillo nuevo. Aquel engendro de pesadilla intentaba contraatacar, comprendió.

–¡No le deis tregua! –oyó gritar a Vito–. ¡Acabad con él! ¡Ahora es el momento!

Un intenso griterío se oyó entonces por toda la nube, un alarido conjunto que parecía proceder de millares de gargantas.

–¿Qué es eso? –preguntó Ismael con un hilo de voz.

–El monstruo está asesinando de miedo a todos los soñadores que todavía no han conseguido despertar –le contestó su padre–. Necesita más poder para defenderse y está extrayéndolo de ellos.

La nube se estaba llenando de espectros. El niño monstruo rugía y el cielo se llenaba de siluetas en blanco y negro que salían despedidas de los islotes que todavía no se habían colapsado, aullando todas al unísono. Había una nueva masacre en ciernes, una nueva oleada de muerte arremetía contra la humanidad dormida y arrasaba con cientos, miles de vidas. Pero en esta ocasión la muerte se desdoblaba, el cuerpo comenzaba a morir al otro lado del sueño, pero la conciencia se mantenía intacta en la nube, presa del tiempo detenido.

–¿A ti no te afecta? –preguntó Ismael con voz temblorosa, impactado por aquella carnicería.

–Yo ya he aceptado mi miedo, aunque haya tenido que morir por ello –le contestó su padre–. Ya no tengo nada que temer del monstruo. Estoy fuera de su alcance.

El número de siluetas que volaba en lo alto era incontable, un firmamento de almas en pena que aullaba de pura angustia y horror. Sus siluetas emitían una luz difusa, a medio camino entre la plata y la ceniza.

Ismael, de pronto, sintió que su movilidad mermaba. Miró hacia sus pies. Una fina capa de hielo comenzaba a treparle por las piernas. Los ojos del niño monstruo destellaban, y su brillo era idéntico al de la escarcha que alcanzaba ya sus rodillas, idéntico al resplandor de los muertos que proferían terribles alaridos en las alturas del sueño. Todos los soñadores lúcidos estaban sufriendo el mismo ataque. Vio a Anna más adelante, congelada ya hasta la cintura. Vito cayó postrado a su izquierda, con la mochila entre las manos, como si buscara en ella algún remedio para escapar de esa nueva trampa.

–¡No, no, no, no! –aulló Ismael, cada vez más cubierto de hielo. El niño comenzaba a levantarse otra vez. Recuperaba fuerzas al mismo tiempo que los soñadores las perdían. El torbellino de oscuridad a su alrededor se frenó–. ¡No! –gritó el muchacho justo el instante antes de que la capa de hielo se cerrara sobre sus labios y lo silenciara por completo.

Ahora un bosque de soñadores congelados rodeaba al monstruo. Este crecía a ojos vista. Las ropas que unos segundos antes habían colgado flácidas alrededor de su cuerpo se llenaban ahora con una musculatura creciente. Entró veloz en la adolescencia, la dejó atrás y se plantó, fulminante, en la edad adulta. Pero continuaba débil, y una vez más cayó de rodillas. En el cielo sobre sus cabezas la luz de los espectros de los recién muertos se apagó, pero sus figuras quedaron prendidas en lo alto, inmortales mientras el monstruo no muriera.

–No me venceréis… –aseguró este–. Alimañas, sois alimañas que arremeten contra un dios. Me oís, ¿verdad? Sí, claro que podéis. ¿Estáis luchando contra vuestro encierro? Intentadlo, os animo a ello. Nada de lo que hagáis os liberará de vuestra prisión. Me habéis sorprendido, lo reconozco. Me confié y eso casi causa mi derrota. –Con cada frase ganaba energía y presencia, con cada frase se hacía más grande–. Pero ya no hay vuelta atrás para vosotros. No depositéis esperanza alguna en los que han escapado de mi reino. Los traeré de vuelta enseguida. Todavía quedan soñadores vivos aquí a los que convertir en títeres al otro lado. La nube saldrá en búsqueda de los huidos y los tendremos de regreso antes de que sepan siquiera que han sido libres. ¿Y vosotros? ¿Qué hacer con vosotros? Me habéis demostrado lo perniciosos que pueden resultar los soñadores lúcidos. Por muy apetitosos que resulten vuestros miedos no me queda más remedio que mataros. Os haré soñar los sueños de la víbora y el lagarto, mezclaré vuestros miedos con el delirio de los insectos y el sueño viscoso de los peces. Voy a mataros a todos. Y una vez muertos me alimentaré de vuestros espíritus. Os devoraré. No quedará nada. Absolutamente nada.

–No te lo permitiré –aseguró una voz con firmeza.

Ismael no podía girar la cabeza para ver de quién se trataba, y la capa de hielo que rodeaba sus oídos distorsionaba la voz demasiado como para reconocerla. Pero no se sorprendió cuando vio aparecer a Lydia en su campo de visión. El cuerpo de la muchacha estaba salpicado de escarcha; era evidente que el ataque del monstruo no la había afectado al mismo nivel que al resto. De todos los soñadores lúcidos allí reunidos

ella era, de largo, la más poderosa. Aun así, no había sido rival para el monstruo. Hasta ahora.

Se acercó hasta él, caminando despacio. La lucha la había desaliñado, y el hielo sobre ella comenzaba a derretirse y a humedecerle la ropa, pero a la soñadora parecía traerle sin cuidado su aspecto. Ismael alcanzó a oír los latidos de su corazón entre las paredes de hielo que lo rodeaban. Se preguntó si el espectro de su padre continuaría a su espalda, atrapado también él en su propia prisión.

–Esto tiene que acabar –le dijo la soñadora al monstruo–. Has ido demasiado lejos y has hecho daño a demasiada gente. Tiene que parar. Y tiene que parar ahora.

–No parará nunca –le advirtió él mientras se incorporaba. Le sonrió con elegancia, con cierta educación y, sorprendentemente, respeto–. Mírate, Lydia: bella, poderosa y vacía. Mírate, muchacha de las mariposas. Puede que no acabe contigo a fin de cuentas, te convertiré en mi compañera durante toda la eternidad. ¿Por qué no hacerlo? Tú y yo somos iguales.

–No lo somos.

–Sí en lo que de verdad importa. Los dos somos los soñadores más poderosos que han surgido de esta locura –dijo–. Tenemos la fuerza suficiente para construir mundos y levantar imperios en el sueño. Te reconocí en cuanto te vi, por eso te convertí en mi heraldo, en mi cebo para soñadores. Y por eso decidí dejarte con vida.

–No somos iguales –insistió ella.

–Lo somos –repitió él–. Ambos no somos más que cadáveres al otro lado. Muertos que sueñan. ¿No te parece bonito? ¿No te parece poético?

Ismael se estremeció en su prisión de hielo al oír aquello. Quiso gritar, pero el nudo en su garganta se lo impidió. No podía ser cierto. No podía ser verdad. ¿La soñadora también estaba muerta? Se imaginó que todos los allí reunidos no eran más que cadáveres, un carrusel de fantasmas que giraba y danzaba en el sueño de un monstruo capaz de detener el tiempo. Habían ido allí a salvar a Lydia, habían acudido allí para rescatarla, pero habían fracasado: ellos estaban prisioneros y ella…

–Muerta –anunció Lydia, como si fuera la primera noticia que tenía al respecto–. ¿Es eso cierto?

–Sí y no –contestó el engendro del sueño mientras la estudiaba atento, interesado al parecer en su reacción–. Y lo sabes. ¿Realmente creías que alguien podría pasar tantos años conectado y no sufrir las consecuencias? ¿Que podrías regresar a un cerebro

intacto, a un cuerpo sano? –Dejó escapar una pequeña risilla atragantada, y a Ismael le pareció que era una risa triste; no tanto por la joven morena, sino por sí mismo, por aquello en lo que él también se había convertido–. Es el precio que hay que pagar, pequeña. ¿Cómo era aquella frase? Ah, sí… Un gran poder conlleva una gran responsabilidad. Y todo poder tiene su pago, sus consecuencias.

–No te entiendo –dijo ella, pero era evidente que mentía. Lo entendía demasiado bien.

–Pobre, pobre Lydia. Atrapada aquí desde tan pequeña… Conectada a sueros, con descargas musculares, con inyecciones de estimulantes y compuestos hormonales a todas horas. Tu cerebro está dañado de forma irreparable, como el de tantos otros soñadores de la granja, por no hablar de tu corazón y de otros órganos vitales. No puedes despertar, Lydia. Ahí fuera solo te espera la muerte, o algo parecido. ¿Quieres ser un vegetal, Lydia, es eso lo que quieres? ¿Quieres babear sobre tus salvadores, sobre tus príncipes de reluciente armadura? –Aunque las palabras eran burlonas, no había rastro de jocosidad en su voz.

»Pero no tienes por qué preocuparte. El tiempo está en suspenso aquí dentro. Avanza tan lento que prácticamente no existe. Nunca moriremos. Ni tú ni yo. –Hizo un gesto alrededor–. Ni ellos, si lo permito. ¿Comprendes ahora el alcance de mi poder? Venzo hasta a la mismísima muerte, ¿no te parece maravilloso? Esto es lo que soy. En esto me han convertido. Y ahora comienza de verdad mi dominio.

–No voy a permitírtelo. Muerta o no, prisionera de este mundo o no, no voy a permitírtelo.

–¿Y qué vas a hacer, pequeña soñadora?

–Enfrentarme a ti, si no me queda más remedio.

El monstruo sonrió. Su piel de nuevo estaba volviéndose negra, de nuevo las costras de oscuridad volvían a cubrirlo. Un manto de tinieblas que se extendía como un sudario sobre él.

–Me gustaría ver cómo lo intentas –dijo.

De la nada llegó entonces una pequeña mariposa. Ambos se quedaron mirándola mientras revoloteaba entre ellos. Tenía las alas blancas y en cada una de ellas había un pequeño círculo negro, situado de tal forma que el aleteo del insecto creaba en el aire la ilusión de que allí flotaba una mirada parpadeante.

–¿Con eso intentas vencerme? –le preguntó el monstruo–. ¿Con una mariposa? Podría matarla de un simple escupitajo si quisiera.

–Hazlo –le retó ella–. Mata a la mariposa y habrás ganado.

El monstruo la miró estupefacto, como si no comprendiera de qué le estaba hablando.

–¿Qué broma es esta?

–Te reto a duelo, soñador. Si matas a la mariposa, aceptaré tu victoria. Si matas a la mariposa, te permitiré construir aquí tu imperio. Si no consigues hacerlo, nos liberarás y nos dejarás marchar.

El monstruo se echó a reír. De su boca abierta volaron grajos y murciélagos.

–¿Te has vuelto loca? –preguntó.

–Llevo años soñando, años viviendo a caballo entre sueños y pesadillas. Claro que me he vuelto loca. Tú mismo lo has dicho. –Sonrió–. ¿El reto que te propongo es demasiado complicado para ti?

–El reto que me propones es absurdo. El reto que me propones no tiene sentido. –El monstruo sonrió a su vez, pero no lo hizo solo con los labios. Los ojos y las cejas se combaron también, sonrisas simétricas, idénticas en todo menos en el tamaño. La misma carne de su rostro burbujeaba, cada poro convertido en una minúscula boca que se abría en su piel, sonriente y sarcástica–. ¿Por qué debería aceptarlo? –quiso saber–. ¿Por qué debería poner en riesgo una victoria segura por un estúpido juego?

–¿Porque si vences nunca más te enfrentarás a un reto como este? –le preguntó la soñadora; su voz sonó tan burlona como la del propio engendro que tenía ante sí–. Si vences ya habrás logrado todos tus objetivos. ¿Qué te esperará entonces? ¿Una eternidad pensando si habrías sido capaz de matar a una mariposa?

La cara del monstruo se llenó de ojos, y todos observaron interesados a la adolescente que tenían ante sí. Ismael asistía perplejo a la conversación. Al final, la joven a la que habían acudido a rescatar salía en rescate de los héroes cautivos. Lydia era la última esperanza que les quedaba.

–Acepto –anunció el monstruo–. Mataré a tu mariposa. Y después mataré a tus amigos y te construiré una jaula bonita donde pasarás encerrada toda la eternidad. Me contarás cuentos, me cantarás canciones y bailarás desnuda para mí.

Acto seguido, exhaló una fina llamarada por la boca. Un chorro ígneo con la mariposa como blanco. Antes de llegar siquiera, una barrera de fino hielo apareció ante el insecto y lo protegió del fuego. El monstruo sonrió otra vez, con la boca; con los ojos, reducidos de nuevo a dos; hasta con la última célula de su ser. El fuego se volvió blanco, el hielo se tornó diamante. La mariposa volaba tras él; su mirada falsa aparecía y desaparecía en el

aire, ojos que se abrían y cerraban, indiferentes a lo que sucedía a su alrededor. La soñadora y el soñador se miraron. Desde donde estaba, Ismael no pudo precisarlo, pero tuvo la sensación de que ambos sonreían. Las llamas del monstruo se bifurcaron y maniobraron veloces, intentando salvar la protección de la barrera de diamante, pero Lydia se anticipó a las lenguas de fuego y envolvió a la mariposa en una esfera perfecta. Lydia, como si quisiera dar más espacio a la mariposa, ensanchó la esfera, la hizo casi tan grande como la burbuja que los había rodeado a ellos cuando entraron en la nube. No contenta con ello, hizo brotar un árbol en su interior, y un césped de un verde fulgurante, con cada brizna perlada de rocío. Y apareció un banco allí, un banco labrado de metal negro. La esfera contenía un pedazo de paraíso.

El monstruo hizo un gesto afirmativo con la cabeza, como si solo en aquel momento hubiera comprendido realmente las reglas de aquel juego. Un instante después comenzaron a llover arañas del cielo de la nube, todas en pos de la mariposa y su esfera. Los arácnidos cayeron sobre la burbuja que la protegía y corretearon por su superficie, ocultándola casi por completo. Comenzaron a morderla con ansia, con saña; de sus quelíceros fluyó un icor violáceo que burbujeaba en contacto con el diamante. Este comenzó a derretirse bajo el veneno sulfuroso de aquellos seres. La esfera se abombó y humeó. Era cuestión de tiempo que las arañas la destruyeran y tuvieran la mariposa a su alcance. Pero Lydia no les concedió ese tiempo. El cielo del sueño se pobló de aleteos y graznidos y una bandada de pájaros rojos, convocada por la soñadora, se lanzó sobre las arañas con una fiereza espeluznante. Los dos soñadores se miraron. La esfera entre ambos era víctima de las atenciones de las arañas y los pájaros. Sonreían. Sí, ahora Ismael lo veía claramente; los dos estaban sonriendo, como niños felices inmersos en un juego maravilloso. El monstruo levantó una mano, señaló al cielo y este se abrió para dejar paso a las águilas y los halcones; en un prodigioso picado se abalanzaron hacia los pájaros rojos, y estos intentaron esquivar a sus atacantes mientras atacaban a su vez a las arañas, que continuaban a duras penas con su labor de desgaste de la esfera. Llegaron más pájaros rojos. Llegaron más rapaces. El sueño se pobló del batir de un millar de alas.

Ismael oyó reír a Lydia, y su risa era fresca, impropia de aquel lugar. O tal vez no. Quizá fuera una risa concebida para oírse en sueños, una risa que no tenía cabida al otro lado. Una risa imposible, no hecha para la realidad.

El cielo se abrió otra vez en canal y aparecieron pterodáctilos de alas enormes y consistencia de cuero, todos de un demencial brillante color verde. El monstruo alzó otra

de sus manos y un sonido vibrante se extendió por toda la nube onírica. Eran motores, aquel sonido anticipó la llegada de los cazas de combate: eran negros, como la piel que cubría, hecha jirones, al monstruo, y aunque a primera vista podían parecer de metal, Ismael no tardó en comprender que aquellos ingenios estaban construidos en carne negra. Abrieron fuego sobre los pterodáctilos. Lydia respondió al momento. Del suelo del sueño emergieron torres antiaéras, cañones desproporcionados que recibieron a los cazas del monstruo con su fuego de artillería. Tropas negras emergieron del suelo, tropas verdes fueron invocadas para proteger los cañones de Lydia.

Ismael observó el duelo, atónito, desde su prisión de hielo. ¿Ese era el poder de los soñadores lúcidos? Esa capacidad de maravilla, de locura. La nube se llenó de llamas, de colores nunca vistos, de criaturas imposibles en dura pugna con otros engendros que buscaban a la mariposa que, ajena al caos generado a su alrededor, continuaba con su baile lento dentro de la esfera, con su abrir y cerrar de ojos.

Había dinosaurios en el cielo, cometas envueltos en velos luminosos, ejércitos en guerra, gigantes y monstruos que embestían unos contra otros. Capas y capas de violencia, de locura continuada y mágica. Y la mariposa y su aleteo en el centro, indemne, incólume. Una riada de fuegos artificiales mordió la piel del sueño, incendios incandescentes, cascadas de luz y sonido que dibujaban auroras trastornadas. Era hermoso, de una hermosura dolorosa y cruel, pero hermosura al fin y al cabo.

Los dos soñadores aparecían y desaparecían, separados por una distancia mínima mientras a su alrededor tenía lugar aquella demencia. Después Ismael fue incapaz de precisar cuánto tiempo duró aquel combate entre magos del sueño; tampoco pudo señalar el momento exacto en que las tropas de Lydia comenzaron a flaquear. Simplemente sucedió. El conteo de bajas empezó a hacer mella en las huestes de la soñadora; la balanza, hasta entonces equilibrada, fue decantándose poco a poco hacia el lado del monstruo. Y, al fin, hasta el último de los soldados de los rocambolescos ejércitos de Lydia desapareció, arrastrados por una ola invisible que se llevó consigo criaturas y naves espaciales, tropas y cañones, pterodáctilos y pájaros. Solo quedó la mariposa, hasta la esfera de diamante que la había protegido durante la batalla se hizo pedazos. El insecto estaba indefenso, al alcance de las hordas del monstruo. Pero ninguna de las criaturas que las conformaban hizo ademán de ir por ella.

Aquello, comprendió Ismael, iba a ser prerrogativa del monstruo. Iba a ser él quien diera el último golpe.

El soñador había recuperado de nuevo su forma humana, la piel negra y correosa que lo había recubierto se replegaba, como mondas en un tubérculo o en una fruta. Aquel combate lo había llevado otra vez al límite de sus fuerzas, era evidente. Tan evidente como su victoria: había vencido, había derrotado a su adversaria. La expresión de su rostro era de total satisfacción. Dio un paso al frente, hasta tener al insecto revoloteante justo ante el rostro. Lo contempló largo rato. Ismael contuvo la respiración y se anticipó mentalmente al momento en que fuera a destruir a aquella frágil criatura. Pero este no llegó.

–No es esta mariposa la que quiero destruir –dijo el monstruo mientras se apartaba del insecto y se encaminaba hacia la soñadora. Lydia había caído de rodillas y, encorvada, miraba con fijeza al suelo, como si no quisiera ni por asomo mirar al ser que se dirigía a ella. El soñador la obligó a hacerlo: la tomó de la barbilla y le alzó el rostro con cierta delicadeza–. Es esta la que me interesa –anunció–. Es esta la que tengo que hacer pedazos para que mi victoria sea absoluta. –Ismael gritó de pura impotencia en su prisión de cristal, creyendo que se refería a la propia Lydia. Pero no era así. Lo comprendió cuando le vio arrancarle el collar con la mariposa del cuello–. Es esta –anunció.

La tomó en la mano y la estrujó con fuerza. Cuando abrió el puño mostró sobre su palma los restos desmenuzados del colgante.

–¿Estás contenta, soñadora? –le preguntó.

–Mucho –contestó ella, y por su tono de voz no parecía estar bromeando.

–¿Qué? –El monstruo dio un paso atrás. Luego otro, aunque más que un paso fue una convulsión–. ¿qué? –Alargó la mano, los pedazos de colgante roto se habían clavado en su carne y ahora una película de plata correosa iba cubriéndole la palma de la mano.

Dio un grito de puro dolor, se retorció y alargó el brazo herido como si quisiera mantenerlo alejado de sí. La capa de plata que mordía su mano comenzó a extenderse por todo el brazo, como una telaraña demencial que buscara cubrirlo. El monstruo aullaba.

–Zola te manda saludos –le dijo Lydia mientras se levantaba. Ismael pensó que se parecía a un ángel, un ángel vengativo–. Durante años preparó programas para destruirte, escarbó en tus miedos, en todas tus penurias, en todo lo que te hace daño. Con esos programas creó armas con las que combatirte, las que mis amigos usaron en nuestro primer encuentro. Pero con la muerte de Zola fuera del sueño, todo terminó. Las armas desaparecieron. Pero no todas. –El monstruo había caído al suelo y allí continuaba

retorciéndose: gritaba y lloraba al mismo tiempo–. La mía no lo hizo. Porque la mía no la creó él. Hizo una copia del programa en mi mariposa. Y ha seguido ahí, esperando, aguardando el momento. Al destruir la mariposa, el programa ha saltado sobre ti. Te ha envenenado. Al derrotarme, monstruo, te he vencido.

La telaraña de plata cubrió por completo al engendro. Este regresó a su estado de infante, poco más que un bebé recién nacido, tirado en posición fetal sobre el islote y cubierto por la trama plateada. Ismael notó como la capa de cristal que lo recubría a él se hacía pedazos. Por unos instantes el mundo al otro lado fue un compendio de grietas, una telaraña similar a la que había caído sobre el monstruo, pero esta no aprisionaba ni torturaba, esta liberaba. Los pedazos de cristal cayeron a su alrededor con un alegre tintineo, una lluvia pura y fresca que lo devolvió, de golpe, al imperio de la movilidad. Y quedó libre, al igual que el resto de los soñadores. Muchos cayeron de rodillas al verse liberados, otros se tambalearon, pero no llegaron a caer. Anna estaba unos metros más adelante. Había caído y contemplaba a Lydia con los ojos anegados de lágrimas. Comprendía su dolor, por supuesto que lo comprendía: la soñadora jamás iba a despertar. Recordó sus labios en los suyos, el segundo beso que le había dado, cuando era realmente ella, no el espejismo urdido por el monstruo.

Los soñadores lúcidos comenzaron a rehacerse. Se movían como lo que eran, gente recién salida de una pesadilla. Ismael se cubrió los ojos con la mano izquierda. Un majestuoso resplandor estaba abriéndose paso por los cielos, una luz brillante y pura, restauradora, que cegaba al mismo tiempo que curaba. Pestañeó varias veces para centrar su vista. No tardó en conseguirlo. Lydia estaba de pie ante el bebé encogido y cubierto de hebras metálicas. Parecía inmensa allí, una diosa vestida de mujer. ¿Y a fin de cuentas no era eso lo que en verdad era? Una diosa con la capacidad de crear lo que se le antojara. Un sonido amortiguado llegaba de la criatura a sus pies, el niño se agitaba. Ya no gritaba. Se limitaba a llorar y era un llanto desolador.

–Mátalo –pidió una voz. La de un hombre mustio, de ojos enfurecidos. Señaló al bebé con un gesto terrible–. Acaba con él, muchacha. No esperes más. Acaba con él antes de que se saque un nuevo as de la manga y le dé la vuelta otra vez a la situación.

–Mátalo, sí. –Era Vito quien hablaba ahora. El joven avanzaba con los puños apretados, furioso también–. Acaba con esa alimaña de una vez por todas. Es venenoso. Es terrible. ¡Mátalo!

–Mátalo –pedían los soñadores–. Acaba con él. Mátalo. Mátalo. ¡Mátalo de una vez!

Avanzaban todos al unísono hacia Lydia y el monstruo, todos a excepción de Anna, que permanecía de rodillas, y el propio Ismael, un poco más retrasado. El muchacho se volvió un instante y contempló a su padre, libre él también de la prisión de escarcha. Su ser había recuperado un poco el color, aunque se le seguía viendo un tanto difuso; a Ismael le impresionó sobremanera la expresión de su rostro: una mezcla de alegría y resignación. Ismael levantó la vista: las siluetas de las cientos de víctimas que el monstruo había asesinado con su último ataque revoloteaban por el aire, ingrávidas.

–Mátalo –le pedían a Lydia los soñadores, con una única voz, sin comprender que la muerte definitiva del monstruo implicaría la muerte definitiva de todos los espectros que poblaban la nube.

Las voces crecían. Ismael miró a Lydia, su visión estaba nublada por las lágrimas. No se había dado cuenta de que estaba llorando. Entonces pasó algo increíble, milagroso, algo que nunca en su vida (aunque esta fuera tan larga que se pudiera llegar a confundir con la eternidad) iba a olvidar. La soñadora lo miró a su vez.

Y sonrió.

EPÍLOGO

Anna despertó. Ismael y Vito también abrieron los ojos. Aaron no se movía. Y Lydia no lo haría jamás, al igual que el resto de los soñadores de las cabinas. No había rastro de Sammy.

Los tres muchachos se levantaban despacio, todavía atontados, incapaces de creer lo que había ocurrido. Con el monstruo derrotado había sido fácil despertar. Había bastado con desearlo. Durante unos instantes, Anna se preguntó si no sería ese nuevo mundo el universo de sueño y el que acababan de dejar atrás el real. Allí todo era más vívido, más detallado, más intenso.

Salieron de la habitación, no mediaron palabra, muy cerca unos de otros. No eran capaces de expresar lo que sentían. Fue Sammy quien los encontró y los condujo hasta el sótano. Por la expresión de su cara, Anna intuyó que las cosas tampoco habían sido fáciles para él. Aun así, lo último que se esperaba era encontrar a su madre allí.

Estaba herida, herida por un disparo de uno de los guardias. Este estaba en el suelo, cubierto por una sábana. Y solo tuvo que mirar a Dominic para comprender que había sido él quien había disparado.

En circunstancias normales, aquello habría sido más de lo que podría soportar, pero su interior estaba apagado y no terminaba de responder. Miró sus manos, que en el mundo del sueño habían sujetado las de Lydia al despedirse. Ahora, como era lógico, estaban vacías, pero todo su ser se rebelaba contra esa ausencia, como si fuera inconcebible. ¡La había tocado, había notado la tibieza de sus dedos entrelazados con los suyos! ¿Cómo era que ahora sus manos solo agarraban aire? Esas mismas manos habían sujetado la cintura de Lydia, se habían enredado en su pelo. Ahora le parecían burdas imitaciones de unas extremidades antaño maravillosas.

Vito se acercó a ella, como si intuyera su desesperación. Colocó una mano en su hombro. Tuvo que levantar bastante el brazo para hacerlo, ya que Anna le sacaba unos

cuantos centímetros, y aquel gesto entre tierno y risible le resultó entrañable.

–¿Hemos hecho lo correcto, Vito? ¿Debimos salir de la nube?

–Creo que nos lo preguntaremos durante el resto de nuestra vida –contestó el muchacho–. Pero sabes lo que implicaba quedarnos allí. Nos lo dejaron muy claro.

Anna asintió. Había sido el padre de Ismael quien se lo había explicado, otro de los espectros del nuevo reino de Lydia.

–En este lugar el tiempo está congelado –les dijo–. Y mientras el monstruo viva seguirá así. Si permanecéis aquí durante mucho tiempo, vuestro cuerpo fuera sufrirá consecuencias. Es inevitable. Y llegado el momento moriréis fuera del sueño, no tendréis cuerpo al que regresar. El cerebro humano no está preparado para la tensión de vivir permanentemente en tiempo detenido. Si decidís quedaros será para siempre, porque estaréis muertos al despertar.

–Lydia tenía razón –dijo Ismael con voz fría, casi inexpresiva–. Allí fuera nos necesitan más que en la nube. El mundo que vamos a encontrar cuando salgamos de aquí está seriamente herido. Tenemos mucho trabajo por delante. Tenemos que explicarles lo que ha ocurrido y evitar que vuelva a suceder

Anna miró a Ismael. Tenía la cara pálida y ojerosa, con el mismo gesto de amargura que, con toda seguridad, encontraría en la suya si se mirase en un espejo.

–¿Podremos volver allí dentro algún día? –le preguntó.

–No. –Ismael suspiró–. Los hemos dejado atrás. Para nosotros pueden haber pasado solo unos minutos, pero en la nube ha transcurrido una eternidad. Y aunque pudiéramos regresar, ¿qué encontraríamos? Si queda algo de ellos allí dentro es probable que ni siquiera nos recuerden. Tal vez hayan muerto de forma definitiva y ahora allí solo quede oscuridad y vacío.

Aquello le planteaba preguntas difíciles de contestar, pero sobre todo abría puertas que hasta entonces nadie había llegado a imaginarse que podían abrirse. ¿Sería aquello el principio de una nueva revolución? Eso pensaba. Eso temía. No le costaba trabajo imaginar en qué dirección se encaminaría ahora la experimentación. Entornos oníricos de tiempo detenido adonde poder trasladar la conciencia de los moribundos o de los que estuvieran hartos de la vida. Paraísos artificiales donde seguir viviendo eones aunque tu cuerpo estuviera a las puertas de la muerte. ¿Crearían nuevos monstruos para ello? ¿Se atreverían a hacerlo? Sí, probablemente sí. Nunca aprendía, la humanidad nunca

aprendía. Ismael tenía la sospecha de que lo que había sucedido allí ese día había supuesto el fin del sueño y el principio de la inmortalidad.

–Todos los… todos los muertos –murmuró Anna–. Estaban allí dentro. Vivos…

–No todos –murmuró Dominic–. No todos –repitió en voz más baja todavía.

En la nube solo habían encontrado refugio los que habían muerto tras la detención del tiempo. Allí no estaban los que habían fallecido durante los primeros ataques del monstruo. Ni Aaron ni, por supuesto, su hermano. Él ni siquiera tenía el consuelo de que Armind continuaba vivo de alguna forma en aquella disparatada realidad onírica. La conciencia de Zola estaba tan extinta como su vida. El intento de Dominic de encontrar la expiación había fracasado. Aunque al menos le quedaba el consuelo de haber salvado a alguien. Al menos había evitado que el guarda rematara a Cordelia y probablemente acabara con Sammy y con él. No dudó un instante cuando vio disparar al guarda. Empuñó la pistola, la misma que aquel guarda había hecho caer de la mano de Sammy durante su primer encuentro, y había abierto fuego.

Cuando salieron del edificio, a Anna le sorprendió lo apagado de los colores, lo grisáceo y marrón de las escasas hierbas que asomaban entre la gravilla. ¿Dónde estaban los tonos brillantes de los sueños, las texturas avanzadas de lo onírico? Las pequeñas plantas y hierbas, la vida que pugnaba por subsistir, le parecieron patéticas, y le recordó a ellos mismos, a un pequeño grupo de supervivientes que se resistía a sucumbir, que asomaba, tenaz, entre la gravilla y los recovecos de una civilización que en algún momento había sido gloriosa. Una vez más, Lydia acudió a su memoria, y con ella el brillo y la magnificencia de la nube. ¿Era realmente mejor esto que las pesadillas? ¿Era mejor el suelo duro, el cielo incoloro, los edificios pétreos que el terror, si este se desarrollaba en un universo donde existía la chica de las mariposas? Hasta el banco donde se habían besado por primera vez, aquel banco que no era más que un añadido de su mente, espoleada por una criatura con intenciones perversas, era cien vez más fulgurante, más vivo, que aquel entorno de postín.

En la lejanía, en dirección a la ciudad, se vislumbraban columnas de humo. ¿Cuánta gente habría muerto allí? Unos asesinados por el monstruo en mitad del sueño, otros muertos en accidentes al caer desmayados cuando la nube se conectó a ellos.

Durante unos momentos se sintió sola y perdida, abandonada en un mundo que no conocía, que le era extraño. Miró a su madre y le costó reconocerla, a aquella mujer pálida, arrugada, envejecida. Ella era uno de los culpables de lo sucedido, y saberlo la

lastraba todavía más, la hería. Le pareció más pequeña, estaba encogida y encorvada. Se preguntó qué habría sido aquella mujer en el mundo del sueño, qué reinado tan terrible podría haber impuesto; en su lucha contra el monstruo había llegado a adoptar propiedades de esta, pensaba que ni semejante bestia podría detener a aquel vehículo arrollador de energía y autoridad. Ahora no era más que un humano más, una mortal vulnerable del mundo de la vigilia, y para Anna esto significaba una decepción mayúscula, un golpe brutal más en su regreso a la realidad. El rojo manchaba el vendaje improvisado que le había colocado la doctora de la granja. Según esta, no corría peligro inmediato, pero le asombraba no sentir compasión hacia su madre herida. Era como si el mundo del sueño la hubiera saturado, como si la hubiera despojado de muchas de sus emociones. Miró a su progenitora y supo que ya nada sería igual, que ya nunca podría volver a la vida que habían compartido. Su madre la miró a su vez, y una infinita tristeza parecía invadir su rostro, como si comprendiera bien por lo que estaba pasando.

–¿Volverás conmigo? –le preguntó, como si conociera ya la respuesta y, a pesar de ello, todavía tuviera esperanza.

Anna no contestó enseguida. No había forma de disimular, de esconder la contestación que era inevitable.

–Mamá… –Aquellas palabras también eran extrañas, como si no le pertenecieran–. Después de todo esto, después de lo que habéis hecho… Creo que necesito un tiempo.

Cordelia asintió. En otra época, Anna se habría asombrado de la docilidad de su madre, de su resignación. Pero tras lo sucedido todo había cambiado. Volvió la cabeza y vio a Ismael, que la miraba con una expresión indeterminada, entre la seriedad y la compasión. Estaba solo, como ella. Dejó escapar el aliento y se acercó a él. Ismael bajó la frente y ella también, chocaron entre ellos, un toque leve, sutil, apenas un abrazo. Las ganas de llorar tomaron a Anna por sorpresa, e hizo lo imposible por contenerlas. «No ahora –pensó–, ahora debemos ser fuertes. Si Lydia nos viera… debemos ser fuertes.» Cogió una mano de Ismael, estaba extrañamente fría. La apretó con fuerza. Nadie como él podía comprenderla en ese momento, nadie como él para entender la nada que estaba carcomiendo su vientre, nadie como él para compartir esa angustia que la devoraba. Lydia se había ido, y solo Ismael podía entender ese vacío. Hacía tan poco tiempo lo había odiado, la habían consumido los celos. Deseó odiarlo de nuevo: eso significaría que Lydia estaba allí, entre ellos. Ahora no le quedaba odio, solo un terrible desastre en el lugar donde antes había estado su corazón. Lydia siempre había sido una criatura del

sueño, una quimera onírica lejos de su alcance, un mito de su subconsciente. Nunca podría volver a concebir algo tan bello, y eso hacía que quisiera romperse por dentro, convertirse en polvo, quedarse para siempre en el mundo del sueño.

Cordelia se quedó sentada en el bordillo de la acera. La doctora le había inyectado un analgésico potente y apenas sentía dolor, solo un agradable mareo, una leve ola que iba y venía. La mujer le había extraído la bala con rapidez y eficacia, y la había vendado con fuerza tras suministrarle todo tipo de medicamentos preventivos. No iba a morir, como había sospechado al ver la sangre tras el disparo. Una parte de ella lo había deseado, y esa parte seguía activa, carcomiéndola por dentro mucho más de lo que una bala podría llegar a hacer. Esa parte se retorció y apretó, cada vez con más fuerza, un nudo gigante de sentimientos que amenazaba con explotar mientras veía alejarse a su hija, a la que había sido siempre la luz de su existencia, la única luz de su tibia y apagada vida. Sabía, sin embargo, que aquello no había sido un adiós definitivo, que dentro de Anna todavía quedaba un lugar (diminuto y lejano, eso sí) para el perdón. Antes de desaparecer junto a Sammy, Ismael y Vito, esta le dedicó una leve sonrisa, apagada y triste, pero sonrisa al fin y al cabo. Su hija estaría en buenas manos, si es que quedaba un mundo donde vivir, un mundo por el que luchar. Tenían un largo y duro camino por delante.

Una mano se posó en su hombro. Levantó la vista y reconoció a Dominic, el chico de ojos insondables que había matado a su hermano y le había salvado la vida. Reconoció en su rostro la misma expresión contenida de desesperación, de pérdida, que imaginaba en su propia cara. Por primera vez en mucho tiempo, no se sintió juzgada, reprochada. Dominic se sentó a su lado y Cordelia se apoyó con lentitud y cuidado en su hombro. Sí, quedaba un largo y duro camino por delante.

* * *

El último de los tres soles se puso sobre un mar de oro líquido, y los rayos que quedaron de luz dorada se extendieron por todo el horizonte; iluminaron las siluetas de algunos delfines alados que jugaban entre las olas más alejadas. Todo tenía una tonalidad cálida, casi anaranjada. Se sentaron en el acantilado a ver llegar la noche; esta solía ser casi tan hermosa como el día, cuando venía. En ocasiones aparecía otro sol, sin previo aviso, y el día se prolongaba; cualquier cosa podía suceder en el mundo de los sueños. En la

distancia se alcanzaba a distinguir la ciudad que habían construido los soñadores muertos; en aquel momento era un delirio vivo de edificios en continuo movimiento, aunque no pasaría mucho tiempo hasta que el consejo municipal decidiera que ya iba siendo hora de soñar otra cosa. En las alturas se veía volar un dragón malcarado y gruñón, uno de los pocos soñadores que había decidido quedarse en el sueño y dejarse morir en la vida real. Aquel dragón se había autoproclamado sheriff de la ciudad del sueño: el teniente Salomon, se llamaba. Nadie le hacía demasiado caso.

La chica del colgante de mariposa balanceó las piernas sobre el vacío. A su lado, un joven vestido con ropas militares miraba al frente, embelesado con la puesta de sol. De vez en cuando algo interrumpía su meditación: una mesa voladora, algún soñador que saltaba de forma descomunal, o algún animal que se inventaba a sí mismo conforme avanzaba, paseando sin problema sobre el agua del mar. Casi no se apreciaba la barrera cristalina que separaba aquel lugar del resto del mundo del sueño. El joven de las ropas militares seguía siendo un prisionero allí, un prisionero al que, una vez cada día, al anochecer, anocheciera o no, ella visitaba. En el fondo era él quien mantenía aquel lugar vivo, era él quien mantenía el tiempo detenido.

–¿Qué es lo que más echas de menos del mundo de los vivos? –preguntó Lydia. Era un juego al que jugaban a menudo.

–La tarta de queso. El sabor de la tarta de queso –respondió él. Cada atardecer contestaba algo diferente. Cuantas más jornadas pasaban en el mundo del sueño, más cosas recordaba del mundo de la vigilia–. No sé si es que he olvidado a qué sabía realmente, pero aquí su sabor es vaporoso, tenue, nada que ver con el original.

–Yo nunca la he probado –comentó la joven, curiosa.

–Es muy anterior a tu tiempo. De antes de la guerra. Uno pensaría que el dulce no pega con el queso, pero no es así. La que hacía mi abuela era muy cremosa y tenía una base gruesa de galleta machacada. La cubría de mermelada de arándanos.

–Me pregunto a qué sabrá aquí.

El joven militar se rió. Últimamente lo hacía de vez en cuando, una risa breve, sin maldad.

–Sabrá a lo que tú quieras que sepa. Podría ser la experiencia culinaria más gloriosa de tu vida. Podrías probarla con todo tipo de mermeladas y galleta.

Lydia no contestó. El último sol se hundía bajo el agua resplandeciente, y una gaviota hizo un par de cabriolas graciosas frente a ella en un intento de llamar su atención.

Llevaba un bombín y un monóculo.

–Es curioso –dijo la chica, al fin–. Tú y yo, aquí, sentados. Que todo haya acabado así.

El antiguo monstruo abrió la palma de su mano y en esta apareció un caballo azul diminuto. Este relinchó con gracia y saltó al regazo de Lydia en un solo y ágil salto.

–No era Zola –dijo ella, en un murmullo de asombro–. No era Zola el que dejaba caballitos en mis sueños. Eras tú.

–Nunca se me ha dado muy bien comunicarme –admitió este–. Y he estado mucho tiempo encerrado en mi propio sufrimiento. Supongo que había una parte de mí que quería escapar. Hay muchas partes de mí que había olvidado y que empiezo a descubrir ahora. Ha ocurrido tanto… No puedo arrepentirme de la destrucción, del caos. Creo que es lo que soy, para lo que fui creado. Pero me gustaría vivir en un lugar donde no todo tenga que ser muerte. Y tal vez este lugar, el universo del sueño, sea el sitio para ello. Todos podemos tener aquí una segunda oportunidad.

Lydia pensó en todos los que habían muerto como resultado de las acciones del monstruo. Le resultaba difícil no odiarlo, no culparlo. Pero en el fondo era tan víctima como ella, víctima de la avaricia, del poder, del abuso de una tecnología nueva y maravillosa. Habían creado una bestia, un auténtico monstruo de pesadilla; habían cogido a un ser humano de capacidades asombrosas y un talento extraordinario para la creación, para la belleza, y lo habían torturado hasta hacerlo enloquecer, hasta convertirlo en una criatura de desolación. Por otro lado, era complicado pensar en el caos y en la tristeza ante aquel ocaso espectacular. Pensó en Anna, en Ismael, y no pudo evitar sonreír.

Se volvió hacia su antigua némesis y le mostró la misma sonrisa cautivadora con la que había atraído a aquellos soñadores tan especiales a la granja, aun sin saberlo.

–Vamos a crear ese universo, entonces. El universo de las segundas oportunidades. Al fin y al cabo, tenemos todo el tiempo del mundo.

AGRADECIMIENTOS

A David, Elena, Enrique, Morilla y toda la gente de Fuengirola y alrededores que nos ha ayudado a promocionar nuestros proyectos, grandes y pequeños.

A nuestro sistema de soporte vital: nuestros amigos, que nos han escuchado hablar de la novela entre cervezas y tazas de té. Un gracias muy especial para los que le han proporcionado cobijo y alimento a estos pobres artistas mientras escribían: Michael y Mar en Madrid; Marta y Humberto en Barcelona; Tom en Canillas de Aceituno; Mamen e Inma en La Línea; Natalia, Cristina e Ian en Gijón; Seve y Marta en Vitoria y, por supuesto, para aquellos a los que dedicamos este libro: Carmen Pila y Carlos Gutiérrez en Santander.

A todos los hoteles, aerolíneas, trenes, autobuses y empresas de telefonía que han permitido que dos personas que viven en extremos opuestos de un país puedan escribir una novela a medias.

Y a nuestras familias, por su apoyo y paciencia.

Tu opinión es importante.

Por favor, haznos llegar tus comentarios a través de nuestra web y nuestras redes sociales:

www.plataformaneo.com
www.facebook.com/plataformaneo
@plataformaneo

ALEXANDRA RISLEY
El reino de las almas robadas
neo

El reino de las almas robadas

Risley, Alexandra

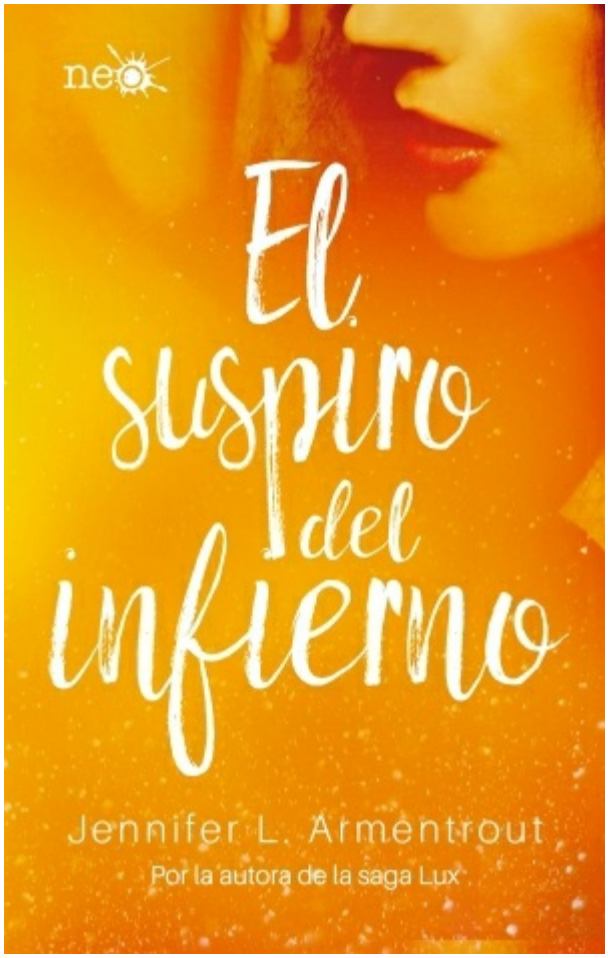
9788416096992

290 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Érase una vez un reino en el que todas las almas vivían eternamente. Y la eternidad era su castigo. La muerte está a punto de irrumpir en la existencia de la joven Raven Davis. Shadow, su enigmática compañera de habitación en el internado, aparece desangrada en el baño el día antes del baile. Todo indica que se ha suicidado. Un año después, Raven llega a Christchurch con la intención de pasar unas tranquilas vacaciones. Pero una mañana es atropellada por una camioneta y, tras experimentar una extraña sensación, comprende que ella también ha muerto. Mientras atraviesa el umbral que separa la vida de la muerte, Raven vuelve a ver a Shadow, alejada del camino luminoso por donde transitan otras almas. En vano, Raven trata de acercarse a ella, pero solo consigue perderse en un bosque oscuro nebuloso. Ahora está atrapada en un mundo que no es el suyo. Pronto descubre que se encuentra en un reino donde todas las almas han sido condenadas a vivir eternamente y a luchar entre ellas por el poder y la tierra. ¿Hay alguna posibilidad de escapar? Y no menos importante: ¿brillará, entre las tinieblas de la muerte, la luz del amor?

Cómpralo y empieza a leer


neo
El suspiro del infierno
Jennifer L. Armentrout
Por la autora de la saga Lux

El suspiro del infierno (Los Elementos Oscuros 3)

Armentrout, Jennifer L.

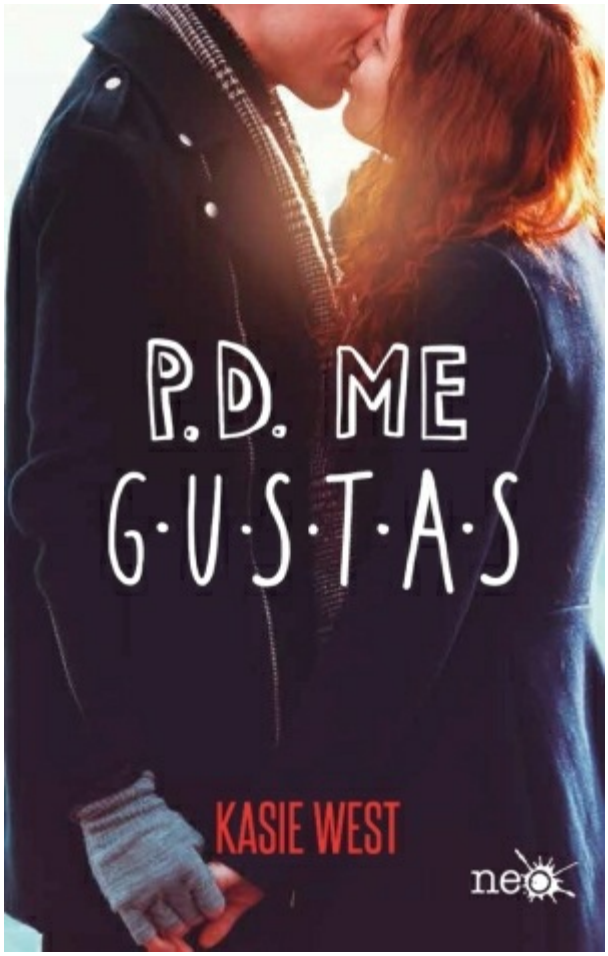
9788417114053

376 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

ALGUNOS AMORES DURARÁN HASTA EL ÚLTIMO SUSPIROToda elección tiene sus consecuencias, y Layla tiene que hacer frente a elecciones especialmente complicadas. Luz u oscuridad. Roth, el diabólicamente sexy príncipe de los demonios, o Zayne, el atractivo Guardián que nunca creyó que podría ser suyo. Sin embargo, la elección más complicada que debe tomar Layla es en quéparte de sí misma debe confiar.Además, Layla tendrá que hacer frente a un nuevo problema. Un Lilin, el demonio más letal de todos, anda suelto, y está creando caos entre aquellos que la rodean…, incluyendo a su mejor amiga. Para salvar a Sam de un destino mucho mucho peor que la muerte, Layla tendrá que hacer un pacto con el enemigo para salvar de la destrucción la ciudad y a todos los seres humanos.Dividida entre dos mundos y dos chicos distintos, Layla ya no está segura de nada, ni siquiera de su supervivencia, especialmente cuando reaparezca un antiguo trato que los atormentará a todos. Pero a veces, cuando los secretos están por todos lados y la verdad parece indescifrable, tienes que escuchar a tu corazón, elegir unbando y darlo todo en la lucha.

Cómpralo y empieza a leer


P.D. ME
G·U·S·T·A·S
KASIE WEST
neo

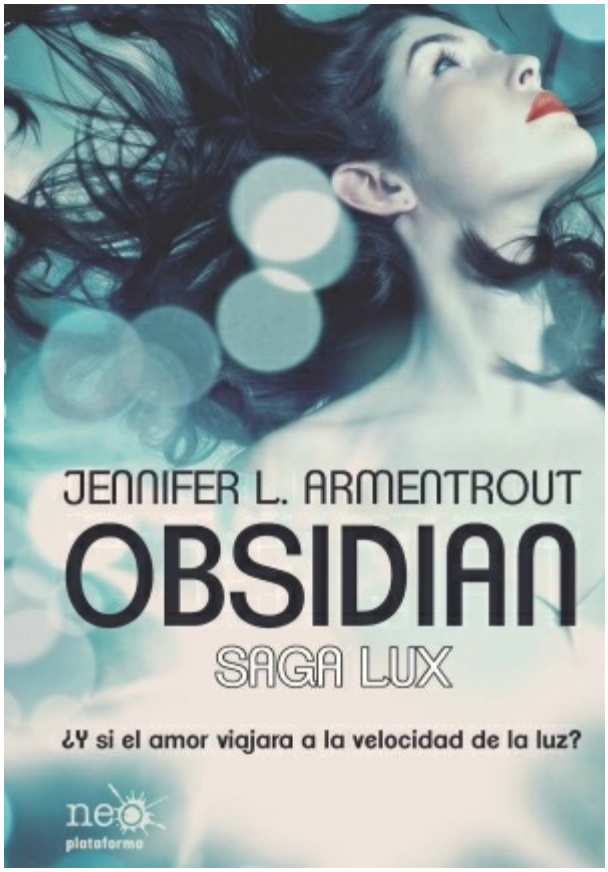
P.D. Me gustas

West, Kasie
9788417114770
235 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

FIRMADO, SELLADO, ENTREGADO Para distraerse en clase de Química, Lily escribe en la mesa un fragmento de la letra de una de sus canciones favoritas. Al día siguiente, descubre que alguien escribió la continuación de la letra de la canción, y que además le había dejado un mensaje. ¡Qué intriga! Pronto, Lily y su misterioso amigo por correspondencia empiezan a intercambiar cartas enteras en las que comparten secretos, se recomiendan grupos de música y se sinceran el uno con el otro. Lily empieza a enamorarse. Pero ¿quién es él? Mientras intenta resolver el misterio y hace todo lo posible por compaginar el instituto, las amistades, los flechazos y su alocada familia, descubre que a veces es imposible poner por escrito los asuntos del corazón. Kasie West vuelve a enamorarnos con una historia de amor irresistiblemente ingeniosa, cálida y llena de luz.

Cómpralo y empieza a leer


JENNIFER L. ARMENTROUT
OBSIDIAN
SAGA LUX
¿Y si el amor viajara a la velocidad de la luz?
neo
plataforma

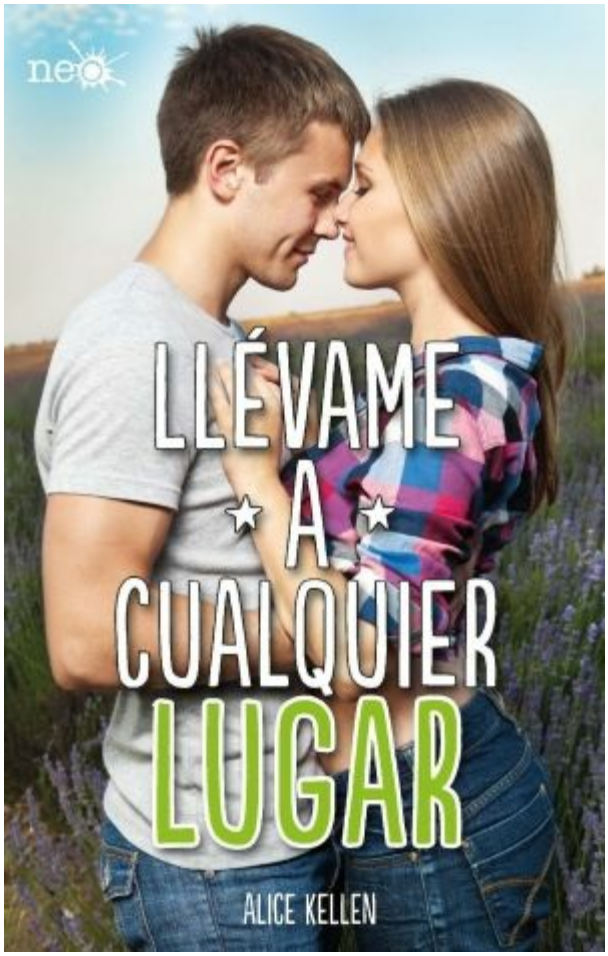
Obsidian (Saga LUX 1)

Armentrout, Jennifer L.
9788415750826
448 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Cuando nos mudamos a Virginia Occidental, justo antes del último curso de instituto, creía que me esperaba una vida aburrida, en la que ni siquiera tendría internet para actualizar mi blog literario. Entonces conocí a mi vecino, Daemon. Alto, guapo, con unos ojos verdes impresionantes… y también insufrible, arrogante y malcriado. Pero eso no es todo. Cuando un desconocido me atacó, Daemon usó sus poderes para salvarme y después me confesó que no es de nuestro planeta. Sí, lo habéis leído bien. Mi vecino es un alienígena sexy e inaguantable. Resulta que, además, él y su hermana tienen una galaxia de enemigos que quieren robar sus poderes. Y, por si fuera poco, ahora mi vida corre peligro por el simple hecho de vivir junto a ellos.

Cómpralo y empieza a leer


neo
LLÉVAME
A
CUALQUIER
LUGAR
ALICE KELLEN

Llévame a cualquier lugar

Kellen, Alice
9788416096879
360 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Léane y Blake, ella francesa y él inglés, no son dos piezas de un puzle destinadas a encajar. En realidad, ni siquiera se soportan cuando el concurso de periodismo de la universidad los sitúa en el mismo punto de partida. Él valora sus sueños por encima de todo y no dejará que nada se interponga en su recorrido hacia la meta, ni siquiera el seductor acento de Léane. Ella necesita el dinero del premio y utilizará todos sus encantos para convertirse en ganadora. Ambos están dispuestos a todo, incluso a ignorar el magnetismo que poco a poco irá surgiendo entre sus artimañas y discusiones. Pero, cuando el calor de la atracción entre en su punto álgido, el frío de la realidad les demostrará que a veces los caminos más largos deben realizarse con alguien que te lleve de la mano

Cómpralo y empieza a leer

Índice

Portada	2
Créditos	3
Dedicatoria	4
Prologo	5
Soñamos para ti	10
El melocotón no es un color	17
Interludio: Edgar Salomon	24
Nube 67676701	30
La casa la pagáis en caramelos	39
Interludio: Isaac Calvero	48
Mariposas en la red	56
Ese beso común	63
Interludio: Dominó	70
La muñeca, el duendecillo, el inocuo, el paranoico y el mutante	75
Recepción para turistas	84
Interludio: Cordelia Travaglini	95
La bella durmiente	100
Pelo negro como cerrar los ojos	113
A la sombra del monstruo	122
Interludio: Edgar Salomon	134
Una explosión o algo así	139
El precio del sueño	149
Interludio: Isaac Calvero	160
Una wakizashi para la señorita	175
El corazón de las pesadillas	186
Interludio: Dominic y Sammy	199
Todo el mundo tiene miedo de algo	209
Batalla a las puertas del infierno	223
Interludio: Cordelia Travaglini	233

Maga Anna 248
El duelo 262
Epílogo 278
Agradecimientos 285
Colofón 286